

The background is an abstract, textured composition. It features several horizontal bands of color, including shades of blue, purple, and white, which appear to be layered or stained. A prominent vertical line runs down the left side of the image. The overall texture is grainy and somewhat distressed, with visible scratches and variations in color intensity.

ALVARO CASTILLO

EL CONJURO

~~EL CONJURO~~

AlvaroCastillo

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

CAPÍTULO 1	VICKIE FORNELLS
CAPÍTULO 2	CLARITA AROSTEGUI
CAPÍTULO 3	CHINO BALCÁRCEL
CAPÍTULO 4	VICKIE, LA BUSCA
CAPÍTULO 5	EL PROFETA BALCÁRCEL DA UNA CHARLA
CAPÍTULO 6	EL ENCUENTRO
EPÍLOGO	

BIOGRAFÍA Y ENLACES

EL CONJURO

Otros textos budistas dicen que el mundo se aniquila y resurge seis mil quinientas millones de veces por día y que todo hombre es una ilusión, vertiginosamente obrada por una serie de hombres momentáneos y solos.

JORGE LUIS BORGES.

Nueva refutación del tiempo
del libro

Otras inquisiciones

~~CAPÍTULO 1~~

VICKIE FORNELLS

Cuando apareció la ballena (el cachalote) corría el invierno de 1968; fue en lo más crudo del invierno cuando presenciamos aquella portentosa aparición. Yo entonces llevaba meses desasosegado, sin brío, átono y carente de ganas de nada, falto por completo de ánimo y ausente de voluntad. La verdad es que meses atrás había pasado, apenas en cuestión de días, por una muy mala racha, y desde entonces apenas si había conseguido levantar la cabeza. Primero me había quedado sin empleo, después mi padre, con sus toscos y rudos modales, me había escarnecido y humillado de la más ruin y alevosa manera (y probablemente sin querer, que sería lo más grave) y por último y peor: mi novia me había

dejado. Todo esto, como ya he dicho, tuvo lugar en cuestión de días; un par de semanas a lo sumo. Fue entre finales de marzo y la primera mitad de abril de 1968.

Después, al final de una noche de borrachera, tras la ruptura con mi novia, se abrió un largo paréntesis. Yo pasé un par entero de meses, o algo más, creo que loco. Me negaba a salir de mi casa, y en mi casa de mi cuarto. Bebía vino barato, a granel, que yo mismo iba a comprarme, en alpargatas y barbudo, a un club de bochas del Buceo, y apenas si comía matambre frío, que mamá me guardaba para mí envuelto en papel de estraza, y de vez en cuando algunos churrascos que yo mismo me preparaba, a altas horas de la madrugada, moviéndome por mi propia casa como un espía o un ladrón. Me negaba a bañarme y rara vez me cambiaba de ropa; apenas si me afeité alguna vez, a golpes de tijera, y ni una sola vez me corté el pelo.

No quería hablar con mis hermanos ni con mis hermanas y desobedecí de manera sistemática las varias órdenes tajantes de papá de que bajara a hablar con él a su escritorio; él por su parte (por de contado) ni siquiera se molestó en subir a hablar conmigo a mi dormitorio. Yo sólo toleraba, y en contadas ocasiones y por breves lapsos, la presencia de mamá, que se retorció las manos (un ademán en ella involuntario, inconsciente, como un tic), lo que traicionaba su angustia, mientras su cara procuraba sonreír y su boca me proporcionaba palabras de aliento mezcladas con preguntas: ¿Por qué?, ¿qué me pasaba?, ¿acaso mi ruptura con Clarita? Yo no contestaba, o contestaba vaguedades, o pronunciaba fragmentos de soliloquios o monólogos de Shakespeare, cuyas obras completas me había puesto a leer en aquellos oscuros, horribles días.

No sólo Sabio Ayala y Pruden Jauregui, quizá mis dos mejores amigos, preguntaron por mí por teléfono varias veces y en ocasiones me fueron a visitar. En un par de ocasiones los recibí, no sé si a ambos o si a uno de ellos, o a uno una vez y a los dos otra; no recuerdo nada de sus visitas, aunque ellos, a posteriori, me dijeron que les solté un galimatías de que la vida no es más que una sombra que camina, un pobre actor que se retuerce y se contorsiona en el escenario y al que después jamás se vuelve a oír, y que a Pruden le dije ‘Ah, tú, mi pobre Yorick; le sobran dientes a tu calavera’. Los atendí, creo, en mi dormitorio. Al teléfono no me ponía. También me llamaron Vickie Fornells, tres o cuatro veces, y el propio Chino Balcárcel, que me había acompañado varias horas durante mi borrachera, la noche misma del día en que Clarita me dejó; tampoco los atendí.

Sí recuerdo la única visita que me hizo Vickie Fornells, que, después de unos minutos de fingida sonrisa rompió a llorar y dijo que todo era culpa de ella. ‘El Ruso te echó por mi culpa, Clarita rompió por mi culpa, no tengo perdón’, balbuceó. Yo traté de decirle que ni el Ruso ni Clarita tenían nada que ver, que no importaban en lo más mínimo, ni el uno ni la otra, pero ella no sé si me oyó, y dudo que me hubiera creído de haberme oído. ‘No aguanto más, no soporto más, verte así me mata’, dijo Vickie, con palabras entrecortadas, y se encaminó con paso torpe a la puerta, la abrió a ciegas y salió; yo oí sus zapatos bajar a toda prisa la escalera. Me llamó por teléfono alguna vez más (no la atendí), pero no volvió a visitarme.

Yo estaba, la verdad sea dicha, impresentable. No era un muchacho feo, más bien al contrario, pero la cara se me había afilado en demasía, lo que hacía resaltar exageradamente mis pómulos y me daba un aire febril y ansioso, me habían salido perpetuos bolsones negros bajo los

ojos, tenía la barba entreverada y mal cortada, más larga en unos sitios que en otros, lo que me deformaba las facciones y me daba un siniestro aspecto de santón eslavo, tipo Rasputín. Lo peor, dentro de todo, eran mis ojos, que habitualmente tenían una expresión mansa y cordial, a lo sumo sardónica en ocasiones; entonces la mirada se me había vuelto fija, vidriosa, y mis pupilas, acaso por pasarme muchas horas en penumbra, sin ver más que contornos, formas y siluetas (y los fantasmas que abortaba mi cacumen), se habían agrandado hasta devorar el iris casi por completo. A veces me miraba en mi espejo, rajado en un costado, con incontables picaduras de azogue y con un defecto de fábrica que formaba una especie de franja asimétrica en el centro, lo que estiraba en sentido oblicuo los objetos reflejados: mi reflejo, aquellos días, me producía una mezcla de alegría y lástima, de rabia y satisfacción, de risa y amargura, de loca esperanza y abismal tristeza. Me veía envejecido; peor: avejentado; peor aún: aviejado. Sentía lástima de mí mismo y, al mismo tiempo, una especie de alegría feroz, como si el mundo entero se hubiera convertido en una mascarada.

Me sentía viejo, cansado, asqueado de mí mismo, de mi pequeña vida mezquina que, por alguna razón vinculada con Clarita, pero que no era propiamente Clarita, ni nuestra ruptura, ni el hecho evidente (que me había llegado por reticentes caminos: me lo dijeron mi hermana Laura Inés, una noche, ‘porque creo que tienes que saberlo’, según sus palabras, y días más tarde mamá, genuinamente perpleja de que una chica refinada y chic como Clarita hubiese roto noviazgo con un muchacho como yo para después salir con un chico tan poca cosa como aquél) de que Clarita se paseaba a la luz del día, y a la de la luna, del brazo de Tucho Falcón, que se los veía juntos por las noches, los week ends, en diferentes boites de moda, bailando muy abrazados, que sin duda visi-

taban en mutua compañía el Beaumarchais, el Villa Bellver, el Grand Splendid y otros meublés u hoteles por hora que habíamos frecuentado juntos y a solas Clarita y yo; mi vida, decía yo, se había desmoronado de un día para otro por completo; de ser un alegre, pueril y frívolo botarate yo había pasado a ser ¿qué? Ni yo mismo lo sabía ni me interesaba en realidad saberlo. Quizá por eso leía; me había puesto todos los días y noches a leer. (O acaso la hiciera, la práctica diaria de la lectura, para no volverme loco del todo, loco porque sí, loco según un aberrante estilo voluntario, deliberado, loco sin estar loco.)

He dicho que por aquellos días me puse a leer las obras completas de Shakespeare. Yo hasta entonces había sido un pobre, mezquino lector. De Shakespeare, por ejemplo, no había abierto ni una página. Entonces, en aquella horrible época, que a veces me parecía un único día larguísimo, hecho de trozos de sol y retazos de luna, cuando no leía, cuando la lectura de lo que fuera no me enfrascaba y anonadaba de mí mismo, me quedaba las horas despierto, a oscuras, y sentía, en ocasiones, que la razón se me iba a espacios siderales habitados por seres de muy diversa conformación: algunos procedían de cartoons americanos que yo había visto en el cine de niño (un pirata bigotudo, dos urracas con acento mexicano, el tío multimillonario de Pato Donald, que se zambullía en piscinas llenas de monedas de oro; todos ellos bidimensionales; agarrarles un brazo hubiera sido como estrujar un pedazo de papel de diario u hojas secas); otros procedían de fuentes más oscuras; eran hábitos sin rostro, que silabeaban inextricables lamentos; una excavadora que usaba la pala mecánica a modo de boca y que repetía frases de las misas en latín que yo había soportado de niño; una hembra desnuda, de una especie vagamente antroipoide, con un clítoris blando y largo que supuraba un líquido espeso, humeante y ambarino, que olía a vinagre;

otro era un ser sin rostro que vestía una túnica verdosa con capucha y se apoyaba en un báculo al andar; otro, aunque con rostro, semejante en un todo al anterior excepto porque no hablaba —el primero sí lo hacía, con una voz que, carente como era de boca, le surgía de algún lugar de debajo de la capucha, y que era aguda y crispada, como el ruido de una piedra frotada contra un vidrio- y porque era calvo; una vez se bajó la capucha y observé que su cabeza era redonda y lustrosa y de color tierra vieja; al anterior, el primero, le asomaban unas guedejas, por debajo de la capucha, que colgaban en el aire delante de su no cara; su no boca pronunciaba oraciones en inglés de colegio, *The pencil is blue; I must be a good boy; The blackboard is against the wall*, y otras por el estilo, con un horrible deje didáctico copiado del de la vieja Mrs Foster, una de mis maestras de cuando yo tenía de ocho a diez años; y los que restaban, porque había más, eran pesadillas mías privadas, de carne y hueso, que se habían trasmutado a otra dimensión: un basurero que, yo de niño, me había perseguido por la calle con una pala y un escobillón, un cabezudo que se había inclinado sobre mí en el corso del carnaval y me había dado un susto que nunca había olvidado, Tucho Falcón, Clarita, Vickie, Chino Balcárcel; todos tenían algo de deforme, de monstruoso, aunque yo no podía ni imaginar de qué se trataba.

En la vigilia era acaso lo peor; al despertarme, los recordaba a todos de una forma tan nítida, tan precisa, que era como si estuvieran conmigo en la habitación; los veía repetir sus gestos y ademanes y los oía; oía aquellas voces procedentes de la dimensión del sueño, que no es la misma que la de la vigilia, algo de lo que me convenció, precisamente, una cualidad como de eco, de aquellas voces, que no era en realidad un eco sino un desdoblamiento de la voz, que repetía a los pocos instantes lo que había dicho pocos instantes antes, sin parar de hablar, lo que le da-

ba a la voz que hablaba un fondo sonoro en el que se escuchaban no sólo las palabras ya dichas sino, en ocasiones, como un eco del futuro, las palabras que muy pronto iba a decir. Y lo más grave, lo realmente enfermizo, patológico, es que con el paso de los días, aquellas presencias ultraterrenales y aquellas voces que se desdoblaban y se anticipaban a sí mismas se convirtieron en una compañía que me agradaba tener, porque había ocasiones en que no comparecían, o su comparecencia era demasiado tenue y desdibujada, y entonces los convocaba, primero en susurros que en ocasiones me daban un pequeño pero reconfortante resultado y la cara belfuda y babeante de una perra bizca y vieja, sarnosa, que mi tía abuela la Beba, hermana menor de mi abuela, tenía en su casa cuando yo era muy niño, o cualquier otro ente similar se configuraba, llamado por mi convocatoria, y se dejaba entrever, transparente, translúcido, de contornos móviles y cambiantes. A veces no aparecía nada, nadie, a pesar de mis invocaciones, y yo, con el tiempo, les empecé a gritar, los llamaba a gritos y los maldecía. Sabía qué nombre tenían todos ellos; sus nombres en el registro de los sueños, las pesadillas, lo atroz.

Por esas fechas leí también El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, en cuyo transcurso todos los que ven a Hyde sienten algo parecido. ‘Yo había sentido una fuerte repugnancia por nuestro hombre con sólo verlo’, dice uno de los personajes. Hyde, dice el autor, ‘daba la impresión de una deformidad que no residía en nada concreto’. Lo mismo les ocurría, conmigo, a esos fantasmas, que mi imaginación convocaba y que se movían, hablaban y obraban sin verme; había algo de ruin y de infame en ellos, que yo advertía pero no distinguía: acaso eran todo el reflejo de mi sucia conciencia. Ví, lo recuerdo, como en cinemascopio, a Tutchu y Clarita besarse, atornillados el uno a la otra, con la más supina y

anodina indiferencia por mi parte; los oí jadear y gemir en la oscuridad de una pieza de meublé con idéntica sensación de vacuidad y hastío; aunque en este caso el vislumbre, fugaz, imaginario, que me traía al presente mi porosa memoria, de uno de los muslos de Clarita, iluminado por una rendija de luz que saldría de algún postigo mal encajado, pálida y tersa la carne y brillante de sudor, me conmovió ligeramente.

Además de Shakespeare y Stevenson (del que leí cuatro o cinco libros), le a sobre todo novelas históricas, que me llevaba por las noches, sigiloso y en puntillas, como un ladrón, y alumbrado por una vela torcida metida en un candelabro que tenía el asa floja, lo que hacía que la vela a veces se me cayera y se apagara, obligándome a mí a gatear y tantear hasta encontrarla y volverla a encender y a colocar de nuevo en el agujero del candelabro, de la biblioteca que había dejado tras ella, al c sarse por vez primera, mi hermana Ana Luisa, la mayor, que era la lectora de la familia.

Bien es verdad que papá tenía una enorme biblioteca, cuyas estanterías, combadas por el peso de los gruesos volúmenes, ocupaban, del suelo al reborde inferior de los abovedados techos, tres de las cuatro paredes del salón, y que se prolongaba a lo largo de un pasillo ancho y en el interior de una de las salas anexas y hasta en su propio, enorme, despacho, pero eran libros *pour  pater*, que papá sin duda había comprado por metro o por metro cúbico y que él jamás abría; mamá, valga anotarlo, también le a, aunque lo hacía, si no a escondidas, de manera muy discreta, no fuera que la sensible piel iletrada de papá se sintiera menoscabada u ofendida.

Me aficion  en aquellos penosos días a leer, lo que a la larga (creo yo) me ha salvado la vida, y con el paso de los días y las semanas, y a modo de desahogo, me puse a escribir. Escribía con una fountain pen marca

Parker, regalo de Clarita, mi ex novia, sobre unos cuadernos espiralados con hojas cuadriculadas; por supuesto no conservo ni vestigios de aquellos sin duda lamentables manuscritos. Sé que hablaba de mí, inexorable e implacablemente de mí, de mis desdichas (que me hubiera costado realmente definir), de mi soledad, de mi condición de paria, de la maldición que significaba haber nacido en Nacimiento con un apellido de incontestable tufo italiano.

Leí también, y sobre todo, ya en los días finales de mi reclusión, varios libros de ensayos de S. Pir, a los que sin duda me referiré más adelante, en el transcurso de esta verídica relación.

Me habían recluido la vergüenza, la prístina y degradante sensación de haber quedado en ridículo, la humillación, la infamia flagrante de mi apellido italiano. En cuanto a Clarita Arostegui, mi novia que había sido, ¿la quería?, ¿la había querido alguna vez? Había ocasiones en que pensaba fría y deliberadamente en ella y sentía rabia; en otras impotencia; en la mayoría nada, ni siquiera indiferencia.

Más me turbaba pensar en Vickie Fornells, que además había estado allí y yo como un idiota la había dejado subir, entrar, verme en aquel estado, ojeroso, sucio, con la ropa sucia, afeitado a tijeretazos y sin bañar desde hacía ¿cuánto? Pensé que olía a sobacos, que Vickie sin duda había olido aquel olor inmundito que emanaba de mi cuerpo y que, desde entonces, siempre, inevitablemente, lo asociaría a mí. Pensar en esto estuvo al borde de hacerme llorar de rabia y por mi propia estupidez. ‘Dejarla subir fue un error que pagaré toda mi vida’, me decía una vez tras otra. La había dejado subir porque la quería ver, porque siempre me había gustado mirar a Vickie, porque siempre me había gustado Vickie, desde que éramos niños y compartíamos aula en el Dame Heileen Abbingdon Grew Memorial School, más conocido como Memorial.

También Chino Balcárcel compartía aula con nosotros. Con los años, convertido Chino en una celebridad a escala nacional, sus compañeros de aula pasaríamos a ser ‘la clase de Chino Balcárcel’

En primer lugar, como he adelantado al principio, había perdido mi empleo con el Ruso Antelich; me habían echado. Y eso que había sido el Ruso en persona el que me había ofrecido el trabajo. Una noche, en el Castilla la Vieja, me llamó. Estaba apuntalado a la barra en medio de varios de los bebedores habituales, borrachines todos, del lugar, aunque él distaba de ser uno de ellos; en realidad no era siquiera un verdadero bebedor. Alardeaba, más que otra cosa. Bebía de vez en cuando, aunque sólo de puro fanfarrón; porque bebía, nada menos, esa mezcla infernal de raíces amargas y cola que se llama o se llamaba cocktail kola, y que creo que era un producto nacional. Los otros que se alineaban con él contra la barra, eran, si mal no recuerdo, Nene García Larravide, Manón Carvallido, Pancho Rivas, Calamar López y alguno más; la barra era más bien corta, para seis o siete personas a lo sumo, sin taburetes en los que sentarse, y siempre, salvo rarísimas excepciones, la ocupaban hombres, por lo general los mismos.

Yo estaba sentado a una mesa algo alejada, cerca de un ventanal que daba no al boulevard, por donde se entraba, la única puerta de acceso, flanqueada por dos grandes ventanales alargados, más largos que anchos, sino a la proa formada por Marqués de Lecor y la diagonal de Simón Larraya, a la que asomaba un tercer ventanal más ancho que largo; me acompañaba alguna otra gente.

El Ruso dio unos cuantos pasos entre las mesas que nos separaban, acercándose a nosotros, y me señaló a mí con la cabeza, al tiempo que me miraba a los ojos.

-¿Puedes venir un momento? –me preguntó.

-¿Yo? –quise saber.

-Sí, tú.

El Ruso no se caracterizaba, valga redundarlo, por sus finos modales. Era, decían, servio o croata, aunque algunos aseguraban que era albanés y hasta búlgaro o turco, y que su nombre era falso. Yo sabía bastantes cosas de él (rumores, casi en un ciento por ciento), y estaba casi completamente seguro de que él no sabía ninguna de mí; no tenía por qué saberlas. A lo sumo coincidíamos cada tanto en algún sitio u otro, como aquella noche en el Castilla la Vieja; nos cruzábamos por la calle o, en verano, en la playa, pero aseguraría que hasta entonces ni el saludo habíamos cambiado.

Cuando estuvimos frente por frente, el Ruso me agarró del codo y me condujo hacia un rincón, cerca de las puertas de las toilettes. Lo hizo con suavidad a la par que con firmeza y con una cierta premura. Entonces me tendió la mano.

-Te llamas Bonacci –me dijo.

-Bardaracci –le contesté.

-Bardaracci, sí, es claro, perdona. Miguel, ¿no? ¿O Miguel Ángel?

-Cualquiera vale.

-Me he enterado de que dominas el inglés y el francés.

Me sorprendió que estuviera tan enterado, pero lo disimulé.

-Más o menos.

-¿Los hablas?

-Me defiendo.

-¿Los escribes?

-Mejor.

-Y tienes imaginación, ideas.

Me quedé callado, a la expectativa. No veía bien a cuenta de qué iba todo aquello.

-¿Te interesa un sueldo, un trabajo?

-Depende. En principio, sí.

-Sé también que no haces nada y que se te considera un vago, un haragán –dijo el Ruso, con una sonrisita que trataba de ser cómplice, simpática, campechana, aunque no escondía un fondo de desdén o conmisericordia que, más que desagradarme, me sorprendió y molestó, aunque sin llegar a irritarme-. No obstante –continuó, con un tono más neutro, casi seco-, advierto que tienes cara de listo, y yo me fío de mis primeras impresiones. Hace un tiempo que me he fijado en ti y ahora tengo una oportunidad que te conviene. ¿Nos reunimos el lunes en mi oficina, hacia las once? –mientras me lo decía extraía de un bolsillo interior de su impecable zamarra de ante un billetero doblado al medio, y del billetero, después de desdoblarlo y rebuscar un instante, una tarjeta, que me entregó-. Aquí tienes la dirección. A las once, ¿te hace?

-Perfecto.

-A las once, recuerda. El próximo lunes.

Estábamos en viernes. Era, debía ser, a finales de agosto o principios de septiembre de 1967.

El Ruso me volvió a estrechar la mano y regresó a la barra. Había llevado consigo su bebida, color marrón y espumosa; la bebía, aunque a sorbitos cautelosos, no en copas pequeñas, según el uso habitual, sino en ostensibles bocks para cerveza, de vidrio grueso ornamentado con rectángulos y que se cerraban con una tapa de porcelana multicolor, que mostraba una sirena varada y un grupo de sátiros mirones, de ojos saltones, cola de demonios y caras barbudas, en cuyas sonrisas asomaban aguzados colmillos; la sirena parecía más aburrida o resignada que

asustada. Yo mi vaso, una vodka con licor de menta (bebida que rara vez bebía; en aquella ocasión lo hacía bajo el influjo de la presencia de mi novia, Clarita Arostegui, que odiaba la grappa, mi bebida habitual), la había dejado en mi mesa, calentándose inútilmente. No sé por qué ese pequeño detalle me fastidió; me empecé a sentir un poco inquieto y como burlado mientras regresaba a mi lugar.

En torno de la mesa a la cual me dirigía reinaba una cierta expectación, no muy disimulada. Éramos seis o siete, entre ellos mi primo Sebastián Bel'Spino, Sebas, con su novia, Nidia Estigarribia, y mi propia novia, Clarita Arostegui.

-¿Qué quería ése de ti, Miguel?

Fue Clarita quien me lo preguntó.

Yo me senté, me tomé mi tiempo para dar un sorbo de mi copa y ponerme un cigarrillo en los labios, que Clarita me quitó con un suave golpe de mano antes de que yo tuviera tiempo de encenderlo. El clímax, que yo astutamente había llevado a su máximo, se desinfló de súbito con aquel precipitado, a la par que delicado, ademán femenino.

-¿Qué quería? –repitió Clarita.

-Aunque te cueste creerlo me ofreció un empleo –le dije.

-Tiene mala fama –dijo Clarita-. Contrabando y esas cosas.

-Y peores –dije yo-, pero un sueldo es un sueldo, ¿no?

-Mientras no te metas en cosas sucias –me advirtió Clarita, con su delicioso ceño fruncido y un mohín desconfiado que semejaba un beso dado a disgusto-. Se llama Milatich o algo así, ¿no? –esto lo dijo entre vacilaciones que no disfrazaban, que más bien subrayaban, una cierta incertidumbre enturbiada por una especie de asco –Y es extranjero; turco, según creo.

-Se llama Antelich –le informé- Milan Antelich. El nombre acentuado en la i, el apellido en la e. Le dicen el Ruso, pero según tengo entendido es yugoslavo.

-¿La I de Milan con tilde? –inquirió la caprichosa vocecita flaca de Nidia Estigarribia.

Nadie le contestó

-De éste es del que dicen que una vez hizo saltar la banca en Montecarlo –dijo (creo) Sabio Ayala.

-No digas estupideces –dijo Clarita-. Nadie hace saltar la banca en Montecarlo –afirmó a continuación, con una rotundidad que hacía pensar que jugaba allí noche tras noche.

-Pues de éste dicen que lo hizo –remachó Ágatha Reynal, que era más o menos (entonces) la novia o cosa parecida de Sabio Ayala y quería apoyar a su novio; o lo que fuera-. Y papá dice –añadió, con su dejecito semicantarín de niña bien en funciones- que es un jugador de *poccar* fuera de serie.

Estaban también con nosotros Leonor Alcaravilla y Tano Galvani, el play boy, como le decían, que recuerdo que me guiñó un ojo como para darme aliento; se había dado cuenta de que Clarita estaba agitada en exceso e inclusive algo indignada de resultas de aquella nimia y tonta situación en la que el Ruso me había involucrado involuntariamente. Pálida y muy bella, por su parte, y como ajena a todo, Leonor Alcaravilla hacía girar una copa de alto pie con algún combinado. Hablaba muy poco; tenía fama (quizá por esta causa) de culta e inteligente. Era sin lugar a dudas una de las criaturas más atractivas del barrio de Los Pocitos, acaso de la entera Nacimiento. Parecía fría y enigmática, y se rumoreaban cosas de ella de lo más diverso y variopinto: desde que era lesbiana hasta que se acostaba con ignotos hombres ricos por dinero;

también había quien afirmaba que era virgen, a los veinticuatro cumplidos, quizá veinticinco.

Creo que, con Leonor, ya he mencionado a todos los que compartíamos mesa aquella noche.

¿O no? Tengo la impresión desagradable, tengo la certeza, en realidad, de que también, ya a aquellas alturas, estaba allí Tucho Falcón, curiosamente callado y sentado del otro lado de Clarita, que, por supuesto, estaba sentada a su vez junto a mí. Clarita y yo llevábamos de novios formales, entonces, más de un año entero, y hacía algo más de dos años que salíamos juntos y nos veíamos con cierta frecuencia. Cuando empezamos a vernos Clarita tenía dieciocho abriles, cumpliditos antiyer, como quien dice; yo tenía veintidós, al borde de veintitrés.

-También dicen que manda matar gente, si a eso vamos –dijo Clarita, cada vez más sulfurada- ¿Eso también te lo crees? –se lo preguntó a Ágatha, o al menos mirándola a ella, pero a mí me pareció que la pregunta iba dirigida al mundo en general (ella misma y yo inclusive), y que no tenía mucho interés en conocer la respuesta.

-Ni hizo saltar la banca ni manda matar gente –dije yo, que en aquellos momentos, con el empleo en ciernes, tenía la sartén por el mango, en lo que respectaba, al menos, a la conversación-. Ésas son cosas de loco –hablé mirándolos a todos, uno por uno, excepto a Clarita; acto seguido la miré fijo a ella-. Llevas media vida –le dije- diciéndome que tengo que hacer algo, ¿no?; ponerme a trabajar, doblar el lomo –me envalentonaba mientras hablaba. Clarita parpadeaba, inquieta, molesta y algo perpleja-. Acumular para el ajuar, la casita propia, el lavarropas, la ropita del bebé o lo que sea. Esto que me ofrece el Ruso es un primer paso. ¿Te parece mal? Si es así basta que me lo digas y asunto concluido. Nos casamos en el dos mil.

-De bastoncito y abuelos –concluyó Ágatha Reynal, con ese suave veneno que tan bien manejan desde la cuna las niñas bien.

Entrompada, porque le costaba perder, Clarita se calló. Le lanzó, eso sí, una mirada tan dura y fría a Ágatha que ésta levemente se ruborizó y pareció murmurar ‘perdón’, o algo parecido, con la copa de alto pie ya inclinada entre los labios.

El empleo me duró no más de cinco o, a lo sumo, seis meses. Ni me pagaban gran cosa ni era un trabajo importante. El Ruso (con otros, que sería largo nombrar; esto se está haciendo excesivamente largo ya, pero es una introducción imprescindible si pretendo dejar claro lo que pretendo contar); el Ruso, para volver con él, tenía, entre muchos diversos intereses, más o menos expuestos y/o confesos, una productora de televisión, que se llamaba Olympia Productions. Él era el director. Trabajábamos a sus órdenes cinco o seis empleados, entre ellos la preciosa Vickie Fornells, causa directa de mis desgracias y, a la postre, también de toda esta historia.

Me echaron por ella. Me lo anunció un tal Trocante, al que le decían el Verbo, por la amplitud y variedad de su lenguaje. Me encontró en el bar El Lindo, a la vuelta de las oficinas, que quedaban en Bacacay y Espronceda. Las oficinas ya habían cerrado por aquel día y yo estaba allí solo, bebiéndome una grappa con campari. Trocante se me acercó por detrás y me palmoteó en el hombro. Era el lugarteniente y guardaespaldas, y chauffeur, correveidile, chupamedias y abrepuertas del Ruso. Se acomodó a mi lado contra la barra, cerca del rincón del fondo.

-Te convido –me dijo, y al camarero, que estaba del otro lado de la barra:-. Cárgame a mí lo del compañero, Torito. Y sírvele otra. Y un scotch sin descorchar para mí. Old Plantation, como Dios manda, con hielo y soda.

-¡Qué generoso te has vuelto, Trocante! –le reconocí, agradecido.

Trocante no se caracterizaba por su mano abierta, antes al contrario; era un famoso agarrado.

Lo observé paladear su Old Plantation sin descorchar, como Dios manda, con una delectación que superaba con creces la que todas sus neuronas reunidas pudieran experimentar con un placer tan sofisticado como beber un buen whisky escocés con hielo y soda. Barrunté que el tipo se traía ocultas intenciones, de las que disfrutaba por adelantado, y me demostró ipso facto que yo estaba en lo cierto; su indudable deleite procedía de otra fuente muy distinta y mucho más sórdida que el whisky: yo.

-Es que corren rumores de que te vas a quedar en la calle, compañero –me informó-. No haces otra cosa que darle a la sin hueso con la Fornells, y eso molesta un poco al patrón, porque pierdes el tiempo, se lo haces perder a la señorita y porque, además, guambia, él le tiene echado el ojo.

-Vickie y yo somos amigos de infancia, Trocante, y no se puede decir que estemos abrumados de trabajo. Si el señor Antelich lo ordena no le vuelvo a dirigir la palabra.

-Me temo que ya es tarde para arrepentirse, compañero –me dijo Trocante, mirándome a los ojos; era un individuo rechoncho y fofo, de piel seborreica, nariz grande y bajito, con unos malignos ojos estúpidos, chiquititos; tenía que alzar la vista para mirarme, y eso le disgustaba-. Además ese tonito de burla no le hubiera gustado nada al patrón. Siempre te pasas de vivo, chiquilín, lo que a veces cuesta caro. Pásate mañana a cobrar tu cheque. Abur.

Se largó.

En segundo lugar lo que ocurrió aquella noche misma en casa. A mí el empleo, dicho sea, me tenía sin cuidado, sueldo inclusive; cumplía mis ocho horas de oficina para hacer méritos de cara a Clarita. Lo que más me interesaba, en realidad, de la oficina, era la proximidad de Vickie Fornells; con la que, por lo demás, no me hacía demasiadas ilusiones: nos conocíamos hartó bien, demasiado, desde que nacimos como quien dice, y esa es la peor barrera para iniciar un flirteo, por muy superficial que sea; ésta por lo menos ha sido siempre mi modesta opinión, basada en mi escasa pero creo que suficiente experiencia personal. Ya he dicho que el salario eran maníes y que las expectativas de la empresa (si no lo he dicho lo digo ahora) eran de nulas a mínimas, o al menos ésa era la impresión que daba. Apenas si producían un programa infantil para Teledós y un concurso de gordos para Canal Sur y tenían en cartera otros dos o tres proyectos por el estilo. Mi inglés, hasta entonces, sólo me había servido para traducir chistes robados a la televisión americana (inofensivas gracias infantiles y groseros chistes de gordos). Mi francés no me había servido para nada salvo para decirle cosas al oído a Vickie Fornells: poemas de Lamartine y Hugo y, sobre todo, de Georges Brassens, que a ella le encantaba cuando lo escuchaba en el fonógrafo o por la radio.

En casa, cuando informé que me había quedado sin trabajo, mi padre pegó un puñetazo sobre la mesa y me insultó.

-Niñato de porquería –me dijo- No sirves para una m..., bien sabía yo. Te recomendé de la mejor manera al Ruso, me estrujé el cerebro para adjudicarle méritos a un pedazo de madera con ojos como tú, y mira lo que me haces: en un pis pas te haces echar.

-¿Qué tú me recomendaste?

Yo no sabía que mi padre y Antelich se conocieran. Era para mí algo casi inimaginable que sencillamente se trataran. Por qué no sabría decirlo; quizá porque mi padre, entonces, nunca iba a bares ni a ningún otro sitio público, porque hacía años que sólo salía de casa para su negocio, salvo un mes en verano que lo pasábamos (yo lo menos que podía desde que la edad me empezó a otorgar una cierta, creciente, independencia), no ya en el destartado caserón de mi niñez en Las Delicias, cerca de Nueva Palmira, sino en un moderno y estilizado chalet ajardinado en La Barra, cerca de Cuernos del Diablo; tal vez sencillamente porque era mi padre, un hombre serio y trabajador y de edad ya bastante avanzada, y, aunque yo hacía ya años que no me llevaba del todo bien con él y no le tenía un cariño filial infinito, era al fin y al cabo mi padre y a mí me costaba asociarlo con un personaje de antecedentes dudosos y de medio pelaje como el Ruso Antelich.

Mi padre (es preciso que hable de él con cierto detenimiento) se llamaba Arturo Bardaracci Souto, y era un hijo de chacareros del norte que había triunfado en la capital. Tenía (asociado con Julito Marsán y Carlos Marabotto) una de las casas de cambio más importantes de la ciudad. Era, además, el socio principal. Por desgracia, en casa éramos muchos, papá, mamá y siete hijos (yo era el cuarto, el del mismísimo medio), o sea que por mucho que papá ganara había ocasiones en que estábamos bastante ahorcados económicamente. Entonces, me temo, en aquellos días concretos del principio de esta anécdota, pasábamos por algunas apreturas, lo que siempre ponía tensas y difíciles las cosas. Esto es algo que yo intuía desde hacía ya un par de semanas; lo supe de forma concreta aquella noche, por la reacción desmedida y violenta de papá, al que enfurecía estar corto de fondos, saber que todavía no era (y acaso nunca sería) el potentado que creía ser cuando el dinero abunda-

ba, y, sobre todo, por la de mamá, que apenas si reaccionó en absoluto, cuando lo natural hubiera sido, si las cosas hubieran ido dentro de su cauce normal, que hubiera saltado de inmediato en defensa de mi persona.

-De modo que ahora ni sueldo aportas a la casa -añadió papá, entre bufidos perjudicados por toses; se había atorado entre el tabaco que fumaba y el cognac que a la vez bebía.

Yo nunca lo había aportado (mi sueldo); no había aportado ni un céntimo, que por lo demás nunca me habían pedido, pero todo esto, acaso por su propia obviedad, preferí callármelo.

-De modo -insistió papá- que de nuevo tendremos que cubrir nosotros todos tus gastos, tus borracheras, tus salidas nocturnas y demás actividades propias de los hijos mangueros y vividores como tú. De nuevo veo a tu madre dándote dinero a escondidas de mí, y como la pobre es una maldita santa yo finjo, doy la espalda, no me doy por enterado. A ver cuándo te resolverás por seguir el ejemplo de tus hermanos mayores, Juan Antonio y José Manuel -papá aportó al momento una pausa dramática, con un trago lento y largo de la copa de cognac, pausa que yo ahora aprovecho, pasados cuarenta años, para consignar que papá tenía debilidad por los nombres dobles: mis tres hermanas se llamaban Ana Luisa, Laura Inés y Carmen María, y mis tres hermanos Juan Antonio, José Manuel y Víctor Hugo; papá (y mamá otro tanto, para seguirle el juego; a medida que crecíamos más lo hacía entre guiños y sonrisas) siempre nos llamaba por nuestros dos nombres, y en su presencia nosotros teníamos que llamarnos los unos a los otros de igual manera; tragado el cognac, aplastado y retorcido en el cenicero el grueso cigarrito marrón que fumaba, papá me escrutó en silencio por unos instantes, con los ojos entrecerrados-. ¿Qué edad tienes? -me preguntó.

-Lo sabes tan bien como yo, papá.

-No seas impertinente.

Estaban presentes mamá y varios de mis hermanos (varones y hembras). En aquel momento, mamá se propuso débilmente intervenir, sé que en mi beneficio; se medio incorporó en su asiento y abrió la boca: alguna sílaba alcanzó a pronunciar. Papá la miró; la fulminó con la mirada (tenía unos ojos pardos chiquitos y hundidos, humedecidos siempre, semiescondidos por unos pesados párpados carnosos con dobleces y venitas que los atravesaban y unas largas y tupidas pestañas grises: detrás y debajo y al fondo de todo eso su diminuta mirada podía ser tremendamente cruel, maligna), de modo que mamá se plegó de nuevo a su sitio y cerró la boca. Se atrevió, eso sí, a menear suavemente la cabeza para expresar su disgusto. Yo era su hijo preferido, quizá por ser el más díscolo y rebelde, el menos brillante y, de los varones, el que más se parecía físicamente a ella, el de aspecto menos tosco y campesino.

-Contesta –ladro papá; sus ojitos hundidos parecieron aflorar, al punto de dar la impresión de que iban a saltarse de sus cuencos.

-Veinticinco, papá.

-Yo, a los veinticinco años, y desde los diecisiete, cuando me largué de Las Tarariras para ser alguien en esta vida, cargaba cajones, conducía camiones, manejaba guinches y grúas en el puerto... -el aire se le acabó a papá; desinflado, se acomodó en su asiento, un pesado sillón de orejas con gruesos y amplios brazos y unos muelles que ya hace años que chirriaban; él lo llamaba ‘mi banquetaza’.

Mamá contaba que, cuando se lo trajeron (yo era entonces muy chico, caso que ya hubiera nacido, punto este último en el que mamá jamás llegó a aclararse del todo), comprado en una subasta, y dijo, por vez primera, ‘mi banquetaza’, dijo (papá), según mamá, ‘He comprado una

serie de armarios y roperos y chucherías de ese tipo para ti y nuestra creciente prole y una fantástica banqueta para mí; una verdadera banquetaza’. Entonces mamá lo vio, vio que era un sillón y se lo dijo a papá, le explicó que las banquetas se caracterizaban por no tener respaldo ni brazos; papá le contestó: ‘No es una banqueta, es una banquetaza. Y ya sé, ya sé lo que me vas a decir. Tiene brazos y respaldo y sigue siendo una banqueta y será siempre una banqueta. Mi banquetaza’. Papá de joven ordeñaba vacas, sentado en una banqueta; la banquetaza era, sin duda, su reacción; la venganza sobre el tiempo del ganador. A mamá, por váyase a saber qué razones, acaso (quiero creer) de índole sentimental (quiero creer que se querían, o que al menos en un tiempo se quisieron; por ejemplo cuando me procrearon a mí, veintitantos años antes), le gustaba la anécdota y le gustaba, concretamente, contarla a sus hijos. No recuerdo que la haya contado jamás en presencia de ninguna otra persona que no fueran sus hijos y su marido (y a su debido tiempo novias, novios, mujeres y maridos de sus hijos e hijas), pero nos la contaba a nosotros, los hijos; él –papá- sólo la escuchaba, sin intervenir jamás, mientras una lobuna semisonrisa cobraba forma en sus labios y se desleía, una y otra vez, como la sonrisa de un fantasma que llevara dentro; un íncubo. A mí la historia jamás me hizo gracia y no la entendí (si es que la he entendido, en realidad) hasta bastante después de la muerte de papá, que murió de un ataque cardíaco en el 76, a los 78 años.

-A los veinticuatro – prosiguió papá-, yo ya tenía negocio propio; modesto pero mío. Todo a fuerza de trabajo; me he deslomado la vida entera y estoy orgulloso de lo que hice, orgulloso de mi familia; de mi mujer, de mis hijos... -me apuntó con un dedo algo temblón-. De mis hijos –repitió-, aunque no precisamente de ti.

-Lo sé, papá –contesté, con el aire más contrito y sumiso que me fue dable adoptar- Lo siento.

-Lo peor –papá cerró los ojos, se echó atrás en su banquetaza con un periódico doblado sobre los muslos y los lentes de lectura colgados del extremo de su picuda nariz- es que me has hecho quedar con Ante y los demás como un imbécil, como un padre embobado por un hijo liante y vividor. ¿Cómo me arreglas tú eso?

-Como tú digas, papá.

-¿Por qué te echó? –papá de golpe abrió los ojos; el arrebató de rabia había quedado desplazado por una súbita, tensa curiosidad.

Preferí mentir; instintivamente sabía que era mejor así.

-No se me dieron explicaciones, papá –le contesté, con la mayor soltura-. Escaseaba el trabajo y supongo que sobraba personal, y yo era el último contratado, el último orejón del tarro. Por otro lado –añadí- no se puede decir que Olympia Productions sea una empresa muy boyante.

-Pues Antelich maneja millones –dijo papá, y repitió, como si la palabra tuviera para él un sabor secreto, recóndito y casi sagrado-. Mi llo nes.

-Vete tú a saber de dónde los saca –susurró mi hermana Laura Inés, la penúltima de los siete, que a sus dieciocho cándidos y maliciosos abriles gozaba de una impunidad que yo nunca había tenido (ni ninguno de los varones) y que mi hermana Ana Luisa, la mayor de las hembras, había perdido hacía mucho, si es que alguna vez la había tenido; Carmen María, la benjamjina, de dieciséis años entonces, que era acaso la más bonita de las tres, o al menos entonces prometía serlo (como en efecto lo sería), bella de facciones y espigada y esbelta, era a la vez una adolescente callada, ensimismada diríase, que rara vez se metía en conver-

saciones que no le concernieran, y a menudo ni en éstas; papá miró a Laura Inés de reajo pero no le dijo nada.

Estábamos, la familia, reunidos después de comer, por la noche. Faltaba el primogénito, Juan Antonio, que llevaba casado ya una punta de años, padre de dos hijos, y que estaba medio separado de su mujer; se había enredado con una percantita bailarina de night club a la que llamaban Liliom (su verdadero nombre era Patricia Hergueta), que ni siquiera valía gran cosa; tenía un buen trasero y un soberbio par de mamarías pero su carita pseudo virginal, de párpados en extremo aleteantes era, como mucho, anodina; los afeites, abundantes, le agrandaban los ojos, lo que hubiera sido un efecto bonito si no bizqueara un poco de uno de ellos.

Mamá estaba hondamente alarmada y verdaderamente consternada por el proceder de Juan Antonio, a quien poco antes papá me había puesto de ejemplo a imitar, supongo que no por Liliom sino por su tesón, su tenacidad, su amor al trabajo, su puntualidad, su seriedad y su discreta pero carísima manera de vestirse, con trajes grises a rayitas, cruzados y hechos a medida, corbatas de seda italiana, oscuras siempre, perfectas de nudo, casi graves, severas, reverenciabiles, camisas de puños y cuellos almidonados y con gemelos en unos y ballenitas en otros, la raya del pantalón planchada a plomada y zapatos negros de atar, relucientes: el espejo en que mirarme, por suerte aquella noche ausente, porque, de haber estado presente hubiese asentido, ceremonioso y formal, a todos los dicterios e impropiedades con que me bombardeó papá, y si de éste los toleraba, a fuerza de una costumbre trasmutada ya en indiferencia y tedio, de mi hermano el mero espeso silencio con que hubiese aprobado, a fuerza de mudos y cejijuntos asentimientos, la bronca que me echó mi padre, me hubiese enfurecido. Juan Antonio y yo, me

duele hoy decirlo, transcurridos tantos años y él ya muerto, habíamos hacía tiempo dejado de ser hermanos; o si lo éramos lo seríamos como lo fueron los bíblicos Caín y Abel, el sufrido y laborioso primogénito y el botarate y calavera del menor (que éste termine por matar al otro de forma alevosa y traidora es algo a lo que yo, supongo, nunca hubiera llegado, pero que hasta cierto punto entiendo). _____

Los demás estábamos todos allí, inclusive Ana Luisa con su (segundo) marido, Toba Peláez, y sus mareantes niños (hijos del primero, tres en total), que por fortuna chillaban y alborotaban lejos, a cargo de una criadita nada fea, a la que yo había visto en dos o tres anteriores ocasiones y a la que, para emplear el refinado léxico de Trocante, le había echado el ojo: se llamaba (me acuerdo) Persilda, pero a mí me pedía, o pediría (sueños cinematográficos de una pajueranita jovencita, linda, curiosamente ambiciosa) que le dijera Marlene:

-Como la actriz ésa, ya sabes, la de las piernas –me dijo, sonrojada, cuando le pregunté por qué quería que yo la llamara así-. Un secreto entre tú y yo, ¿eh?

¿Por qué no?

Que un señor ya sesentón lo desvele no creo que sea traición.

Marlene, por lo demás, terminó de intérprete, en alguna ocasión en plan protagónico, de muchas de aquellas fotonovelas que poco tiempo después lanzó la editorial Mercurio, con Chino Balcárcel de estrella, la segunda serie, cuando la colección se llamaba *Corazón Herido*, y que creo que empezó a venderse a mediados de 1968; entonces Chino ya había dejado de jugar al basket ball; aunque poco más tarde firmó, sin duda por dinero, por Esparta, donde jugó su última, definitivamente última temporada.

Yo entonces, cuando las fotonovelas salieron a la venta, llevaba ya algunos meses sin saber nada de Marlene, que había dejado de un día para otro el cuidado de los hijos de Ana Luisa. Poco después me sorprendió verla en una de las páginas de una fotonovela. Comprobé que la nena ya no se hacía llamar Marlene, por cierto; muy al contrario, usaba su propio nombre y (supongo) su propio apellido: Persilda Jiménez.

Muy a menudo me he preguntado qué habrá sido de Marlene al final. Lo último que supe de ella fue que se había casado con Rafael Chiapapietra, el conocido actor. Eso debió ser hacia el 74, poco tiempo antes de que nosotros nos largáramos de Nacimiento. Sé que, tras el correr de un cierto tiempo, Chiapapietra y su mujer, más un hijo pequeño, se habían largado también. Eran los días en que se decía que había un cartel en el aeropuerto donde alguien había escrito: ‘El último que se vaya que apague la luz’.

Más de medio millón de nacimentinos, y de mis compatriotas en general (yo entre ellos) abandonaron la república entre 1972 y 1976.

Yo ya me había dado cuenta, desde el momento en que papá me dijo que me había recomendado él al Ruso, de que existía una incongruencia. Me la callé, no obstante, por el momento, y tras unos días de pensar y vacilar, aún yo indeciso y papá, si no aún furioso sí manteniendo aún conmigo una cierta fría distancia, llamé a su despacho (el de papá), frente a cuya puerta aguardé a que su voz adormilada me autorizara a entrar y entré.

-¿Qué quieres? –me preguntó papá, desde su sillón de despacho, articulado y carísimo, que se había hecho traer de Akron (Ohio), especialmente para él (tenía un duplicado exacto en su despacho de sus oficinas)- ¿Dinero? –esto último me lo dijo con un retintín burlón.

-No esta vez, papá, aunque si a ti se te ofrece...-dejé colgada la probabilidad en el aire; papá la descartó con un lento movimiento de la mano.

-No trates de enredarme, te lo advierto –me dijo.

-Yo jamás...

-Y encima falluto.

-Sólo quería decirte algo que me tiene perplejo.

-¿El qué?

-Tu amigo Antelich habló conmigo en el Castilla la Vieja.

-Conozco el sitio, aunque hace años que no lo piso. ¿Y qué?

-Me llamó con un ademán, y cuando me acerqué a él me dijo Bonacci, o algo por el estilo. ¿Es que no sabe tu apellido? ¿Seguro que hablamos del mismo hombre, papá?

-Mira si serás zoquete –papá se rió-. Te llamó Bonacci para ningunear-te, ¿entiendes?, por suficiencia, para empezar uno a cero, para salir con ventaja. ¿Es que la vida, maldita sea, sólo te ha enseñado a perseguir faldas, emborracharte, dejarte romper la cara y gastarte mi dinero? – papá resopló- Tu tía Clorinda, que es una mujer refinada y más imparcial que tu mamá, asegura que ni siquiera eres elegante como lo era yo cuando la conocí, y entonces yo tenía por lo menos diez años más que los que tú tienes ahora.

Yo quise intercalar, a manera de pipa de la paz, que la elegancia se adquiere con los años, pero papá no me dio tiempo para hacerlo; tajeó el aire con el revés de la mano cuando yo abrí la boca.

-Cállate –mandó-. Yo, un chacarero, un paisano, un semianalfabeto.

¿De qué te sirve a ti la maldita y carísima educación que tu madre insistió en que se les diera a nuestros hijos? Tu hermana Ana Luisa por lo menos se casó; se casó dos veces y con sendos zampaboyas que ni siquiera tienen, ninguno de ellos, un apellido de los que figuran, pero que

son ricos los dos, lo que no es poco. Su divorcio, por lo demás, fue un negocio de lo más rentable.

El primer marido de mi hermana mayor, que le había dado tres hijos, era el único hijo varón del segundo matrimonio de don Ramón Lestirich, uno de los dueños de Papeleras Reunidas; el tipo, el primer marido de mi hermana, un buen tipo, se llamaba Héctor Andrés, y empleaba, al menos al presentarse a los demás, sus dos nombres, lo que debió caerle bien a papá. Héctor soportó a mi hermana casi seis años y divorciarse le costó varios millones, que, conjuntamente con su segundo matrimonio, habían hecho de ella, sin duda, la persona más adinerada de la familia. Hasta papá la trataba con un cierto, nuevo respeto desde su divorcio e inmediata segunda boda.

Toba, por lo demás, su segundo marido, ya había preñado a mi hermana, que estaba de cinco o seis meses cuando el Ruso me despidió de su productora y, pasados unos días, Clarita rompió conmigo.

-Tu hermano José Manuel –mi padre no había cesado con su ‘filípica’, culta denominación que mamá les había puesto a aquellas grotescas y entreveradas peroratas paternas- ya es abogado, y está asociado nada menos que al bufete de Iragua y Meléndez. Juan Antonio muy pronto me sucederá a mí al frente de la agencia; todo está apalabrado y arreglado con mis socios. Víctor Hugo tiene año y medio menos que tú y tiene un empleo fijo con un buen sueldo y grandes probabilidades de rápidas y suculentas promociones, en una empresa importante, americana. Estudia inglés y contabilidad, se esmera; quiere llegar a ejecutivo en la central de Omaha, quede donde demonios quede ese lugar.

Papá se tomó tiempo para armar y alumbrar uno de sus pestilentes y retorcidos cigarritos de chala.

-¿Y tú qué? –me preguntó; de inmediato respondió- Tú te dejas ningunear por el Ruso Antelich, que te tuvo un tiempito a sueldo, con un sueldito de morondanga, dicho sea sin ánimo de ofenderte, y que cuando se lo piensa mejor te echa, el inútil a la calle. Un hijo mío. Se me cae la cara de vergüenza, como se te debería caer a ti.

Papá esperaba una respuesta, ya que había hecho un alto, como si dejara unos puntos suspensivos metidos entre signos de interrogación colgados en el aire entre él y yo. Se la di, dócil y obediente; le dí la que él esperaba:

-Sí, papá. Tienes razón en todo, papá. Estoy avergonzado y trataré de enmendarme. Por lo menos, papá, mi novia sí tiene un apellido de los que figuran

Esto último, sobre todo, lo moderó. Se había sacado de la nariz las gafas oblongas de lectura; se las volvió a poner con un ademán pacífico. Hasta amagó una sonrisa.

-Aprende a pensar, Miguel Ángel, hijo mío, hazme al menos ese favor – me dijo, con una sonrisa entre pesarosa o burlona-, o esa deliciosa niña no te durará mucho –añadió, con una voz plana, sin matices, quizá verdaderamente preocupado ante lo que, en aquel momento, a mí, tonto de mí, me parecía una remotísima, una casi imposible probabilidad-. A ver si es verdad que tratarás de enmendarte –dijo al final, dubitativo-.Y ahora lárgate.

Preferí obedecer, cerrar la puerta y marcharme, sin pronunciar palabra, después de despedirme con un movimiento de cabeza. A pesar de todo me sentía tan frustrado, tan amargado, tan ninguneado, para emplear una expresión pronunciada por él, que las risotadas de papá, que empezaron medio segundo después de que yo cerrara, y que se escucha-

ban con perfecta nitidez después que cerré la puerta, no me afectaron en lo más mínimo.

‘Ninguneado’, pensé.

Me retorcí a solas en mi cama, con aquella idea bochornosa en la cabeza, toda la noche. Me dormí, como dicen los poetas, con el lucero del alba.

A esta segunda humillación, horrible, en dos etapas, que me infligió, creo sinceramente que sin proponérselo, el autor de mis días, se sumó, menos de un par de semanas después, la tercera y peor: Clarita me dejó.

También en este caso la causante, directa pero involuntaria, del desastre, fue Vickie Fornells. ¿La causante, me he preguntado muchas veces, o la excusa?

Ocurrió una tarde, ya casi en su crepúsculo, a finales de un hermoso día de otoño. Yo me había metido a media tarde en el viejo cafetín Expreso, en diagonal al Castilla la Vieja por el boulevard; el Expreso era un cafetucho roñoso, pero misteriosamente chic (en sus horas nocturnas, al menos), que a la vez, y dividido por una grasienta cortina, era también una especie de almacén donde se expendían azúcar, huevos por unidad o docena, kerosén, aceite de marca o a granel, chorizo y jamón en lonchas, refrescos y bebidas alcohólicas y diversidad de los más variados artículos (hasta preservativos, si uno sabía cómo y a quién pedirselos).

A las ocho en punto la tienda cerraba, uno de los gallegos Monagés (los dueños) bajaba una pesada cortina metálica que estaba detrás de la grasienta cortina de tela, y la roñosa expenduría de al lado dejaba a todos los efectos de existir hasta las siete de la mañana siguiente. En media hora, más o menos, el denso olor a mortadela, queso rancio y pis de

vieja que venía del almacén se había diluido del todo en el interior del café y, hacia las nueve, empezaba a llegar a éste la gente bien; ‘la gente que huele a limpio’, como decía papá, aunque no en todos los casos, ni muchísimo menos, eso fuera verdad; era sólo otra secuela del monstruoso complejo de inferioridad que tenía mi padre frente a lo que él llamaba ‘buena crianza’ o ‘buena cuna’, y que de forma más bien misteriosa me había transmitido sobre todo a mí, el menos parecido a él de sus hijos en todos los sentidos, tanto físicos como morales y mentales; la diferencia consistía en que él hacía explícito su complejo, lo voceaba, alardeaba de él, o sea que hasta cierto punto lo dominaba, mientras que yo lo disimulaba, más todavía, lo disfrazaba de lo contrario, de modo que mi soltura entre la gente de buen apellido era en realidad una vergonzante manera de enfrentar, o eludir, un sentimiento oscuro e irracional de inferioridad que yo me negaba a reconocer que existiera pero que en ocasiones me dilaceraba; en mi caso, de hecho, era mi oscuro complejo el que me dominaba por completo a mí.

Mi noviazgo mismo con Clarita era una especie de venganza o desagravio contra ese sentimiento; en una sociedad tan sutilmente clasista como la nacimentina de aquellos años, liberal y democrática, apellidarse Bardaracci era una pesada carga, punto menos que una mácula; apellidos italianos integrados en el patriciado sólo había cuatro o cinco (Sant’Angelo, Ungría, Massini, Rizzo, Bel’Spino, quizá algún otro), y el nuestro, por supuesto, no era uno de ellos. Por no tener, nuestro apellido ni siquiera tenía el aura de misterio en la que habían sabido envolverse tipos como Buby Brazzio, de origen napolitano, o como el Ruso Antelich, procedente de no se sabía dónde, que hablaba el español con un levísimo acento foráneo inidentificable y que yo estoy seguro que era impostado, artificial.

El Expreso tenía dos puertas que daban a la calle, una para el bar y la otra para el almacén: las dos daban a su vez a una especie de terracita, cerrada por un murito bajo, sobre la calle Marqués de Lecor. El local, de la parte del cafetín, estaba casi vacío cuando Vickie se asomó; hubiera estado vacío del todo, como lo estaba cuando yo llegué, un par de horas antes, de no ser por dos peones de obra que discutían acaloradamente de caballos en un rincón de la barra. Yo llegué sobre las tres y media o cuatro; hacia las siete o siete y pico fue cuando asomó su tentadora naricita, por una rendija de la cortina grasienta, que ella sostenía apartada con dos dedos, Vickie Fornells; llevaba en una mano una bolsita de papel de estraza.

Desde el día en que me echaron de la productora, y de forma más concreta a raíz de las dos humillantes confrontaciones que tuve con papá, yo me sentía día tras día más confuso, más cargado de dudas y sospechas, más turbado e indeciso; más avergonzado también. Me veía poco con Clarita, mucho menos de lo que había sido habitual a lo largo, por lo menos, de los ocho o nueve últimos meses, y una tarde, unos cuantos días antes de mi encuentro fortuito con Vickie en el Expreso, estábamos Clarita y yo en la placita República Española, en una de las mesas al aire libre del bar que estaba detrás del palmeral (y que creo que se llamaba precisamente El Palmeral); estábamos a solas ella y yo, de lo más bien, yo me sentía en aquellos instantes casi dichoso y libre por completo de ofuscaciones y resquemores, en paz con el mundo y conmigo, y ella me asía de una mano y me rascaba ligeramente la palma con la uña del dedo índice; un solcito tibión se derramaba sobre nosotros a través de las largas hojas lánguidas de las palmeras y en el aire había un tenue zumbido de atareados insectos que se semejaba bastante a una apacible magia (por no mencionar a la felicidad, que es cosa hartito compleja, pe-

ro también, dicho sea, se le parecía), cuando atravesó la placita Tucho Falcón, que creo que vivía a la vuelta, y ella, Clarita, mi novia, Clarita Arostegui, se enderezó en su silla, se incorporó sobre sus pies y lo llamó. Todo se nubló.

Clarita y yo, ya lo he dicho antes (creo), llevábamos algo más de un año entero de novios cuando ella rompió. Algo que en un comienzo no había pasado de ser otro flirteo intrascendente con una niña bien, atractiva, divertida y, en términos generales, desinhibida, se había convertido, paulatinamente y sin que yo mismo me percatara del todo, en algo muy distinto y muchísimo más serio. Habían intervenido diferentes factores en este proceso; no se trataba tan sólo del romántico, del novelesco enamoramiento mutuo entre dos jóvenes de sexos opuestos. Había más. Sobre todo estaba papá; y detrás de él, por supuesto, su sombra pensante: mamá.

Clarita ya había ido dos o tres veces a casa conmigo, entonces, aunque sin haber pasado nunca del jardín, de la glorieta y los columpios (la arriñonada piscina recuerdo que estaba cubierta; era en otoño), cuando papá se enteró, por alguna de mis hermanas, de que Clarita no sólo era una Arostegui, lo cual de por sí ya era mucho, sino de que su madre (la de Clarita) era una Puig de Vère, que era más todavía. En aquel momento, supongo, papá cayó en la cuenta de que uno de sus hijos, el más badulaque de todos ellos, para colmo, el más inútil, estaba ligado por lazos ¿sentimentales?, ¿amorosos?, ¿acaso carnales?, con una aristócrata de verdad, con una aristócrata de pies a cabeza.

Papá, según ya tengo indicado, era de origen muy humilde, de una familia de labriegos de la localidad de Las Tarariras, en el departamento norteño de Gardeazábal. Papá era, sin duda, un tipo tenaz y ambicioso, inteligente en cierto sentido (listo por lo menos) y quizá, pienso hoy (no

lo pensaba a los veintidós ni a los veinticinco años) no exageradamente escrupuloso. Sé que bajó a Nacimiento a pie (eran más de quinientos cincuenta kilómetros), con lo puesto y poco más, y que tardó más de tres meses en llegar a su destino; por el camino hacheaba leña o levantaba paredes o hacía lo que fuera (por lo común trabajos esporádicos que requerían fuerza bruta) a cambio de comida y cobijo y, no siempre, alguna pequeña paga. Tenía diecisiete años.

En la república, por aquellos años, concluso y enterrado el capítulo feroz y sanguinario de las guerras civiles, se vivía una etapa de expansión económica y en un clima de liberalismo en cuanto a tradiciones y costumbres. Llegaban infinidad de inmigrantes pobres (en su mayoría napolitanos y gallegos) que se desparramaban por el interior despoblado del país para trabajar la tierra y fundar poblaciones (los abuelos de mi padre habían llegado con la primera gran oleada inmigratoria de los años treinta del siglo XIX). Muchos campesinos jóvenes, por otra parte, se empezaban a sentir atraídos por los fulgores, más o menos lejanos, más o menos irreales, más o menos fantásticos, de Nacimiento, del mismo modo que los nacimentinos cruzaban el charco hacia la pavorosa, la enorme y cruel y hermosa Buenos Ayres.

Camioneros, tractoristas y, sobre todo, carreteros, acercaban tramo a tramo a papá por los viejos caminos de tierra y por las entonces novísimas carreteras de macadán; a veces veían pasar algún ferrocarril o tenían que esperar en un paso a nivel o detrás de una barrera a que un ferrocarril pasara. A papá, de resultas de su pequeña odisea juvenil, los ferrocarriles le dejaron un poso de pasmo y maravilla que le duró toda la vida; viajar en ferrocarril era para él, hasta el final de sus días, una verdadera aventura, con sabor a nostalgia, que lo dejaba entre alegre y ensimismado, entre contento y conturbado.

-Cómo pasan los años, Violeta, caray –le oí decirle una vez a mamá, asidos los dos del brazo, cuando nuestro ferrocarril entraba en la pequeña estación de Nueva Palmira, de donde nos desplazaríamos, en cualquier achacosa camioneta de alquiler, a nuestra casita de Las Delicias, de cara al agua, al río, salobre, marrón, ilimitado.

Sé que en Nacimiento papá trabajó de peón en el puerto y de mozo de carga, que también manejó maquinaria pesada y que, después de varios años, ya propietario de un pequeño local de lotería y venta de tabaco y golosinas, se inscribió en el Instituto Nocturno en clases para adultos y se graduó de bachiller, lo que después le permitió licenciarse de contable y tenedor de libros. Más adelante fue croupier de casino y estuvo asociado en un garito clandestino que la policía clausuró. Había vendido su local de lotería y la clausura del garito clandestino fue un duro golpe económico para él. Se empleó de mozo de café y, mediante el ahorro y la tenacidad, llegó a propietario de un cafetucho en La Blanqueada.

Sé que cuando conoció a mamá ya había abierto una pequeña agencia de cambio en Villa Dolores, cerca del zoológico. Papá tenía 36 años cuando se casaron, después de cuatro años de noviazgo, y mamá tenía 24. Mamá se llamaba Violeta Orbizú y descendía, por parte de su madre, de los Vidal de Castro. Los Orbizú eran una familia con pretensiones pero que nunca había formado parte de verdad de la aristocracia, como ellos se creían o afirmaban creerse. Los Vidal de Castro, en cambio, sí habían sido una familia de relieve dentro del viejo patriciado procedente de la época colonial; estaban emparentados con la poderosa familia Castro y uno de ellos, Joaquín Vidal de Castro, había sido presidente interino de la república nada menos que cuatro veces, lo que constituía, supongo, un record, al menos en nuestro país. Para cuando

mamá y papá se casaron, empero, el brillo de los Vidal de Castro había quedado empañado por un largo espacio de tiempo y además el apellido estaba condenado a desaparecer, como ya antes habían desaparecido los Castro. El último varón de la estirpe de los Vidal fue un tío materno de mamá que murió soltero y septuagenario a mediados de los años cincuenta.

Que mamá se desvivía por papá, que lo respetaba e inclusive que lo admiraba es algo que yo nunca puse en duda y de lo que ella dio muchas pruebas fehacientes; que haya sentido alguna vez por él un verdadero amor pasional no lo sé, pero mi intuición filial ya lo había puesto muy en duda cuando yo no tenía más de veinte o veintidós años. ¿Por qué se casó mamá con papá? ¿Acaso porque vio en él al futuro potentado que pudo haber sido pero que en realidad nunca fue? ¿Por amor? ¿Por lástima? Yo, que lo he pensado mucho, que ya lo pensaba y le daba muchas vueltas por la época en que discurría este relato, creo que fue por fascinación. Papá ejerció siempre sobre mamá una especial fascinación; también sobre sus hijos (yo inclusive) y supongo que sobre otras personas. Papá tenía carácter propio, ese rasgo esencial de la figura humana que tan difícil es de definir y que, por lo corriente, no pasa de ser una mescolanza de diferentes influencias, cuando no un remedo de otro carácter más fuerte. Papá tenía un carácter viril acentuado, y una enorme fuerza de voluntad, que, no obstante, los años le amenguaron; el carácter no; el carácter, su particular e intransferible carácter, lo conservó de viejo, hasta el final. Papá, por su parte, se casó, creo yo, con mamá, acaso enamorado, pero sin duda también atraído, aparte de por su juventud y por su belleza, por sus apellidos, que le permitirían entroncar con el patriciado, aunque fuera de forma tangencial, y con la idea de que su descendencia pasaría a formar parte, si no sus hijos sus nie-

tos, parte intrínseca, de ese mismo patriciado, ya entonces moribundo, ceniciento, deslavazado, carente del poder que había tenido pero aún con los chispazos de relumbrón que suelen acompañar a la grisura de la decadencia, del que habían formado parte los antepasados de mamá. Cuando yo tenía veinte años, antes sin duda, papá se burlaba de las pretensiones aristocráticas de los Orbizú, pero yo estoy seguro de que al principio se las creía igual que se las creían ellos mismos; no mamá, me parece, que nunca, que yo recuerde, les dio ninguna importancia personal a esas cosas. Apoyaba a papá, que aspiraba a que sus hijos enlazaran su apellido, el oscuro e indefendible Bardaracci, con los de las estirpes patricias, porque lo apoyaba siempre y en todo, con una fidelidad y una tenacidad que yo jamás entendí cuando muchacho y que, por otra parte, me alteraba y disgustaba. Ahora, no obstante, cuando por fin me siento y cuento aquella vieja historia, habiendo rebasado los sesenta; ahora, digo, decía, que ya soy padre y abuelo, la entiendo (a mamá) y hasta creo que la admiro.

En cuanto a los Vidal de Castro, papá estaba orgulloso de ellos como si fueran de su propia sangre. Don Joaquín Vidal de Castro fue un personaje de segunda fila pero de actividad longeva, ya que figuró en los turbulentos tiempos de la ocupación brasilera, de la independencia y de la llamada Guerra Grande y sobrevivió a todos o casi todos sus contemporáneos, porque siguió en activo hasta el último tercio del siglo XIX. Fue uno de los fundadores del partido colorado y reemplazó dos veces a Rivera en la presidencia de la república: en 1834 y en 1845; en la primera ocasión estuvo un par de meses en la presidencia y en la segunda, durante el llamado Gobierno de la Defensa, con Nacimiento sitiada por las tropas del general Oribe, cerca de un año. En 1852, acabada la guerra grande, fue por tercera vez presidente interino, mientras se hacían

y deshacían las gestiones para nombrar un triunvirato que incluyera a Rivera y a Lavalleja más un tercero, que al final resultó ser el temible Fulgencio Benavídez. Rivera y Lavalleja murieron los dos de manera misteriosa en el transcurso de unos pocos meses, el primero en el Brasil y el segundo en Buenos Ayres, no cabe descartar que asesinados ambos, y Benavídez, como único triunviro superviviente, se convirtió en el amo indiscutible del país. El propio Benavídez, por último, designó sucesor suyo interino a don Joaquín cuando abandonó su segunda presidencia en 1865; entonces don Joaquín tenía ya 83 años y estaba ciego; murió en 1873, a los 92. Hay una plaza y un liceo con su nombre, y también una calle bastante importante; en la Universidad Central, de la que fue primer rector en 1859, si no me equivoco, hay, a la entrada del Paraninfo, una estatua sedente suya, con un libro en la mano y pose meditabunda. Papá estaba orgulllosísimo de ese inane pedazo de bronce, y siempre que pasábamos por delante, fuera a pie o en coche, lo señalaba; si había con él alguien ajeno a la familia, le explicaba: ‘Don Joaquín Vidal de Castro, antepasado directo de mi mujer, que fue presidente de la república, ministro, senador y diplomático en Europa. Un hombre de ideas en un país de salvajes y matasietes. Uno de los grandes precursores de nuestra república de hoy, igualitaria, laica y gratuita’. Había sorna sin duda en esto último, que papá decía a menudo; una expresión que en realidad no le pertenecía y que seguramente le habría soplado mamá, que leía: lo de república laica y gratuita está en el libro Los Castro y los Sanabria, de S. Pir, que yo vi en nuestra biblioteca cuando chico y que eventualmente leí, ya de adulto: entonces me enteré de dónde procedía aquella frase, que siempre me había parecido demasiado ingeniosa para un tipo como papá, tosco, con un sentido del humor basto y grosero y de esquivas, si existente, cultura.

Desde que Clarita apareció por casa y él se enteró de sus apellidos, la actitud de papá conmigo cambió, se volvió más sigilosa y expectante; también, hasta cierto punto al menos, más amistosa y comprensiva. A veces, como al pasar, me hacía preguntas; a veces, de forma más seria y formal, me daba consejos.

-No sé qué habrá visto esa chica tan fina y educada en ti, pero parece que le atraes. Sería una pena que la perdieras. ¿Cuánto hace que la conoces?

-Unos años.

-¿La cosa va en serio?

-¿Qué cosa?

-Vamos, vamos. ¿Qué cosa va a ser? ¿Va en serio?

-Aún no lo sé, papá.

-Eres un muchacho extremadamente reservado, Miguel Ángel. Me parece muy bien ser reservado en lo que concierne al bello sexo, hijo, pero con tu padre te podrías sincerar, explayarte un poco, al menos.

-Me gusta Clarita, papá –me sinceré, qué remedio-. Me gusta mucho.

-Sé cauto, pero resuelto. No apresures las cosas, pero tampoco las dejes dormir. Ábrele las puertas para que pase y sepárale las sillas para que se siente. Las mujeres adoran esos pequeños detalles.

-No todas, papá. Las hay, inclusive, a las que esos detalles les disgustan.

-Bah, marimachos. Ésta es una chica refinada, con clase; la buena crianza se nota, hijo. ¿Qué edad tiene?

-Dieciocho.

Entonces yo tenía veintitrés. A los veinticuatro me ennovié de manera, digamos, oficial, con Clarita; inclusive fui a hablar con sus padres, tal como entonces se hacía, aunque raramente, todavía. Papá, recuerdo, es-

taba encantado; quería celebrar el noviazgo con una gran fiesta en casa. Afortunadamente, mamá lo disuadió.

Aquella tarde que pasé en el Expreso, víspera exacta de mi ruptura con Clarita, yo había conseguido ochenta pesos del bolso de mamá (papá seguía enfadado conmigo, no ya por la pérdida de mi trabajo sino porque yo no había hecho el menor esfuerzo por conseguirme uno nuevo; mi sana intención de enmendarme se había diluido tres minutos después de haberla yo enunciado, me temo); necesitaba salir de casa y a la vez estar solo, pensarme las cosas, rumiarlas. Nunca fui un tipo muy inteligente, y siempre fui bastante atropellado. A los veinticinco años era todavía un perfecto tarambana; lo peor es que tenía conciencia de serlo, de que sólo me separaba de la inopia total una especie de natural cinismo y una forma de ver la vida que no casaba con la seriedad con que la veía la gente como papá. De hecho, Clarita me había gustado, en un principio, por su manera frívola y moderadamente casquivana de ser. Esto no significa que yo viera en ella una *liaison* fácil; muy por el contrario. Enredos fáciles yo había tenido ya unos cuantos, aunque no tantos, ni mucho menos, como hubiese querido, y sabía, sin ningún género de dudas, que muchas niñas bien se prestaban a eso de manera tan fácil como las criadas, si no más. Clarita, empero, no daba el tipo; eso uno lo notaba muy pronto. Una vez, cuando llevábamos ya unos meses saliendo juntos cada week end, se me ocurrió proponerle que me acompañara al caserón de Archie del Vayo. Yo no llevaba ninguna intención esquinada; era verano y yo sabía que en el caserón había siempre sangría para tutti quanti y me había parecido una manera amena de pasar la velada. No había tenido en cuenta que el caserón gozaba del inquietante prestigio de ser un lugar donde se reunían hombres y mujeres de la más variopinta condición y en el que se organizaban orgías, aunque yo,

que era un visitante bastante asiduo, jamás había sabido ni sabría nunca de ninguna.

Clarita se paró en seco y me miró en silencio a lo largo de todo un minuto, con la cabeza ladeada y los bellos ojos ambarinos clavados en los míos.

-¿De veras pretendes que yo pise ese sitio? –me preguntó; y sin darme tiempo a contestarle añadió- Ignoraba que tú lo frecuentaras, Miguel. Si quieres que tú y yo nos sigamos viendo me tienes que prometer que no volverás a pisar esa casa.

-Pero, Clarita, si es un lugar como cualquier otro; una casa grande, con un salón enorme y un precioso jardín.

-Es un lenocinio –dijo ella, con una muequecita de asco y rabia-. Peor todavía, porque en esa casa las rameras que la visitan son gratuitas. No discutí. No insistí.

De pronto, en el Expreso (me había sentado en una mesita cabe al ventanal que daba a Avenida Damborena) me percaté de mi entorno. Fuera, el día ya declinaba; las alargadas sombras de los edificios de apartamentos de la acera de enfrente obliteraban las sombras más vivaces y tornadizas de los árboles, que yo había estado observando distraído, en algún momento de aquella tarde, tal vez media hora antes, tal vez dos horas. Manolo, el único mozo, un gallego patizambo, de cabeza diminuta y pelo crespo, con una boca flácida que parecía ocuparle media cara, una nariz casi invisible y dos marrones ojos de mirada triste y miope, tras unas gafas como culos de botella, vestido con una chaqueta blanca dudosamente limpia y con descosidos en las mangas, me cambiaba el vaso cada vez que yo le hacía una seña (uno lleno por el vacío), y de vez en cuando me cambiaba el cenicero (uno vacío por el lleno).

Comprobé que me quedaban dos pitillos en el paquete; lo había comprado al entrar. Había salido de casa hacia las dos y media, puede que a las tres, después de un almuerzo desganado y desangelado, con media familia ausente, y andaba sin rumbo fijo. Mamá, que me veía día a día callado y desasosegado, me había entregado un rollito de billetes a espaldas de papá. Había entrado en mi cuarto, donde yo estaba tumbado en la cama panza arriba, y me había dejado el rollito de dinero, sin una palabra, sobre la mesa de luz. Al irse, me había soplado un beso. En mi espíritu hacía días, semanas, meses acaso, combatían oscuras fuerzas opuestas, que yo no acababa de entender y que me traían desmantelado. A Clarita la llamaba a diario por teléfono, pero nos veíamos no más de un par de veces a la semana.

Ver a Vickie, que me había visto y atravesaba la mugrienta cortina y se me acercaba, me produjo una alegría desproporcionada a las circunstancias, una especie de inexplicable euforia, y en cierto sentido me devolvió a mí mismo... ligeramente borracho.

-Hola, monada –le dije, al tiempo que me ponía de pie y separaba una silla para ella-. Acomódate, hazme el favor. Necesito compañía. Tu compañía.

-Sólo un ratitito, ¿eh? Tengo cosas que hacer.

Intercambiamos soplos de besos en las mejillas.

Vickie dejó sobre la mesa la bolsita de papel de estraza que traía y se despojó también de unos elegantes guantes nacarados, casi translúcidos. Un sombrero, que llevaba en la cabeza, colocado en un ángulo casi imposible, inverosímil, se lo desprendió liberando los invisibles alfileres que lo sujetaban y lo colgó de una de las esquinas del respaldo de la tercera silla, vacía. Después sacudió y se ahuecó con la mano la melenita cobriza. Curiosamente, me di cuenta de que apenas si había pensado

en ella desde la mañana en que fui a la productora a recoger el cheque de mi despido. Esa mañana no la vi; supe, me lo dijo Trocante, que Vickie había acompañado al Ruso a Teledós, a una reunión con no sé qué jefe. La noticia me desagradó, máxime por el tonito entre burlón e intimista que le había dado el Verbo al transmitírmela. ‘Se fueron juntitos’, me había dicho.

-Te veo mal –me dijo Vickie, no bien se sentó-. ¿Qué te pasa? –y sin darme tiempo a contestarle, añadió- ¿Por qué dejaste el empleo?

-No lo dejé –dije yo-. Me echaron.

-Vamos, no bromees.

-Me echaron, Vickie. ¿A ti no te lo dijeron?

-A mí el Ruso Antelich me dijo que te habías ido porque habías querido. Se lo pregunté un día, cuando llevabas varios sin aparecer.

-Pues no es verdad. Me echaron. Por dos razones, o quizá por tres.

-¿Cómo por dos quizá tres?

-Una –dije, a la vez que levantaba un dedo y me lo sujetaba con dos de la otra mano- porque perdía demasiado el tiempo; dos –levanté un segundo dedo y repetí la operación con los dos de la otra mano- porque hablaba demasiado contigo y te hacía perder el tiempo a ti también

-¿Y tres?

-Dije que quizá tres. ¿Qué tal son tus relaciones con el Ruso?

-Normales.

-¿De empleada a patrón?

-Qué de empleada a patrón –Vickie parecía que se iba a sulfurar-. Yo trabajo allí y el Ruso me paga, pero no es mi patrón.

-¿No será tu amante?

-¿Quieres que me largue y te abofetee?

-Si te largas no puedes abofetearme, Vickie.

-Pues te abofeteo y me largo; ¿es eso lo que quieres? ¿A qué venía esa pregunta insultante, Miguel?

-Estoy un poco curda, Vickie, lo siento. Trocante me dijo que al Ruso no le gustaba nada que tú y yo nos lleváramos tan bien porque, al parecer, tenía intenciones contigo.

-¿Intenciones de qué?

-Vamos, Vickie, por favor. Te había echado el ojo encima.

-¿Y qué? No sería el único, Miguel. ¿Acaso no me lo has echado tú también?

-Y un millón más, Vickie, ricura. ¿Es cierto o no?

-¿Qué el Ruso y yo somos amantes?

Asentí.

-¿Te importaría que lo fuéramos?

-Me importaría muchísimo, aunque no te lo creas.

-Eres un sol –Vickie me lanzó un beso, produciendo un ruidecito a la vez húmedo y chispeante con su boquita redondeada-. Pues no lo es. No es verdad. No hay ni hubo ni habrá nada entre ese tipo y yo, al margen del sueldo que me paga. No digo que no haya intentado, digamos, estrechar lazos, pero eso lo intentan todos, o casi todos. Tú mismo –se rió– sin ir más lejos, y eso a pesar de lo mucho que nos conocemos.

-Nos conocemos demasiado, sí, lo sé, y hace demasiado tiempo. Te tiraba de las trenzas cuando tenías cinco o seis años, ¿te acuerdas? Eso le pone a uno las cosas difíciles, Vickie, si supieras.

-No digas bobadas, Miguel –Vickie se rió con una espontaneidad que en cualquier otra circunstancia me hubiese encantado-. Además, cariñín –añadió; al decírmelo, Vickie me tocó en la nariz con la punta del índice– eres demasiado chiquilín para mí.

-Tenemos la misma edad.

-Por eso mismo.

En aquel momento, Manolo ya llevaba medio minuto junto a la mesa, a la espera. Vickie le pidió un martini seco.

-En copa cónica, si eres tan amable –le puntualizó.

-¿Cónica? –Manolo, intrigado, sin entender, se rascó lo alto picudo del testuz crenchudo.

-En ésas de pie largo –le explicó Vickie.

-Ah.

Manolo se alejó.

-Mira que eres sofisticada, criatura –le dije yo a Vickie-. Copa cónica. No me extraña que el tipo se rascara la cabeza. Yo hubiera hecho lo mismo. Es la primera vez que oigo esa definición.

-La copa es un cono invertido, ¿no? ¿Cómo quieres que la defina?

-Está bien, no discutamos, ¿qué más da? Yo jamás bebo martini seco.

-Bebes grappa con campari, ¿por qué?

-Me gusta.

-¿No será porque es lo que bebe Diego?

-¿Qué Diego?

-Sabes qué Diego.

-¿Te refieres a Chino? ¿A Chino Balcárcel?

-¿A quién si no?

-Miles de personas beben grappa con campari.

-Pero no todas imitan a Diego. Tú lo imitas, o lo intentas, por lo menos en ocasiones. ¿Por qué, cariño?

-Yo no imito a nadie –dije yo, no muy seguro-. A propósito, ¿qué edad tiene Chino? La nuestra, más o menos, ¿no? Fue compañero de clase nuestro en el Memorial, así que mucho mayor no puede ser. Y tú, ¿no te veías con él?

-Diego es otra cosa, Miguelito.

-¿Por qué?

-Porque sí. No quiero hablar de eso.

-¿De qué quieres hablar?

-Fuiste tú quien me pidió compañía. Serás tú quien elija de qué hablamos.

-No de Chino.

-Mejor de ti –me propuso Vickie-. ¿Qué te pasa?

-Las cosas no me van bien con Clarita.

-¿Desde cuándo?

-Desde hace un tiempo. Y cada vez van peor. ¿Qué opinas tú de Clarita? Sé franca conmigo.

-La conozco poco –Vickie meditó; parecía que intentaba de verdad ser franca conmigo, su amigo-. Es demasiado estirada, para mi gusto, pero sin duda tiene clase y es mona, muy mona. Entiendo que te guste. Te gusta mucho, ¿no?

-Creo que estoy loco por ella, Vickie.

-Lo que no te impide tratar de enredarme a mí.

-Los hombres somos así, y las mujeres creo que también. Clarita tontea con Tucho Falcón.

-¿Con ése? –Vickie casi lo escupió, con una muequecita-. Menudo imbécil –añadió.

-No puedo estar más de acuerdo contigo, Vickie, pero lo cierto es que Clarita tontea con él, en mi cara.

-Eso no es nada –dijo Vickie, muy seria en aquel momento; ipso facto, empero, rectificó, se rió: tenía una risita aleve, preñada de infinitas sugerencias, deliciosa-. Lo grave – afirmó- sería que lo hiciera a tus espaldas.

-Eso es lo que me trae mal.
-¿Qué?
-Que no lo sé
-¿No sabes qué?
-Lo que hace Clarita a mis espaldas.

Un rato después Vickie se marchó. Lo último que me dijo, ya de pie, después de rozarme una mejilla con los labios, fue: ‘Estás borracho, Miguel. Trata de no beber más’. A partir de aquel momento mis recuerdos se vuelven confusos; o por lo menos ya se habían vuelto confusos al día siguiente. Al salir me puse a andar, y en algún momento, no sé por qué, me tomé un taxi y entré en el bar Ataraxas, un sitio distinguido, con vidrios teñidos de color añil en los grandes ventanales, que daban a la plaza Doctor Soca y a la embajada española. Allí bebí tres o cuatro vasos de leche caliente con azúcar, una bebida repugnante pero a la vez el remedio más eficaz y rápido para cortarse una borrachera. La receta me la había dado alguna vez, unos años atrás, Chino Balcárcel. Después caminé, para terminar de despejarme, las doce o quince manzanas que me separaban de nuestra casa. Cuando llegué no es que estuviera sobrio, pero comprobé, por la reacción de mamá y de alguno de mis hermanos, de que por lo menos no se me notaba lo mucho que había bebido. ¿Doce grapas? ¿Quince?

En fin.

Me duché largo rato y, al salir del cuarto de baño ya me sentía lo bastante sereno como para telefonar a Clarita. Estuvo de lo más tierna y cariñosa conmigo y quedamos en vernos al día siguiente, al atardecer. ‘De nohecita’, fue la expresión que empleó Clarita. Me preguntó qué había hecho a lo largo del día —ella estudiaba, iba a la Universidad, en

un par de años pensaba doctorarse como abogada- y yo, tontamente, le mentí; puede que nada hubiese ocurrido de lo que ocurriría muy pronto si le hubiese dicho, aquella noche, que había estado en el Expreso con Vickie Fornells. No se lo dije, sin embargo; y no se lo dije porque trataba, creo, de esconderme a mí mismo lo mucho que deseaba yo a Vickie y una especie de profunda frustración, algo muy amargo, en todo caso, que era secuela de ese deseo; en aquellos momentos la deseaba mucho más, infinitamente más que a Clarita. La había tenido al lado, a Vickie, había contenido largo rato un fuerte impulso de agarrarla, allí sentada a mi lado a la mesa del Expreso, de apretarle los pechos, de incrustarle mi boca contra la de ella y explorarla con mi lengua. Había habido un rato en que yo había sentido una casi dolorosa erección. Por eso, creo yo, le escamoteé a Clarita aquel encuentro fortuito con una chica que ella sabía que era amiga mía de infancia, aunque no le gustara; porque a Clarita Vickie no le gustaba, no se gustaban la una a la otra, pero no por nada que tuviera en realidad que ver conmigo. Vickie era una chica de fama dudosa, que había estado enredada con Gabriel Vendrell, mala cosa, y con Chino Balcárcel, peor aún, y que además se veía y salía con hombres mayores, treintañeros y hasta cuarentones, peor todavía si cabe.

CAPÍTULO 2

CLARITA AROSTEGUI

Las Fornells eran tres hermanas: Bimba, Vickie y Bibí, y las tres tenían fama dudosa. Eran de buena familia, es claro, y aunque Bimba por entonces ya se había instalado en un apartamento en el Centro, con Belela Rius, las dos hermanas menores aún vivían con sus padres, en un gran apartamento en la rambla de Los Pocitos, cerca del malecón del Yacht Club; antes habían vivido en Lecumberri y Ortiz de Urbino, a la vuelta de donde entonces vivíamos nosotros. El padre era un periodista conocido, de ideología conservadora, editorialista de *El Intransigente*, el venerable matutino vocero de los grandes terratenientes; el mismo periódico diario, por cierto, en el que había trabajado, o al menos cobrado sueldo, Chino Balcárcel, al que yo, según no sólo Vickie, imitaba o remedaba; y quizá lo hacía, al menos de forma inconsciente; y no era yo el único: Chino, ya entonces, a los veintitantos años, con el basket ball y las fotonovelas (la primera serie, que se llamaba *Volcán de pasiones*), se había convertido en algo más que un personaje popular, conocido; ya se había empezado a forjar, a su alrededor, una especie de leyenda —no menciono tantas veces aquí a Chino porque sí: tiene su parte en esta historia, que yo, su protagonista, su mínimo y erróneo protagonista, trato ahora, pasados treinta y tantos años, casi cuarenta, de rescatar, de recuperar, acaso como una forma tortuosa de terapia o exorcismo.

Clarita y yo, mientras duró, tuvimos una relación, en términos generales, agradable y placentera, que si nunca funcionó como la seda se debió a dos fallas concretas y contrapuestas de nuestros caracteres: a una cierta apetencia por mandar y organizarme la vida por parte de Clarita (yo le decía, menos en broma de lo que ella creía, que en el fondo más que de abogada tenía mentalidad de maestra) y, por la mía, a la natural indolencia y a la vacua y mortificante irresolución de las que siempre he padecido (y, por de contado, a ese complejo de inferioridad al que ya me he referido hasta el hartazgo). Clarita también se quejaba de mi temperamento blando, maleable, según ella, y de la perniciosa influencia que ejercían sobre mí determinadas circunstancias y situaciones y determinadas y cambiantes personas, además de mi inclinación por el trago.

-No sé —me dijo una noche—, no entiendo cómo puedes beber un vaso tras otro de esa repugnante grappa, que además, según papá —su papá era médico; un médico con fama de mediocre y holgazán, pero con su diploma y su doctorado, más su importante apellido, y que algo es de creer que sabría—, contiene alcohol metílico, alcohol de madera, que es un veneno. ¿No ves a toda esa gente con la nariz corroída de venitas azules y amarillas, a todos esos viejos bebedores de grappa? Se los ve por todas partes, en todos los bares y cafetines, inclusive entre la gente de la buena sociedad. Así terminarás tú, Miguel, si sigues por ese camino. Debe ser por culpa de tu sangre napolitana, o calabresa, o de donde sea. Si tanto te complace beber, bebe whisky, por lo menos.

-Por mí encantado, Clarita. Aunque, por desgracia, el whisky está fuera del alcance de mi bolsillo.

-Es claro —todavía recuerdo a Clarita muy seria aquella tarde, con su nítido y bello perfil girado hacia mí en algún café medio elegante del Centro—; a ti siempre te faltará dinero si te niegas a trabajar. Aunque para el whisky, a decir verdad, bastaría con que estrujaras un poco más a tu pobre madre.

-A veces me parece que hablas de mí como si yo fuera una especie de bicho carroñero, Clarita. ¿Eres mi novia o qué?

-Lo soy, ay, sí —Clarita alzaba sus ojos al cielorraso, como si los alzara al cielo, en una súplica, para que Alguien le explicara los desviados intrínquilis de la vida—. Aunque lo cierto es que a menudo, muy a menudo, Miguel, cada vez más a menudo me pregunto por qué.

-Quizá para corregirme, Clarita. Siempre he pensado que, en el fondo, tienes alma de misionera.

-Creo que no, que no es por eso –Clarita se lo pensaba todo de manera formal, minuciosa: era muy poco receptiva, era de hecho casi totalmente refractaria a la ironía y al sentido del humor-. Creo que en realidad es porque te quieto, a menudo a pesar de mí misma y de la sensata opinión de mamá. También quizá me des un poco de pena, Miguel. No sé –Clarita dudaba, se mordiscaba el pulgar con leves y sucesivas dentelladas, la mirada fija en mí, parpadeante-. Si por lo menos tu familia fuera rica, fuera verdaderamente rica, como los Reinlein o los Osorno, que son unos parvenús, qué duda cabe, pero que son ricos de verdad, Miguel; en ese caso, creo, las cosas serían más fáciles; no tendrías que ganarte la vida; podríamos casarnos, tener hijos. Pero tú, me temo, cuando nos casemos, porque nos casaremos, te la tendrás que ganar, me tendrás que mantener, y a nuestros hijos, el día que lleguen. Y yo creo que de momento prefiero no saber cómo.

Yo, por mi parte, preferí pasar por alto lo último, asaz espinoso, y volver un poco atrás en nuestro diálogo.

-Los Reinlein –dije-. Los Reinlein son ricos desde hace un siglo, por lo menos. ¿Cuántas generaciones tienen que pasar para que se les desprenda esa despectiva etiqueta francesa que ustedes les cuelgan?

-¿Nosotros quiénes? –abrió los ojos muy sorprendida Clarita.

-Pues tú y tu familia y todos los demás rancios pobretones como ustedes, Clarita, muñeca –le contesté, al tiempo que la asía de una mano que ella se dejó asir renuente y que en seguida retractó y escondió bajo la mesa-. Todos están emparentados con todos y tienen antepasados comunes a todos que monopolizan el callejero municipal. Esa gente, nuestro endogámico y altivo patriciado, Clarita; es decir tú.

-A veces eres singularmente guarango, Miguel –se irritó Clarita-. Al fin y al cabo ese tata tatarabuelo tuyo, ése de la Universidad Central, también figura en el callejero y hasta tiene estatua y todo –Clarita se ablandó; ese pendular modo de ser suyo era el mayor de sus secretos encantos. Había devuelto la mano a la mesa y en esta ocasión era ella quien asía la mía; me pasaba un dedo moroso, prometedor, en lentos círculos deliberados, cada vez más amplios y después cada vez más cerrados, alternativamente, en una demorada y carnal espiral, por el dorso-. Eres un chico bien criado, Miguel, bien educado. ¿Por qué de repente te comportas de una forma tan grosera?

-Lo siento. Acaso mis tataranietos, si papá termina algún día de hacerse rico, ya no se comporten así.

-Nuestros hijos –dijo muy seria Clarita, aquella borrosa tarde anocheciente, en aquel café del Centro: acaso el Plaza, o el Oxford, o el Lyon d’Or; recuerdo el suave, aunque penetrante, aroma de la pastelería fina- serán como Dios manda.

-Si alguna vez los tenemos, Clarita.

-Mamá cree que estoy fatalmente, lamentablemente condenada a casarme contigo, y mamá rara vez se equivoca en esas cosas. Predijo, ya te lo he contado, que Cuca Fein se fugaría con el chauffeur; y lo predijo con un par de años de antelación. Y Cuca es sólo una amiga de ella. Yo soy su hija; así que ya me dirás. Tendremos tres –alzó Clarita tres dedos finos y pálidos, perfectamente patricios-. Pero antes, Miguel, en serio, ¿por qué no le haces caso a tu papá y lo dejas que te consiga un buen empleo? Él me dijo que, si tú quieres, te lo puede conseguir así –chasqueó los finos dedos, que produjeron un ruidecito crujiente y seco en el aire encerrado, dulzón y tibio del café.

-Prefiero deberle a papá lo menos posible, Clarita.

-¿Por qué?

-No nos llevamos muy bien.

-Pues si no fuera por él tú serías un muerto de hambre.

-Y tú no serías mi novia.

Clarita no contestó.

Pláticas de este tenor eran corrientes entre ella y yo, y aunque en (raras) ocasiones alcanzaban una cierta virulencia, la verdad es que nunca dejaban apenas si huella; al poco rato, o a lo sumo al otro día, como si nada.

Como casi todas las nenas de su clase y condición, bien fueran pobres bien ricas, Clarita, aunque ella no lo supiera, aunque lo negara, como la oí hacerlo, convencida y aun furiosa, era una nena fundamental y esencialmente frívola, que siempre había llevado una vida fácil y había hecho lo que había querido, lo cual, dicho sea, a mí me iba la mar de bien y me parecía ideal, perfecto. La frivolidad, pienso hoy, puede ser una excelente virtud, ya que prescinde de todo tipo de enconos y ensañamientos; es leve, volátil, siempre circunstancial, siempre y continuamente pasajera; es un algo cabal y profunda, elementalmente pacífico. Se puede matar hasta por pereza, se puede asesinar a un amigo o a un amante por amor, por compasión, por cariño, por nostalgia, se puede ir a la guerra por hastío o indiferencia, pero nadie mataría, bajo ninguna de las variadas fórmulas que enmascaran el verbo matar, por simple frivolidad; hay quienes matan por divertirse, que es otra cosa muy distinta.

La irremediable e irredimible estupidez que es el ubicuo trasfondo de los más viles y bajos crímenes, como la traición, la delación, el abuso de confianza y la colusión es incompatible, desde todos los puntos de vista éticos, e inclusive estéticos, con la frivolidad. Siempre ha habido muchos tontos frívolos, por supuesto, pero que se caracterizan por su invariable pesadez o por su cursilería, no por su maldad; ni siquiera por su malicia.

En Nacimiento, allá en mis sesenta (me refiero a la sexta década del siglo), había un señor, abogado, el doctor Cuévanos, político colorado de tercera fila, cuya única materia de conversación eran las putas profesionales que visitaba y los precios que éstas cobraban; llevaba sus nombres en una libretita, no por orden alfabético sino pecuniario. A una de ellas, que fue su predilecta durante un tiempo que la mera pesadez del individuo ha eternizado en mi memoria, una chica carísima, la llamaba, al referirse a ella, no por su nombre sino por su precio: La Trescientos. Recuerdo que una noche se hizo acompañar por ella, para mostrarla, orgulloso como si vareara a un crack purasangre invicto, ganador del Pellegrini y del Corrales; fue en el caserón de uno al que llamaban Borreguito, otro frivólón de la rama de los imbéciles, que todos los fines de año se compraba un automóvil de los años 20, a manivela, a los que en Nacimiento se los llamaba *cachilas*, o más expresamente *forchelas* (para referirse, al menos en un principio, a los viejos Fords a bigotes), unos hermosos vehículos pesados y de formas rectilíneas, duros de conducir y fuertes como tanques panzer, con el único propósito de lanzarse a bordo del mismo por la bajada de Doctor Visca a la playa, haciéndolo pasar, como a una pesada avestruz que pretendiera volar, por encima de la escalera que daba a la playa, para terminar incrustado en la arena; una variante de este estúpido espectáculo de Nochevieja consistía en estrellar el automóvil contra las macizas murallas exteriores del Cementerio del Buceo o del Hospital de Leprosos, que quedaban frente por frente, más allá, mirando hacia naciente, del espigón del Yacht.

La Trescientos (que creo que se llamaba Mabel o acaso Maribel) era una chica preciosa, una hembrita algo entrada en carnes y no muy alta que rondaría, cuando la vi, la treintena; parecía una señora o señorita de la pequeña burguesía, de sonrisa fácil y risitas algo casquivanas: nadie la hubiera confundido con una profesional, que era, a fin de cuentas, lo que era. Se decía, después (no sé de dónde habrá partido el rumor), que Chino Balcárcel se la había levantado, aquella misma noche, en casa de Borreguito, en la cara mismísima del doctor Cuévanos, como quien dice, y que éste se había quedado papando moscas, sin enterarse; que al otro día, se decía, Chino la había visitado, a la chica, en el apartamento de ella, y que no dejó de visitarla, de vez en cuando, como invitado (es decir gratis) a lo largo de unos meses. Chino jamás confirmó y más bien desmintió aquel rumor, fiel a su principio de que en cuestión de mujeres lo mejor, y lo más provechoso, es el sentido de la discreción.

Yo estuve presente en casa de Borreguito cuando el doctor Cuévanos entró con su trofeo; la chica se mostró muy modosita todo el rato, sin apenas hablar, y hasta recatada. El doctor Cuévanos, llegado un momento, le pidió a la chica que se desnudara; le había pagado su cachet completo, sus trescientos pesos, para que ella lo acompañara a lo de Borreguito aquella noche, y en cambio del habitual polvo mediocre y triste, pretendía mostrarla en cueros, para

que quedara definitivamente en claro que la chica valía hasta el último centésimo de los trescientos pesos que él le abonaba cada vez que iba a verla. La chica se negó, y cuando Cuévanos, un poco de mal modo, insistió, ella extrajo una chequera de su bolso, relleno un cheque por trescientos pesos y con una curiosa expresión, en la que se entremezclaban ira, ironía, burla y desdén, se lo dejó a Cuévanos, doblado, delante de sus narices, sobre una mesa.

-Pongamos –dijo- que he venido de visita, por curiosidad –y tras un segundo miró a Chino, que estaba sentado al fondo, en un rincón medio en penumbras, y le preguntó (fue la única pregunta que hizo en toda la noche)-. ¿Tú no eres Diego Balcárcel, el llamado Chino, el que juega al basket, el de las fotonovelas?

-Lamento tener que reconocer que sí, señorita –le contestó Chino.

Yo eso lo vi y lo oí. Las miradas que, según se empezó a decir poco después, le echaba la chica a Chino y la breve charla que mantuvieron los dos a solas en la antecocina, son cosas de las que yo no me percaté en absoluto. Leda Vancouver, que creo que era la única (otra) chica presente en aquella reunión, en su calidad de amante sabida y reconocida de Pedroyos, diría, pasados unos días que ella sí advirtió las miradas y los vio a los dos hablándose muy juntitos en la antecocina.

-La chica se lo comía con los ojos desde que lo vio –oí yo afirmar a Leda-. Lo miraba como para comérselo, vamos. Y después aprovechó que Diego se metiera en la cocina a buscar vino o lo que fuera y dijo que necesitaba ir urgente al cuarto de baño y lo siguió; pero ni siquiera subió al cuarto de baño. Diego, como si supiera, la atajó al pie de la escalera y se la llevó hacia la cocina, a la antecocina, donde cuchichearon un par de minutos.

Coda:

La frivolidad, en Clarita, creo que debo dejarlo definitivamente en claro, no tiene nada que ver con los dos necios ejemplos que he traído a colación; en ella, la frivolidad era algo burbujeante, chispeante, ocurrente, inconsciente, ligeramente malicioso muy a menudo y, sobre todo (al menos para mí), marcadamente sensual.

Todo, como he dicho, relucía entre Clarita y yo; a medida que el tiempo pasaba yo me hacía cada vez más a la idea de que un día, no cercano pero insoslayable, nos casaríamos, tendríamos nuestro propio hogar, hijos, etc. A mí, a decir verdad, la idea poco a poco me había empezado a agradar, a seducir inclusive. Si le veía una pega verdadera era lo del trabajo, porque era impensable que nos casáramos sin que yo tuviera un trabajo firme, estable y más o menos bien remunerado (a no ser que, en el ínterin, papá se hiciera verdaderamente rico). No se trataba, en este problema, tan sólo de mi haraganería congénita, sino de que no veía dónde, con quién podía ganarme los garbanzos, que no fuera, claro está, en la casa de cambio de mi padre o en un empleo conseguido por influencia directa de mi padre. Todo, empero, parecía ir como la seda entre Clarita y yo hasta que, poco a poco, tangencial, solapado y alevoso, sin que yo me percatara hasta muy tarde, crecía y tomaba entidad y cuerpo el vil y mezquino Tucho Falcón. Jamás había odiado a nadie; Tucho fue la excepción.

La oferta del Ruso Antelich y los cuatro o cinco meses en que cobré salario en su productora me hicieron creer, a determinada altura, que yo estaba preparado, mal que peor, para conseguirme un trabajo digno, mejor. Al fin y al cabo cumplía el horario, hacía lo que me mandaban, escribía sin faltas de ortografía, traducía sin errores, iba de corbata y afeitado y atendía el teléfono siempre que sonaba. Que charlara con Vickie no me parecía que fuera perder el tiempo, ni el mío ni tampoco el de ella, que era más importante, ya que estaba mejor pagada y era la secretaria personal de Antelich. Charlábamos cuando no teníamos trabajo ninguno que hacer. Que el Ruso, que al fin y al cabo no era más que un arribista del tres al cuarto, pretendiera llevarse a la cama a una criatura del calibre de Vickie me pareció, cuando Trocante me puso sobreaviso, al mismo tiempo natural, por lo apetecible de la nena, y grotesco, por lo zafio del rufián que la pretendía. Recordé que un par de meses antes, reunidos en el Gran Café del Jockey, en la esquina de Curuguatá y Espronceda (a manzana y media del famoso sótano de Chino Balcárcel, sea dicho de paso), Antelich había comentado que, cuando se acostaba con una mujer, aunque no fuera una prostituta,

aunque la hubiese seducido o convencido por las buenas (si es que esto alguna vez de verdad había ocurrido), él siempre pagaba.

-Les dejo siempre, se trata de quien se trate, un billete de cien en la mesa de luz –dijo-. Soy hombre casado y así me evito problemas.

No estaba Vickie presente, es verdad; éramos hombres todos, Trocante entre ellos, y Tano Galvani y Watusi Reinlein; y alguno más que se ha hecho esquivo a mi memoria. No obstante, cuando Trocante me transmitió las aspiraciones del Ruso, ipso facto me acordé de lo que el Ruso había dicho aquella otra noche, y me pregunté cómo hubiese reaccionado Vickie, caso que el Ruso (caso hartó improbable, en mi opinión) hubiese conseguido llevársela a la cama; qué hubiera dicho, qué hubiera hecho Vickie confrontada con el oprobioso rectángulo de papel moneda. Recuerdo que me dije, después de que Trocante se hubiese marchado, que algún día se lo preguntaría a la propia Vickie. Se lo pregunté, en efecto; fue al final de aquella larga y cruda noche de invierno, en el Lomo de la Ballena, la noche misma en que se presentó o fue convocado el monstruo, a mediados o acaso a fines de julio de 1968, que fue el centro, motivo y final de esta verídica historia; Se lo pregunté horas después del incidente, en otra parte y cuando ya clareaba.

-Me lo hubiese guardado –me contestó; y después, al ver que, por mi gesto, su respuesta me molestaba, se corrigió, con una sonrisita pícara, cómplice-. En realidad, Miguel, hubiera partido en trocitos el billete y se los hubiera hecho comer.

Me he adelantado, me temo, un poco, a los acontecimientos.

Los Arostegui vivían en Baltasar Hidalgo casi Dieciséis de Febrero, en una casa de dos plantas con una sobria fachada gris alegrada por unos laureles en la entrada, que era un portón verde de dos hojas abierto frente a la puerta del garaje, donde había una mesa de ping pong y herramientas en estantes (el auto lo dejaban en la calle). El padre de Clarita, el doctor Ernesto Arostegui Sepúlveda, tenía el consultorio en la planta baja de la casa, a la que se entraba por una puerta pequeña, escondida detrás de una parecita; de la planta baja arrancaba una escalera en ángulo, y abajo, al fondo, después del comedor, el comedor diario y la cocina, había un pequeño jardín dominado por un majestuoso níspero, en el cual, mortecinos bajo la sombra de la amplia copa del árbol, florecían algunos malvones. En la planta de arriba estaban los dormitorios y cuartos de aseo; también una sala alargada, en la que desembocaba la escalera y donde la familia se reunía a mirar televisión.

La familia la componían los padres y tres hermanos; los otros dos eran Carlitos, un muchacho más o menos de mi edad, y Maruja, la primogénita, que me sacaba tres o cuatro años y que, sin ser fea ni mucho menos, sino bastante agraciada, era no obstante bastante anodina, insulsa. Carlitos era flaco y rubio y de andar descangayado; había chicas que lo encontraban atractivo; tenía ojos claros, acuosos, y un perfil nítido, patricio, que era como un borrador tosco, masculino, del delicado, del delicioso perfil de Clarita. Maruja era una chica de tez pálida y rubia, parecida de rasgos al padre, seriecita y piadosa (iba a misa con mamá todos los domingos; el padre y los otros dos hermanos eran mucho menos consecuentes en su pacto semanal con Dios); se casó cuando yo estaba de novio con Clarita, en nuestros inicios. Su marido, Alfeo Sheppard de las Cuevas de Castro, era lejano pariente de mamá (los Cuevas eran otra rama del otrora frondoso y ya extinto tronco de los Castro), ejercía también él la medicina y se especializaba en pediatría. Era un hombre alto, muy hermoso, de ojos azules y pelo negro de rizos muy prietos, que llevaba muy corto; una vez acompañé a Clarita al hospital, a llevarle a Alfeo un mensaje de su flamante mujer, y lo encontramos en una vasta sala con camas a ambos lados en las que estaban tumbados niños de todas las edades, muchos con escrúfulas, otros con máscaras de oxígeno, otros conectados a maquinaria que vibraba, otros tan amarillos que parecían teñidos con benjuí; otros estaban sencillamente sentados en el borde de la cama y algunos se pasea-

ban en chancletas por los pasillos con sus piernas flacas como palillos de dientes. Un grupo de médicos, encabezados por el catedrático, el doctor Portillo, paseaba entre las múltiples filas de camas; algunos de los que lo seguían tomaban nota de lo que el catedrático dictaminaba, en hojas de papel enganchadas a tablillas de madera compensada; Dody (como llamaban a Alfeo) llevaba las manos en los bolsillos y le hablaba al oído a una enfermerita que tenía un precioso trasero y piernas bonitas, aunque un poco cortas. Recuerdo la escena en detalle. A Dody nuestra aparición lo disgustó visiblemente; a mí me disgustó todo; el Hospital para Niños Doctor Massini me pareció una antesala del infierno; y Dody se paseaba por allí, dueño de la más supina indiferencia y tratando de llevarse a la cartera a una enfermerita agraciada, con las manos en los bolsillos. No me había gustado nunca y desde aquel día lo detesté.

El doctor Arostegui era un señor rubio, de pelo escaso, con un mechón pertinaz que tendía a colgarle sobre la frente, rozándole una ceja. Era no muy alto y algo panzudo, feliz y orgulloso propietario de un Ford V-8 de 1955, pintado de azul y amarillo, con el que le gustaba correr a la mayor velocidad que pudiera o le consintieran sus acompañantes, en especial su mujer, que era la que mandaba en aquel hogar, quizá mediocre pero satisfactoriamente alegre y acaso dichoso; el doctor, eso sí, era un conductor magnífico, que además entendía de motores. Los automóviles, y de forma más precisa, *su* automóvil, eran de forma patente su pasión dominante. La medicina la practicaba para mal que bien sustentar a su familia y porque su padre y su abuelo habían sido médicos. Como médico (temo haberlo dicho antes) tenía fama de mediocre. ‘Un médico concienzudo’ era lo que sus colegas opinaban de él. En realidad, no sé en su consultorio, que jamás pisé; en la vida cotidiana, el doctor Arostegui era un señor afable y distraído, de educación exquisita y modales perfectos. No creo que como médico tuviera mucha clientela, ni que de hecho deseara tenerla; era un médico de barrio, sin pretensiones, un hombre de reacciones lentas, excepto cuando estaba sentado detrás del volante de su V-8, y, supongo, en los frontones donde practicaba la pelota vasca, una vez a la semana, con un grupo de tres o cuatro amigos médicos más o menos de su edad: todos ellos cuarentones y de apellido vascuence.

Su mujer, María Cristina Puig de Vère Lezica, llamada la Negra, era una señora alta y esbelta, no bella como lo eran, cada cual según su tipo, sus dos hijas, pero extremadamente elegante y que, de joven, debió tener, sin duda, un fuerte atractivo femenino, aunque nunca pude imaginarla en una actitud sensual; ni pícara siquiera. Cuando yo empecé a frecuentar su casa, ella conservaba todavía un cuerpo ágil, dúctil, flexible, y en su cara, de facciones pequeñas y apretadas, con un sesgo gatuno, los ojos, grises, tenían habitualmente una expresión fría, reservada. A pesar de su inalterable cordialidad y su indudable aplomo, a pesar de la calidez que, en ocasiones, asomaba a su sonrisa, a pesar de su talante entre apacible (en las reuniones familiares) y dinámico (en su faceta de nurse o secretaria de su marido, vestida en esas ocasiones con una impecable bata de batista, almidonada y crujiente, impoluta), sus ojos permanecían siempre intactos, invariables. Eran, como ya he dicho, unos ojos grises, objetivamente bonitos y acaso bellos, parecidos en el color a los de su hija menor pero más chicos y rodeados por miríadas de diminutas arrugas. Tenían (también esto lo acabo de señalar) una mirada fija, fría, quieta, calculadora; eran –creo yo– los ojos de una persona quizá no exactamente amargada ni frustrada: envenenada. La señora María Cristina Puig de Vère Lezica padecía de alguna como corrosión interior, un veneno secreto que ella disimulaba excepto por aquellos delatores ojos, que ocasionalmente la traicionaban; un veneno que yo siempre he creído, después de muchas dudas y tras el transcurso de un buen número de años (porque yo conocía a los Arostegui desde mucho antes de empezar a verme con Clarita; era amigo de Carlitos, el hijo intermedio, desde la pubertad: jugábamos juntos al fútbol, cuando nos ponían, en el Relámpago Pocitos, el cuadro de los hermanos Ferrería, de Gabriel Vendrell y, más o menos fugazmente, de Chino Balcárcel), que procedía de dos fuentes que acaso fueran una sola: el dinero y su

matrimonio. Que el dinero, jamás abundante y en ocasiones me temo que escaso, la angustiaba, lo reconocía hasta Clarita, que más de una vez me dijo. ‘Pobre mamá, su peor defecto es que sufre del codo’.

En cuando a su matrimonio, yo en ocasiones la vi, a la Negra, como la llamaban y le gustaba que la llamaran (era una aristócrata de subido tono de tez), perdida, como ausente, casi abstracta, en la contemplación, lateral o de re-
ojo, de su marido, y muchas veces vi en sus ojos una especie de pasmado desconcierto, en el que intervenían, no sé en qué proporciones, el odio, la lástima y, quizá, la resignación. El odio era como un odio apagado, mortecino, marchito, y la lástima, por el contrario, era viva, doliente, en tiempo presente; la resignación era resignación, nada más.

Una vez, ya muy avanzadas nuestras relaciones, y en su época más placentera y agradable, cuando más cómplices nos sentíamos mutuamente Clarita y yo, yo arriesgué, con la mayor de las cautelas, una tímida y tambaleante interrogante, que apenas si incidía, de la forma más oblicua y opaca, en aquel enigma doméstico que me rondaba la cabeza, y que me inquietaba de un modo que yo mismo me daba cuenta de que era excesivo:

-Tu mamá –dije– es una persona encantadora, pero a veces le veo, no sé, algo en la mirada, de un tiempo a esta parte. No es que yo me quiera meter en lo que no me corresponde, Clarita, pero me parece muy preocupada, y creo que es por tu papá.

-¿Cómo no lo va a estar, con lo que papá trabaja? –su padre trabajaba lo menos posible; Clarita no engañaba a nadie con esas palabras; no se engañaba ni a sí misma, porque acto continuo afirmó, sin que viniera del todo al caso pero como si me hubiera leído las sospechas, las intenciones:- Mamá y papá se llevan divinamente bien, que eso quede bien claro –Clarita me amenazó con su fino dedo índice y lo movió varias veces-. Son un matrimonio modelo, perfecto, y unos padres maravillosos, únicos, irrepetibles. A ti a veces se te meten cosas rarísimas en la cabeza y yo, bueno, bien –vacilante Clarita, como si temiera ella ahora decir algún despropósito que me pudiera afligir-, me las tomo como un juego y las dejo pasar, pero mamá y papá son otra cosa. Cuidadito, Miguel; no echas a perder este precioso idilio por una de tus rarezas. Se te había metido en la cabeza que Diego Balcarcel me había desflorado, y sólo te convencí a costa de sangre, y no hablo en forma de metáfora. Lo aguanté, lo soporté, pasó, supongo que ahora me crees, ¿no? –yo no me lo creía del todo pero asentí, de forma enfática asentí-. Se te metió en la cabeza –prosiguió Clarita– que en el Puerto Buceo había buzos por las noches, que extraían misteriosos objetos del fondo del agua, y me hiciste que te acompañara a verlo dos veces. ¿Me irrité siquiera, a pesar del frío espantoso que me hiciste pasar y con aquella niebla horrible que casi caigo con la grip-p? –Clarita tenía una delicada pronunciación, que es en vano tratar de recuperar; a lo sumo se puede, como en este breve ejemplo, remedar-. Sospechabas que alguien te estaba envenenando poco a poco a aquel horrible chucho que tenías y hasta hiciste que le analizaran no sé cuántas veces la orina y las heces; andabas todos los días con aquellos repugnantes frasquitos llenos de porquerías de perro y por la noche te instalabas en la azotea con los prismáticos y el rifle de aire comprimido. Una vez te acompañé, porque se te meten de tal forma esas ideas en la cabeza que las contagias, a mí al menos me las has contagiado más de una vez. Y siempre son macanas, fantasías. Ideas raras que se te meten, no sé por qué, en la cabeza.

-No tengo ninguna idea rara con tus padres, Clarita, te lo aseguro. Era sólo una pregunta.

-Okay –Clarita asintió después de pensárselo y masticárselo por espacio de varios segundos; se echó hacia mí y me besó en la nariz, en el cuello, en las tetillas-. Estamos en paz –concluyó.

Me recorría el pecho, una vez y otra, para arriba y para abajo, con sus dedecitos.

-Tienes unos pezones preciosos, Miguel. No entiendo por qué te disgusta que te lo diga. A muchísimas mujeres les encantan unos pezones viriles bonitos, como los tuyos. Son lo más bonito que tienes.

-A veces eres cruel, Clarita. ¿Adrede? ¿Sin darte cuenta? Me gustaría saberlo.

Yo siempre experimentaba cierta incomodidad en presencia de la madre de Clarita, en especial cuando me miraba y sobre todo cuando me dirigía la palabra. Siempre he tenido la certidumbre de que era una mujer que pensaba demasiado en el dinero, y que lo hacía de una forma hostil y hasta rencorosa.

-Mamá es bastante amarreta –reconocía Clarita-. Es que la pobre no tiene otro remedio. Papá se lo patinaría todo alegremente, en las cosas más estúpidas e inútiles, si lo dejaran. Si una vez hasta se compró un caballo de carrera, ¿para qué? Mantenerlo salía más caro que matricularse en el British. Y ni siquiera era un buen caballo; era un murrango de tercera fila. Tenía un nombre bonito, eso sí. Se llamaba *Épico*. Es claro que después de dos o tres carreras que corrió, y que perdió, como no podía ser de otra forma, mamá convenció a papá para que lo vendiera, y el precio del bicho más o menos se recuperó. Ahora, lo que son gastos de manutención y demás, abur.

-A tu papá le gustan mucho las carreras –dije; me pareció que aquél era un momento idóneo para hablar bien del doctor Arostegui, con verdadero entusiasmo o un sucedáneo muy aproximado: a mí también me gustaban las carreras de caballos-. Y sabe una barbaridad.

-Pues como comprador debutante se reveló como un auténtico chambón –dijo Clarita, y tras una pausa, para tomar aliento, añadió-. Por otra parte, si tanto le gustan las carreras que vaya y las mire. Abuelito fue uno de los fundadores del Jockey Club –aquel habitualmente cariñoso diminutivo Clarita lo reservaba, en exclusiva, no para uno de sus abuelos sino para uno de sus bisabuelos maternos, don Alejandro Puig de Vère y Galcerán, un señor de bigotazos tiesos que había muerto a principios de siglo-. Todos sus descendientes directos tenemos unas medallas, de oro –la calidad del metal Clarita la subrayó entre dos nítidas pausas-, con las que podemos pasar al Palco de Socios en compañía de quienes se nos antoje.

-Siempre que lleven corbata.

-Un día se la pido a papá y podemos ir, ¿qué te parece?

-¿Tu padre nunca va?

-Antes iba mucho, casi todos los fines de semana –dijo Clarita-. Ahora, desde hace unos años, sólo va al Corrales, el seis de enero. Nunca se lo pierde. Siempre ganan caballos argentinos, según parece.

-Casi siempre. Nosotros les ganamos al fútbol y ellos tienen mejores caballos.

-¿Y al basket ball no? Dicen que Diego jugó como los dioses en Saint Louis, el año pasado. Y en Egipto, y en Tokio, cuando las Olimpiadas; y a los argentinos les ganaba siempre. Lástima que se haya retirado.

-Te gustaba ir y tirarle floritas, me imagino.

-Jamás le tiré una mísera florcita y tú lo sabes bien, porque ya salíamos cuando él aún jugaba y fuimos juntos a verlo más de una vez, al Biarritz. Era fantástico –dijo lo último con acento soñador.

-Diego, Diego –dije yo, a medias irritado-. Chino era uno entre cinco, nada más. Uno entre doce, a decir verdad.

-Pero era el mejor, lo dice todo el mundo. Yo no es que entienda de basket ni me interese ni soy de esas tontas que iban a la cancha a tirarle floritas a Diego. De hecho, no he visto más de tres o cuatro partidos de basket en mi vida. De fútbol he visto más, pero sólo por televisión. Una vez hace poco estabas tú. Jugaban Nacional y Peñarol y papá no se podía creer que un peñarolista se hubiese infiltrado en la familia. Me ha dicho que a nuestros hijos los hará socios de Nacional en cuanto nazcan.

-Ganó Peñarol.

-¿Qué?

-Ese partido que vimos hace un tiempo por televisión; lo ganó Peñarol, que es lo que suele ocurrir.

Clarita se encogió de hombros; tenía unos hombros delicados, de carne dura y huesos finos; la sábana los dejaba al descubierto; nada más.

-Y hacer a nuestros hijos socios de lo que sea no depende de tu papá sino de mí.

-¿Serías capaz?

-¿De qué?

-Pues de mezquinarle esa pequeña dicha a mi padre. Eso sería muy egoísta y cruel por su parte; tú después haz a nuestros hijos, si nacen varones, todo lo peñarolistas que puedas, pero papá los hará socios de Nacional cuando nazcan, y si tú te niegas –Clarita vaciló– me mortificaría mucho.

-Que tu papá los haga socios de lo que quiera, Clarita, vida mía.

-Así me gusta más.

(Algo que siempre me ha intrigado e inclusive desconcertado; lo he preguntado; se los he preguntado a muchas, de adolescentes a abuelas, sin que nadie, nunca, me haya dado una respuesta satisfactoria. ¿Por qué a Chino Balcárcel todas las mujeres, de no importa qué edad, ocupación o condición, lo conocieran personalmente o no, lo llamaban siempre, invariablemente, Diego, tanto si hablaban con él como cuando se referían a él? Los varones, en cambio, lo llamábamos todos Chino. Recuerdo no obstante una excepción, muy entendible por lo demás: su padre. A mí, no obstante esta ligazón familiar, me sorprendió y casi me chocó oír que un hombre le decía Diego a Chino Balcárcel; lo escuché aquella noche de julio del 68 en la que ocurrió aquel acontecimiento casi mágico, la aparición de la ballena, que en más de un sentido, a corto, medio y largo plazo, cambió mi vida)

De los dos hermanos de Clarita muy poco o nada más diré; Maruja, la mayor, estaba casada y supongo que era feliz. Su marido, Dody Sheppard, médico pediatra (como ya he dicho antes) era un hombre grande, de uno noventa, más o menos, y que parecía infinitamente seguro de sí mismo. Estaba considerado como una de las grandes promesas de su especialidad y en más de una ocasión me pareció que trataba a su suegro con sutil condescendencia. Esto me irritaba de una forma insensata; a mí, que nada tenía que ver y que no sentía excesiva simpatía por el padre de Clarita. En una ocasión, por causas que no vienen al caso, en el Club Cuarenta y Uno, un sábado por la tarde, sin que nadie de la familia Arostegui estuviese presente, Dody y yo estuvimos a punto de venírnos a las manos. La causa, en fin, la diré: fue Bibí Fornells, la hermana menor de Vickie, a la que me pareció que la asiduidad e insistencia de Dody molestaban, como así era en efecto. Bibí, aliviada, se colgó de mí, lo que al tipo, que llevaba unas copas, no le gustó ni medio y me medio manoteó la cara. Nos separaron cuando nos íbamos ya al humo, como dicen. El incidente no arrojó repercusiones, por fortuna; jamás se habló de él en casa de los Arostegui; no creo que Dody se lo haya referido a su mujer y yo no le dije ni palabra a Clarita. Dody, queda claro por lo que ya he dicho, era un mujeriego impenitente. El doctor Arostegui no creo ni que se diera cuenta; su mujer, en cambio, lo miraba a veces con expresión de rabia y desprecio contenidos. Carlitos no sé qué opinaría. Clarita, con su mente lúcida y clara, dividía las culpas entre ambos cónyuges.

-Dody no sería como es si Maruja fuera más comprensiva –me dijo en una ocasión–. Pero Maruja salió a mamá, aunque se parezca más físicamente a papá. Es de carácter intransigente. De momento, las repetidas aventuras extraconyugales de Dody la tienen bastante a mal traer; pero verás: cuando Dody empiece a ganar dinero en serio, pelillos a la mar. Y Dody es muy buen médico, y ha elegido una especialización en que la que se puede ganar mucho, siempre que los pequeños pacientes sean de familia más o menos adinerada.

Los Sheppard eran también una familia del patriciado, no sé si viejo, intermedio o nuevo, y, como casi todas las familias de ese alto rango social, vivían cortos de dinero, desde hacía por lo menos una generación.

De Carlitos, por último, sólo diré que fuimos bastante amigos y que fue él en realidad quien me abrió las puertas de la casa de los Arostegui, lo que me permitió estrechar un vínculo con Clarita que hasta entonces había sido demasiado laxo, leve y esporádico. Desde que empecé a verme con su hermana, a sacarla por las noches y a regresarla por la alta madrugada, a irme con ella de picnic o a remar al Rowing Club, la amistad de Carlitos se amortiguó, se apagó; nos distanciamos. Una noche, en La Filarmónica, bastante borracho, se acercó a la mesa donde estábamos nosotros (Clarita y yo con otros más) y, a pesar de nuestras reiteradas invitaciones, no quiso sentarse. Quería,

dijo, hablar conmigo; hablarme a solas. Observé que venía bastante cargado y su expresión cejijunta no me gustó nada. Lo acompañé a un rincón de la barra, donde pedí una grappa con campari, a pesar de que había dejado otra casi intacta sobre la mesa; Carlitos pidió un cocktail kola en un vasito moderado, gemelo al mío. Dimos en silencio un par de tragos y él encendió un cigarrillo. Con humo no tragado azuleándole la cara, creo que avergonzado de sí mismo a la par que furioso conmigo, me preguntó:

-¿Te acuestas con Clarita? ¿Te has acostado con ella?

Yo me quedé callado, no porque la pregunta me hubiera tomado por sorpresa; en realidad era algo que ya hacía algún tiempo que me veía venir.

-Vamos, contesta –insistió Carlitos-. Y no trates de mentirme; será peor para ti.

-¿Es todo lo que quieres saber?

-Contesta –repitió.

-No pienso hacerlo –le dije-. Si te dijera que no no me creerías, y si te dijera que sí nos pegaríamos.

-Alguien los vio salir del Beumarchais, en un taxi.

El Beumarchais era un *meublé* de Los Pocitos al que yo jamás había llevado a Clarita, ni la llevaría; quedaba demasiado cerca de mi casa y eso no me gustaba; no al menos para que me acompañara una chica como Clarita.

-Si te crees todo lo que te dicen, Carlitos...

-Los vieron –repitió él.

Yo me encogí de hombros, vacié mi vaso y me volví a mi mesa. Él me agarró del brazo cuando me giraba, pero de inmediato me soltó.

A mí nunca me interesó la televisión, ni siquiera como novedad, de adolescente.

La televisión llegó a Nacimiento en 1955, cuando los hermanos Medeiro y Julito Fontanals lanzaron el Canal Sur, o Canal Diez. Los Medeiro eran propietarios de varias emisoras de radio y de algunas boites (locales danzantes más o menos inocentes, para parejas jóvenes fundamentalmente, que no había que confundir con cabarets y night-clubs, en los que trabajaban las llamadas hijas de la noche: las descorchadoras: las chicas del ambiente). Julito Fontanals, que no tenía más que su cara, su labia y los contactos de su familia, era el alma de Canal Sur; la suya fue la primera cara que apareció en pantallas en Nacimiento; en las poquísimas pantallas de televisión que había entonces en Nacimiento: la nuestra era una de ellas; papá la había comprado quizá un año antes de que Canal Sur empezase a emitir su señal de ajuste, que fue lo único que emitió a lo largo de interminables meses.

A estos pioneros los siguieron muy pronto otros dos: Teledós y Canal Seis. Teledós era de los Roldós, gente de apeshido, de los Nayalde, potentados argentinos, y de los Fein, presuntos judíos renegados, propietarios de las principales barracas de lana de la república, que también tenían un par de emisoras de radio. Canal Seis era de los Curzon, principales accionistas (si no dueños ya absolutos, a aquellas alturas) del antiguo, prestigioso y tradicional *El Matutino*, uno de los periódicos con más solera del país. Se decía que el padre de los Curzon (cuyo apellido original era algo así como Curzinowicz) había empezado en *El Matutino* como barrendero, y que, en treinta años, se había apoderado del periódico fundado un siglo antes, más o menos, por los Lanuz, los Borrat y los García Larravide. El diario tenía siempre tres directores: un Borrat, un Lanuz y un García Larravide. El administrador era Felipe Curzon, el mayor de seis o siete hermanos. Humberto se llamaba el director del canal de televisión. Teledós, desde sus comienzos, era el más rico de los tres, y Canal Sur el más pobre. Canal Seis estaba más cerca, en ese sentido, a las alturas de Teledós que a las bajuras del heroico Canal Sur.

A comienzos de 1965, y en medio de una fenomenal polémica de cariz político, el parlamento dio luz verde a la Cadena Estatal, Canal Siete, que pasó a pertenecer al Servicio Oficial de Música y Radiodifusión, un poderoso ente autónomo que además de emisoras de radio tenía una teatro de ópera, un elenco estable de ballet y una compañía

propia de teatro; también una enorme discoteca (colección, en este sentido, de discos y grabaciones musicales de toda clase) y una filmoteca, que estaba considerada como la más importante de América Latina, cuyos fondos principales, en cantidad y calidad, habían sido donados por el poeta Fernando Pereda y por una familia de banqueros franco-orientales, los d'Ormesson; unos de ellos, André d'Ormesson era también poeta, y según los entendidos un muy buen poeta: escribía en francés; Fernando Pereda se resignaba al español.

En 1969, pasada ya esta historia que trato de narrar, hubo un gran incendio en el local central del Servicio Musical y Radiofónico, que devoró las tres cuartas partes de la filmoteca además de muchos decorados y vestuarios; murieron cinco personas.

En 1965, empero, con la filmoteca aún intacta, la Cadena Nacional, a la que se le había asignado un presupuesto político, es decir ridículo, competía con lo único que tenía a su alcance: películas. Emitían viejas películas mudas, de una de las cuales, titulada **La barquera María**, creo que alemana, que vi por casualidad una madrugada, no me olvidaré jamás. El primer director de la Cadena Oficial, por cierto, fue el profesor Luis Amadís Balcárcel, el padre de Chino, al que eligieron no sólo por su prestigio y por su vasta y reconocida cultura sino, fundamentalmente, según me temo, por su condición de apolítico. Duró en el cargo unos pocos meses; yo apenas si lo traté (aunque es, en más de un sentido, el verdadero protagonista de una de las noches más asombrosas y milagrosas de mi vida), pero tengo un recuerdo de él preciso y vívido: mi impresión es que se trataba de un hombre demasiado íntegro, o demasiado cándido (si es que son cosas distintas) para ocupar un cargo como aquél y lidiar con todos los problemas inherentes al mismo.

Nuestra casa, la de entonces, cuando nació la televisión en Nacimiento, a mediados de 1955, estaba en Véliz entre Doctor Morquio y Trece de Abril, muy cerca del Parque Zorrilla de San Martín. Mi padre, como ya he dicho, compró un aparato de televisión (marca Zenith) mucho antes de que Canal Sur empezara a emitir su interminable y siempre idéntica carta o señal de ajuste, sobre un fondo de puro silencio quebrantado a veces por extraños chirridos e inclusive por alguna voz que recitaba letanías de números.

-Veinticuatro dieciséis catorce nueve nueve.

Estas exactas cifras, que me aprendí de memoria, salían al aire todos los días entre las nueve y las once ante meridiem. Qué significaban nadie que yo conociera lo sabía. Inclusive en algún diario se bromeó con el presunto significado de aquellos números.

Nuestra casa, pues, fue de las primeras (y la primera en el barrio) que contaron con el maravilloso adelanto de un televisor. A mí, como ya he dicho, no me interesaba; después de unos días de curiosidad, cuando empezaron a emitir la carta de ajuste, me aburrí; y ya desde entonces nunca me volví a interesar.

Muchos chiquilines (y chiquilinas) de mi edad que vivían en el barrio (entiéndase por barrio, en este caso, el de la inmediata vecindad) se amontonaban en casa a partir del momento en que moría el crepúsculo de la noche para mirar la televisión. Vickie Fornells, que entonces vivía a la vuelta, por Lecumberri, con su familia, iba a menudo, al igual que su hermana Bibí, la pequeña; inclusive Bimba, la mayor, que a mí entonces ya me parecía una mujer, con todo lo de terrible, peligroso y tentador que tenía una mujer ya hecha, como ella me lo parecía para un adolescente a medio hacer como era yo, se dejaba caer por nuestra casa en ocasiones, a mirar televisión; su cercanía, su proximidad física, que a veces todavía recuerdo como si casi la viviera, me turbaba, excitaba y amedrentaba, todo al mismo tiempo. La preciosa y agradable Bimba Fornells, una muchacha de hablar suave y de ojos tiernos y soñadores, con su carnalidad visible y casi tangible (a la distancia que fuera), acrecentada por su fama ya entonces ambigua, que daba pie a que las señoras del barrio parlotearan en susurros después que ella había pasado, acompañada o sola, fue motivo para mí de muchos intensos insomnios. Vickie quizá nunca haya sido, para mí, tan sensual, tan tentadoramente prohibida, tan ensoñecidamente inalcanzable como Bimba; o puede que sea el recuerdo de la carne para mí proscrita de su hermana mayor la que la perjudique en la comparación hoy día, en mi memoria, después de

haber transcurrido tantísimos años. Lo cierto, de todos modos, es que Bimba me atraía muchísimo, y también Bibí, pero ninguna de ellas me atrajo nunca como llegó a atraerme la hermanita intermedia cuando los dos nos adentrá-bamos paso a paso en la veintena, y yo tenía mi novia oficial: Clarita Arostegui. Entonces fue cuando Vickie, ayu-dada, digamos, para el caso, por el azar, o por una serie de coincidencias y/o casualidades, se convirtió para mí en un fruto clandestino, casi al alcance.

A mamá las Fornells no le terminaban de gustar, Bimba en particular. Las trataba, no obstante, igual que a todas las visitas que pisaran nuestra casa a invitación de cualquiera de sus siete hijos, con una especie de cordial y sonriente resignación. En familia, con sus hijos, llamaba a nuestras amistades más asiduas ‘los invasores’. Se preguntaba, en voz alta, entre nosotros. ‘¿Veré la casa algún día, un solo día, libre por completo de invasores?’ En ocasiones se juntaba, en la casa, una treintena larga de niños, adolescentes y muchachos ya crecidos, entre las amiguitas de mis hermanas menores, Laura Inés y Carmen María, los amigos poco mayores de Víctor Hugo, los míos, los y las de José Manuel, que era tres años y medio mayor que yo, y los y las de Ana Luisa, tres años y medio mayor que José Manuel, y de Juan Antonio, el primogénito, que le sacaba a Ana Luisa un año y medio. Había un lapso de dieciocho años casi justos entre el mayor y la menor de los siete hermanos que fuimos, ya que Juan Antonio había nacido a comienzos de mayo de 1934, y Carmen María, por su parte, había nacido a finales de abril de 1952. Yo nací en febrero de 1943, o sea casi exactamente a mitad de camino entre uno y otra. Por suerte nuestra vieja casa, que era en realidad de mamá (lo único que jamás le tocó en herencia, creo), aunque parcheada, mohosa, con las paredes salpicadas de herrumbre y polucionadas por las feas manchas verdosas del orín, destartada y en parte desmante-lada, achacosa, con viejas escaleras angulares de madera que crujían, techos altísimos que cobijaban generaciones empastadas de telarañas, cuartos de baño grandes e incómodos, con pesadas bañaderas antiguas, con patas labra-das, de bronce y latón, y corredores oscuros, con claraboyas empercudidas de hollín y mugre que tenían, todas, el mecanismo de apertura y cierre estropeado por la herrumbre, era grande, enorme.

Nos habíamos mudado a aquella casa desde una casa alquilada en Villa Margarita, cuando yo tendría entre seis y siete años. Si la memoria no me falla mis dos hermanas menores no habían nacido todavía. Cabe, de hecho –existe algo borroso entre mis ya de por sí borrosos recuerdos de aquel lejanísimo entonces que apunta en esa dirección–, que mamá, cuando nos mudamos, estuviese preñada de Laura Inés, que nació en 1950, en enero. Era invierno –ju-lío, agosto– cuando nos mudamos. Lo recuerdo muy bien por el espantoso frío que pasamos, sobre todo, en aque-llas largas noches de invierno, cuando se desenchufaban las varias fogonetas translaticias, de rulo o resistencia, que papá había comprado de urgencia cuando estábamos en plena mudanza y que, por el día, al menos nos daban la ilusión de que el frío no se sentía tanto; supongo que debió ser en el feroz invierno del 49, el de aquel huracán que derribó un montón de robles gigantes del Parque Roosevelt y del Parque Durandean y que limpió de arena un mon-tón de playas de la costa, desde Sacramento hasta Cabo Polonio.

Había, en la casa de Véliz y Trece de Abril, una enorme estufa de chimenea en el salón principal de la planta baja, que resultó que estaba atascada y que, cuando el deshollinador se metió a desatascarla, parte del largo tiro de ladri-llo renegrido se desmoronó y el hombre se cayó desde una altura de cuatro o cinco metros; allí quedó descoyunta-do, ensangrentado, desmayado y con una fractura expuesta en una tibia. Yo estaba en el salón, algo lejos de la estu-fa y oí el ruido y el grito y lo vi caer y creí que estaba muerto, y durante muchos años recordaría con pavor mi con-fusión y mi miedo en medio del barullo de gritos, idas y venidas, enfermeros y otra gente que entró en la casa en tropel.

Recuerdo los ayes gemebundos del deshollinador cuando lo transportaban, ya a medias consciente, en una camilla, el llanto incontenible de una criadita mulata que se llamaba Esther y que a mí me parecía preciosa; llanto del que se contagió mi hermana Ana Luisa, y las dos lloraban abrazadas hasta que mamá, furiosa, las separó y abofeteó va-rias veces a su hija, no sé si para frenarle un incipiente ataque de histeria o como castigo por intimar de aquel mo-

do con el servicio; mamá era un poco rígida y chapada a la antigua en cuestiones de etiqueta y de castas o clases sociales, algo que a papá, a pesar de su condición mal que bien de nuevo rico, por lo menos in pectore, o quizá por esto mismo, lo traía absolutamente al paio, dicho sea en su favor; *noblesse oblige*.

Mamá abofeteó varias veces a Ana Luisa y fue la pardita Esther la que se tapó la cara bruscamente con el delantal y huyó a la carrera, como si las bofetadas las sintiera ella y le dolieran. Subió chillando por la tortuosa escalera de madera que conducía a las habitaciones de servicio. A mí Esther, lo he apuntado al pasar poco antes, calladamente me fascinaba; me acurrucaba, en nuestra casa de Villa Margarita, en una especie de pequeña leñera que daba sobre un descansillo de la escalera sólo para verla pasar y subir y entrever sus enaguas y su ropa interior remendada cuando subía de la cocina a su cuarto a la hora de la siesta o por la noche, si conseguía que me dejaran despierto, cuando subía a dormir.

Muy poco después del incidente del deshollinador y la lloringanga mamá despidió a Esther, porque se enteró de que la chica se veía, en sus días de salida, con el hijo de un carpintero del vecindario y, en concreto, porque una tarde la descubrió cuando intercambiaba señas con él desde una ventana de nuestra casa a la calle. No me olvidaré nunca del llanto inconsolable de Esther cuando mamá le comunicó que la despedía e hizo venir a casa a la madre de la chica, una mulata grandota, quizá joven todavía, aunque a mí me pareció viejísima. Años después me enteré —se llamaba Flor— que había sido mi ama de cría, porque mamá dejó de amamantar a sus hijos a partir de mí, nunca supe si por prescripción facultativa, como ella me dijo en alguna ocasión, o porque su leche no era lo bastante nutritiva, como me dijo alguna otra vez o, sencillamente, porque los años pasaban y ella estaba y estaría, hasta rebasar el medio siglo, muy orgullosa de su esbelta silueta de senos altos, fina cintura y largas piernas.

Era elegante, mamá, y quizá hermosa, aunque nunca debió ser verdaderamente bella como lo serían sus dos hijas menores y, sobre todo, la más pequeña; era elegante, culta e inteligente y a mí me privilegiaba con una especial ternura, pero era fría; una mujer resuelta y dura, que pensaba por su marido y lo apoyaba siempre, fuera en las circunstancias que fuera, con poquísimas excepciones; de hecho, lo manejaba como a un títere, con sus finos y elegantes dedos que enlazaban los invisibles alambres de su vida (la de papá).

Con el tiempo, en fin, los aparatos de televisión se hicieron día a día más corrientes, de modo que los vecinitos (y las vecinitas) poco a poco dejaron de aparecerse, para mirar la gris pantalla cuadrada, por nuestra casa. En el 63, por lo demás, en otoño, nos trasladamos a Los Pocitos Nuevo, a una casa nueva, por estrenar, que papá había mandado edificar en la proa de las calles Ramiro Cortés, Trece de Abril y Manco Capac. La entrada principal era por Trece de Abril, sobre la proa misma, y había una entrada secundaria o de servicio por Ramiro Cortés y la enorme puerta de roble del garaje, que se abría plegándola hacia arriba, daba a Manco Capac. La casa era imponente; era la casa del potentado que papá pretendía y trataba de ser, y que a punto estuvo de serlo: fracaso final (culpa menos de él, que ya se había semi retirado, que de mi hermano mayor, que había de hecho reemplazado a papá en la agencia de cambio) que fue la causa directa de su inmediata bancarrota y, en el plazo de unos pocos años, de su propia muerte, ya muy viejo y arruinado, aficionado, al final de una vida si no abstemia sobria, al dudoso placer de emborracharse en boliches y clubes de bochas, entre otros viejos que seguramente jamás habían sido potentados ni pretendido serlo, con amarga cortada con vermouth.

(La amarga, dicho sea entre paréntesis, era una bebida barata, una mezcla del jugo fermentado y destilado de diferentes raíces amargas de nunca supe qué plantas; el cocktail kola, que se embotellaba en porrones de cerámica de color ocre pálido y marrón, la bebida que bebía en ostentosos bocks de cerveza el Ruso Antelich en el Castilla la Vieja, era la versión pulida y mal que mejor refinada —o pretenciosa— de esta bebida de pobres, la amarga, igual de venenosa, por otra parte, y de mortífera, que la grappa, que en Nacimiento se fabricaba —la fabricaba el monopolio

estatal de combustibles, alcohol y portland- no como en Italia, donde el orujo se prepara después de limpiar las pellejas de la uva de los cabitos de madera que la unen al racimo, sino con los cabitos incluidos, que, al ser madera, eran los que destilaban el peligroso alcohol metílico, o alcohol de madera, que tanto preocupaba a mi novia Clarita y a su papá el doctor.)

Dos colosales leones de bronce flanqueaban el vuelo de escalones que subía de la acera, en Trece de Abril, a nuestra casa nueva.

Rodeada por un enorme jardín y enclavada en una especie de hondón excavado ex profeso, la casa, desde la calle, no se veía; sólo la puerta secundaria, o de servicio, por Ramiro Cortés y, por Manco Capac, la inmensa puerta del garaje. De la casa en sí, se divisaban nada más que los amplios tejados abohardillados y las dos grandes chimeneas. El garaje estaba construido a cierta distancia de la casa, y las dependencias de servicio se comunicaban con ésta por un camino de lajas entoldado que cruzaba el jardín. Un alto muro la cernía por ambos flancos, y como tanto Ramiro Cortés como Manco Capac caían en un descenso bastante pronunciado hacia el sur, hacia la playa, hacia el mar, los muros, de dos metros de alto al principio, crecían hasta el doble de altura en su caída hacia el mar. La calle Trece de Abril cortaba en un largo sesgo todo el barrio de Los Pocitos, ya que nacía en Véliz y Sánchez Lobo, a la vera del Parque Zorrilla de San Martín, también llamado Villa Biarritz, e iba a morir cabe a la escollera del Yacht, sobre la larguísima avenida Dorronsoro. El parque y la avenida estaban considerados los límites, occidental, respectivamente, y oriental, del barrio, cerrado al norte por Véliz y al sur por la Rambla Costanera o Paseo Marítimo.

Papá se empeñó, por una vez a pesar de la cerrada oposición de mamá, en comprar aquel solar, antes propiedad de la familia Taibo, los de la tienda del mismo nombre, y en el que se desmantelaba poco a poco un caserón abandonado algunos años antes a las ratas y a la basura, que afeaba la zona más cara y más elegante de Los Pocitos, la llamada Los Pocitos Nuevo, y por levantar en el mismo aquella casa, un palacete del magnate que aún no era, y por la que se metió en una barahúnda de créditos, préstamos e hipotecas que lastraron su vida, y las nuestras, hasta la quiebra y la bancarrota finales.

Había algo de oscuro, algo acaso de tenebroso muy en el fondo de algún momento del pasado de papá. Algo que él sólo le habrá, quizá, revelado a mamá. Siempre supimos que teníamos una tía en Gradeazábal, pero no en qué punto o localidad del departamento vivía; era nuestra tía Remedios, hermana o medio hermana de papá y menor que él. Tía Remedios nos mandaba postales de Navidad, con renos y nieve, una pequeña ventana invernal, un raudo torbellino de Noruega, en medio del calor sofocante de nuestra Navidad austral.

La elegante letra picuda de nuestra remota e ignota tía (jamás habíamos visto ni veríamos una mera foto de ella) me hacía pensar, soñar imposibles; era difícil reconocer el menor parentesco entre aquella letra elegante y escrita con soltura con los laboriosos y torpes garabatos con los que escribía papá. Tía Remedios, por el contrario, tenía una letra menuda, nítida y pulcra, como de mujer instruida desde la infancia; nada que ver con los desmañados e infantiles caracteres que papá no había podido nunca remediar, ni siquiera con sus estudios nocturnos y sus cursos de contabilidad. A mí me daba por pensar que tía Remedios se había educado en una escuela, seguramente como interna y acaso fuera de nuestras fronteras, en Brasil. Su español, aunque impecable, caía a veces en ciertos deslizos aportuguesados, que le daban un especial misterio a sus palabras, por lo demás triviales, y, a través de éstas, a su lejana y desconocida persona. Yo me la imaginaba monja.

Tía Remedios nos mandaba también, para nuestros cumpleaños, una pequeña cantidad de dinero, que papá, cuando éramos niños, nos hacía meter en nuestras alcancías, moneda por moneda y bajo su directa y estricta vigilancia.

Cuando yo cumplí 15 años, papá me acompañó al banco, como había hecho con sus tres hijos mayores y se proponía hacer con sus tres hijos menores, para que allí un empleado me abriera la alcancía y me cambiara aquel fárrago

de monedas por unos pocos escuálidos billetes de baja valoración: dos o tres billetes de cinco pesos y unos pocos billetes de un peso más un sobrante en fracción. No recuerdo la cifra exacta, ni siquiera aproximada, pero sí que me pareció paupérrima. Papá, no obstante, por motivos que él conocería, supongo (no estoy del todo seguro), le confería a aquella visita al banco el rango de una verdadera ceremonia. Se ponía su mejor corbata, se hacía el día antes la manicura, se metía en un bolsillo del chaleco una moneda grande, ya fuera de circulación, con una muesca en un borde y un abollón junto a la muesca, que era su talismán y que según él le había salvado la vida cuando una familia de granjeros, enemistada con la de él, había invadido su chacra armados sus miembros varones con escopetas de las llamadas naranjeros, que se cargaban con trozos de hierro y de plomo e inclusive con pequeñas trozos de basalto y/o granito.

La moneda, cuando papá nos la enseñaba, o al menos cuando me la enseñó aquella tarde de mis 15 abriles a mí, antes de metérsela en el bolsillo del chaleco, tenía un color entre pardusco y verdoso: en su cara se alcanzaba borrosamente a descifrar: ‘páguese un real de vellón’; debajo venía una fecha: 1857. En la cruz tenía grabado un gastado y casi irreconocible grabado de una balanza de platillos y de una alta dama con una espada en la mano y los ojos vendados; alrededor había escrita una leyenda: ‘Igualdad y Justicia’. Era de una época anterior a la de la canoización de José Artigas como Padre de la Patria, ya que a partir de entonces todas las monedas que se acuñaban llevaban su invariable perfil. La moneda, creo, el talismán, se la quedó mi hermano Juan Antonio a la muerte de papá. De poco le sirvió.

¿Qué más sabíamos nosotros de la familia de papá, salvo que eran chacareros, o labriegos, o granjeros? Papá usaba indistintamente los tres términos al referirse a ella. No sabíamos nada. No sabíamos ni siquiera el nombre de la localidad donde estaba la chacra, y Gardeazábal era un departamento grande, de casi treinta mil kilómetros cuadrados. Mamá sin duda sabía, acaso lo conociera todo, pero sólo nos revelaría sucintos informes más bien inocuos después de morir papá. ¿Qué más sabíamos en concreto de nuestra tía Remedios, único familiar de papá cuya existencia conocíamos, al margen de su nombre? Nada.

Una vez mamá, cuando yo era muy chico todavía, les enseñó, a Juan Antonio y Ana Luisa, una foto amarronada de papá y su hermana (o medio hermana), a la que él, que no tendría más de trece o catorce años, sostenía en sus brazos delante de una cerca de madera; al fondo había un manchón blanco que era, posiblemente, una casa modesta, de paredes encaladas. La foto apareció una vez y nunca más se supo de ella. Al parecer, Ana Luisa, que no había dado mayor importancia al secreto que mamá les había pedido, a ella y a Juan Antonio, pasados unos días de haber visto la foto algo comentó, distraída, que puso a papá en la pista. Yo no estaba presente o no me acuerdo, pero Juan Antonio comentó después que mamá se había puesto encarnada y había clavado los ojos en el mantel sin atreverse a levantarlos, ni siquiera cuando papá le ordenó. ‘¡Violeta, mírame!’ . Ni siquiera entonces mamá alzó la vista; separó su silla de la mesa y, sin pronunciar palabra, se alejó; papá la miraba, la miró alejarse todo el rato sin decir nada, con los labios prietos y los ojos malignos entrecerrados.

Era al almuerzo, o a la hora de la comida, por la noche, o tal vez a la hora del té, aunque esto último es bastante improbable, ya que papá casi nunca acudía a esa hora, que era punto menos que sagrada para mamá y Ana Luisa, y a la que los demás hijos consentíamos, asistíamos; recuerdo inclusive a Carmen María muy de niñecita, sentada con babero en una de esas sillas altas con bandeja para los muy pequeños, con su tacita de té diminuta y en el rostro redondo esa rigurosa expresión de seriedad que asumen los niños pequeños cuando intervienen en actos rituales de adultos, muy rubia y mofletuda, con sus grandes ojos pardos ya entonces bellísimos y tristes; porque ya de niña Carmen María era bellísima; recuerdo que cuando cumplió ella sus 15 años papá le hizo una gran fiesta en casa y al otro día nos llamó a su estudio a Víctor Hugo y a mí y nos dijo. ‘Desde hoy en día, si algo le ocurre a Carmen María la culpa recaerá en ustedes y les juro que a ti –me señaló con un dedo-, pendejo haragán, vividor, mujeriego,

borrachín, te mato con mis propias manos. Aunque me cueste hasta mi última gota de sangre te lo juro por estos'. Y se besó el índice y el pulgar en cruz de la mano izquierda, como un capo mafioso siciliano.

Era, pongamos, al mediodía. Papá llegó sudoroso de su oficina y se fue a lavar. A gritos avisó que quería comer ya, que no podía perder el tiempo, que tenía una reunión en seguida. Se preparó la vajilla, se prepararon los cubiertos, se trasladaron los cuencos y las fuentes a la mesa a toda velocidad. Yo tendría unos veinte años, y había llegado a casa cerca del alba; mamá me había esperado levantada. Al llegar hasta la mesa, papá no se sentó en su sitio, al cabestal, sino que la rodeó con pasos pesados una vez entera y la rodeó por segunda vez hasta que se paró detrás de mí. Me agarró de una oreja y me la retorció.

-Pendejo de m... -me dijo, con un vozarrón espeso, como cargado de flemas-. Mocoso insolente -me retorció todavía más la oreja-. Sabes que tu madre te espera despierta cada santa noche y ni siquiera eres capaz de avisarle que vas a llegar a las tantas. Putas, timbas, borracheras. ¿Para qué diablos hemos educado nosotros un hijo así, Violeta? A mamá se le saltaban las lágrimas de los ojos.

-Te juro -me dijo- que yo no le he dicho nada.

-Complicidad materno filial contra el cabeza de familia -rezongó papá-. Lo que faltaba. A ver si por lo menos te lo comes todo. No quiero ver en tu plato ni la menor miga.

Había en la fuente un guiso con coliflor, que a mí siempre me había repugnado. Me comí hasta la última miga, bajo la mirada atenta y severa de los malignos ojitos hundidos de papá.

Yo nunca le gusté a papá, creo que ni de niño de teta, y menos le gustaba a medida que crecía; lo veía que me miraba y miraba a mis toscos y rústicos hermanos, con sus manazas de labriegos ablandadas y fofas por la rutina urbana, sus enormes pies, sus pelambreras de crenchas duras, rizadas y rebeldes, sus ojos chiquititos como los de él, y de nuevo me miraba a mí, que salí más a mamá, más estilizado, más esbelto, más bonito, en suma, y creo que había momentos, bien porque le fastidiara el hígado o hubiera hecho una mala digestión, bien porque hubiese tenido un día fulero en su agencia de cambio, en que toda su rabia, su ira, su amargura, su frustración y su malhumor los dirigía en silencio contra mí, y en esos momentos me odiaba; yo de adolescente no entendía aquellas duras miradas de papá y acaso me equivocara después, cuando creí empezar a entenderlas, pero sus minúsculos globos oculares transmitían odio, y me lo transmitían a mí.

Mamá, como no podía ser de otra forma, y siendo como era una mujer inteligente y práctica, equilibraba mal que bien la desnivelada balanza y, al menos entre los varones, yo siempre fui su preferido.

Sobre nuestra tía Remedios, el único familiar del lado de papá de cuya existencia sabíamos, porque ni los nombres de pila conocíamos de nuestros abuelos paternos ni cuándo habían muerto (ni siquiera, de hecho, si lo estaban de verdad), a mí en algún momento se me ocurrió una idea que empezó como un difuso malestar y acabó en idea fija, en una especie de obsesión. Llegué a estar seguro de que mi tía era una monja, y concretamente una de esas monjas de hábito azul que no sé exactamente a qué orden pertenecen y que en Nacimiento se las veía en la calle con una cierta asiduidad. Yo supe en algún momento por alguien entendido que en aquella misma orden (¿las clarisas?) había monjas de clausura, que vivían encerradas en conventos y que había uno muy grande en las cercanías de la ciudad brasilera de Fortaleza, no lejos de la frontera; alguna vez vi una foto de aquel inmenso edificio, con barrotes en todas las ventanas y un fuertecito modesto a un lado, en el que un tipo arrastraba con una mula un arado: tal vez era una postal, no lo sabría decir de seguro. En resumen un tétrico edificio de muros ennegrecidos y ventanas alargadas con barrotes, que producía una imposible impresión de fábrica medieval. Los sellos y matasellos de las postales navideñas de nuestra tía eran, además, brasileños; hasta un día en que dejaron de llegar y mamá, no papá, nos dijo que la tía se había muerto.

Yo tendría tal vez quince o dieciséis años, una edad ardua e imprecisa, por lo menos para los machos de la especie, cuya única ambición y meta es la conquista o intelección del sexo; una edad en la que la muerte de una vieja tía remota, apenas vinculada a nosotros, es una noticia que apenas si interesa. A mí, no obstante, me impresionó, me conmovió.

Hoy todavía, a pesar de saber lo esencialmente erróneo que es la vida, la escasísima distancia que puede haber, si hay alguna, entre la última meretriz llagada y contaminante del puerto de Mogadiscio y una virgen milagrera santificada, no me puedo imaginar el rostro desconocido de mi tía Remedios si no es encerrado en una toca azul y blanca y dentro de los muros verdegrises de un patio de convento. Entonces mi tía tiene cara; es una cara flaca, macerada, de ojos chiquititos hundidos y apagados, casi invisibles, y nariz picuda como la de papá, pero no agresiva y arrogante como la de él sino flácida, un mero apéndice vulgar. No creo que sea una cara inventada por mí; creo que es el recuerdo que me ha quedado de alguna foto que vi, o de alguien que quizá traté o sólo vi pasar, o, quiero creer, de una figura de segundo plano de algún cuadro sombrío de un pintor flamenco que vi en alguna lámina hace muchísimos años, porque la cara es todavía la misma de cuando estaba enredado con Clarita (no éramos novios aún) y se lo conté como si fuera cierto, que yo tenía una tía que había sido monja de clausura, y que había muerto poco menos que en olor de santidad; eso impresionó sobre todo, mucho, a su madre, a la que Clarita se lo contó a su vez, ya que la Negra Puig de Vère era una señora de misa con misal con tapas de nácar y hojas de cantos de oro espolvoreado, siempre y cada vez con el negro pañolón en la cabeza, toda vestida de negro y sin ninguna alhaja, ni pendientes siquiera (sólo su suscita alianza matrimonial en el dedo correspondiente), cada domingo, cuando salía para la Misa Mayor de las once, la de la gente fina, que abarrotaba las capillas del barrio al punto que en todas se quedaba invariablemente un grupo afuera, apiñado en la acera. Ir a cualquier otra misa que no fuera la de once, para las señoras y señoritas bien (Clarita inclusive, que muchas veces me arrastró con ella) era poco menos que una indignidad.

-¿Tú crees en Dios, Clarita? ¿De verdad crees en Dios? ¿Crees que hay un Señor de barba blanca en el Cielo que nos observa bondadosamente mientras nos acuchillamos y nos estrellamos en la carretera y nos morimos de lepra, cáncer, sífilis, peste bubónica, tuberculosis, hambre, frío, a tiros, bajo una bomba o en un terremoto? ¿Crees en ese Dios todo bondad, cuyos caminos son inescrutables y que escribe derecho con renglones torcidos?

-Tú eres un sacrilego, Miguel —me contestaba muy seriecita Clarita, que los domingos, muy en especial cuando había comulgado, apenas si me dejaba que le rozara los labios y una vez que le apreté los pechos, colocado a su espalda, se quedó tiesa como un poste de teléfono y al girarse se sacó el guante blanco que llevaba, lenta y deliberadamente, dedito tras dedito, y con la mano desnuda me asestó dos bofetadas que resonaron como tiros de pequeño calibre en el silencio pautado por el zumbido de los abejorros del Prado de Quinta Castro; habíamos ido a visitar a su abuela materna, viuda, que vivía por allí, muy cerca—. En este país no importa, porque es laico y gratuito, y cualquiera puede decir o hacer cualquier barbaridad sin que lo fulmine un rayo del Cielo, pero si estuviéramos en Italia o en España o mismecito aquí al lado en Buenos Ayres ahora serías un montoncito de cenizas. He comulgado hace pocas horas; ¿no entiendes lo que eso significa?

-¿Dios no interfiere en los países laicos? Es una noticia, Clarita, muy buena para mí, es claro. Cuando te lleve a Buenos Ayres, en el vapor de la carrera, así pasamos la noche los dos metidos en una litera para uno solo, bien apretaditos, a la ida y a la vuelta, me cuidaré muy mucho de decir, inclusive de pensar cosas sacrílegas.

-Encima cobarde.

-Si quiero seguir con vida es por ti, Clarita, porque sin mí te morirías, y subirías derecho al Cielo, es claro, y como yo estaría en el Infierno, en alguno de los más hondos círculos, imagínate qué panorama, tan irremediablemente lejos el uno del otro para toda la eternidad. No es cobardía, Clarita; estás muy equivocada: es amor.

-En España a los que hablan mal de Dios o de la Virgen los meten presos, y hasta hace poco los fusilaban.

-Un país de ensueño la Madre Patria, Clarita. Lástima que nos queda tan trasmano a sus descarriados hijos de este lado del océano.

-Tú te ríes de todo, te burlas de todo, no crees en nada ni en nadie; no trabajas, te emborrachas, o te pasas si no el día panza arriba pensando en las musarañas o peor aún: en esas ideas tan raras que tienes, como la de tu tía monja de clausura. Si mamá se entera que es mentira es capaz de no dejarte volver a pisar nuestra casa.

-El nuestro será entonces un noviazgo clandestino, Clarita; más incómodo, qué duda cabe, pero muchísimo más emocionante. Además que mi tía Remedios fuera monja o no lo fuera es algo que no se sabe. ¿Acaso mamá te dijo, taxativamente, que no lo era?

-Bien sabes lo que me dijo.

-Repítemelo.

-¿Para qué?

-Para ver cómo te funciona esa preciosa azotea. Repítemelo.

-‘Son cosas de Miguel Ángel, Clarita’. Eso me dijo. Yo entonces no te conocía tan bien, no te conocía casi, vamos. Me lo había tragado entero. Pez, anzuelo, sedal y caña y hasta al pobre señor que pescaba.

-O sea que era mentira, que soy un mentiroso.

-No –dijo Clarita, sin vacilar, ella sí de forma harto taxativa-. No –repitió-. O, si lo eres, eres un mentiroso muy particular, que se cree primero que nadie sus propias mentiras. Sueñas, Miguel, ves cosas que no existen. Yo creo que es de haragán que eres, nada más, y que se te pasará cuando tengas que ponerte de verdad a trabajar. Porque si de verdad me amas me lo tienes que demostrar.

-¿Poniéndome a trabajar?

-Casándonos, dándome hijos, y aportando el dinero para mantenernos.

-Manejas el gerundio que da envidia, Clarita. Recuerda que tu abuela lo considera de mal gusto.

-¿Ves? ¿Ves cómo eres? Te pintas solito.

Sí; nuestro idilio iba como una seda. A mí me parecía maravilloso que Clarita Arostegui, una de las nenas más lindas y solicitadas de Los Pocitos hubiera caído en mis brazos a sus dieciocho añitos, y, aunque poco antes de que saliéramos juntos por vez primera, inocentemente, a una boite, con otra gente, a bailar, la habían visto en el Yacht a solas con Chino Balcárcel, nada menos, los dos frente a frente en una de las mesas de la terracita techada, en horas nocturnas, como muy pronto vinieron a informarme las infaltables hienas (en este caso concreto bajo las caras sonrientes de la difusa y antipática Nedelia Tesouro, la Brasileira, y de la lindísima pero ambigua y, en mi caso concreto, dañina Beatriz Varela), cuando yo ya me había tirado a fondo y me sentía enamorado, no le di importancia al informe, pretendí no dársela, me encogí de hombros, les dije ‘¿Y qué?’ y las dos se sonrieron, se miraron de reojo, al tiempo que se tapaban discretamente la boca con la mano. ‘No, nada’, me dijo Beatriz, ‘Sólo que con Diego ya se sabe, ji ji’. Ella lo sabía en carne propia, no era un secreto, y yo me di cuenta de que eran los celos que le tenía a Clarita lo que la había compelido a cometer conmigo aquel acto ruin de delación.

Beatriz me miraba con los párpados entornados, pintados de color fucsia, y con sus ojos celestes relucientes de malicia detrás de la sedosa cortina semitranslúcida de las temblorosas pestañas. Estaba lindísima, exquisita como una rosa, y parecía, por su actitud, entre afable y lastimera, como si me perdonara la vida. ‘Tú eres un muchacho no-blote, Miguel’, me dijo, ‘Eres muy joven todavía y Clarita pasará, un día acaso no lejano tan sólo será un recuerdo, espero por ti que grato, lo espero de todo corazón’. La otra, la Brasileira, con su insulsa cara redonda y chata que no cesaba de sonreír y mostrar sus feos dientes torcidos, mientras sus crenchas marrones se bamboleaban y sacudían, la apoyaba con silenciosos síes de cabeza.

Me encontraron, recuerdo, en el Baltimore, el presunto snack bar que habían abierto poco antes Quique Guarch y Di Lewitt, el director de orquesta, en Manco Capac, a una casa de por medio de la casita blanca de Jimmy Villanueva. Me llamaron, me llamó Beatriz, desde afuera, con tres golpecitos de nudillos en el vidrio de la ventana y un movimiento de la cabecita para que yo saliera, y a una nena como ella, por muy enamorado de otra que uno esté, no se le niega algo tan sencillo como levantarse de una silla, dar unos pasos, abrir una puerta y asomarse a la calle. ‘Ven a dar un paseo con nosotras’, me pidió.

-Tengo una copa pedida y otra bebida y creerán que me quiero largar sin pagar.

-¿Cómo va a creer nadie eso de ti, Miguel?’

La muy cruel se había colgado de mi brazo e inclinaba la cabeza de manera que sus cabellos oscuros me rozaban el pescuezo.

Yo me rumié días y semanas aquella noticia hasta que una noche, en la placita República Española, sentados los dos y abrazados en uno de los bancos de madera que rodeaban el monolito central (obra de no sé qué escultor español que había vivido unos años de exilio en Nacimiento), antes de que nos diéramos el inevitable primer beso fui y se lo solté.

-Tengo entendido que eres muy amiga de Chino Balcárcel.

-Muy amiga no; somos parientes. Su mamá y la mía son primas, o algo así.

-Pero lo conoces bien.

-Bien yo no diría. Lo conozco, en efecto. ¿Por qué?

-Estabas una noche con él en el Yacht, en la terracita techada, no hace mucho.

-Sí, es posible, ¿y qué?

-Tú y él solos, Clarita.

-¿Celos, Miguel? ¿Qué es lo que piensas? ¿Qué he tenido relación carnal con Diego? ¿Yo? –se señaló a sí misma, Clarita, con un dedo, y en su expresión había más que enfado, más que mera dignidad ofendida, más que actitud ultrajada: había un algo como gélido asco que me asustó.

-No he dicho eso.

-Lo has pensado.

-Quizá. Te pido perdón. Un millón de veces perdón, Clarita.

-Para que se te grave en eso que tienes donde la gente pensante lleva la cabeza, Miguel, te diré algo que no debería decir, o que nunca debería decir así, a un chico que sí, me gusta, porque me gustas, Miguel –Clarita hablaba entre silencios, como a tirones, y su voz a veces disminuía de tono hasta convertirse en poco más que un susurro laboriosamente audible-, pero eres apenas algo más, para mí, que cualquier otro chico. He salido con otros chicos y me han besado otros chicos e inclusive me han puesto las manos encima, Miguel, pero, Miguel, soy virgen, Miguel. Virgo intacta, Miguel. Y si las cosas no se me tuercen, lo seré hasta mi noche de bodas. Mi marido, mi futuro marido, que aún no se me pasa por la cabeza quien pueda ser, se llevará mi flor.

-Lo siento, Clarita –susurré; el miedo me había dejado la boca seca. Era miedo a perderla, lo comprendí en cuanto lo sentí, unos instantes antes.

-No importa –Clarita se rió-. Es que el pobre Diego se ha hecho una famita que bueno bueno, Miguel, a cualquier chica que se le acerque le cae encima la cruz, y eso no está bien, es injusto, tanto para la chica como para el pobre Diego. Si yo te dijera que Diego es inofensivo, por lo menos conmigo, ¿qué me dirías?

-¿Nunca trató...?

-Nunca. Y no porque sea yo fea, digo yo. Ya te he dicho que mucho no lo he tratado, pero él sabe bien claro que lo que es conmigo, si lo intenta se lleva un planchazo. Lo sabe, lo nota, lo ve; estoy segura. Reconozco que puede re-

saltar muy atractivo, que es muy bien parecido, encantador, simpatiquísimo, y que hay cien mil chicas que se vuelven locas con él. Yo soy una de las excepciones, si tú quieres. ¿Te soy franca?

-Please.

-Me gustas mil veces más tú. Un millón de veces.

-Te adoro, Clarita.

-Ay, qué bien.

Entonces Tucho Falcón no era ni siquiera una sombra en la más remota esquina, en el más lejano e ínfimo rincón.

Por algún tiempo, después de perder mi empleo en la productora, jugué con la idea de pedirle explicaciones al Ruso Antelich de por qué me había echado de esa forma tan alevosa y a través de un esbirro de la catadura de Trocante. Nunca lo hice, y no por temor sino, acaso, por un sentimiento oscuro de vergüenza, y también por pereza. Recuerdo que le comuniqué mis intenciones en un mal día a Clarita y que ella, a partir de entonces, me incitaba a que lo hiciera, que cumpliera, que me enfrentara con el Ruso y le preguntara.

-A ver si por lo menos, Miguel, cumples lo que te propones –me decía-. Ve y enfréntate a ese pandillero, que al fin y al cabo ¿quién es? Me dijo mi tío Alfredo que ese Aletich o como demonios se llame estuvo muy involucrado en el vaciamiento del Banco Rural de Descuento; una estafa, no otra cosa, y que fue este delincuente el que arregló las cosas para que la culpa recayera sobre el pobre Bebón laSalle, que al fin y al cabo, aunque tonto y meloso y demasiado manolarga, será un viejo verde pero es de tu familia, porque la mamá de tu mamá era prima no sé si de Bebón, no entendí, o de su madre, porque el pobre Alfredo siempre está con copas y se enreda, pero se conoce la genealogía de todos los apeshidos que figuran. Es su hobby, tú lo sabes. Un hobby absorbente, según él.

-Su hobby absorbente son los marineros, Clarita.

-Los marineros son su pasión, Miguel. ¿Te acuerdas de aquel marinero polaco o lituano que se le instaló en el apartamento y desapareció con toda su vajilla de Limoges y su cristalería de baccarat? Pobre Alfredo; las empeñaba y las desempeñaba y así redondeaba su magro sueldo. Desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza, el pobrecito. Y Clarita se reía de las penurias y desgracias de su tío homosexual con una cándida, deliciosa impudicia.

-¿Le vas a hacer frente o no? –muy pronto, empero, mujer al fin, volvió al carril y renovó el ataque-. Piensa que está en juego el honor de tu familia.

-A Bebón lo vi una vez, y de ese parentesco no tenía noticias hasta este momento. Pero en fin, Clarita, tú eres mi numen, lo sabes, mi estrella matutina. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué lo rete a duelo?

-Sólo que te levantes, camines los pocos pasos que nos separan de la barra, le des un toquecito en un hombro de esa zamarra tan lujosa que lleva puesta y le digas que quieres hablar un minuto a solas con él.

-¿Y?

-¿Te lo tengo que dictar todo?

-A mí sólo me movía la curiosidad, Clarita; no tengo ningún rencor, ni el menor atisbo vengativo. Has visto que lo saludo como si nada hubiera pasado y él me saluda a mí de la misma forma. Yo al que le patearía la barriga hasta sacarle el hígado por las orejas es al Verbo.

-¿A quién?

-Un fulano al que tú, por fortuna, no conoces, porque es indigno de que tus ojos se posen en su babeante y repugnante fisonomía, Clarita –me incliné hacia ella por encima de la mesa-. Mejor nos vamos al cine y después al Villa Bellver. ¿O prefieres el Armenonville?

-Tú sólo piensas en eso.

-A partir de cierta hora del día sí, en efecto, máxime cuando te tengo así tan cerca.

Me acuerdo de aquel día porque, cuando ya estábamos a punto de irnos aparecieron Sabio Ayala, que era mi mejor amigo, después de todo, con Ágatha Reynal y un tercer personaje, a cuya presencia yo todavía no le daba la menor importancia: Tucho Falcón.

Alto, flaco, cargado de hombros, con una nuez muy pronunciada y unos ojos mansos engañosos, casi de mujer, de color gris o celeste agrisado y facciones correctas, yo a Tucho Falcón apenas si lo había tratado antes de que su presencia se hiciera cada vez más asidua a nuestra vera. Yo veía, cuando ella no lo miraba, que Tucho se comía a Clarita con los ojos; la miraba como un hambriento pudiera mirar un pastel en un escaparate; se pasaba la lengua por los labios al mirarla y, siempre que hablaba con ella, le salía una voz aflautada, como de pito, y cuando Clarita le reía alguna gracia se sonrojaba. Yo tendría que haberlo parado en seco, por muy en contra de la violencia que Clarita estuviera. Lo tendría que haber agarrado del nudo de la corbata, haberlo llevado a rastras a la playa y haber abusado de mis noventa kilos y mi metro ochenta y pico para darle una buena carretada de bifes y tortas. Lo pensé más de una vez; ya que tanta gente decía que yo imitaba a Chino Balcárcel, ¿por qué no hacer como Chino, que si alguien le hacía sombra lo reventaba a trompadas? Fui blando, fui débil, fui flojo; siempre fui flojo, en realidad, dubitativo, indeciso, un maldito soñador, como más de una vez me lo reprochó tiernamente Clarita.

-Sueñas despierto y te lo crees, Miguel.

Yo soñé despierto que le daba una tunda a Tucho Falcón y dejaba sus despojos para que los lamieran las olas de la playa y no pasé de allí. Y así me fue. Clarita me aseguraría, años después, me lo juraría por sus padres y la Virgen y todos los santos del cielo que jamás me había engañado ni con Tucho ni con nadie mientras fuimos novios; pero ni quince días después de haber roto conmigo Clarita se paseaba muy oronda del brazo de Tucho y eso era algo muy difícil de tragar hasta para el tipo más humilde y carente de orgullo. Y yo, haragán e indolente como era, y tarambana de marca mayor, tenía mi orgullito; tenía, en realidad, y creo que era mi peor inconveniente (para mi propia tranquilidad de espíritu) un orgullo disimulado pero catedralicio, de magnitud keopsiana.

Elena Barrull y Charito López Jiménez; fueron ellas. Yo las vi pasar por la acera de la Avenida Damborena, y Vickie inclusive las saludó con un movimiento de la mano. Iban dos tipos con ellas; uno era Robby Bunyan, que llevaba a Charito agarrada de la cintura; al otro no lo conocía o no lo reconocí o quizá ni me fijé y si en algún momento, pasado el tiempo, supe quién era (y tengo la casi certeza de que alguien, acaso él mismo, me lo dijo, me dio su nombre, un nombre que yo conocía), lo cierto es que en algún otro momento me lo olvidé. De todos modos lo mismo da, importa poco. Los vimos pasar a los cuatro y nos olvidamos, yo al menos, en el acto; a fin de cuentas no nos escondíamos, éramos dos amigos de toda la vida, si bien de sexos contrapuestos, que estaban de charla en un café.

No entiendo yo mismo por qué me detengo de este modo tan minucioso en todos estos detalles baladísticos; quizá sea una forma masoquista de reabrir y hacer supurar una vieja herida ya cicatrizada pero nunca sanada; quizá sea una forma aleve de regocijarme en mi rencor, de sentir que aún sigo vivo, acaso (casi) tan vivo como a los veinticinco años: mi edad de entonces. Hoy, cumplidos ya mis sesenta, la repienso y la repito y me digo: 'Un niño'; pero no, pero es falso, porque entonces me sentía un hombre, era un hombre; un botarate integral, si se quiere, o una medio-cre parodia, según algunos decían, de Chino Balcárcel, pero un hombre. La hembra, creo yo, nace sabiendo una porción de cosas, muy en especial las que rodean y se adentran en las relaciones sentimentales, sexuales; el varón, en cambio, aprende a mamporros: los que les propinan ellas. Esto puede tomar una apariencia de misoginia descarada, y cabe que lo sea. *Me ne frega*, como le oí decir una vez, la única en que hablé con él, al maestro Onetti, el escritor.

A Clarita, lo he señalado más arriba, le telefoneé esa noche, y quedamos en vernos al otro día, por la tardecita. Yo al otro día me desperté tarde, con una resaca desvaída pero desagradable, que me hacía subir ligeras vaharadas ácidas por la garganta. Sabía por experiencia que la mejor manera de cortarla era con una copa, pero, de un lado, las únicas bebidas fuertes que había en la casa las guardaba mi padre bajo llave, y, de otro, un conato de prudencia me advertía del error de empezar a beber tan temprano. Era cerca de mediodía cuando me duché; me estaba afeitando, frente al espejo empañado a medias del cuarto de baño, cubierto sólo con una toalla enrollada a la cintura, cuando oí unos golpecitos en la puerta y a una criada cuarentona, doña Blanca, que me decía que Clarita estaba al teléfono.

-Dígale que la llamo en cuanto me vista; un cuarto de hora.

-De acuerdo, señorito Miguel Ángel.

Oí sus pasos lentos que se iban y, al minuto, sus pasos apresurados que volvían y más golpes, ahora fuertes, perentorios, en la puerta.

-Dice la señorita Clarita que la atienda ya, que no piensa esperar, que es grave y urgente.

Me desembadurné como pude la cara, que aún tenía cubierta en buena parte con la mezcla espumosa de la brocha, me embutí un pantalón cualquiera, me puse una camisa sin abrocharla siquiera y corrí al aparato más próximo, que estaba en una mesita en un rincón de un pasillo y casi debajo de la curva de una escalera que comunicaba con la azotea. Sentía frío y algo mucho peor: la premonición de que me había llegado el día; el del adiós. Recuerdo que me pasó por la cabeza la cara sonriente y fatua de Tucho Falcón como sobreimpresa a la carita delicada y pícaro de Clarita.

-Tengo que hablar contigo ya –fue lo primero que me dijo Clarita; ni se tomó la molestia de contestar a mi cariñoso, amén de temblequeante, saludo.

-Estamos hablando, Clarita.

-En persona –me contestó ella-. *Face to face*.

-¿Para qué? ¿Qué ha pasado?

-Ya lo sabrás. Te espero en la puerta de casa dentro de diez minutos. Si aún no he salido cuando tú llegues espérame en la acera de enfrente, pero no llames al timbre; no se te ocurra –la voz de Clarita sonaba metálica y tenía un desagradable matiz casi impersonal; no obstante, en algún momento la lengua se le trabucó y me pareció oírle un quejido, una especie de ‘ay uh’, y tosecitas.

Fue un momento triste, que me quebrantó.

Cuando salí de casa, de chaqueta y corbata, afeitado, veinte minutos después de que Clarita me colgara bruscamente, sin despedirse, yo ya sabía que lo nuestro se había terminado. Paré un taxi en la Rambla Costanera, después de patearme dos manzanas sin que pasara ninguno; mi hermano José Manuel, más sagaz de lo habitual, que no sé si habría escuchado lo que yo dije por el teléfono o si le habrá bastado con verme la cara cuando nos cruzamos, yo escalera abajo y él escalera arriba, mientras yo iba en busca de mamá a pedirle algún dinero; entonces, allí, en mitad de la escalera, Juan Manuel me puso la mano en un hombro, con la otra revolvió en un bolsillo, sacó una lujosa billetera quizá de piel de cocodrilo del Nilo, reluciente, con sus iniciales repujadas en oro, la abrió, extrajo un billete rojo, nuevecito, de cien pesos, y lo dobló y me lo tendió. Nunca entendí por qué ese inusual acto generoso y callado de José Manuel, que en aquel momento sólo me sorprendió, yo con la cabeza en Clarita, con su voz por el teléfono, como de locutriz de partes meteorológicas, que me repicaba todavía en algún punto sensible y feble del cerebro; después, no obstante, al memorizar el generoso impulso de mi hermano, algo dentro de mí se conmovió. Y sin duda mi hermano algo le debió decir a mamá, a la que no ví después de la llamada de Clarita, porque esa noche, cuando regresé, a las tantas de la madrugada, borracho, mamá me esperaba despierta, levantada.

Clarita estaba en la acera, frente a la doble puerta de rejas de su casa, cuando el taxi se detuvo. Yo pagué, esperé la vuelta, conté unas monedas para la propina, me bajé, cerré la portezuela suavemente, caminé los ocho o diez pasos que me separaban de ella y ella inmóvil, con la mirada perdida en la contemplación de algún punto remoto del cielo a poniente. Me incliné hacia ella para besarla y ellaladeó ligeramente la cara de modo que mis labios le rozaron una mejilla. Tuve la fría sensación de haber besado a la Venus de Milo, a una materia gélida y lejana, que habíadejado, para mí al menos, de ser carne, la carne fragante y vibrante, la tersa piel que habían sido.

Abrí la boca para decir algo, sin saber qué. La cerré sin haber dicho nada y entonces ella me miró a los ojos y habló.

Dijo:

-Un novio que se ve con otras a mis espaldas dejó de servirme, Miguel Ángel. Devuelve esto al sitio que sea del que lo sacaste.

Observé entonces que tenía el puño derecho apretado. Lo abrió, con la palma hacia arriba; sobre la palma descansaba el anillo de oro que yo le había dado alrededor de dos años antes; al día siguiente, en concreto, de hablar con sus padres. El anillo, con un brillante engarzado en medio de un círculo de diminutos brillantes, me lo había dado mi madre, y había sido de su madre y de la madre de su madre. Esa noche, por algún sitio u otro, lo perdí; lo había guardado, y lo recordaba perfectamente, ya que de vez en tanto lo tocaba a través del casimir, en el bolsillo de la solapa de mi chaqueta. Una vez de vuelta en casa, y mamá despierta, me acordé del anillo y me palpé el bolsillo; no lo noté. Lo busqué por todos mis bolsillos sin resultado. Hasta ese momento, aunque borracho y con la lengua espesa, había conservado una cierta serenidad.

Mamá, recuerdo, había salido de una salita que estaba a manderecha de la puerta cancel, a un par de pasos. Una luz velada, tenue, iluminó una franja del ajedrezado del suelo cuando la puerta se abrió y apareció mamá.

-Al fin –me dijo.

Su voz dejaba al descubierto un inmenso alivio. Aturdido, perplejo, me di cuenta de que mamá estaba asustada.

-Clarita me dejó –le dije.

-Pasa y siéntate –me ordenó mamá; me había asido de un codo y me llevaba, sin apretar ni tironear pero con firmeza, al interior de la salita; había una lámpara de pantalla cremosa encendida sobre una mesa de un rincón-. Calentaré café; lo prepararé hace un rato.

No discutí, no me opuse, no dije nada. Me dejé caer en un sillón de muelles, que cedieron blandamente; recosté la cabeza en el respaldo y al cerrar los ojos, oyendo los pasos ligeros de mamá que se alejaban y desvanecían, sentí que el cuarto, la casa, la ciudad, el mundo entero, giraban a velocidad creciente bajo mis párpados bajados. Me sentía triste –era la primera borrachera triste que padecía-, pero más que la tristeza lo que me oprimía y a la vez dilaceraba era un sentimiento en carne viva de humillación; y la odiosa certidumbre de que mi encuentro con Vickie no era en realidad otra cosa que una mezquina y atropellada excusa que Clarita había aprovechado para liquidar nuestro noviazgo. Con esa horrible lucidez que a menudo convive con la tristeza comprendí que hacía ya tiempo que yo había quedado descartado, que el corazón o la entrepierna (‘la concha’, me dije, con rabia y odio) de Clarita se habían girado, paulatinamente, hacia Tucho Falcón. Sabía que muy pronto se los vería a los dos juntos, y temía (era lo que más me dolía, lo que más me humillaba y degradaba) que Clarita, antes de romper conmigo, siendo a ojos de todos mi novia todavía, hubiese cedido, caído. Tucho era un tipo solapado, astuto; allí sentado, no sé si recordé, imaginé o soñé que, de unos meses atrás, Tucho varias veces me había mirado con una extraña expresión, entre suficiente y recelosa, como si pensara ‘¿Será posible que este tipo no se dé cuenta de que me he cogido a su novia y me la cogeré siempre que me dé la gana?’

Yo sentía un fuerte rechazo, quizá remilgos genéticos, heredados de mamá, hacia las palabras sucias; acaso también en eso sólo trataba de emular a Chino Balcárcel, que bien se sabía que nunca las pronunciaba. Aquella noche, no obstante, mientras esperaba que mamá viniera con el café recalentado, pronuncié para mis adentros las más crudas inmundicias; también repensé algunas cosas que me había dicho Vickie la víspera, como si ella supiera; pensé que acaso era vox populi, que todos a mis espaldas lo sabían, me señalaban, se burlaban, Ahí va el cornudo; acaso hasta José Manuel lo sabía; cuando en la escalera me había dado los cien pesos, ¿no había acaso una mal disimulada conmiseración en su actitud, en su renuente mirada? Yo en aquel momento tenía la cabeza lejos, la mente perdida en las caricias de Clarita, que para mí ya nunca más serían; no obstante mi hermano sacó aquel billete y me lo dio y en ningún momento me miró a los ojos. Yo le dije ‘Gracias’, apresurado, sin pararme más de tres segundos, y mientras terminaba de bajar sentía que mi hermano se había quedado quieto y me miraba, me seguía con la vista. Al pie ya de la escalera me volví hacia él y él apartó con turbación y presteza los ojos, se giró con torpeza y siguió escalera arriba. Yo le repetí las gracias, le dije ‘Te lo devolveré en cuanto pueda’, y él sin detenerse me contestó ‘Da igual’, con una voz ronca, rara, como si le costara hablar.

Me daban vuelta por la cabeza formas y métodos de exterminio para vengar la afrenta, me preguntaba si matarlos a los dos o matar sólo a Tucho y perdonarle a Clarita la vida; matar a Tucho en presencia de Clarita, con la automática de papá, o volarle la cabeza desde una azotea con uno de sus rifles de caza, que tenía mira telescópica; Clarita y Tucho salían agarrados del brazo o de la cintura del Castilla la Vieja y yo los seguía con las líneas en cruz de la mira hasta que las centraba en la frente de Tucho y entonces apretaba suavemente el gatillo y el tipo se derrumbaba a los pies de Clarita, mientras una mezcla de sangre, masa encefálica y astillas de hueso le salpicaba a ella los elegantes zapatitos. Yo me apostaría en la azotea de cualquiera de los edificios de seis o siete plantas de la acera de enfrente, por la avenida, y sólo dispararía un tiro. O no no; antes tenía que darle a Tucho una paliza con mis manos, bajarlo de cualquier forma, arrastrado o a patadas, a la playa, y allí sostenerlo contra el muro y darle, hasta que los nudillos me sangraran y se me hubiesen inflamado tanto que ya no pudiera pegarle más; como había hecho Chino Balcárcel con el Gordo Darío, que era un tipo más grande aún que él; Tucho, por desgracia, pensaba yo, era poca cosa, un cuchifay perchento, encorvado, de patas flacas y pecho hundido. ‘Por lo demás’, pensaba yo, ‘el odio y la sed de venganza no son como el boxeo; el odio no entiende de pesos gallo o pluma, de pesos medios o pesos pesados; el odio va y pega; el odio va y mata; el odio soy yo’.

Abrí los ojos cuando mamá me tocó en un brazo.

-No parece que sufras tanto –me dijo, en voz baja, con una trémula sonrisa triste-. Roncabas.

~~CAPÍTULO 3~~

CHINO BALCÁRCEL

Clarita, aquella tarde, cuando nos separamos, no me dio tiempo para decirle nada, para tratar de explicarme. En seguida de colocar en mi mano el anillo de mamá, Clarita se giró sobre sus tacones y, con un amplio revuelo de faldas, que me enseñó el postrer vistazo íntimo de sus muslos, se metió en su casa; ni una vez se volvió ni entreparó. Iba a paso vivo, y al llegar a la puerta interior (a la parecita que me la escondía) ya casi corría. La oí gemir o lloriquear ligeramente, o acaso el oído me engañara. Lo último fue un sonoro portazo seco, que me transmitió la noción de lo ya irremediable, de lo ya definitivo, de lo ya definitivamente perdido y acabado.

Mi primera idea, superado el inicial estupor, con la angustia que me barrenaba el pecho y me dificultaba respirar, fue ir en busca de Pruden Jauregui, que vivía exactamente a la vuelta, no por Dieciséis de Febrero sino por la esquina más alejada, la de Arreizabalaga. Caminé hasta esa esquina con aquella idea y al llegar a la esquina me detuve, dudé. ¿Necesitaba de alguien que me hiciese compañía? ¿Para qué? ¿Para llorarle mi desgracia? ¿O mejor estar a solas?

‘Los hombres no lloran, carajo’, me dije, para insuflarme la necesaria convicción. ‘A solas mejor, sin amigos, sin nadie; a solas mejor’.

Al fin y al cabo aún tenía intacto el billete rojo de cien pesos, crujiente, nuevecito, que José Manuel me había dado en la escalera; el taxi lo había pagado con unas monedas sueltas que había encontrado en el bolsillo del pantalón; varios pesos, de los que todavía me sobraba un par, más o menos.

Recuerdo que, parado en la esquina, extraje de un bolsillo interior de mi chaqueta, donde un extraño arrebato de prudencia me había impelido a guardarlo, el billete de a cien, doblado al medio. Lo desdoblé y lo hice crujir con mis dedos. Después lo miré detenida y detalladamente, como si nunca antes hubiese visto otro, por el anverso y por el reverso. El anverso lo ilustraba el escudo nacional, con su cerro, su balanza, su vaca y, en el cuarto inferior derecho, tres ondas paralelas que figuraban, suponía yo, el agua, el río, nuestro Río de la Plata, el río grande como un mar. En aquel momento me sentía misteriosamente alegre, liviano, con la sensación de que, si quisiera, me bastaría con extender los brazos y echarme a volar.

En el reverso del billete se veía el Palacio Legislativo, y, por transparencia, a contraluz, el egregio perfil inevitable de un severo y altivo José Artigas.

Volví a doblar el billete y a guardarlo donde antes. Cien pesos me parecían, en aquel momento, una enorme cantidad de dinero; la suficiente, al menos, para tomarme doscientas grapas en el Expreso, al precio diurno, porque después de cerrar el almacén aldaño la grappa subía a 0,75, el mismo precio que tenía en el Castilla la Vieja; al campari lo daban gratis, tanto en un sitio como en el otro; si a fin de cuentas apenas era unas gotas, lo justo para darle color, más que otra cosa.

Mi intención, de todos modos, no era ir al Expreso, ni siquiera en aquella dirección, sino perderme por Deciséis de Febrero arriba; de modo que tendría que volver a pasar por delante de la casa de Clarita Arostegui, idea que me desazonó y me borró de golpe aquel conato de alegría y levedad que había sentido. Preferí cruzar a la acera de enfrente y andar a paso rápido, militar, con la vista fija hacia delante, como si tuviera un objetivo concreto al que me dirigiera. No obstante, al acercarme a la casa de Clarita miré, de reojo, a la otra acera, y alcé la vista a las ventanas del piso de arriba; concretamente al ventanal de la sala de la televisión. Me pareció verla allí, perfilada junto a la cortina, que estaba descorrida y formaba pesados pliegues en uno de los bordes del ventanal. Cuando me atreví y giré la cabeza no había nadie. ¿Había sido una ilusión? ¿Una última y dolorosa ilusión y nada más?

En Dieciséis de Febrero y Baltasar Hidalgo, en la esquina, aunque de la acera opuesta, la más cercana a Villa Biarritz, había un café al que yo había ido muchas veces, aunque no con Clarita. No era un sitio para llevar a Clarita; sólo tenía un par de mesas de patas desaparejadas y unas cuantas sillas enclenques, no había toilette para damas y la barra, que iba de un extremo al otro –se trataba de un local alargado y estrecho–, olía, con sólo acercarse, a vino barato y a dedos, manos, brazos, cuerpos apoyados, carne, dientes careados, sudor y, al fondo de todo, a algo peor: bilis, vómitos, náuseas, tristeza sombría, putrefacción, sueños en pedazos: el sitio ideal para mí en aquel momento: el mismo olor de mil cafetuchos por el estilo que se repartían por todos los puntos de la urbe.

Me bebía allí dos grappas, cabe que tres, que pagué con el dinero de bolsillo que me quedaba. Serían las cuatro de la tarde cuando salí; en el cielo había un sol de fuego, y no se veía ni la nube más elemental y difusa. Cruzé la calzada al ver venir, desde la rambla, un ómnibus, y me subí. Era uno de los ya escasos ómnibuses de plataforma; me

quedé en ella, fumando. Veía pasar los árboles, las casas, y creo que ya estaba ligeramente borracho. Me bajé al término del recorrido, frente a los ferrugientos hangares del puerto.

Me metí en distintos cafés y boliches, inclusive en un club de bochas donde servían de beber y donde me topé con Gazapo Lanuz, que llevaba prendida por la cintura a una chirusita de pelo rubio teñido, que mascaba chicle. Saludé a Gazapo y los convidé (a él y a su amiga) con una ronda, lo que forzó a Gazapo a llamarme con ellos. La chica dijo llamarse Odile, ‘con una E al final que no se pronuncia, ¿sabes? Es que es francés’. Le dije que los nombres franceses me encantaban, aunque no tanto como las francesas, y éstas mucho menos que las nacimentinas con nombre francés, sobre todo si eran rubias, y máxime rubio teñidas, y unas cuantas cosas más por el estilo, que ella contestaba con risitas y ayes y uhs, hasta que observé que Gazapo había fruncido el ceño (y que la chica, por otro lado, se había desceñido de su brazo —el de él— y había depositado su firme y redondo trasero en uno de los parques taburetes que ornaban la barra en U del lugar). Entonces decidí que mejor marcharme; no se le debía sacar nunca una mina a un amigo, y aunque Gazapo distaba de ser amigo mío, preferí cumplir con esa regla no escrita que incumbía a todo macho bien nacido de Nacimiento.

-Ay, ¿te vas?

-Tengo cosas que hacer.

-¿Cooosas? —Odile parpadeó cien veces y al final abrió mucho los ojos; los tenía bonitos, verdosos-. ¿Qué?

-Infinidad.

-Pero si estás medio ebrio —se quejó la chica-. Y lo estamos pasando tan bien, ¿verdad, gurrumín?

Se ladeó para mirar a Gazapo y le acarició con las largas uñas rojas la papada. Gazapo gruñó y vagamente asintió.

-¿Lo ves? Tonín también está de acuerdo.

¿Tonín? Si la memoria no me fallaba, Gazapo se llamaba Lorenzo, como se habían llamado su padre, su abuelo, su bisabuelo y tal vez su tatarabuelo, todos ellos codirectores, en su día, de *El Matutino*, como el propio Gazapo lo sería, según todo lo indicaba y si la tradición no se derrumbaba (como de hecho se derrumbaría) cuando le tocara el turno. De momento era un simple gacetillero del periódico que había cofundado su bis o tatarabuelo.

-¿Por qué lo llamas así? —me había preguntado Odile a la sexta o séptima vez que yo pronuncié Gazapo al hablar con éste.

-Supongo que porque es periodista —le dije.

Odile no entendió pero tuvo la deferencia de sonreír; tenía bonitos dientes, pequeños y parejos, y labios redondos, carnosos, tentadores.

Cuando salí de allí, diez minutos después de que Odile me dijera que Tonín también estaba de acuerdo, había caído la noche; yo estaba completamente borracho, más de lo que se me notaba, y recordé que no había comido. Pensar en comer, de todos modos, me produjo una especie de rechazo y un regusto amargo en las tripas. Caminé, entré en algún otro boliche y a no sé qué hora llamé por teléfono a Pruden, que había salido con su novia, y después a Sabio, que ya estaba enterado de mi ruptura con Clarita y que accedió, sin hacerse de rogar, en reunirse conmigo, en una hora, en el Lumumba, un café de Punta Bueyes, cerca del faro y a la sombra, como quien dice, del enorme presidio que había allí.

Me fui en taxi y me bajé en la rambla, frente al faro. Faltaba aún un buen rato para que se cumpliera la hora que Sabio me había pedido. Con las manos en los bolsillos y murmurante en mi cabeza la idea de matarme, me adentré por el resbaladizo espigón de piedra del faro. Eran lo menos trescientos metros de andar a oscuras, sobre moho deslizante, peligroso, entre olas que chocaban contra las rocas que se acumulaban a ambos lados del espigón. No llegué hasta el final. El faro hacía girar lentamente una luz blanca seguida de una roja; la luz blanca era blanquísima; de cerca, como yo estaba, resultaba inclusive cegadora; la roja era de un rojo apagado, o al menos lo parecía

entre los brillantes destellos blancos que la antecedían y sucedían. Bajo aquellas cambiantes luces yo alcanzaba a distinguir claramente el perfil de las rocas, cercanas y alejadas; inclusive distinguía el islote llamado del Faro, que está a doscientas o trescientas brazas agua adentro. El agua, que me salpicaba y se escurría por el espigón bajo mis pies, parecía, a la luz blanca del faro, una sustancia oleaginosa, espesa, casi densa; una sopa de tapioca.

Volví del espigón a paso corto, incapaz de encender un pitillo, ya que una brisa racheada, que soplabá del sudeste, se empeñaba en apagarme los sucesivos fósforos que empleé hasta que desistí. El yeskero chapado en oro, con mis iniciales, que Clarita me había regalado unos meses antes, me lo había dejado en otra chaqueta o acaso lo había perdido; no lo sabía. De haberlo tenido conmigo en aquellos momentos, seguramente lo hubiese tirado al mar con toda mi rabia, con toda mi fuerza. Me preguntaba qué haría Clarita aquella noche; era viernes, día en que, sábado al margen, más se llenaban las boites y más los meublés elegantes, con las parejas que salían de las boites.

Me preguntaba, recuerdo, de regreso a la rambla por el espigón de piedra: ‘¿Qué hace un hombre cuando su novia lo abandona?’ Y me contestaba: ‘Primero se emborracha y después se va con otra’. La cuestión consistía en el grado de borrachera que uno podía alcanzar para irse después con quien fuera. A mí las chicas se me daban bastante bien. No como a Chino Balcárcel, o a Gabriel Vendrell, Silvita, Tano Galvani, Robby Bunyan, Jimmy Villanueva o cualquiera de los notorios ganadores de Los Pocitos y de la ciudad entera, es claro, pero mal no se me daban. Inclusive las nenas bien se me daban bastante bien, para lo que se necesitaba de una técnica especial muy diferente que con una milonguita; sólo las nenas de la pequeña burguesía eran total y absolutamente infranqueables, al menos para mí, en ese terreno; eran nenas a las que habían educado con la idea de la boda, el marido trabajador, el ahorro, la casita propia pagada a plazos en cien años: ideas que, propiciadas a lo largo de generaciones por un estado paternalista y protector, habían calado hondo en la gente a la que iban dirigidas, es decir la profusa, difusa y semifusa clase media; las había, nenas de esta clase, que sí, que en efecto, que se descarriaban, y yo conocía a algunas; no sé por qué me daban lástima, lo que no me ocurría con ninguna de las otras, ni las nenas del arroyo ni las niñas de buena familia, fueran pobres o ricas.

‘Una mina’, me decía, ‘¿Para qué? ¿Para llorarle mis penas? Una nena que me escuche, que se apiade de mí, que me diga Pobrecito’. La idea, que en un principio me satisfacía, a modo de revancha, si no de venganza, me empezó en aquellos momentos, a disgustar, como si cometiera una traición contra mí mismo.

‘Un macho se las aguanta solo, a solas, sin lloriqueos ni propios ni ajenos, sin caricias, sin compañía pasajera femenina, pagadera o gratuita’. Pensé, recuerdo, con un sombrío conato de eso intraducible que los ingleses llaman sense of humour, que en español lo más aproximado que tenga sea quizá ‘cinismo’, un cinismo en mi caso menciado de autocompasión, que cuando volviera a mi cama me haría una paja.

‘En tu honor, Clarita’, pensé; cabe que lo voceara, porque una pareja que bajaba tropezándose por las viejas canteras abandonadas del Parque se paró bajo un enclenque farol a mirarme; el tipo, de cara vagamente conocida, tenía la mandíbula caída.

‘¿Una paja?’, pensé. ‘Mira que piensas memeces, tú, Miguel, muchachito’.

El Lumumba quedaba a los pies de las abandonadas canteras de caliza, al fondo de la plaza Benjamín Ramírez, flanqueada en tres de sus cinco lados por casitas bajas y en el cuarto y en el quinto por las paredes rocallosas y semiderruidas de las canteras, por las que trepaban varias vacilantes escalinatas labradas en la blanda piedra. Al Lumumba se llegaba, o bien por la calle Chanáes y a través de la plaza o bien por las desmoronadas laderas de la vieja cantera de caliza, por la que había que subir primero y después bajar, por sendas escaleras empinadas y desiguales, abiertas de forma desmañada en la laboriosa ladera del fondo de la plaza.

Al Lumumba se entraba bajando otra escalera, en este caso embutida entre paredes y con un descansillo a mitad de camino y el tramo inferior en ángulo recto en relación al primero. En el interior del Lumumba había lamparitas de colores colgadas del techo, mesas pequeñas y octogonales que más que distribuidas por el local parecían desparpadas a la buena de Dios: había algunas amontonadas una contra otra a lo largo de una pared y otras aisladas, o en grupitos de dos y de tres. Contra una de las paredes corría una larga banqueta de madera tapizada con estopa y un paño desgastado, tajeado y con los remaches saltados dos de tres. A lo largo de esa pared se alineaban, mal que bien, diez o doce mesitas, con banquetas individuales para sentarse de frente o de perfil a la pared. En una mesa de un rincón me esperaba Sabio; la mesa del rincón más alejado del lugar donde estaban la barra y un espacio abierto, en el que a menudo actuaba un cómico, o tocaban el tamboril algunos negros, o se desnudaba una mulata, según el día y la suerte. La mulata se llamaba Thais Granada, y cuando no se desnudaba cantaba boleros; tenía una bonita voz. Había sido, se aseguraba, la querida del Sueco Olaf, uno de los jefazos del hampa nacimentina, al que habían matado a tiros un par de años antes. Entonces, ya muerto Olaf, Thais Granada, se rumoreaba, repartía sus favores entre don Remigio Goligork, que la mantenía y le había puesto un apartamento a todo lujo en el Edificio Colonial, y, sotto voce, el infaltable Chino Balcárcel. Thais no estaba allí aquella noche ni aparecería; Chino sí. No estaba cuando yo llegué; apareció al rato, con Gabriel Vendrell.

Sabio se había traído a nuestro rincón a dos terrajitas de terracota, dos parditas preciosas, con todos sus dientes, jovencitas, Runi y Loló, según nos dijeron, que un rato antes habían estado bailando juntas; salía música melódica, mezclada con rock and roll, de estratégicos altavoces, y había gente que bailaba o bailongueaba en el gran espacio vacío que estaba delante de la larga barra del fondo. Eso sí; siempre y cuando no hubiera nadie que cantase, contase chistes verdes, se desnudase o tocase el tamboril, un instrumento que yo, por lo demás, y particularmente, detestaba. Y nadie cantaría ni se desnudaría ni interpretaría nada, según me había anticipado Sabio Ayala, aquella noche.

En raras ocasiones, allí en Lumumba, actuaba la llamada Entemerata, un grupo de siete tipos que interpretaban tangos. El Negro de Maris tocaba el bandoneón, Doblebé Bermúdez el piano, el Tano Fittoldi el violín, el primer guitarrista era Pocho Suárez y el segundo Bebe Carmodio, Augusto Lolópago se encargaba de la percusión y el cantor se llamaba nada menos que Benavidez, aunque su grafía era otra, la ortodoxa: Benavides. Al principio el grupo no tenía ni nombre ni cantor, después a alguien se le ocurrió el nombre y más tarde le añadieron voz; por un tiempo se sucedieron o se alternaron cuatro o cinco cantores diferentes –Gus Guastavino entre ellos– y al final había quedado como único solista Benavides; también había habido algunos cambios entre los instrumentistas: el Negro de Maris, Doblebé y Pocho Suárez eran los únicos tres que quedaban del grupo inicial, que había empezado como tal, sin nombre ni cantor, para amenizar festejos de conventillo y aparecer en los tablados en época de carnaval, hacía no más de cinco, o, a lo sumo, seis años; todos ellos, salvo Doblebé y Benavides, eran ya cuarentones avanzados, cuando no cincuentones; Fittoldi, se decía, tenía más de sesenta años en los días que ahora rememoro.

Cuando ellos actuaban, la Entemerata, donde fuera, lugar, fecha y hora se anunciaban con anticipación en la prensa y con altavoces viajeros por la calle, e inclusive, en algún caso, por la televisión, como cuando inauguraron, haría un par de años, la boite New York, en la azotea del edificio Naciones Unidas, un enorme y estulto armazón de acero y cristal, un cubo alargado más ancho que alto y que tenía 35 pisos; lo habían levantado en el 62 o 63, delante mismo del espigón del Yacht, o sea a no más de seis o siete calles de nuestra casa; la mole obliteraba lo que había sido un fantástico panorama de playas en collar hasta la mole del Peñón de la Luna y después, ya borrosos, los grandes edificios de Carrasco, el Casino y el Círculo de la Luna, más la neblina matinal que siempre cubría la pequeña desembocadura (llamarla delta, como hacían algunos, era un exceso ridículo) del arroyo Carrasco.

Donde quiera que fuera que se presentase la Entemerata los locales se llenaban de bote en bote; inclusive, en una ocasión, habían llenado íntegra la Tribuna Olímpica del Estadio Centenario, que tenía veinticinco mil asientos. En aquella ocasión, primavera del 67, una clara y celeste noche de abril, yo había llevado al Estadio a Clarita; aunque las entradas no estaban numeradas y llegamos bastante sobre la hora, dio la casualidad de que nos encontramos con Gabriel Vendrell a mitad de escaleras arriba. Gabriel, a quien yo había tratado poquísimo, y Clarita, según me aseguró, menos todavía, se tomó no obstante el trabajo, sin que se lo pidiéramos, de abrirnos hueco hasta el centro mismo de la tribuna, precisamente delante del viejo ring de box (en desuso desde que, en 1949, Archie Moore le había dado una tremenda paliza al campeón nacional, Dogomar Martínez), que era donde se había instalado la Entemerata.

Se decía, como se decían tantas cosas, que era Chino Balcárcel el que había conseguido los primeros contratos buenos para la Entemerata, inclusive uno para la televisión, en horario estelar, cuando se trataba, todavía, tan sólo de un grupo de rejuntados, anónimos o poco menos (el único mal que peor conocido, y con cierto prestigio ya labrado, era el Negro de Maris, que había sido bandoneón acompañante en la orquesta porteña de Leopoldo Federico, donde había actuado un par de temporadas), y en dos o tres meses los había hecho famosos; que por esa razón, se decía, ahora que los locales se peleaban por ellos, y aunque Chino ya no intervenía para nada en los contratos, cada vez que la Entemerata actuaba donde fuera, bien en el salón del Hotel Rêgnier, bien en el Lumumba o bien en el Platense Patín Club o en el pabellón cerrado de Temperley (el club de basket superviviente de Quinta Castro), Chino se llevaba su porcentaje.

Eran cosas que se decían de Chino Balcárcel, sin que nadie supiera a ciencia cierta si eran verdad o mentira. De Chino se contaban infinidad de cosas, buenas y malas, mejores y peores, auténticas sin duda y también falsas, exageradas o, cabe, minimizadas, según quienes las contaran, desde afirmar, como yo oí, que era un despiadado gigoló y un desalmado proxeneta para el que trabajaban varias (seis, oí afirmar) call girls de lujo, hasta declarar que era una especie de santo laico (y gratuito) que velaba por los intereses de todas las chirusitas de La Tablada, el rancharío de los Arrabales Norte donde él se había instalado a la vuelta de su enigmático exilio de 1967; había desaparecido de la circulación en abril y había reaparecido en noviembre. Se supo después que había estado en una especie de pequeña ciudad o poblachón llamado Benbow (fundado sin duda por los ingleses del ferrocarril en el tercer cuarto del siglo XIX), donde había ejercido nada menos que de profesor de inglés en un liceo. Se decía que un juez lo había extrañado de Montevideo bajo las acusaciones de abuso de confianza y enajenación de cariño y que el suicidio de la deliciosa María Emilia Carvaillat, llamada Emmy, en octubre de aquel año, había sido consecuencia de algo que Chino había hecho o dejado de hacer. Lo que yo sabía de cierto, porque Clarita me lo había dicho, indignada, era que los Osorno, acaso entonces la familia más rica y quizá más poderosa de la República, habían presentado cargos graves (y falsos, según ella) contra Chino; y Emmy estaba casada con Enrique (llamado Quique), el único hijo varón de don Eleuterio Osorno.

Encontré a varias caras conocidas en el Lumumba, aquella noche. Aunque desde mi rincón no podía ver a la gente que estaba sentada contra la pared, y no tenía ganas de levantarme, vi pasar y dirigirse a una mesa junto a la pared a Lucila Moore, una amiga frecuente, si no íntima, de Clarita, con un tipo cuya cara me sonaba pero a quien no pude etiquetar con un nombre hasta que Sabio me informó:

-Es Yiye Garderes.

Un nene bien del Barrio de la Luna, es claro; yo con esa gente poco roce tenía.

El Barrio de la Luna, una veintena escasa de manzanas edificadas sobre el flanco oriental del Peñón y a espaldas de éste, era el lugar más chic de la ciudad desde hacía una veintena de años; de hecho, formaba parte del barrio de

Carrasco, muy chic también, pero se diferenciaba de éste por el trazado oblicuo de las calles; todas, excepto la principal, la avenida Barón Rurikov, corrían en sentido tangencial a ésta, lo que hacía que las manzanas fueran o triangulares o romboidales o tuvieran cinco esquinas. Los nombres de las calles también distinguían al Barrio de la Luna. Allí no se había tenido en cuenta, para el nomenclator ciudadano, la repartija habitual entre próceres menores blancos y colorados, ni a las pequeñas (o grandes) celebridades criollas con una única excepción: Martín Fierro. Había una calle, en efecto, que se llamaba Martín Fierro, como otras Hamlet, Othello, Rey Lear, Macbeth, Divina Comedia, Decamerón, Metamorfosis, Guerra y Paz, Rojo y Negro, Comedia Humana, Hermanos Karamazov, Anna Karenina, Madame Bovary, Tartufo, Odisea, Iliada, Eneida, Pickwick, Ernani, Flores del Mal, Crimen y Castigo, Arthur Gordon Pym, etc. Se decía que fue el propio barón Rurikov, el creador del barrio, quien puso los nombres a las calles. La avenida que llevaba su nombre, antes se había llamado Avenida de las Artes y las Letras, que sustituyeron por el nombre del barón poco después de que éste muriera, riquísimo, a principios de los años 60. Por cierto, el barón tradujo cuentos de Kafka al español; fue, al parecer, el primero en hacerlo, a mediados de los años treinta. Era, se decía, un hombre cultísimo, ruso de nacimiento, barón y príncipe de sangre, como el barón de Charlus, el afamado personaje de su admirado Marcel Proust, que empleaba su título menor porque era el que tenía más antigüedad y más solera. El barón se negó siempre a hablar el ruso, lo que llevó a muchos a murmurar que era un cuentamusas, un farsante, y nunca ocultó sus simpatías por Hitler, aunque circunscriptas a su lucha con la Unión Soviética. Hacia 1964 Fernando Aizpún escribió **Los blues del lapón**, novela que trasladaba a un ambiente onírico y a menudo de pesadilla, la vida del barón y sobre todo sus últimos años, que, según testimonios muy variados, los pasó en una perpetua borrachera de absenta. La novela ganó el premio *Trinchera* de aquel año y colocó a Fernando, a sus treinta y pocos años, entre los más firmes valores de las letras nacionales.

Lucila pasó, me vio, porque miró hacia el rincón donde estábamos nosotros, y ni me saludó. ‘Se sabe’, pensé, ‘Lo sabe ya todo el mundo; maldita ciudad’. Lo sabía el Sabio cuando lo llamé, lo sabía Lucila cuando pasó; ¿por qué no saludarme si no? Lo sabía todo quisque. Aquello me afectó; me quise ir. Se lo dije a Sabio e inclusive me puse de pie, con el propósito de llamar al camarero y pagar; habíamos bebido una jarra de sangría y, antes, un par de whiskies; yo estaba gastando a lo grande. Total, ¿qué más me daba? Era un maldito apestado, un novio abandonado, si no un cornudo. Sabio me obligó a volver a sentarme. Me dijo que más me valía comer algo, que allí servían unas milanesas formidables y que él pensaba pedirse una. Y cuando ya me había convencido para que me quedara y se levantó a buscar su milanesa (con huevos fritos), que yo me negué a compartir, fue cuando vio, él de pie, a las dos chirusitas que bailaban juntas y cambió de idea.

-¿Las ves?

Me señaló con la cabeza y con un vago movimiento de la mano hacia el amontonamiento de gente que bailongueaba una rumba o un bolero, o acaso un merengue o un merequetengue.

-¿Qué?

-Esas dos minitas, ¿las ves ahora?

Las entreví, entre otros diversos cuerpos que se contoneaban.

-¿A que las traigo? –se vanaglorió Sabio.

-Tráelas.

-¿Apuestas algo?

-Te he invitado –le reproché- ¿No pretenderás sacarme guita encima?

-No tiene que ser guita. Yo elijo primero.

-Tú las traes, tú elijas; me parece justo.

Las traje. En realidad a una de ellas la conocía, porque estudiaba en la escuela de arte dramático, donde daba clases su tía Inocencia Galcerán, Chita Galcerán, como la llamaban, que era profesora de declamación y una mujer de rara belleza. Para Sabio la escuela de arte dramático, como para muchos otros, era un vivero de nenas de toda clase y condición. Yo la frecuentaba poco; las actrices, aunque se trate de protoactrices o de proyectos de actriz, como las de la escuela, tenían para mí un aire de suficiencia que (me) las distanciaba y que (me) producía si no rechazo desazón. Para ellas, sobre todo para las de clase medio baja o baja, no era lo mismo que las invitara un Ayala, un Jauregui o un Casadevall que un tal Bardaracci, por mucho dinero que pudiera exhibir (y no era mi caso). Los tanos teníamos poco que cortar en la escuela a no ser que fuéramos un Ungría o un Rizzo o, como mínimo, un Sanguinetti, un Fosatti o un Farinacci (Sant'Angelos menores de cuarenta no quedaban, y los Massini varones supervivientes eran, también ellos, a excepción del gigantesco Santiago, un tipo de más de dos metros diez, de una generación anterior a la nuestra). Ésta a la que Sabio conocía se llamaba Aleluya Giammarini, alias Loló, y su amiga María Remedios Azaola, alias Runi. Llevábamos con ellas cinco escasos minutos, ni tiempo siquiera para que el hielo se rompiera, máxime si se tenía en cuenta que Sabio había elegido a Runi, a la que había arrinconado entre las dos paredes, dejándonos a Loló y a mí del lado exterior de la mesa, en sendas incómodas banquetas de patas inestables. -Me ha dicho Joaquín (por Sabio) que has roto con tu novia. Qué pena, ¿no? -la voz de Loló delataba más inquietud que lástima; tenía un tonito cantarín, impostado, de escuela de arte dramático, que no era desagradable ni mucho menos, porque la voz de la nena era suavcita de por sí y tersa, pero a mí me molestó la indiscreción de Sabio, de la que Loló no tenía ninguna culpa, y algo se debió ver en mi expresión porque añadió-. Ay, bueno, no me imaginé que te pondrías así.

-Lo siento -le dije-. Lo hice, lo que fuera, sin darme cuenta.

-Me miraste como si -dijo Loló, y se calló; no como si interrumpiese la frase; sencillamente se calló.

-¿Cómo si qué?

-Como si fueras.

Era un hábito de la nena, congénito, aprendido, ¿qué?

-¿Cómo si fuera a qué, Loló?

-A darme

-¿Un beso?

-Ay tontito, no. Una bofe.

-¿Un bife?

-Tada.

-Yo jamás le pego a una dama, Loló.

-¿Me consideras una dama? Ay qué gracia, ¿no? -estiró un bracito y tironeó, por encima de la mesa, de un brazo de la chaqueta de Sabio-. Tu amigo Miguel me considera una dama, dice. Qué cosa más, ¿eh?

Sabio la miró, le guiñó un ojo y volvió a lo suyo; hablaba al oído a Runi y ella emitía uys y ays y ohs entre risitas. 'Las cosas', me dije, 'a Sabio le van bien'. Acerqué mi banqueta a la de Loló y le pregunté:

-¿Loló es tu nombre de verdad? ¿No, verdad?

-Mi nombre de verdad -dijo ella- no.

-¿Cuál es?

-No sé si -contestó la nena; sacudió los hombros, atravesados por unas finas cintas en diagonal que se cruzaban en el escote delantero- Al fin buah. Me llamo Aleluya. Aleluya Tesoro Giammarini Ortiz.

-Pues tus padres acertaron de lleno al ponerte esos dos nombres, el segundo sobre todo, ¿sabes? Porque lo eres.

-¿Un tesoro? ¿Yo? ¿Me consideras un tesoro de verdad?

-Muy de verdad -dije yo.

Ella volvió a estirar el bracito por encima de la mesa pero yo la contuve; le así la manecita y la retraje y la mantuve asida, sobre la mesa.

-Deja a tu amigo Joaquín y a tu amiga Runi al margen, Loló. ¿No ves que están en lo suyo, enfrascados? ¿Por qué, con un nombre tan bonito, Aleluya, no lo empleas?

-Prefiero Loló –dijo la nena, con inesperada firmeza –Loló y punto, ¿estamos? –hablaba con una especie de agresividad latente que me dejó perplejo, callado e, inclusive, un poco acoquinado o apocado-. Te dije mi nombre verdadero, los dos, y mis apellidos, porque –Loló terminó la frase así, por la mitad.

Acto seguido sonrió, vació de un sorbo su vaso de sangría (era la segunda jarra que habíamos pedido), se lameteó el labio superior y tironeó de mí.

-Bailemos -me dijo; y, ya en la zona donde se bailaba, entre cuerpos apretados que nos empujaban como un oleaje, ora en una dirección ora en otra, añadió-: Me caes bien.

Entendí que era el final de la frase que había dejado incompleta antes de incorporarnos. Me gustó.

Bailamos un rato, cumbias o boleros o lo que fuera, cada vez más pegaditos, hasta que *She loves you* nos separó. A mí el rock se me daba más bien mal, pero hice lo posible; fueron dos rocks seguidos (no recuerdo cuál fue el otro, pero me pareció interminable); cuando volvió la apacible y adecuada música melódica, en este caso ya no caribañá, sino algo de Paul Anka o Neil Sedaka o alguno de aquellos *stars* con jopo engominado de la época, tuve que reemprender milímetro a milímetro el proceso con Loló, al tiempo que deseaba que no llegara un tercer rock and roll a fastidiarme el asunto. No llegó. En determinado momento, no obstante, cuando estábamos los dos *cheek to cheek*, por la buena senda, Loló dijo, con suave determinación:

-Mejor volvamos.

Y al sentarnos, yo con mi incómoda y endeble banqueta casi subida sobre la de ella, puntualizó:

-Vas muy rápido, tú.

Apartó unos centímetros su banqueta de la mía y se sirvió el último chorro ya endeble y goteante de sangría, que se mandó al garguero con un suspiro previo; una especie de alargado jadeo

-Ah, tenía una sed que no –dijo; y unos segundos después- ¿Se puede pedir otra jarra?

Alcé un brazo, chasqueé varias veces los dedos, di voces; al final me tuve que levantar, atravesar la compacta masa de danzantes y abrirme paso a codazos entre la gente amontonada sobre la barra, pero volví con la jarra que Loló me había pedido.

-Al fin –exclamó la nena-. Temí que te hubieras.

-¿Qué?

.No sé –se mordisqueó el labio inferior, en un gesto acaso estudiado, pero cargado de suave y candorosa sensualidad-. Perdido, evaporado, que te hubieran

-¿Secuestrado?

-O algo así.

Lo vi de lejos, a Chino, cerca de una cortina azul que tapaba la escalera de entrada, con Gabriel Vendrell parado a su lado. Loló, al verlos, emitió un gritito, me soltó la mano, que me había asido tres minutos antes, y se fue, casi a la carrera, a colgarse del pescuezo de Chino. A mí no sé qué me pasó; si fue rabia, envidia, odio, frustración o la mamúa: o acaso todo mezclado. Me encaré con Chino, que amable y delicadamente había colocado a Loló sobre sus dos pies, y le grité de todo: Que quién se creía; Que si se creía que por ser Chino Balcárcel podía hacer lo que le apeteciera estaba equivocado; Que le iba a partir la cara; Que era un hijo de p...Lo empujé de mala manera, además, dos o tres veces, y le largué un puñetazo que él más o menos desvió con un brazo pero que le dio de refilón en una oreja. Puede que yo buscara sencillamente que Chino me diera una paliza; ni en mis sueños más febriles se

me habría pasado jamás por la cabeza que yo pudiera enfrentarme a puñetazos con un tipo como Chino en más o menos igualdad de condiciones; Chino, para empezar, me sacaba por lo menos diez centímetros, y tenía las espaldas no diré el doble de anchas que las mías, pero sí mucho más anchas; y además se había pegado con decenas, acaso con un centenar largo de tipos, algunos como Rulo Pereira o como Elías Sambucetti que eran auténticas bestias; y ninguno de ellos había podido dársela (más bien al revés) Había demolido literalmente al Gordo Darío Goyanes, que, según se decía, se había estado jactando de haberse beneficiado de los favores de Penny Sant'Angelo (también llamada María la Segunda o María la del Medio), que era una especie de novia a perpetuidad de Chino. ¿Y acaso no se había metido, él solo, Chino Balcárcel, a los dieciocho o diecinueve años, en la guarida de los hermanos Camarassi, aquellos tres navajeros fachistas del Ombú y había salido ileso (no ellos, por cierto)?

Cuando jugaba al basket y su equipo, el Biarritz de Los Pocitos, se iba a jugar por aquellas canchas perdidas de Tintorería y de Villa Belmiro al Norte, o al Cerro, o al Cerrito, o a La Malteada, la diversión de las patotas de aquellos barrios era esperar el final del partido para buscar a Chino, que tenía que escaparse por encima de alambradas, meterse por oscuras callejuelas, atravesar conventillos más complicados que el laberinto de Creta, con los patoteros aullando detrás; y a veces lo cazaban, y se la daban (eran ocho, diez, veinte contra él), pero Chino no cedía, y a la temporada siguiente ocurría lo mismo. Creo que en realidad todo aquello le divertía más que el basket ball en sí, y que si dejó de jugarlo fue porque se aburrió de que lo corrieran y acosaran y se la dieran. De hecho, a finales del Torneo Mayor de 1965/66, durante la liguilla final de los ocho mejores, cuando Biarritz ya llevaba puntos de diferencia suficientes como para salir campeón aunque perdiera todos los partidos que quedaban por jugar, una patota del Morning agarró a Chino en un callejón sin salida del Cerrito de la Victoria y lo dejaron allí tirado, desnudo (le habían quitado el equipo de jugar al basket que llevaba encima), ensangrentado, con la cara tumefacta y la nariz partida. Se contaba que a los pocos días Chino había vuelto al Cerrito, con Gabriel Vendrell de escolta, a buscar y encontrar al tipo que le había partido (por cuarta o quinta vez) la nariz, con un pedazo de fierro; que tardaron varios días, porque el tipo se escondía, pero que al final lo encontraron, en un bar que se llamaba La Martingala; que allí Chino fue (el otro jugaba al billar y no lo había visto) y le golpeó con dos dedos en un hombro. El tipo se enderezó, y al ver a Chino a un paso de distancia trató de huir, pero Gabriel estaba plantado en la única puerta, con los brazos cruzados, y no lo dejó salir. Contaban que Chino le dijo (al otro, al que le había partido la nariz, uno al parecer al que llamaban o se llamaba Cañete): 'Te doy el taco de ventaja; agárralo'. El otro reculaba; al final agarró un taco y, con el extremo grueso hacia delante se le fue encima a Chino, que lo esperó, esquivó el silbido del taco, que pasó zumbando por encima de su cabeza y le pegó al tipo un solo puñetazo, fulminante, en la barbilla, que lo tumbó. 'No te doy más porque te mataría', le dijo. El tipo quizá ni lo oyó; parecía desmayado. Era bastante bajito y algo canijo, por eso Chino desistió de pegarle más, después de haberlo tumbado. Se fue con Gabriel. Poco después (unos meses) anunció que dejaba el basket ball, y poco después (unos meses más) desapareció, lo extrañaron a Benbow; unos meses después regresó, creo que menos violento, cambiado, se decía que afectadísimo por el suicidio de Emmy Carvaillat, que, según parecía, se decía, había dejado una notita en la mesa de noche, junto a la cama en la que yacía su pálido y pequeño cadáver: 'Toda la culpa la tiene Diego'. ¿La culpa de qué? Corría toda laña de hipótesis, versiones y aserciones contradictorias.

Chino no reaccionó, ni a mis gritos ni a mis empujones ni siquiera a la trompada que le tiré. Me agarró del hombro, eso sí, y con fuerza; tenía unos dedos que se prendían como si fueran flejes de acero.

-¿Estás más tranquilo? -me preguntó.

Yo jadeaba, me corría sudor por la cara, me goteaba de la frente y me impedía ver bien; el mundo se me tambaleaba.

-Perdona -alcancé a decir.

-No es nada -dijo Chino-. Nos pasa a todos.

Se alejaron, Gabriel Vendrell y él.

Loló, no era de extrañar, se me había puesto de morros. Me percaté de inmediato, cuando, de nuevo sentado y con la vista reenfocada, la observé.

-No sé qué me pasó –le dije; me sentía avergonzado, mareado además.

-Que un chico con tan buena presencia -balbució ella-. Odio la violencia –añadió, como si fuera la frase definitiva, para grabar sobre mi lápida.

¿Por qué recurrirán a este tópico tantas nenas, tantas santísimas veces, cuando en la mayoría de los casos dista de ser verdad? A la hembra de nuestra especie –como a las de todas las especies, por lo menos de mamíferos superiores- la violencia la fascina; eso sí: en tanto en cuanto que el motivo de la violencia sea ella misma. He visto a nenas relamerse literalmente de gozo cuando dos machos se embestían a puñetazos y patadas por ellas. Es algo que he visto más de una vez, que ya había visto alguna vez entonces; pero entonces todavía no me hacía estas preguntas.

-Perdona –fue todo lo que atiné a decir.

Me bastaron diez minutos para darme cuenta de que Loló había decidido prescindir por completo de mí; me contestaba con esquivos monosílabos y me rehuía la mirada. Llegado un momento yo me levanté, porque me urgía orinar, y cuando volví descubrí que había desplazado de asiento su tentador culito y que platicaba con la más natural y desinhibida soltura con un muchacho flaco, engominado, cuya cara a mí nada me decía, que estaba sentado contra la pared a poca distancia de donde estábamos nosotros. Yo me devolví a mi asiento, con el asiento de al lado vacío. Loló no se giró ni una vez para mirarme. La furia crecía en mí a cada sorbo que le daba al vaso, fuera el de sangría fuera otro, con un poco de whisky aguachentado, que todavía estaba sobre la mesa; el vaso llevaba largo rato allí y podía ser tanto mío como de Sabio o de váyase a saber. La furia crecía en mi pecho a cada calada que le daba a mi pitillo, a cada inhalación y exhalación, a cada tosca revolución de mis embotadas neuronas cerebrales, a cada latido de mi corazón, que yo sentía en las sienes y en la nuca.

‘Yo a ésta la mato, y a ese tipo relamido también. Maldita chirusita, ¿qué se habrá creído? Me c... en ella, me levanto y le parto la cara’.

Observé, con el rabillo del ojo, que Sabio y la otra, Runi, estaban cada vez más enfrascados y entreverados el uno en la otra, o viceversa; eran un único amasijo de brazos y piernas, un seno turgente que asomaba y desaparecía, una mano ávida que lo apretaba como si tratara de exprimirlo u ordeñarlo, bocas ansiosas que se sableaban la una a la otra, una con una lengüecita puntiaguda y vibrátil y la otra con otra carnosa y ancha como una pala de peón a pie de obra; y yo allí sentado, con un asiento vacío de un lado y la remaldita pared del otro. En un momento, que me perdí, porque mi mente divagaba, saltaba del doloroso adiós de Clarita al perfume a carne palpitante de Vickie Fornells, a la inmediatez de la zorrita ésa de Loló, que inclinaba su amplio escote por encima de la mesa vecina para hablar con el ser pálido, engominado, de cara alargada y aspecto relamido al que ella le había caído como del cielo por mi estúpida reacción, de Loló a Vickie, de Vickie a Clarita, de Clarita a Vickie y de Vickie a la Hembra Universal, un bellissimo ser de pesadilla, con los colmillos chorreantes de sangre y con dientes hambrientos en la vulva, entonces, en cuestión de meros segundos, Sabio y Runi habían desaparecido; el rincón estaba vacío. Loló y su flamante acompañante se levantaron a bailar y entonces sí, ella fugazmente se giró a mirarme y en sus ojos leí no rabia ni desprecio, que era lo que esperaba, sino una especie de compasión que fue la gota que colmó el vaso. Me empecé a incorporar con la intención de irme a ciegas, al bulto -lo veía todo rojo-, a repartir guantazos, cuando una mano pesada se posó en mi hombro y me obligó a volver a sentarme.

-Tienes mala cara, Miguel.

Era Chino.

-¿Has visto...? -alcancé a decir, mientras jirones rojos de odio, furia, frustración, vergüenza y miedo (no sé por qué también el miedo había entrado en la ecuación) me seminublaban la vista-. Sé que es amiga tuya, pero ¿cómo puede, cómo diablos puedo yo permitir? Voy y la amasijo.

-Vas y te quedas piola, Miguel –me dijo Chino, con esa forma rara de hablar que tenía, tan característica; soltaba chorros de silabas que en nada tenían en cuenta los puntos, los espacios, los silencios, la pauta natural del habla, ni las palabras mismas siquiera; un efecto, decían, de su tartamudez congénita y de la dislexia que, según algunos, padecía, más un foco epiléptico que, según otros, tenía latente-. Creo que deberías comer algo viejo –así más o menos se expresaba; no cometeré el error de reincidir; he puesto esa breve frase sólo a modo de ejemplo. Otrosí: jamás iniciaba un parlamento, fuera de la extensión que fuera, con una palabra que empezara con la letra pe.

-No me entraría.

-Si no te lo comes tú me lo como yo. ¿Qué estás bebiendo?

-Creo que whisky; un whisky aguachento que ni gusto tiene. Y sangría también.

Chino levantó un brazo; sólo eso: Chino levantó un brazo y, por en medio del gentío, se abrió camino hasta plantarse delante de nosotros una cosita rosada, con un pañuelo rosado en la cabeza; era una chica gordita, bonita, que sonreía: le faltaba un diente en una esquina de la boca, pero el pequeño agujero no la afeaba. La encontré lindísima y me pareció muy jovencita.

-¿Sí, Diego? –la oí preguntar.

Me gustó la dulzura de su voccecita, que también me pareció rosada, como el resto de su personita.

Llevaba zapatos y medias de color rosado, un delantal rosado sobre unos pantaloncitos negros cortos por la rodilla y una blusa holgada rosada, más el pañuelo; los pantaloncitos parecían muy ajustados y yo deseé, en aquel momento, antes que cualquier otra cosa, que se girara, para verla andar de espaldas a mí.

-Me vas a traer una milanesa escalopada con huevos fritos y patatas fritas, princesa –dijo el Chino-. Y antes un whisky –añadió para mí:-. ¿O prefieres sangría?

-Whisky mejor; sangría queda.

-¿Cómo lo tomas?

-Con hielo

-Pues ya lo has oído, princesa.

-¿Y tú?

-Ehhh...Pues –el Chino dudó-. Uhm, pues... -repitió- Tráeme la penúltima con campari. Y la cuenta.

-Yo me pago lo mío –dije yo.

Miraba a la muchacha que se alejaba y en efecto: tenía un trasero pequeño, alto, más bonito sin duda y tentador que el de Loló. De hecho me había olvidado por completo de Loló y de su infame agravio.

-Tendrías que haberme partido la cara, Chino –dije.

No miraba a Chino; miraba, trataba de mirar, a la chica del pantaloncito ceñido, que se iba y perdía y reaparecía entre el abigarrado gentío.

-Tal vez –me dijo Chino-, y acaso lo hubiera hecho de no haber sabido que rompiste hace unas horas con Clarita. ¿Por qué?

-Ella rompió conmigo.

-Ehhh...¿Y por qué? –insistió el Chino.

-No lo sé. Ayer me encontré con Vickie Fornells y estuve hablando un rato con ella, en el Expreso. Alguien fue y se lo chimentó a Clarita y abur.

-¿Nada más que por eso? No puede ser.

-Pues me lo dijo. ‘Un novio que se ve con otras a mis espaldas ya no me sirve para nada’. O eso o algo muy parecido. ¿Vos nunca te la...ya sabes?

-Mejor que pares con eso, Miguel, o entonces sí que cabe que te parta la cara.

-Yo creo –dije- que Clarita utilizó mi encuentro con Vickie como un pretexto ideal para romper.

-¿Y por qué? Por lo que se veía, por lo que ella me dijo alguna vez, ella y tú eran algo así como la pareja ideal. Yo un poco te envidiaba, te diré; sólo un poco, ¿eh?

-¿Tú me envidiabas a mí?

Que Chino Balcárcel, nada menos, el tipo que levantaba un dedo y le llovían las minas, como se decía, pudiera envidiar a un tal Miguel Ángel Bardaracci Orbizú me parecía una aberración tan descomunal, tan carente de lógica, que a punto estuve de echarme a reír. No me lo creí.

-Dices que Clarita usó tu encuentro con Vickie de pretexto para romper. ¿A causa de qué?

-A causa de un hijo de puta que le gusta.

-¿A Clarita? ¿Quién?

Escupí saliva reseca.

-Tucho Falcón –escupí más saliva y me tragué un sorbo de sangría ya entibiada.

-No me fastidies.

-Tucho Falcón –repetí, con una especie de regodeo masoquista-. Y tú serás Chino Balcárcel, con todo lo que eso significa, pero yo salí con Clarita casi tres años y fuimos novios casi dos, y la conozco. Tucho merodeaba desde hace unos meses y a ella le agradaba. Tucho mostraba por ella un interés flagrante que a ella le gustaba. Lo debí atajar a tiempo, bajarlo a la playa como bajaste tú al Gordo Darío y darle una viaba de la que no se olvidara en su vida.

-Esa es mala política, Miguel, te lo aseguro –Chino hizo una pausa; se agarró el labio de arriba con dos dedos y tironeó tres o cuatro veces; se había sentado en el rincón que habían dejado libre Runi y Sabio y estaba con las piernas separadas, extendidas a medias, demasiado alto y grande para aquel rinconcito, a un lado y el otro de la pequeña mesita que estaba entre él y yo-. ¿Sabes por qué le pegué al Gordo Darío?

-Porque andaba diciendo que se acostaba con María la Segunda.

-No –dijo Chino-. Porque me dijeron que había dicho, por lo menos una vez, que se había llevado a la catrera a Beléla Ríos. Yo no sabía si era verdad o mentira, pero nunca me gustó que un tipo ande dándose aires porque se acostó con alguna de mis amigas.

-La primera vez él te la dio. Te atacó a traición, según oí decir.

-No del todo. El se bajaba de su moto y yo cometí la compadrada de darle unos golpecitos en un hombro; es una mala manía que tengo. El Gordo se dio vuelta y me cazó con un piñazo en la mandíbula, justo aquí –el Chino se tocó el sitio mencionado, en un costado del mentón-, que me tumbó y me dejó medio noqueado. Se subió en su moto y se largó.

La nena de rosa, con su pantaloncito, se abrió un milagroso camino entre la gente apiñada, con una bandeja en una mano y tres botellas en la otra. Lo puso todo en la mesita. Las botellas eran una de campari, otra de grappa y la tercera de whisky, marca Cutty Sark, aún lo recuerdo: un whisky que yo jamás había probado y que, mucho tiempo después, sería mi fiel, mi único compañero a lo largo de años. La chica sirvió a Chino su grappa y le añadió un chorrito generoso de campari, que hizo que la copa, pequeña y de reborde circular, dibujada en el contorno por alargados romboides, se derramara un poco por los bordes, y me sirvió a mí mi whisky con hielo; dejó delante de mí dos platos: uno con una milanesa enorme, la más grande que había visto yo en mi vida, y el otro con dos huevos fritos, patatas fritas y rebanadas de tocino; también un salero con sal y pimienta y un limón, sobre un platito, con un cuchillo pequeño al lado.

-Esta milanesa –me explicó Chino; hablaba con ese acento didáctico del que se vanagloria de divulgar algún conocimiento exótico, a la par que pueril, entre sus amigos- no viene empanada, como es lo usual, sino rebozada con harina y huevo batido. Esto es un antro bastante infecto excepto por dos cosas: Rita, que es la nena que nos ha atendido, y la milanesa escalopada, como le llaman a eso. Permíteme que te exprima el limón.

Tajeó el limón al medio, lo pinchó repetidamente (una de sus mitades) con mi tenedor y regó con el jugo la milanesa.

-Ahora come.

Yo empecé a comer renuente mientras él me hablaba.

-El Gordo me noqueó, y yo lo buscaba sobre todo por eso. Lo de Belela había pasado a segundo término; después oí rumores que lo vinculaban a María la Segunda, de la que había dicho varias veces lo mismo que había dicho de Belela. Yo de María sabía que no era cierto; por eso, aunque parezca contradictorio, me importaba menos. Y Belela, que me importaba menos que María, me importaba aún menos que el puñetazo aquél. Lo busqué tres meses al Gordo hasta que lo agarré donde no se me podía escapar y lo hice bajar conmigo a la playa. Le di una paliza monumental, porque además se había jactado en varios sitios por haberme noqueado. El resultado fue que una chica, no te diré su nombre, de momento al menos, que a mí me gustaba muchísimo y en la que había puesto muchas ilusiones, se apiadó de Darío, y guambia, pibe, la piedad, la lástima, es un componente importantísimo del amor, o de la química sexual, o del nombre que tú le quieras poner a eso. En unos días, Darío y aquella chica se besuqueaban por todos los rincones. Porque a ella le dio lástima que un bruto zafio y grosero como yo abusara de un chico delicado y con ricitos como el Gordo. Ella misma me lo echó en cara.

-Se besuqueaban, sí, pero sólo después de salir él del hospital –dije yo, con una carcajada que medio me atragantó y me obligó a escupir, por suerte con tino, contra un rincón de la pared, la papilla de huevo frito, papas fritas y milanesa que estaba masticando.

Tosí, le pegué un trago al whisky, vi a Chino levantar el brazo otra vez y Rita no tardó dos minutos en estar con nosotros.

-Tráenos vino blanco –le dijo Chino-. El de la botella con el escudito, ya sabes.

-¿La cuenta de verdad quieres que te la cobre ahora, Diego?

-Ahora dispongo de dinero, Rita. Después nunca se sabe.

-Pagas la cuenta y mañana no tienes nada. ¿A que sí? Tía Sole me ha mandado decirte que tienes cuenta abierta por otros treinta días.

-Si no fuera por ti, princesa, que eres como el astro rey al amanecer, una cosa rosada y bellísima, tu tía Sole relumbraría en este lugar.

-Las cosas que dices, Diego –se rió la muchachita-. No te olvides que aún no he cumplido dieciséis.

-Cuando los hayas cumplido, Rita, me harás un favor, ¿verdad?

-El que tú quieras.

-Pues mantente a distancia prudencial de mí.

-¿Me violarías?

-Cabe, princesa.

-¿Falta te haría?

-No me provoques, princesa. Tu tía Sole se entera y me corta el crédito.

-¿El crédito?

La descarada e impune muchachita miró de forma ostensible al bulto que se distinguía en lo alto de la entrepierna de Chino, que se había desparramado, o poco menos, en aquel estrecho rincón.

Con una risita, Rita se giró y se largó. Yo la miré un buen rato, con un trozo de milanesa pinchado en el tenedor, hasta que el gentío se la tragó.

-Qué nena, Chino.

-Tan linda como peligrosa. Tiene sólo quince añitos, y yo conozco a su familia desde que ella tomaba biberón. Conmigo tontea porque sabe que soy inofensivo.

Me percaté de que Chino hablaba muy en serio, de modo que tuve que inclinar la cabeza hacia mi plato y así disimular la sonrisa que se había formado en mi cara y atragantarme con la carcajada que me subía por la tráquea.

-Sé quién era –dije; la voz me salió rasposa, casi ininteligible.

-¿Qué?

-Que sé quien es la chica que se besuqueaba, como has dicho, con el Gordo. Nuestra ex condiscípula Lauracha Grey. Jamás se me hubiera pasado por el magín que te gustara.

-¿Por qué no? Es bien linda.

-Sí, sin duda, pero flaquita, no sé. Parece poquita cosa, ¿no?

-No lo es, Miguel.

-No, sin duda que no, si tanto te gustaba.

-Me gusta todavía.

-A ti te gustan todas.

-¿A ti no?

-Yo lloro por Clarita.

-Llorar más de tres minutos por una nena es un error trágico, Miguel, aún en el caso de que esa nena sea nada menos que Clarita Arostegui. Y oye, hazme caso: come siempre algo antes, si piensas emborracharte. Los rusos se meten medio kilo de manteca antes de sus borracheras de fin de semana, que duran un mes. Los week ends son largos en la tundra, me imagino.

-¿Es verdad que Clarita es medio pariente tuya?

-Eso aseguran las gemelas, ¿sabes? Mi madre y su hermana Helena.

-Las gemelas Massini, sí, sé quiénes son. Afirman que son parientas de Clarita –lo dije, no lo pregunté.

-Me dijeron, alguna vez, que eran primas, en no sé qué grado, del doctor Arostegui, y, en no sé cuál otro, de la Negra Puig, o sea que hay un doble parentesco, nada menos. ¿Por qué me insinuaste a mí eso de Clarita?

Rita llegó con el vino, que Chino no le dejó descorchar; lo hizo él. La chica trajo también dos vasos altos, que Chino llenó.

-Esto es mejor que el whisky para acompañar la comida, Miguel.

Yo bebí de mi vaso con avidez; casi sin darme cuenta me había comido más de la mitad de la milanesa y buena parte de las papas fritas y los huevos.

-¿Por qué, Miguel?

Había algo nuevo en la voz alta, atenorada, de acento lento, de Chino Balcárcel; había un filo de algo que no era amenazador, pero que exigía una respuesta clara.

Se la debía; se la di.

-Me dijeron que los vieron, una vez, a ella y a ti, en el Yacht, hablando a solas, en una mesa apartada, con las caras muy juntas; y bien sabrás tú lo que se dice de ti.

-¿Se dice qué?

-Mina que se acerca al Chino mina que cae.

-¿Tú te lo crees?

-En buena parte.

-Pues eres bien cándido, Miguel.

-Hay pruebas a montones, Chino.

-Dejémoslo, ¿quieres? Termina el vino y te acompaño a tu casa. Te viene bien un paseo.

-No sé si podré.

-¿Si podrás qué?

-Llegar a pie a casa.

-Si de verdad no puedes paramos un taxi y asunto arreglado.

-¿Por qué lo haces, Chino?

-¿Hacer qué?

-Ocuparte de mí.

-¿Te molesta? Me lo dices y me largo.

-No, no, no –moví las manos, sacudí la cabeza -. No, en absoluto. Es que no lo entiendo.

-¿Te acuerdas del Memorial?

-Es claro.

-Éramos buenos amigos. Eras el mejor amigo que yo tenía en el grupo –Chino hablaba con acento lento, meditativo, como si atrajera recuerdos que le agradaban-. Después nos distanciamos, la vida es así. No obstante, en recuerdo de la antigua amistad, y también porque me das un poco de lástima, he decidido sacrificar una noche que se presentaba bastante venturosa –Chino giró los ojos hacia un lugar alejado detrás del gentío- y acompañarte. Yo seguí su mirada y alcancé a distinguir, en torno a una mesa, a Gabriel Vendrell, al que acompañaban dos chicas de aspecto opulento.

-Son coristas de *Fetiche* –me informó Chino; el nombre me sonaba, pero no conseguía ubicarlo-. Espérame un segundo.

Pasó una de sus largas piernas por encima de la mesa y contorneó la mesa con la otra, se abrió paso con los codos, como a través de un flan, por entre el gentío, y se plantó junto a la mesa donde estaba Gabriel Vendrell con las dos coristas. Lo vi inclinarse, hablar, girar la cabeza en mi dirección; le vi darle un beso en la boca a una de las coristas y volver, a través del gentío, en mi dirección.

Fetiche; me acordé. Era un número musical argentino que habían estrenado hacía un tiempo en algún gran teatro del centro.

-Parece que no todo está perdido, Chino. Me alegro.

-Está perdido –me dijo Chino-. Hoy actuaron por última vez. Se embarcan mañana a primera hora. Qué se le va a hacer.

-Vuelve con ellos. Yo puedo volver solo a casa.

-Resulta que yo quiero acompañarte, Miguel. Quiero verte llegar sano. Se lo debo a Clarita.

-No creo que a Clarita le importe un pito si yo reviento o no.

-Es posible que tengas razón. En todo caso me lo debo a mí. Te debí partir la cara, según tú mismo has dicho. Tal vez me la hubieras partido tú a mí. En todo caso no ha corrido la sangre, y eso, tú lo has dicho, me lo debes. Así que no te quejes más y arriba.

Me tuvo que ayudar en la empinada y dificultosa escalera, de peldaños ásperos y desparejos y algunos flojos, que además ascendía casi en penumbras y me parecía que daba vueltas y revueltas hacia lo alto (en realidad, como ya la he descrito, sólo tenía un descansillo y un giro en ángulo recto). El bendito aire fresco de la noche se empezaba a sentir cuando aún no se veía la puerta de salida; aquel primer, leve, ramalazo, me ayudó, me despejó un poco. Me zafé del brazo de Chino y subí solo los últimos peldaños. No sé por qué llegar afuera, bajo el cielo, me pareció una hazaña. Chino sonreía con una expresión extraña y una mirada burlona y a la par amistosa en sus profundos ojos

azules, sesgados. Recordé que de chiquilín no era así, que tenía los ojos redondos y no esa pelambrera de ahora, donde se mezclaban el color herrumbre y unas desiguales rayas plateadas, sino una melena rubio dorado; era un chiquilín precioso, de facciones muy finas, delicadas, casi femeninas. Unos cuantos años, unos cuantos golpes, los azares también (supongo) de la ignota y enigmática genética, habían bastado para transformarlo en aquella bestia que caminaba a mi lado, reteniéndose, me daba cuenta, para andar a mi paso.

-Bajaremos por aquí a la rambla –me dijo.

-*As you like it, sir* –le contesté.

Ya habíamos andado un largo trecho, los dos en silencio, cuando por fin nos hablamos; fue Chino el primero en hablar.

Íbamos por la acera de la rambla linderera con la costa. Ya habíamos dejado atrás, cuatro o cinco minutos antes, el espigón del Faro de Punta Bueyes.

Para salir de Lumumba, en dirección a la casa de mi familia, había dos caminos: o bien a través de las canteras de caliza que se levantaban del otro lado de la plaza (unas canteras que debía hacer ¿cuánto? que no se explotaban), por senderos ascendentes retorcidos y escalones tallados en la piedra y por senderos descendentes quizá más tortuosos aún, y peligrosos, y escalones que la oscuridad tornaba invisibles, punto menos que trampas, o bien contorneando las canteras en dirección sudoeste primero y este después, que era un camino bastante más largo pero mucho más seguro y fácil, máxime para un tipo en mi elevado estado etílico. Atravesar la plaza nos hubiese llevado en dirección contraria, hacia Playa Sarthou. Chino, que iba un paso por delante, eligió el segundo de los dos caminos posibles.

-Así no te matarás, por lo menos no en esa montaña –dijo.

Lo de montaña me sonó excesivo, pero ¿a qué discutirse lo?

‘Está cabreado, con bronca’, me dije en algún momento, mientras rodeábamos callados la cantera. ‘Dejó a aquel hambrón porque él quiso, no porque yo le pidiera nada, y ahora capaz que me parte el alma de pura bronca que tiene’. No me parecía Chino, en aquel momento, gente digna de fiarse en ella; para nada.

Me acordé, de repente, de una historia ya vieja, que hacía mucho que se contaba. Chino, según aquella historia, había dejado pasar ocho o diez años, o más quizá, para vengarse de un chico que lo perseguía en el patio de recreos de la escuela, al frente de una pequeña banda que el chico comandaba.

El chico se llamaba Ramón Daguía, y le decían Quito. Yo me acuerdo de él, de adolescentes: era un muchacho rellenito, más bien bajo, que jugaba muy bien al fútbol. Era muy simpático, dicharachero y algo sobrador, aunque sin ensañamiento, sin verdadero desdén por nadie. Se las daba de muy canchero, de conocérselas todas. Nosotros, con Chino, jugábamos en el Relámpago; Quito jugó un par de veces contra nosotros con un cuadro que se llamaba Westfalia. Quito, al igual que el resto de los jugadores de su cuadro, si no todos la mayoría, era de Villa Queguay, al norte de la calle Independencia. Quito y Chino se habían conocido, por lo que parecía, por aquellas fechas. No tardó Chino en irse a jugar con el Westfalia, al que siempre acompañaba un grupito de nenas de lo más tentadoras. Fue a propósito de su ida al Westfalia, a Villa Queguay, a donde se largaba casi todos los días, que Marisa del Vayo, la prima carnal de Chino, dijo una vez de éste: ‘Diego se ha ido a cortar florcitas de otros jardines’.

Lo cierto, sin embargo, era que Quito y Chino se conocían de niños; habían coincidido en la misma aula de la escuela Barón de Nemes, laica y gratuita. Chino, de niño, como ya he dicho, era muy rubio y de facciones muy bonitas, finas, estilizadas, punto menos que femeninas. Además, al parecer, era muy tímido y físicamente miedoso.

Quito y su banda lo acosaban en los recreos, donde la única protección que tenía Dieguito eran las faldas de su prima Marisa, que también en aquel tiempo asistía a la escuela Barón de Nemes (que por las tardes se llamaba escuela Brasil). Llegado el cuarto curso, a Marisa sus padres la cambiaron al British Institute, y Diego, Dieguito, (nadie lo

llamaba Chino todavía), sin la protección de su prima, pasó por un verdadero infierno, bajo la indesmayable y repetitiva saña infantil de sus torturadores, que le pegaban, lo tiraban al suelo, le tiraban del pelo, lo acosaban y basureaban de todas las formas posibles. Además le habían puesto dos apodos, que eran lo que a Chino más le dolía, una injuria de la que nunca se olvidaría: la Nena y el Aydemí. El jefe de sus acosadores, conviene acaso repetirlo, era Quito Daguía

Pasaron los años; a Chino lo habían trasladado, a su vez, como repetidor, al Memorial, donde coincidió conmigo desde cuarto curso del colegio hasta que lo expulsaron, en el tercer curso del liceo. En aquellos años ya había empezado a cambiar; el pelo se le oscureció hasta adquirir un color entre cobrizo y de herrumbre vieja, y los ojos, antes tan redondos, se le sesgaron paulatinamente. Cuando dejó de forma intempestiva el Memorial mucha gente lo llamaba ya Chino; antes le decían, recuerdo, le decíamos, Rubio. Tenía quince años, cuando se fue del Memorial, y era, ya entonces, un personaje bastante notorio, al menos en Los Pocitos.

¿Cómo iba a reconocer Quito, después de ocho o diez años sin verse, en Chino, a aquel lejano y borroso Aydemí, flaquito, tímido, tan rubio, lloricón, que se refugiaba tras las faldas de su prima para que no le pegaran ni se burlaran de él? Quito, en cambio, poco debía haber cambiado, porque Chino lo reconoció. Y lo recordaba.

Chino, pues, abandonó poco a poco el Relámpago para jugar cada vez más con el Westfalia, y trasladarse todas las tardes a Villa Queguay, donde había un filón de nenas de la pequeña y mediana burguesía que un tipo como él no podía dejar pasar. ¿Qué edad tendría entonces Chino? Dieciséis, no más de diecisiete años en ningún caso, porque ya había dejado el Relámpago por el Westfalia y, en buena parte, Los Pocitos por Villa Queguay, cuando empezó a jugar en el primer equipo de Biarritz, lo que ocurrió, como es público y notorio, a comienzos de la temporada 59/60, es decir a mediados de octubre del 59, cuando Chino, nacido en 1942, no podía tener más de diecisiete años; de hecho Chino es unos ocho meses mayor que yo, ya que él es de junio del 42 y yo de febrero del 43, él de Géminis y yo de Acuario, él se ha casado tres veces, la última con una bellísima top model y yo dos, la última con Clarita Arostegui, los dos, ella y yo, ya (casi) cuarentones; no tenemos hijos en común, aunque ella tenga los suyos y yo los míos, frutos de anteriores uniones conyugales.

Conocí a algunas de aquellas nenas de Villa Queguay; me acuerdo sobre todo, de dos de ellas: Clarita Clarini y Gladys Pintorossi, rubiecita la primera y morena la segunda, menuda y esbelta una y grande y alta la otra, muy atractivas las dos. Clarita, por lo demás (un nombre que me persigue, ahora que lo pienso), había sido novia de Quito Daguía antes de caer en brazos de Chino, pero no fue ésta su venganza. Su venganza se ejecutó después, cuando Quito, que se había hecho inseparable de Chino, se enamoró de una chica de nombre Erika, que era copera en Las Cuevas del Faraón, un night club. Fue Chino quien los presentó, y seguramente observó el creciente interés de Quito por la chica. Consintió (¿incitó?) que la chica se fuera con Quito, se viera con Quito, compartiera la cama con éste, y pasado un tiempo, no largo, el necesario, el suficiente, la reclamó, la recuperó. Se contaba que Quito, desesperado, sintiéndose, no sin razón, víctima de una traición perpetrada por su amigo, fue a pedirle explicaciones a Chino, y que éste se las dio, pormenorizadas:

-¿Te acuerdas de La Nena, del Aydemí, al que tú y tu pandilla perseguían en los recreos de la escuela Barón de Nemes? ¿Te acuerdas de las cosas que le hacías, de las que le decías?

-¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver?

-¿No te acuerdas de su apellido?

-No.

-Se llamaba Balcárcel, Quito, Diego Balcárcel; porque la Nena, el Aydemí, soy yo, Quito.

Ésta es la historia que se contaba, que yo aquí he resumido. Sabía que Chino la negaba, al menos como una deliberada venganza. Yo me preguntaba, en aquella silenciosa noche negra, bajo aquel cielo de borradas estrellas, si Chino guardaría algún agravio contra mí. Pasé un rato preocupado, inclusive asustado; y yo nunca fui cobarde.

Bordeamos las canteras por veredas estrechas y sinuosas hasta la calle Coronel Vidaña, y después bajamos por Bustamante hasta la Rambla, que cruzamos a la acera del lado del mar. El mar estaba embravecido y las olas rompían, espumeantes, contra los dispersos grupos de rocas que se delineaban, oscuros y apenas visibles, a escasa distancia, por debajo del nivel de la acera.

El Faro brillaba tornadizo, luz blanca y luz roja, delante de nosotros; después anduvimos entre las débiles franjas de luz que arrojaban a nuestro paso las ráfagas luminosas del Faro; después las dejamos atrás, y ni Chino ni yo habíamos pronunciado una sola palabra. Yo quería hablar, decir algo, pero no se me ocurría qué, y Chino guardaba un mutismo espeso, reconcentrado, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ladeada sobre una clavícula. Al fin Chino habló. Fue una frase trivial, una pregunta, pronunciada con un tono indiferente pero casi amable, que a mí de inmediato me serenó, me tranquilizó.

-¿Estás cansado?

Chino señaló con el brazo, de forma vaga, a la acera de enfrente, donde había un par de boliches abiertos.

-¿O preferís seguir? —me preguntó.

-Cansado no estoy.

Por toda respuesta, Chino hizo una corta señal de asentimiento con la cabeza. Había sacado las manos de sus bolsillos y en una de ellas tenía un paquete de cigarrillos, que me ofreció. Eran de una marca rara, que yo hasta entonces nunca había visto ni sabía que existiera: *Peter Stuyvesant*. Chino me pasó el paquete para que yo sacara mi pitillo y me informó, al ver que yo observaba el paquete con cierta curiosidad:

-Fue el último gobernador holandés de Nueva Amsterdam; el que se la tuvo que entregar a los ingleses.

-Nueva York, ¿no? Los ingleses le cambiaron el nombre, quiero decir.

Le devolví a Chino su paquete y me incliné hacia él para encender mi pitillo. Él había hecho llamear un yeskero pesado, tipo zippo, que se abrió con un leve clic y se cerró, una vez alumbrados los sendos pitillos, con un sonoro clac.

-¿Es auténtico? —quise saber.

-¿El yeskero? —seguíamos andando- Supongo que no.

-¿No lleva marca ninguna?

-Abajo pone Zippo, el logotipo —me lo pasó para que lo comprobara, a la escasa luz pendulante de los faroles que colgaban en mitad de la calzada-, pero eso no creo que signifique nada.

-¿Lo compraste tú? —le pregunté, mientras le devolvía el yeskero

-No —Chino se giró para mirarme y sonrió-. No tengo ni idea de cómo llegó a mis manos. Igual cualquier día de estos me lo dejaré en algún sitio, me lo afanarán, lo perderé. Los yeskeros se fabrican para que uno los pierda, no para otra cosa. No quiero pensar que puedo ser tan imbécil como para perder un verdadero Zippo mañana o pasado. Cuestan doscientos o trescientos pesos, por lo menos.

-A mí Clarita me regaló un Ronson auténtico, chapado en oro. Lo dejé en casa.

-Lo deberías dejar siempre en tu casa, si no quieres perderlo. Son cosas que se pierden siempre; es como una ley, como la de la gravedad, un axioma, como los de Euclides. Los Ronson son fantásticos, eso sí, de pinta al menos

-Flojean con el viento, y en esta maldita ciudad el viento sopla siempre.

-Tanto que al final ni se da uno cuenta

Precisamente entonces un viento sesgado subía del mar, y al golpear contra las rocas salpicaba agua salada, a ráfagas, contra nosotros; y yo apenas si me había percatado. Con un ademán algo torpe traté de secarme la cara con la manga de la chaqueta.

-El Ronson, de todos modos, lo devolveré mañana o pasado. De alguna forma se lo haré llegar a Clarita.

-¿Por qué?

Chino parecía francamente perplejo.

-Rompimos.

-¿Y qué?

-Ella me devolvió el anillo de compromiso.

-Una cosa es el anillo; no sé. A mí Solange también me lo devolvió cuando me plantó. Lo tiró al suelo, mejor dicho, para que yo lo recogiera. Y yo fui, como un estúpido, y me agaché y lo recogí. Tendría que haberle pegado una patada y haberlo mandado a la playa a través de una ventana. Las minas son tremendas, Miguel.

Hablaba con un acento ronco y, por un momento, la sonrisa que mostraba desde hacía unos instantes se borró de su faz, que adquirió una expresión lateral, torva. En seguida, no obstante, volvió a sonreír.

-Si fuéramos puras bestias y funcionáramos a puro instinto, bueno; o si fuéramos pura mente, sin emociones, ni sensaciones compulsivas, ni impulsos. Eso estaría mejor todavía. Lo que pasa es que somos una mezcla de cerebro e instintos, de compulsiones y cautelas, de deseos y educación, y en este terreno pantanoso, en este tembladeral, Miguel, siempre nos ganan ellas.

-Nunca hubiera pensado que fueras un fatalista; y menos en cuestión minas.

-En cuestión minas –repetió el Chino, con un tono lento y grave, como si cavilara-. En cuestión minas, Miguel –volvió a decir-, todos somos perdedores, a la corta o a la larga perdedores. ¿Tú crees que ellas piensan como nosotros, sienten como nosotros? Noooo, Miguel, en absoluto. Yo creo que pertenecen a otra especie, de la que exterminaron a todos los machos, para aparearse desde entonces con nosotros, que somos una especie inferior. De las minas lo peligroso no es la vulva; es el cerebro. Piensan diferente que nosotros y mejor; y cuando quieren son crueles, infinitamente, Miguel. Yo estaba enamorado de Solange, ¿sabes? Cabe que aún lo esté, aunque no me atrevería a afirmarlo. La amaba, Miguel, y mira la que me hizo; porque estarás enterado, supongo.

-¿Quién no?

Hablamos de muchas más cosas; recuerdo más o menos algunas.

-¿Nunca te has parado a pensar, Miguel –me preguntó Chino en algún momento-, en nuestra horrorosa insignificancia? Envidio a los griegos y a los romanos, y a todos aquellos olvidados individuos del Medievo, que vivían, padecían, disfrutaban y morían convencidos de morar en el centro del Universo, de un universo hecho a escala humana y para los humanos. Pensar en lo insignificantes que nos hemos vuelto, nosotros, el planeta Tierra y el sistema solar entero, dentro de la inmensidad del Universo, pensarlo a solas, en el tiempo silente de la alta noche, uno a solas consigo mismo, es algo aterrador, por lo menos para mí. Por eso necesito compañía, quienquiera que sea, aunque esté muda y dormida, porque mi soledad, sumada a mi insignificancia, me abruma, se me hace insoportable. Cualquier noche soy capaz de ir y matarme. Sufro de insomnio, para colmo, desde que tenía 14 o 15 años.

-¿Por eso, quieres decir, tienes tantas amigas?

-Compañía, hermano. Esta noche lo eres tú, ¿y sabes por qué? Porque te conozco, porque fuimos muy amigos, y aquello perdura, aunque sean rescoldos de la infancia, ahogados por la ceniza de los días sucesivos. A Maruja, aquel hembrón que viste en Lumumba, le hablé dos veces, ayer y hoy, y por muy buena que esté, no sé. Leí en una novela que besarlas es un sueño y desnudarlas rutina; puede que sea verdad. Ahora, dentro de un rato, cuando regrese a mi cueva, allá en La Tablada, ya habrá amanecido, y cuando me eche a dormir la luz del sol lamerá las rendijas de mis persianas, la luz se sentirá afuera, se sentirá la vida, los ruidos, las voces, las bocinas, pasos, me sabré vivo y parte de algo; entonces cabe que inclusive me duerma y no sueñe. Detesto soñar; despertarme con jirones de sueños colgados de las pestañas, como legañas de un universo posible y mejor.

-Creía que te gustaba la noche. Es lo que todos creen, al menos; que eres un noctámbulo empedernido por tu propia voluntad, por tu propio placer, porque te gusta.

-Mi vida entera es un equívoco, Miguel, como la tuya, como la de cualquiera. Yo odio y temo a la noche; no obstante es cierto: vivo de noche. Por el día sólo vegeto, a veces casi feliz; y duermo, de vez en cuando, ocho, diez, doce horas de un tirón. Dormir es anularse, ¿qué mejor? Por algo a despertarse, en la campaña, todavía hay muchos que le dicen recordarse.

Chino pateó una piedrecita, que relucía bajo la luz mercurial de una alta farola encorvada; la oí rebotar dos o tres veces; ya enfilábamos el malecón del Parque de Atracciones, camino de la rambla de Los Pocitos.

-Pero lo último que querría es contagiarte mis manías, Miguel; y esta noche, triste como te sientes, estás propenso, te sientes dispuesto a lo que sea para cambiar, olvidarte, borrar el dolor, la amargura, en fin; pasar la página.

-¿Por qué me acompañas, Chino? ¿Por lástima?

-Te parecería imperdonable, quizá –me contestó, con gesto reflexivo, ponderativo-. Algo ofensivo, una especie de afrenta.

-No, no –moví las manos, para enfatizar lo que decía-, no lo creo. Te agradezco la compañía, y lo bien que reaccionaste en el boliche. Yo me porté como un imbécil; quería romper cosas, cabezas, no sé. Te vi a ti rodeado de nenas y entre ellas Lolé, que un segundo antes estaba conmigo y me acordé de lo que me contaron de Clarita y de ti. Lo más que puedo decirte es que lo siento.

-Cosa pasada, viejo; me refiero a lo del Lumumba. A mí también me han roto el corazón dos o tres veces; pero mientras no te apuñalen o te metan un balazo el corazón se recompone sólo; es un artilugio prodigioso.

-Es sólo un músculo, Chino. El corazón que duele está en otro sitio, que no es éste –con el puño me golpeé un par de veces el lado zurdo del pecho.

-Sí lo es, Miguel –me dijo Chino-. El corazón es un músculo, *d'accord*. Pero piensa, Miguel; en ese caso el orgullo también debe ser un músculo; y el amor. El amor radica aquí –ahora fue él quien se golpeó con el puño el pecho-, no aquí –se tocó varias veces una sien con el índice-; ni mucho menos aquí –se agarró fugazmente el escroto con la zurda.

-Es que lo de Clarita, Chino, no sé... Es difícil de explicar. Era una relación suave, tierna, delicada, maravillosa. No era sólo encamarse. Yo la miraba y soñaba, no sé: mil cosas. Casarnos y tener hijos, que ahora lo pienso y me parece la quintaesencia de la imbecilidad. Tú eres distinto, tienes las minas que se te antoje. ‘Chino levanta un dedo y le llueven minas’; ¿quién no lo ha oído decir? No sé a quién se le ocurrió, pero lo he oído cien veces, mil. Hasta tú mismo lo habrás oído, te lo habrán dicho.

Lo miré. Bajo la luz violácea de las altas farolas, Chino miraba al suelo; andaba a pasos largos, más largos que hasta aquel momento, como preso de una súbita premura. Después de un ratito callados aminoró la marcha y asintió, como a desgana.

-¿Nunca engañaste a Clarita? –me preguntó.

-No –dije-. Quiero decir sí, pero no tenía nada que ver. Me levanté alguna mina alguna vez, y hasta hace poco había una criadita en casa; mamá la echó; creo que sospechaba. Tú nunca has estado en casa, ¿no?

-Sé dónde está, a la vuelta de lo de Jimmy. Un bruto palacete, según tengo entendido.

-Algo así. Papá es un tano de familia de labriegos pobres; necesita hacer alardes. El pabellón de la servidumbre, como lo llama mamá, está totalmente separado de la casa; se comunican por un sendero entoldado que cruza el jardín. Es fácil, lo era para mí, entrar y salir sin que mis padres me vieran. Y la chiquilina me gustaba, ¿sabes? Pudorosa y limpiecita. Creo, inclusive, que cuando la visitaba sentía una especie de compulsión que ya no sentía con Clarita. A Clarita la quería, la quiero todavía y creo que me durará, que tardará en curarse, pero me había habituado, y me sentía dichoso sólo con verla, sólo con pensar en ella, a pesar de ti y de Tucho Falcón, al que debí matar hace meses.

-A mí no me metas, Miguel; guambia –el timbre de la voz de Chino se afiló por un momento; luego, en seguida, volvió a su tono normal-. En cuanto a Tucho es un mierda, un montón de bosta blanda; no vale ni la pena pegarle. -Sé que fue él el que me birló a Clarita. No sé cómo lo hizo pero fue él. Es algo que me veía venir, ¿sabes? El tipo cada vez más asiduo, cada vez más sonrisas a Clarita, cada vez más cuchicheos entre ellos siempre que yo me levantaba a mear o a pedir otra vuelta de lo que fuera; y los dos se apartaban ipso facto en cuanto me veían volver. Yo me sentía cada vez más furioso, y también cada vez más impotente, más incapaz de hacer algo, nada, qué. Chino me oía callado; una vez me puso una mano en un hombro, por un instante; un mínimo acto de solidaridad muda que yo le agradecí. Creo que en aquel momento, entre la curda y la rabia y la tristeza, la humillación, los celos, el odio, la impotencia, etc, yo estaba a punto de llorar. El ademán sereno de Chino me calmó; tragué saliva biliosa y escupí saliva seca.

-Lo de Clarita y yo era una cosa dulce, Chino, suave; ella odia la violencia. Supongo que a las mujeres les gusta tanto variar como a nosotros.

-A muchas, sin duda. A Clarita no creo. Las gemelas, quiero decir mi madre y su hermana Helena, que son implacables con el menor desliz de una chica, tenga el apeshido que tenga, y que tienen entre ceja y ceja a casi todas las nenas más lindas de Los Pocitos y de Carrasco, sienten debilidad por Clarita.

-Sé que Clarita a veces las visita, sí.

-La invitan ellas, Miguel; a tomar el té, imagínate. Té con scones, como si fuera ladies inglesas. Clarita les agrada, les parece una chica *comme il faut*. Tú estuviste con ellas una vez, por lo menos.

-Fui con Clarita, sí, un par de veces.

-Las gemelas se dieron cuenta, ¿entiendes? Están locas como cabras pero son perspicaces, agudas como bisturís.

-¿Se dieron cuenta de qué?

-¿De qué va a ser, Miguel? ¡Por Dios! –con un ademán teatral, impostado, Chino paró de andar y levantó los brazos al cielo; el crepúsculo del día ni siquiera se anunciaba todavía-. Lo increíble, Miguel, es que se dieron cuenta, pero en cuanto a Clarita, no se lo reprocharon; se dieron cuenta pero no se lo tuvieron en cuenta, si me permites el jueguito. Lo notaron y lo entendieron, aunque supongo que les habrá costado lo suyo. Mi tía Helena es un poco más abierta que mi madre, ¿sabes? Me lo dijo ella, una tarde, poco después de que yo volviera de aquel maldito pueblo. Me lo dijo entre pasmada y risueña: ‘¿Podrás creer que Clarita Arostegui y su novio mantienen intimidad? Pues la mantienen. Es entendible, creo yo; ella lo quiere’. Que después de darse cuenta dejaran de invitarte a ti era inevitable; de otro modo se hubieran sentido como alcahuetas, celestinas, qué se yo. Pero a Clarita no dejaron de invitarla, la opinión que tienen de ella no varió ni un ápice.

“Las mujeres siempre nos manejan, Miguel. Hay que aceptarlo y resignarse o si no hacerse ermitaño o explorador o caparse; no hay vuelta. Chino pateaba piedritas, verdaderas unas veces, imaginarias otras.

“Ellas son más taimadas, más astutas, más aviesas que nosotros. Son más adultas, también. Cuando nosotros vamos ellas ya están de vuelta. Usan mejor la inteligencia, ¿entiendes? Son prácticas, sensatas, cabales, y al mismo tiempo veleidosas, caprichosas, tornadizas. Lo son porque pueden, porque saben que pueden. La cuestión no radica en tratar de invertir la situación y manejarlas nosotros a ellas, sino en encontrar la forma de que nos manejen como a nosotros mejor nos convenga. A mí Solange, por ejemplo, me manejaba, y yo no me oponía; al fin y al cabo era mi novia. Yo lo que hacía era tratar de anticiparme a sus manejos; no siempre le embocaba, pero cuando lo hacía me sentía mejor, me sentía bien, me sentía ganador; algo es algo. Creo que más no se puede pedir; un tipo como yo más no puede pedir.

-Solange sabía que andabas con otras –dije; lo afirmé, no lo pregunté.

-Supongo que sí. Vamos, estoy seguro de que lo sabía. De hecho, más de una vez me lo dijo. No le importaba, es claro, siempre y cuando ella pudiera hacer y seguir haciendo conmigo lo que ella quisiera. Que me pusiera la cor-

bata que ella elegía, que me lustrara los zapatos cuando ella me lo mandaba, que me afeitara todos los días, que la llevara aquí, acá o acullá. Naderías. ¿Has leído Hamlet?

-Sí, y hace bien poco.

-Hay un diálogo entre Hamlet y Ofelia en el que él le dice y repite que se meta en un convento. Hamlet, creo yo, está enamorado de Ofelia y por eso le teme, la ronda y seduce y después la rehúye; abusa, en realidad, de que ella sea poco más que una adolescente para escaparse de ella y de resultas la vuelve loca. Ésa es su gran culpa, su pecado irredimible, lo que lo conduce a él de la locura fingida a la locura verdadera y a una muerte anhelada, que él acepta con dichosa indiferencia. ¿Te acuerdas de cuando ese curioso personaje llamado Osríc va a comunicarle a Hamlet el desafío de Laertes y la voluntad del rey de que se batan? ¿De la subrayada indiferencia de Hamlet en esa escena? Shakespeare sería maricón, como dicen algunos, sería bisexual, como dicen otros, sería lo que fuera, poco importa; lo que queda bien claro en estas escenas que te he citado, como sin duda en muchísimas otras, es que conocía mejor que nadie los más recónditos rincones de nuestra alma, de nuestra psique, de nuestro espíritu, la expresión que más te guste. ¿También la viste, cuando la representaron aquí, hace unos cuantos años?

-No –contesté-. Era demasiado chiquilín todavía. Sé que Pacho Larravide hacía de Hamlet.

-Y Oti Gurméndez de Ofelia –dijo Chino-. Fue hará –Chino se rascó el mentón con una uña- unos doce, acaso trece años. Yo también era demasiado chiquilín todavía, pero fui, la vi. A Oti, me refiero. Parece que ella quiere hacer ahora el papel de la reina Gertrudis. La representación aquélla sería horrible, sin duda, industria nacional. Pero Oti, a la que conozco bien, desde niño, es ambiciosa y fría, calculadora y cínica, sofisticada en extremo, muy diferente a la cándida, virginal y sumisa Ofelia de Shakespeare. Estaba demasiado buena, además, con esas dimensiones que tiene, para el personaje de Ofelia según yo me lo imagino, una chica delgadita y frágil, de belleza impalpable, más en ciernes que concreta. Clarita, óyeme bien, es una de las nenas más lindas que he visto en mi vida; del corte de Ofelia, para entendernos: seriecita y obediente, comulgante y algo pacata; frívola también, es claro, porque a todas las han criado y educado igual. A mí, desde afuera, desde la platea, digamos, Clarita siempre me ha recordado mucho a Ofelia, grácil y de huesos leves, tímida y pudorosa y quizá un poco neurasténica. ¿O no?

-Histérica no.

-No he dicho histérica. Un poco neura, nerviosa, como una potranca joven. Es de las que se enamoran de verdad, me parece. Y te tocó a ti.

-Me plantó.

-A veces se necesita tomar distancia, Miguel, no sé: un respiro. Si tú no eres tonto de remate, Clarita volverá a ti.

-¿Después de pasar por las manos de Tucho Falcón? ¿Mancillada por la lengua de ese hijo de perra? No, gracias.

-No pensé que fueras tan altanero, tan soberbio, Miguel. Solange, para volver a ella, rompió dos veces conmigo, antes de la definitiva, y en ambas ocasiones se paseó con más de uno, pero volvió. Es como jugar al yoyó, Miguel. Llevar las cosas a la tremenda, a rajatabla, a lo Solimán el Magnífico o el sha de Persia, es apostar a perder; es el número que nunca sale.

-¿Tú a Solange la querías? ¿Estabas enamorado?

-Sí, sí, es claro. Creo que ya te he dicho que quizá lo esté todavía –Chino hablaba de forma más laboriosa, casi tartajante, pero a la vez enfática, convencida- Me ppp –añadió-. Me paparece que la quería yo a ella mucho más que ella a mí; siempre me lo había parecido, desde que nos escapamos juntos y me echaron del Memorial, cuando teníamos quince abriles. Siempre supe que algún día, como pasó, me las haría pasar mal, mal de verdad; y ya ves, ya sabes. Qué se le va a hacer, ché.

Chino se calló, se demoró en extraer los pitillos, pasarme uno, meterse él otro en la trompa, darle al yeskero hasta que brotó la llama, encender los sendos pitillos, pegarle él al suyo una larga calada, que sopló después por las narices. Tuve la clara impresión de que Chino había dicho más de lo que pretendía. Observé que, por váyase a saber

qué causa, había cruzado los dedos, el mayor sobre el índice, de la mano izquierda; una forma de alejar el mal fario.

-Eres supersticioso –le dije; en realidad se me escapó.

No sé por qué me reí.

Chino descruzó en seguida los dedos, como si lo hubieran descubierto haciendo trampas. Si fuera capaz de sonrojarse, y quizá lo era, se habría sonrojado; cabe que lo estuviera. La luz violácea de las altas farolas no era la adecuada para apreciar esos matices.

Fue una larga caminata, y una larga charla errátil, deshilvanada, inconsútil. Me ayudó, no obstante. Cuando pasé, acto seguido, a partir de aquel mismo día que ya amenazaba alborear, dos meses largos enclaustrado, a menudo recordé aquella caminata, lo que Chino me había dicho, lo que me había insinuado o sugerido, lo que se había callado también. Chino, creo, era uno de esos tipos capaces de darle diversos matices al mero silencio.

La ruptura de Solange Rigaud con Chino Balcárcel era uno de los episodios más conocidos de la vida de éste. Los dos habían sido compañeros de clase, conmigo entre otros muchos condiscípulos, en el Memorial; mediado el tercer curso de Liceo, en invierno, con quince años ambos, Solange y Chino se fugaron juntos, y estuvieron tres o cuatro días desaparecidos. Los encontró la policía, en Cuernos del Diablo, y a Chino lo mandaron a un correccional de menores, donde pasó un corto tiempo; Solange se fue a Europa con su familia y volvió pasados cuatro o cinco años. Chino y ella fueron novios, de una forma u otra, desde poco después de que ella volviera, y a pesar de varios rompimientos de poca duración y de las constantes infidelidades de Chino, daba la impresión de que iban a ser novios siempre.

-Sé que se ve con otras, con cualquiera, con cien, con mil -reconocía Solange-. Irse con otras forma parte de su carácter –añadía-, es el meollo de su carácter, y a mí lo que más me gusta de él es su carácter, así que no puedo hacer nada excepto patear y aguantar. Podría engañarlo yo también, si quisiera. Estoy segura de que no me lo echaría en cara, pero es arriesgado. Conozco bien a Diego. Es rencoroso, vengativo, tiene complejo de inferioridad, ¿entienden? Por eso es como es y hace lo que hace. Yo lo entiendo, lo mimo, lo perdono; un día nos casaremos y él ¿cambiará?, ¿no cambiará? Yo no quiero que cambie, en realidad.

Estas palabras, u otras del mismo corte, se las escuché a Solange yo mismo, acaso más de una vez.

Ella y Chino parecían una pareja eterna, indestructible, a pesar de todos los pesares. Pasaban los días, los meses y los años y allí seguían; rompían, se recomponían, volvían a romper y a recomponerse; tenían furibundos altercados, a veces públicos, en los que sólo Solange hablaba; rompían, se arreglaban, volvían a romper y a arreglarse, y, a pesar de los malos augurios de muchos, y de las acechanzas y los secretos deseos de muchos (y muchas) otros, Solange y Chino seguían juntos.

Un día, no obstante, ella conoció a otro; conoció en concreto a Gonzalo Meirelles, el escritor, entonces aún inédito. Gonzalo era una especie de primo o tío de Chino y conoció a Solange a través de Chino. Que Gonzalo se había enamorado de Solange era algo que se sabía, que se decía, por lo menos, aunque nadie le diera mayor importancia. Gonzalo, entonces un recién llegado de Villa del Salto, o lo que es lo mismo, de la campaña, era una figura muy secundaria, sobre todo a la sombra de Chino, como para dar de qué hablar. No obstante se decía que María la Segunda había puesto a Chino sobre aviso.

-Ten cuidado con Gonzalo, amor mío. Le gusta Solange a rabiar; en realidad está loco por ella.

-No es el único.

-Mira que eres fatuo, mi amor. No te debería decir más nada.

-¿Más qué?

-Que a Solange la admiración pasmada de Gonzalo no le es del todo indiferente.

-Aunque eso sea cierto, princesa, ¿qué puedo yo hacer?

Una noche, en el Castilla la Vieja, pocos días después del tercer título consecutivo de Biarritz en el Torneo Mayor, o sea en mayo de 1966, Solange se presentó en compañía de Gonzalo. Chino, al parecer, no la esperaba; estaba apoyado en la barra, de charla con Gabriel Vendrell y su primo Sigfrido del Vayo. Solange se plantó en mitad del local y lo llamó con un dedo.

-Ven aquí –le dijo.

Chino obedeció, con esa especial mansedumbre con que yo le he visto tratar siempre a las mujeres.

-He estado pensando, Diego, ¿sabes? –Solange sabía que había cincuenta pares de oídos que no se perdían palabra, cincuenta pares de ojos que no se perdían detalle; buscó deliberadamente dar el espectáculo, montar ella el show-. He llegado a una conclusión, Diego. ¿Sabes a cuál?

-No, princesa.

-A que eres vacío, Diego. Eres vacío, vacío, vacío. Eres bello, también, y arrogante. Bello, vacío y arrogante como una gran pompa, irisada y reluciente, de jabón. Me he enamorado de un hombre de verdad, Diego; Me he enamorado de Gonzalo, que ha venido aquí por su propia voluntad, aunque yo no quería, para que lo sacudas. Anda, ve, pégale. Usa tus puños con el hombre que te ha dejado sin novia.

Chino se había quedado inmóvil. Sólo se movió cuando Solange abrió una mano, que había tenido cerrada, y un anillo sencillo de oro rebotó en la baldosa y rodó medio metro. Entonces Chino se agachó y lo recogió. Abrió la boca y la cerró. Miró a Gonzalo, miró a Solange, miró las caras alrededor con una mirada vacua, opaca. Con la cabeza, le hizo una seña a Gabriel, que se acercó. Chino le pasó un brazo por los hombros y los dos se fueron juntos.

-Sigfrido –llamó Gabriel, ya en la puerta-. Paga tú lo que debemos. Después echaremos cuentas.

Vickie Fornells estaba presente y me lo contó.

-El pobre Diego daba pena, no podía hablar. Tú sabes que es tartaja, y que sufre de una cosa que se llama dislexia, una enfermedad rara.

-Además tiene un foco epiléptico latente, según dicen –añadió Carmuchy Garay, que estaba en compañía de Vickie cuando nos encontramos, por azar, pocos días después de la ruptura de Solange con Chino.

Yo no abrí la boca. Sentía una extraña alegría; saber que a Chino Balcárcel lo habían destrutado y humillado en público de aquel modo me produjo un malsano brote de alegría, que me temo que no supe disimular, porque Vickie, muy seria, me dijo:

-No me gusta nada tu expresión, Miguel. Tal parece que te alegrara. Un día te puede pasar a ti.

-¿Contigo? Estoy dispuesto a correr el riesgo.

-Con esa niñata con la que te ves, por ejemplo.

-¿Clarita?

-Ésa. Te gusta, ¿no? Te gusta de verdad. Pues ve con ojo. Quien se alegra de males ajenos...

-No me alegra lo que me has contado, Vickie. Te aseguro que no. No soy tan bellaco.

-¿Qué, entonces? ¿Fue un lapsus?

-Digamos; algo así.

A Chino, el recuerdo lo hizo mirar esquinado, después sonreír, por último soltar una corta carcajada.

-Es duro que una mina lo deje a uno plantado, sobre todo cuando hay otro, lo cual, al menos, no es tu caso. Que te sirva de consuelo.

-Tucho –dije yo.

-No lo sabes, Miguel. Son sólo sospechas tuyas, probablemente sin fundamento. Clarita siempre me pareció una chica seriecita.

-Lo es.

-¿Y entonces? Las chicas seriecitas, como Clarita, no le clavan a uno la puñalada por la espalda.

-Los vi, Chino. Vi que a Clarita le agradaban las zalemas y las sonrisas y las miradas tangenciales de Tucho. Lo vi, lo viví.

-¿Se lo preguntaste? A ella, quiero decir.

-Nunca me atreví. Le pregunté de vos y me lo negó. Sin embargo no era virgen, creo, cuando –me dí cuenta, al hacerlo, que me azaraba y avergonzaba hablar de lo que hablaba–, en fin.

-¿Ella te dijo que no lo era?

-Al contrario, me aseguró que lo era, antes y después. No obstante apenas si salpicó un poquito de sangre, cuatro gotitas, y yo no encontré resistencia ninguna.

-¿Te habías acostado antes con vírgenes, Miguel?

-No, no creo.

-No siempre se encuentra resistencia, no siempre hay efusión de sangre. Una chica a la que conocí no tenía himen, y sin embargo era virgen. Montaba mucho a caballo, ¿entiendes?, y el roce constante del pomo, ahí, entre las piernas, se lo había rasgado, con sangre y todo. Por eso ella lo sabía; sabía que había perdido el himen, o que se le había rasgado, pero no por ello era menos virgen que si lo hubiera tenido intacto. Se ennovió, se lo dijo a su novio poco antes de casarse, cuando decidió ceder a los insistentes requerimientos del tipo, y su novio se la monta, es claro, no iba a dejar pasar la oportunidad, y después, pasados unos días, la deja. Conocí la historia por ella misma; era una chica encantadora. Sus padres tenían un picadero, allá por Las Piedras; de allí que ella montara a caballo desde que apenas si sabía andar sobre sus propios pies y de allí su desgracia. Terminó en un night club, de copera, y era una buena chica, seriecita, como Clarita. No cometes tú una canallada parecida, Miguel.

-Yo ya no cuento. Clarita me dejó.

-¿Y qué? Lo que tú pienses de ella cuenta todavía. Y además la vida, Miguel, da muchas, muchísimas vueltas. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

-Clarita quería plantarme, yo me lo veía venir. Encontró un pretexto y me plantó. Ésa es la historia, Chino, no hay más. Sé que le tienes afecto a Clarita, y yo, en este momento, por el contrario, creo que la odio. No me parece que debamos pelearnos por eso; ¿o sí?

-Entiendo cómo te sientes, Miguel, pero no te metas conmigo; no tengo culpa ninguna.

-No trato de meterme contigo, Chino. No soy suicida; te he visto pelear alguna vez, y sé que yo, contigo, me la llevaría cruda. ¿De qué me sirvió, maldita sea, quererla tanto, a Clarita? Porque la quería, Chino, la mimaba, hacía lo que ella decía, hasta me puse a trabajar una vez.

-Lo sé; con el Ruso Antelich, en su productora. Mueve mucha guita, dicen.

-Pues no lo parece –contesté yo, sorprendido-. Tiene unas oficinas de morondanga, desangeladas, en un edificio descascarado, con unos ascensores del tiempo de Julio Verne, de esos que suben y bajan con una manija; ni siquiera tienen botoncitos. Y las escaleras son agujeros, apretadas y con las paredes húmedas, descascaradas, chorreantes de verdín, herrumbre y moho.

-Lo que se dice es que mueve un montón de guita.

-Papá también me lo dijo.

-¿Quién mejor que tu padre para saberlo, Miguel? ¿El Ruso por qué te echó? ¿Por Vickie? ¿Es cierto?

-Eso fue al menos lo que me dijo Trocante; ¿lo conoces?

-¿Un matoncete más bien fondón, de pelo ensortijado?

- El mismo. Le dicen el Verbo, por su esmerada forma de, no sé si llamarlo hablar.
- Fue boxeador profesional, en los años cuarenta; eso me dijeron, al menos. Habrá quedado sonado.
- No me extrañaría.
- ¿Te gusta Vickie?
- ¿A quién no? Espero que no te moleste.
- ¿Por qué demonios me iba a molestar?

Íbamos a buen paso; lo habíamos avivado poco a poco y ya estábamos a la altura de Arreizabalaga; habíamos dejado atrás no sólo el Faro y la tétrica mole del presidio, sino también el Club de Golf, el Parque Zorrilla de San Martín y, de nuestro lado, las canchas de fútbol y el helipuerto y también las instalaciones del club Náutico, y enfilábamos la Rambla de Los Pocitos, el llamado Paseo Marítimo Thomas Jefferson. Recuerdo que pocos momentos antes habíamos pasado junto a la Venus de Milo; una réplica en bronce que miraba hacia el mar desde una modesta peana de granito, entre arriates mustios y segmentos mustios de césped de formas caprichosas. Chino de golpe se paró, al plantearme la última pregunta arriba transcripta.

- Lo decía por decir, Chino; no te sulfures.
- Éramos buenos amigos, Miguel, de chiquilines. Me acuerdo que a menudo me invitabas a dormir en tu casa, cuando vivían en Véliz y Trece de Abril, no en esta mansión donde viven ahora.
- ¿Quieres entrar? ¿Tomarnos un trago? Hoy me siento capaz de asaltarle el bar a mi viejo.
- Mejor no, Miguel; no quiero despertar a nadie. Tu casa basta con verla, o, mejor dicho, con no verla, para darse cuenta de que es una mansión, un palacio. Además conozco gente que sí ha estado en ella y me han hablado. Tu viejo ha hecho carretadas de guita, Miguel.
- No te creas. Lo digo en serio, no por falsa humildad ni por complejo de rico. Papá ha ganado mucho, gana mucho, con la casa de cambios, pero se ha metido en no se cuántos negocios de distinta clase y no siempre le ha ido bien, ni mucho menos. Además esta casa, por ejemplo, esta bruta mansión, como tú has dicho, estaba por encima de sus posibilidades cuando la compró; todavía está endeudado hasta el cuello por su veleidad de tener una casa como ésta, en un lugar como éste; y eso que mamá medio lo frenó; porque quería comprar la casa de los Jiménez Las Heras, en el Barrio de la Luna, echarla abajo y construir allí su mansión. ¿Lo conoces, a propósito, a papá?
- Sólo de vista. Lo veía en tu casa, cuando chiquilines, pero creo que jamás me habló; pienso que acaso ni siquiera me veía. Es un tipo que impresiona, con esos bigotazos y esa mirada hundida que parece que taladrara paredes. Alguna vez inclusive me ha saludado por la calle, ‘Buenas tardes, Balcárcel’; ‘Buenas tardes, señor Bardaracci’.
- Es de origen muy humilde, ¿sabes? Familia de labriegos. Un self made man a nuestro estilo.
- Ya me lo has dicho –Chino habló con tono zumbón- ¿Cómo te llevas con él? –preguntó acto seguido, y, antes que yo le pudiera contestar, levantó una mano, como para pedirme que callara- Sé que puede parecer una impertinencia, Miguel, pero al fin y al cabo éramos íntimos, y yo aún me considero tu amigo. Te llevas mal con tu viejo, ¿no?
- Cada vez peor –reconocí-. Y ahora, cuando se entere que Clarita me ha tirado por baranda, no me lo quiero ni imaginar. Porque estaba orgulloso, Chino, ¿entiendes? Al fin y al cabo, le guste a él o no, soy hijo suyo, y un hijo suyo se había ennoviado con una Arostegui hija de una Puig de Vére. Eso para papá era importante, pesaba mucho. Lo curioso es que yo, en esa faceta al menos, salí a él. No sé si es por las copas que he tomado, aunque ya no me siento borracho, o porque eres tú, el tipo al que tantos dicen que yo remedo, que yo imito; lo cierto, lo que te quería decir, es que yo siento complejo de hijo de labriegos, de hijo de un trepador. De ti escuché una vez decir a Solange que tienes complejo de inferioridad.
- Si lo tengo ella se encargó de subrayarlo y remacharlo –contestó Chino, sonriente; su sonrisa, empero, no era una sonrisa cordial, ni amable siquiera-. De modo que somos dos acomplejados; ¿eso quieres decir?

-No sé si tú lo serás. Yo sí lo soy, y lo sé, y me revienta serlo y saberlo. Lo peor de esta tarde fue la humillación; fue el desdén, o peor, la indiferencia, con que me trató Clarita. Me concedió dos minutos. Me dijo dos frases, me devolvió el anillo y se metió en su casa. Yo ni tiempo tuve de explicarme, nada. Me dejó en la calle como a un perro.

-Te lo dije antes; las mujeres pueden ser infinitamente crueles. Pero no todas son desleales, y no creo que Clarita lo sea. Quiero decir que descarto que te haya puesto los cuernos, con Tucho Falcón o con quien sea; a mí Solange me los puso bien puestos, con Gonzalo.

-Y cuando se casaron fuiste su padrino de boda; el de Gonzalo, quiero decir.

-¿Por qué no? Agua pasada, viejo. Gonzalo es pariente mío y amigo mío; no es su culpa que Solange se haya enamorado de él. Ella me pidió que le hiciera a él de padrino y yo acepté. ¿Por qué no?

-Pues si a mí Clarita me pidiera...

-Hace unas horas que te plantó, Miguel; la herida escuece todavía. Yo al otro día que me plantara, si Solange me hubiera pedido, no sé, no que hiciera de padrino de boda de Gonzalo, sino, digamos, que la convidara con un cigarrillo, yo la hubiera estrangulado. Al principio duele mucho.

-A ti se te pasó pronto, porque no tardaron en casarse, ¿no?

-En octubre; y Solange rompió conmigo en mayo.

Eché rápidamente la cuenta, con los dedos escondidos dentro de un bolsillo: junio, julio, agosto, septiembre, octubre, cinco meses.

-Cinco meses –dije- ¿Ya te habías recuperado?

-Por completo. Cinco meses es muchísimo tiempo, Miguel, si uno quiere. El tiempo es elástico; sólo hay que ingeniarse para alargarlo o acortarlo, según convenga. Yo me había recuperado mucho antes de la boda de Solange. A las minas no hay que llorarlas, Miguel. Cuando se besaron, ¿sabes?, después del intercambio de anillos o lo que sea, yo, lo que quería, te doy mi palabra, era que fueran felices. Lo deseaba con toda el alma. Y no porque yo sea un gran tipo, Miguel. Tampoco en realidad por ellos, sino, aunque te suene a fanfarronada, por mí. Para sentirme definitivamente libre. Por desgracia el matrimonio no marcha muy bien, pero en fin; allá ellos.

Nos callamos y seguimos en silencio. Cuando subimos por la tangente de Manco Capac le ofrecí a Chino, de nuevo, que subiera conmigo a casa. No quiso. Me dio un fuerte apretón de manos al tiempo que me guiñaba un ojo.

-Suerte, Miguel –me dijo.

-Una última cosa, Chino. ¿Por qué me has acompañado? De verdad. Has dejado flor de hembra en el Lumumba para acompañarme a mí. Te lo agradezco, pero no lo entiendo.

-Tampoco lo entiendo yo, si vamos al caso. Suerte –repitió Chino.

Se giró en los talones, me dio la espalda y se alejó; el viento soplaba cada vez más fuerte.

~~CAPÍTULO 4~~

VICKIE, LA BUSCA

Subí con pesadez los nueve escalones y me metí por el camino de grava. Un recodo me ocultaba la fachada principal de la casa. Al girarlo, vi que había una luz encendida en la planta baja. Pensé que era mamá que me esperaba y me acordé del anillo, con la intención de devolvérselo. Recordaba haberlo metido en el bolsillo alto de la chaqueta: no estaba. Lo busqué por todos mis bolsillos, más desalentado que sorprendido o furioso. Abrí la puerta con mi llave, con el mayor sigilo, pero de inmediato apareció mamá, desde una salita que estaba a mano derecha de la entrada. Se quedó recortada en el rectángulo de luz que le llegaba desde atrás y me extendió los brazos. Murmuró ‘Por fin’, o algo por el estilo. La luz formaba engañosas sombras móviles sobre las baldosas blanquinegras cuando ella se movía, vestida con una especie de amplia bata flotante.

Besé a mamá y le dije que Clarita me había dejado.

-Me devolvió el anillo –le dije-, pero me temo que lo perdí. He estado bebiendo.

-No importa –me dijo ella.- Te prepararé café.

La charla, más o menos semejante, ya la he transcrito más arriba; en aquel momento la recordaba de un modo; hoy, pasadas ya unas tres semanas, la recuerdo o reconstruyo con ligeras, inevitables variantes. Creo, no obstante, que antes que yo le hablara del anillo mamá me ofreció el café; en realidad no estoy seguro e importa poco. Lo que me ocurrió, sentado, derrumbado en un sillón que siempre me había parecido comodísimo y en que en aquel mo-

mento no encontraba la forma de acomodarme, fue que empecé a sospechar de Chino. ¿Por qué esa insistencia en acompañarme? La excusa de nuestra vieja amistad infantil me parecía hartó débil. De todos modos, ¿cómo podía saber nada Chino del anillo? ¿O acaso yo le había hablado de él? En efecto, le había hablado, lo recordé. ‘Y ese anillo puede valer un platal, vete a saber’, pensé. ¿Chino un ladrón? Chino Balcárcel, ex estrella nacional del basket ball, galán de fotonovelas, ídolo de quinceañeras, que según las mentas se había llevado a la cama a más de mil, según algunos, y más de dos mil mujeres, según otros, ¿sería capaz de aprovecharse de la tristeza y la borrachera de un antiguo amigo, de un ex amigo, para birlarle un anillo del bolsillo de la solapa de la chaqueta?. Cuando mamá volvió con el café yo me había dormido. Ella me sacudió, para despertarme. Aquellas sospechas que había tenido minutos antes, de pronto me parecieron indignas, vergonzantes, propias de un tipo amargado y envenenado como me sentía yo en aquellos momentos; una bazofia.

El café, muy caliente y ligeramente azucarado, como a mí me gustaba, muy fuerte, estaba bueno. Recuerdo que mamá se sentó frente a mí, separados por una de esas ridículas mesas con las que uno se golpea las rodillas. Creo que no intercambiamos ninguna otra palabra.

Subí y me fui a dormir.

Pasaron cerca de tres meses, en los que apenas si salí de mi dormitorio. Una tarde, al fin, me duché, me afeité, me vestí y bajé a la calle. Con cierto resquemor, dirigí mis pies hacia la Avenida Damborena, por el Paseo Marítimo. Crucé Ramiro Cortés, Saavedra, Alzamendi, General Palanca, Tréllez, Belastiquí, Quito, Grito de Ipiranga, Doctor Visca y José Martí sin encontrarme con ninguna cara conocida. En el Expreso estaban Sabio Ayala y Né Casadevall, los dos sentados en el murito exterior, con una copa en la

mano cada uno. Que Sabio estuviera allí, no sé por qué, no me sorprendió. Me dio la impresión de que me esperaba, aunque no era así; de que mi más íntimo amigo tenía que estar, si no allí, en cualquier otro punto de mi recorrido, librado a la casualidad.

-La vuelta del Hombre Invisible –dijo Sabio al verme.

Saltó del murito y me abrazó, para lo cual me pidió antes que le sostuviera el vaso. Yo lo probé: era un gin tonic bastante cargado.

Entré en el café para pedir un gin tonic para mí (Nené me había avisado que él pagaba) y volví a reunirme con ellos dos en el murito.

-¿Qué ha sido de ti en todo este tiempo? –me preguntó Nené.

No éramos grandes amigos, como con Sabio o Pruden Jauregui, pero nos veíamos con frecuencia y, a pesar de ser él una especie de prototipo del niño bien de buen apellido, nos llevábamos bien.

-Estaba enfermo de amores –contestó Sabio por mí-, porque su novia lo había dejado.

-Clarita, ¿no? –preguntó Nené-. Clarita Arostegui, ¿no? Linda piba –añadió, con acento neutro, apagado.

-Mejor cambiamos de tema –propuse yo.

-Estábamos pensando –dijo Sabio.

-Sabio pasatiempo, Sabio –le dije-. Digno de ti.

-¿Te vendrías con nosotros? –intercaló Nené.

-¿Estaban pensando en qué? –quise saber.

-En largarnos a los Cuernos –dijo Sabio-. A la casa de la hermana de Nené. Está en la Parada Dos, a cuatro pasos del Cuerno Chico. Está vacía, esperándonos; Nené tiene las llaves.

-¿A los Cuernos ahora, en pleno invierno? –pregunté, sorprendido-. ¿A qué diablos?

-Cómo se ve que sos del campo, ché –dijo Nené en tono de guasa, lo que me irritó; a pesar de mí mismo no le contesté; no supe qué.

-Tenemos la casa, tenemos algo de guita –dijo Sabio-. Ágatha está preparando sus exámenes de no sé qué corno y no estorba el panorama. Nené no tiene novia y tú ahora tampoco. Estamos los tres libres, solitos, para hacer por unos días lo que queramos. ¿Qué te parece? –me lo preguntó a mí-. Eres como un resucitado –agregó-, un tipo que vuelve de Marte, algo así. Te conviene un cambio de ambiente.

-Cambiar de ambiente ya cambié al venir aquí –dije yo-. Me pasé dos meses encerrado en mi dormitorio.

-Mala cosa –Nené sacudió a ambos lados la cabeza-. A mí me ocurrió, ¿sabes?, y también por una mina que me dejó. Me tiré no sé, tres meses, todo un invierno, sin querer salir de casa. ¿Mal de amores? Je, je –se rió con una risita suficiente, impostada, burlona-. Es que uno siente vergüenza, se siente vejado, eso es lo que pasa; es lo que te pasó a ti –me miró al decirlo, sacudió su vaso y lo vació-. Voy a buscar otro –anunció-. ¿Alguien más quiere? Todavía pago yo.

-Entonces tráeme otro –vacíé mi vaso de un trago y se lo pasé.

Nené se metió en la penumbra del café. Dos señoras gruesas salían del almacén colindante, con bolsas de malla en las manos y pañuelos descoloridos en la cabeza. Nos miraron, a Sabio y a mí, y él las saludó: ‘Buenas tardes’, les dijo; ellas no contestaron. La más gorda de las dos, que llevaba un pañuelo que en 1930 debió ser rojo fuego, hizo un gesto como de desprecio; miraba a Sabio y después me miró a mí; entonces su gesto había cambiado; era de supina indiferencia.

-Es la vieja Ortoliz del Vayo, viuda del doctor Eugenio Robles Beramendi –me informó Sabio-. Es tía abuela de Ágatha, la hermana mayor de la madre de su madre. Me detesta; por eso la saludo con la mayor deferencia. Es una

gorda arpía y mugrienta; a quince pasos huele a pedo de vieja. Me alegra que hayas vuelto al mundo de los vivos, ché. Sabes que te lo digo en serio.

-Clarita se está vareando con Tucho Falcón –dije-. ¿Lo sabías?

Sabio asintió.

-¿Los has visto?

Volvió a asentir, en este caso con la mirada desviada al farol de la esquina.

-Feo espectáculo para ti –dijo después, con voz átona-. Mira si te los topas en cualquier parte.

-Tendría que haberlo matado.

-¿A Tucho? ¿Qué necesidad? Las minas son como la guita, Miguel, y no te ofendas. Van de mano en mano. ¿Te apuntas?

-¿Quién más va?

-Sólo Pruden, y no es seguro –Sabio dijo esto y después bajó una octava la voz-. Nené conoce minas de los night clubs de Melgarejo, y además hay siempre alguna piba perdida por aquellos lares, inclusive en invierno –pausa deliberada, que se prolongó tres segundos-. Vickie Fornells, por ejemplo.

-¿Vickie está en los Cuernos?

-Se fueron ayer –dijo Sabio-. Con mi hermana Inés y con Mariocha Garderes.

-O sea que sabes dónde se alojan.

-¿Te anotas?

-¿Lo sabes?

Sabio me guiñó un ojo. Movié los hombros.

-Saberlo, saberlo –reconoció- no lo sé, pero no creo que sea difícil averiguarlo, encontrarlas. Si a ti te interesa, es claro. Lo más probable es que estén en el apartamento que tiene Inés.

-¿Inés tu hermana? Qué apartamento va a tener tu hermana.

-Tiene uno, Miguel, no te sulfures. Lo alquiló a medias con Suzy Grecq, y por lo que tengo entendido, el alquiler sigue vigente.

-¿No me estarás tratando de engatusar, Sabio? –pregunté- No me gustaría.

-Yo sería incapaz de engatusarte a ti, Miguel, caray, soy tu amigo –dijo Sabio-. Vickie es una chiquilina preciosa, con la que yo intenté mil avances y recibí los mil consecutivos y consecuentes planchazos. Contigo es diferente, Miguel, supongo, o lo sería., porque yo me fijo, y para mí es evidente que la nena siente, por ti, digamos que cierto, ehm, cierto *penchant*, si es la expresión adecuada.

-Ojalá –contesté, nada convencido.

No obstante, me sentía, de repente, bien, nuevo, como renacido, casi exultante. Nené volvió con los vasos llenos y los tres brindamos, como los tres mosqueteros.

-Nos largamos hoy mismo –dijo Nené-. Cuando caiga la noche.

Salimos, en efecto, cuando la noche ya había cerrado. Viajábamos cuatro, porque se nos había unido Pruden Jauregui. Íbamos en la ranchera de Nené, que la conducía con la ventanilla abierta. Yo iba en el asiento trasero, con Sabio, él detrás del conductor; a mí me pegaba en diagonal el aire frío que entraba por la ventanilla de Nené, una sensación al principio agradable, cuando tomamos la larga recta de la Avenida Italia y después la Carretera del Este, o Interbalnearia. Cuando el frío se empezó a hacer desagradable le pedí a Nené que subiera la ventanilla y él, cosa curiosa, no dijo nada ni se quejó; ninguna fracesita cínica o burlona. Sencillamente subió de inmediato la ventanilla con varios giros de manivela hasta dejar una abertura, arriba, de sólo dos o tres dedos.

-¿Así te molesta, Miguel?

-Así no, viejo. Gracias.

-No hay de qué.

El viaje fue de no más de hora y media; viajábamos a velocidad moderada. Pruden y Sabio no dejaron de parlotear entre ellos todo el rato, Pruden vuelto a medias la mayor parte del viaje; Nené intercalaba algunas frases; yo apenas si abrí la boca. Pensaba en Vickie; ¿sería verdad? ¿estaría? ¿la encontraría? ¿y si la encontraba qué? ¿y si no la encontraba? ¿si no estaba? ¿si ya se habían vuelto? ¿a qué habían ido? ¿si resultaba que estaba con un tipo? ¿yo en ese caso qué? ‘Quedaré como un gaznápiro, lo presiento’. Con los ojos cerrados, sumergido en mi rincón, veía la cara transparente de Vickie, que (¿me?) sonreía, y un torbellino de ideas giraba en mi cabeza. Me acordaba de la fatídica tarde que dejé subir a Vickie a mi apestoso dormitorio, que olería a encierro, a tabaco rancio, a mi amargura y mi humillación, a sudor, al semen reseco y viejo de las veces que me había masturbado. Vickie se debió de asquear, seguro. Nunca me pidió de volver; me llamaba por teléfono y yo a veces la atendía; me preguntaba cómo estaba, cómo me sentía, por qué no salía. ‘¿Por qué no te bañas, te afeitas, te vistes y sales?’, me había dicho una vez. Bañarme, es claro. ¿Habrà pensado de mí ‘ese mugriento’? ¿Y si me pone cara de asco al verme? ¿La busco? ¿no la busco? ¿me vuelvo mañana mismo? ¿me vuelvo a encerrar en mi dormitorio? me vuelvo me encierro me encierro con llave y tiro la llave la rompo primero y la tiro lo más lejos que pueda que mamá abra la puerta si quiere con un cerrajero yo me vuelvo ¿busco a Vickie? ¿la busco? ¿y si la encuentro?

La casa de la hermana de Nené, una muchacha flaca, Renée, se llamaba, que había estado casada varios años, que llevaba divorciada un par y que planeaba casarse de nuevo (y lo haría) y tenía un par de hijos, quedaba a tres o cuatro manzanas de la Costanera, o sea a unos seiscientos o setecientos metros, en línea recta, de la Casa Reinlein, reconocida como punto cero de Cuernos del Diablo, ya que se erguía a las puertas del Cuerno Chico. En-

tre los dos cuernos se extendía la elongada playa del Relicario. Era en el Cuerno Grande, según la opinión de Sabio, donde seguramente estarían alojadas su hermana, Mariocha y Vickie.

A él le parecía muy tarde para salir a buscarlas, y además hacía frío. Sabio sabía, lo dijo y repitió una docena de veces a lo largo del viaje, que su hermana Inés y su íntima amiga Suzy Grecq habían alquilado, por el año entero, una especie de apartamento o algo que estaba en la calle Catorce cerca de la avenida Laranjeira, pero lo más probable es que las chicas, si efectivamente se habían alojado allí, no estuvieran allí a aquellas horas.

-Son once y veinte de la noche –dijo, para reforzar su argumento-. ¿Qué van a estar haciendo allí a estas horas?

-Quizá estén con gente –dijo Nené.

-Mi hermana no es una cualquiera –dijo Sabio, y añadió en voz más baja: - Creo.

-No me refería en concreto a tipos –dijo Nené, a la defensiva.

Ya habíamos entrado en casa de su hermana, la de Nené, Renée, que estaba en una esquina, tapiada por un seto vivo de transparentes de hoja perenne. Era una casa relativamente modesta, de dos plantas. Sólo había una cama de dos plazas, entre fotografías de dos sonrientes niños de corta edad y una pareja engalanada de boda; en ella reconocí a Renée; del tipo, al que habría visto cuatro veces en la vida, sabía que se llamaba Alfredo Santos Triay y que era el tío paterno más joven de la deliciosa y tentadora Madelón Santos, una de las nenas más bonitas de Los Pocitos. Si ya estaban divorciados y ella planeaba casarse de nuevo, ¿a qué la persistencia de la foto del ex marido? Lo pensé; me dije que yo jamás terminaría de entender a esta gente de vieja alcurnia, porque de seguro que detrás de la foto del ex había un cúmulo de tradiciones, una inapelable nota de bon gout, acaso una costumbre familiar con ocho generaciones, o desde que se inventó el daguerrotipo. Lo

cierto es que ver la foto de Alfredo Santos no sólo me recordó a las irreprochables tetas y ancas de Madelón, más su carita redondeada, frívola y ofe-
rente para tipos como Chino Balcárcel o Gabriel Vendrell; también me pro-
veyó de una bronca sorda, que sólo yo podía entender y que no era explica-
ble, transmisible en palabras.

Alfredo y Renée, según mis cálculos, vivían, de casados, por Carrasco, o
acaso en el Barrio de la Luna; él era notario o escribano o alguno de esos
oficios de bufete que dan muchísimo dinero por estampar firmitas y legiti-
mar o legalizar o acreditar documentos de todo tipo. Su notorio apellido sin
duda lo ayudaba en aquel oficio, ya que la mitad de los nacimentinos varo-
nes de buena familia, o de ciertos posibles, eran notarios y la otra mitad
abogados; y ahora había miles de nenas que frecuentaban las facultades o
ya tenían sus títulos. Médicos también había muchos, pensé. Y los tenderos
y los mercachifles soñaban con sus hijos doctorados, licenciados, recibidos
de arquitecto/a, abogado/a, médico/a, notario/a, escribano/a, juez/a, ingenie-
ro/a, hasta dentista/a u oculista. Las llamadas profesiones liberales, o, como
les decía S. Pir, los ‘oficios burgueses’, que sonaba mejor. Al fin y al cabo
oficina, ¿viene o no de oficio? ¿de dónde viene si no? ¿de oficial? ¿de ofi-
dio? ¿de ofiuro/a? ¿mi mente acaso era un caos? ¿mi espíritu otro caos? ¿un
caos mi alma? Las tres últimas son otras tantas preguntas que se plantea el
escritor argentino Ernesto Sábato al final de tres sucesivos capítulos de su
novela metafísica **El túnel**, un libro que leí en mi remota juventud y que me
causó una tremenda impresión; por desgracia años después lo releí...

La brisa que subía del mar producía ese sonido neutro que traen las grandes
caracolas que el agua acerca a las orillas cuando uno se la coloca contra una
oreja; era un sonido que estaba en las lindes de lo sonoro; un sonido que
apenas si era tal, y que parecía proceder tanto del interior de uno como del
exterior. Aquello me serenó.

Nené, sin una queja de ninguno de los otros tres, se apropió del dormitorio principal, y, al mismo tiempo, de la única cama de dos plazas que había en la casa. Tumbado en la cama, con los brazos cruzados detrás de la nuca y al tiempo que se sacaba y hacía volar los mocasines, nos dijo.

-Ustedes acomódense donde mejor les parezca.

-Tú encárgate de meter las cosas en la nevera –dijo Sabio a Pruden.

Le pasé una bolsa que habíamos traído con sandwichs, leche, unos yoghurts, agua mineral y botellas de vino.

-El vino mejor dejarlo afuera –dijo Nené, antes de un aparatoso bostezo.

Tras discutir un rato, yo me quedé con una habitación estrecha, que estaba sólo corredor de por medio de un amplio cuarto de baño. Había una ventana que daba al norte o al nordeste, en todo casi hacia la lejana, brumosa y escabrosa Sierra Quemada, cuyos cerros carcomidos se recortaban bajo una luz lechosa en el horizonte visual.

Creo que dormí un rato, o acaso soñé despierto. Lo cierto es que sería hacia las dos de la madrugada cuando me incorporé de la cama, con todos mis sentidos despiertos y activos. Después de tres meses recluso en mi alcoba, mi joven organismo me exigía acción, movimiento, algo. Además sentía una extraña, alarmante urgencia. Me vestí, me abrigué lo mejor que pude, bajé silenciosamente la escalera, recordé que Nené nos había señalado un juego de llaves que colgaba de un clavo junto a la puerta trasera, en la cocina, y hacia allí me encaminé. Me metí las llaves en el bolsillo después de abrir la puerta y salir; cerré a mi espalda. Recuerdo que pensé: ‘Mira si ahora pierdo las llaves como perdí aquel anillo’.

Para llegar al Cuerno Grande desde allí, a aquella hora y con aquel frío, no había más remedio que encaminarse rumbo a la Costanera, contornear por la misma, en un amplio círculo, la playa del Relicario, y después bajar por la avenida Roosevelt; un largo camino, me pareció. Puse en recorrerlo unos

tres cuartos de hora, quizá una hora entera (en concreto tres cigarrillos y el que tenía empezado) y no me crucé con alma viviente. Algunos perros ladraron al oír mis pasos, que resonaban como un tambor agorero en el silencio de la noche. La Costanera tenía iluminación todavía antigua: farolas de hierro con bombillas de cien watts distantes veinte o treinta metros, cada una, de la siguiente y de la anterior; muchas no funcionaban, para peor. La Avenida Roosevelt, en cambio, remodelada hacía a lo sumo un par de años, estaba iluminada por altas farolas dobladas de mercurio, como el Paseo Marítimo de Los Pocitos, aunque éstas de Roosevelt eran más recientes y arrojaban una desagradable pero intensa luz de morgues, que me hizo pensar en Poe, muchos de cuyos cuentos habían acompañado mis tres meses de encierro voluntario, de los que ahora hacía unas doce horas, acaso, quizá menos, que había salido. Me parecía haber dejado detrás de mí una vieja piel gastada, haber cerrado, a mis espaldas, un viejo portón desportillado, herrumbrento, cuajado de telarañas y con una costra de pudre, hastío, malos sueños y amargura, del otro lado del cual había quedado clausurado, aullando, yo mismo, mi pasado. Me sentía nuevo, me sentía otro, me sentía impune y libre y recién salido del cascarón; me sentía Hyde.

Recorrí, hasta el desdibujado crepúsculo del día, las grises y anodinas calles en subida y en bajada del Cuerno Grande, todas las transversales que cruzaban o morían en Laranjeira estaban enumeradas del Uno al Veintitrés, mientras que las paralelas a Laranjeira habían sido bautizadas con nombres de sitios remotos, exóticos: Tahití, Borneo, Sumatra, Madagascar, Java, Oceanía, Micronesia, Isla de Pascua, Vladivostok, Aleutianas, Islas Célebes, Bali, Estrecho de Behring, Samarcanda, Ulm; anduve y desanduve sus plazuelas y recovecos, sus galerías con fuente, sus turbios malecones; di una docena o una veintena de vueltas en torno a la plaza cuadrada de la Torre del Agua, observando, en la ya decreciente penumbra de la noche, la pesada silueta de

aquel mamotreto en desuso, que sostenía un enorme tanque cilíndrico de bronce sobre una escueta plataforma cuadrada, de maderos remachados, con cuatro escuálidas patas de madera reforzada con flejes de acero, que se asentaban en el centro del cuadrilátero. Me pregunté, no creo que por vez primera, en razón de qué conservaban erguida aquella inútil y burda construcción, y me dije que un país sin pasado, sin apenas historia, sin catedrales góticas ni coliseos, sin cármenes moriscos ni stonehenges, sin muros de Adriano, sin puentes romanos, sin acuedutos ni arcos de triunfo, sin ni una miserable torre Eiffel, se veía constreñido a elevar a monumento a cualquier vestigio de su cercano otrora que tuviera un mínimo de volumen y una ligera pátina de vetustez; porque la Torre del Agua era un monumento, como lo era, en el Cuerno Chico, la enorme Casa Reinlein, residencia del primer millonario que había elegido aquella remota y diminuta península para pasar los veranos con su numerosa prole de hijos, hijas y nietos.

La historia de don Trimalción Reinlein y su casa, imitada de un pastel de bodas rococó y acaramelado, erigida a la entrada de la península y rodeada por un parque que se había extendido media milla en derredor en todas direcciones, ahora reducido a un vasto jardín en parte amurallado y en parte cerrado por altas verjas verdes corroídas por la salitre y la herrumbre, salía a colación cada verano en los grandes periódicos nacimentinos, que publicaban, todos ellos, su particular suplemento veraniego dedicado a las interesantes actividades de los capitanes de empresa argentinos, los play boys argentinos, las señoritas y señoras del alto patriciado bonaerense y su parentela subsidiaria de nacimentinos, a lo largo de sus ocios estivales. La casa se había construido, recordé, en 1912: todo un hito. No por nada la calle principal del Cuerno Chico y su única avenida llevaba el nombre y el apellido de aquel potentado visionario, que había comprado la península entera, y más tarde su gemela mayor, a las hijas del viejo Anastas Korialidis, con el

que mi madre estaba lejanísimamente emparentada; un parentesco tan tenue y zigzagueante que era igual que inexistente, pero que de todas formas mi padre voceaba y fanfarroneaba desde que nuestra casa de verano había dejado de ser el modesto caserón de Las Delicias, donde yo pasé veranos felices en mi infancia, para convertirse en el moderno y, ¿por qué no?, hermoso chalet de La Barra, para cuyos diseño y construcción mi padre contrató, como no podía ser de otra forma, a Oribe Mussons, el arquitecto nacimentino de moda, lo que no era óbice, por una vez, para que fuera, al mismo tiempo, el más talentoso e inteligente.

El chalet de La Barra, al igual que la mansión de Los Pocitos Nuevo, estaba en realidad por encima de las posibilidades económicas reales de mi padre, y fue también una causa coadyuvante a nuestra rápida declinación e inmediato y súbito colapso; y de la muerte poco después de mi padre, que, en 1974, ya en bancarrota absoluta, se había ido a vivir, con mi madre, a una casita modesta, encalada, con una humilde chimenea de caño y visillos en las ventanas. La casita quedaba en la calle Escudé, que tanto podía estar en Los Pocitos Alto como en la lindera Villa Margarita. Mamá, lo recuerdo porque lo vi con mis ojos, le remendaba calcetines a mi padre y le zurcía refuerzos de cuero en los codos de sus chaquetas sport. Mamá sonreía, la vi una tarde, mientras tomábamos un café con leche con galletas marinas; le sonreía, con la mirada desleída, a la felicidad acaso nunca vivida, al pasado acaso siempre frustrado, a un porvenir inexistente. Mamá murió en 1993, a los 82 años.

Un hombre en bicicleta, con una luz delantera que titilaba, fue la primera presencia humana con la que me crucé en mi deambular por el Cuerno Grande. Lo vi venir por Laranjeira y torcer por la calle Cinco, que era la que delimitaba la plaza de la Torre del Agua por su lado norte. Aún era de noche, aunque el tenue fulgor rosado, virado en grises, del horizonte nuboso

del mar, preludiaba ya el crepúsculo del día; el alba, la aurora, el rosado amanecer. ¿Yo andaba en busca de qué? ¿Buscaba a Vickie Fornells? ¿Era por su causa aquella oscura urgencia que me carcomía el gáznate reseco y le daba una nerviosa vivacidad incómoda a mis pasos y a todos mis movimientos y ademanes? ¿Por su causa por qué?

El sol naciente, que ahora asomaba pálido y como enfermo del fondo del mar, sus primeros deslucidos rayos, rosa y naranja, agrisados y como resquebrajados por cuajaronas de nubes que ocluían el horizonte, me descubrió sentado en un murito, sobre la playa de La Alegría. Me despecé, me incorporé, pensé que pronto abriría algún café, aunque ¿para quién?, si aquello parecía un bosque de cemento muerto. Vi aligustres marchitos, rosales ateridos carentes de toda flor, hortensias y siemprevivas muertas de escarcha y de frío; vi hileras de árboles, cuyas ramas peladas se alzaban hacia el cielo como los brazos esqueléticos y retorcidos de gigantes ciegos y paráliticos; vi portales lustrosos, zaguanes que se ahondaban en vacías tinieblas, esquinas ochavadas con algunas baldosas flojas, olas de crecida que se estrellaban espumarajeantes contra cúmulos de rocas, malecones y muros, y que lamían la arena de la playa hasta dejar un límite abstruso de líneas curvas y retorcidas, espumarajoso y con algas muertas y conchas abiertas de almejas y mejillones; vi también un condón flácido, grisáceo, putrefacto, acaso procedente de Hong Kong o de Cape Town. Ví nubes que discurrían raudas hacia poniente por debajo de un caparazón gris inmóvil que cerraba el cielo, ví a las gaviotas más madrugadoras que aleteaban y graznaban, ví palomas gordas y torpes que picoteaban váyase a saber qué condumio escondido entre hojas secas, vidrios en pedazos, excrementos caninos dispersos; ví pasar algunos perros vagabundos, todos tan flacos que a la mayoría se les podía contar los huesos del costillar; ví alguna luz que iluminaba una ventana a lo lejos; ví pasar, también en bicicleta, a un agente de policía que

se entrefrenó al verme, con una ceja suspicaz alzada, aunque a la postre optó por un saludo mudo, la mano de filo alzada fugazmente contra la visera de la gorra; sentí el viento y el frío y me di cuenta de que tenía sed y hambre. Ví pasar a dos hombres maduros, ebrios, que se enganchaban y desenganchaban del brazo y a los que andar en línea recta se les hacía un calvario; ví que uno de ellos, el más grueso y más bajo, un señor de amplia calvicie en forma de hoz o medialuna, tenía la camisa salida en la cintura y pegotes de alquitrán en la pechera de la chaqueta; cada tres pasos que daba se tironeaba hacia arriba del pantalón, con ambas manos.

-Shé, Tito, ¿tás seguro kes poraká? –le oí decir a uno de ellos.

Los dos se diluyeron entre setos mustios y neblina y viento, y de la neblina y el viento vi venir hacia mí, calle arriba por la calle Doce, en dirección a Laranjeira, una silueta estilizada aunque de andar algo encogido, que avanzaba pegada a la pared, y antes que llegara a la esquina, yo parado en la acera opuesta, lo supe, la reconocí.

Era Vickie Fornells.

Yo estaba recostado en el farol más cercano a la esquina, con un ojo puesto en el Democrático, por la calle Doce en sentido descendente; de hecho, la avenida Laranjeira era el filo de una declinante estribación de la Sierra Quemada, que coronaba el cuerno: todas las calles numeradas que la cruzaban, del uno al veintitrés, ascendían del lado del Puerto de Yates y descendían hacia la playa La Alegría. El Democrático, por lo demás, era un enorme salón de baile donde jueves y sábados, en verano, resonaban merengues, rumbas y merequetengues y, a veces, tangos y rocks, para que se menearan y contonearan las criaditas, las domésticas, las camareras, los camareros, la gente que servía tanto en las casas de los ricos como en los lugares abiertos a los ricos. Yo sabía que el bar, el café del Democrático, abría todos los días, todo el año. Llevaba tiempo en espera de que abriera, pero si bien una

luz imprecisa dibujaba, desde hacía un rato, sus rajaduras, y se asomaba por algunos rincones de su encofrado, la sólida cortina metálica que lo cerraba seguía bajada.

Vickie andaba de prisa, cabizbaja; cruzó Laranjeira sin siquiera mirar a los lados, y hubiera pasado a dos pasos de mí sin verme de no ser porque yo, recuperada la voz tras mi inicial y profundo estupor, la llamé por su nombre.

Ella levantó la cabeza, sobresaltada, y acto seguido dejó escapar una carcajada.

-Susto me has dado –me dijo-. Eres tú –como si nos viéramos todos los días y nos hubiéramos visto ayer, pensé.

Ella me besó en una mejilla con unos labios helados.

-¿Eres tú de verdad, Miguel Ángel Bardaracci, o eres un sosías, un remedo diabólico, una encarnación maligna?

-Soy yo el de verdad –atiné a decir-. En realidad soy todas esas cosas en un solo envase –añadí, después de una corta indecisión. No hubiera soportado que en aquel momento Vickie me dijera que remedaba a Chino.

Por los demás, yo no conseguía salir de mi asombro, y me asombraba aún más que Vickie no sintiera o no demostrara idéntico asombro al mío, como si nuestro encuentro, que para mí era un acto mágico, le pareciera natural, como mucho casual, una mera coincidencia producto del azar, cosa fortuita.

-Pareces atónito –me dijo; chasqueó los dedos dos veces de forma feble, blanda, frente a mi cara, y yo así sus articulaciones frías y le besé las puntas de dos dedos-. ¿Qué te pasa?

-¿A ti no te pasa nada?

-¿Qué me tiene que pasar?

-Yo estoy maravillado, Vickie, ¿sabes?

-¿Por qué?

-Porque te buscaba.

-Ya empezamos. ¿Qué haces aquí, a esta hora, en este día horrible, a esta altura del año? La última vez que te vi estabas metido en tu habitación, como un ermitaño.

-Ocurre que salí, que se acabó, que vine a buscarte.

-No sigas.

-Ni empiezo ni sigo; es la pura verdad. ¿A dónde vas?

-A Chemón.

-¿Qué es eso?

-Un bar; el único que estará ya abierto a esta hora.

-Pues si no te molesta mi compañía vamos juntos, y me dejarás que te explique, ¿eh?

-¿Qué me expliques qué?

-Por qué estoy aquí, por qué te he estado buscando, por qué salí de mi reclusión. Esto último es fácil y sencillo: salí por ti.

-Y dale

Vickie sonreía. Por lo menos no parecía enfadada ni irritada; ni siquiera enfurruñada, como lo solía estar mucha gente de nuestra edad de entonces a aquella hora de la mañana, a no ser que hubiéramos pasado la noche en vela y nuestro destino cercano fuera irnos a dormir. Temí que el caso de Vickie fuera ése.

-¿Empiezas o terminas? –le pregunté

-Hablas de una forma, Miguel –dijo ella-. ¿Qué quieres decir?

-Si acabas de levantarte o si vas camino de acostarte.

-Acabo de levantarme –me dijo.

-¿Sola?

-Sola, es claro –un instante después sus cejas se contrajeron-. Y mi vida íntima, caray, no es cosa tuya.

-No, no, bien lo sé.

Íbamos, según yo suponía, camino de ese bar abierto a aquellas horas: el Chemón.

-¿Es nuevo?

-¿Qué?

-El bar ése al que vamos.

-Es más viejo que el padre de Artigas –me dijo-. Antes se llamaba La Musimónica.

-Ya caigo –le dije.

Lo recordaba; un local amplio, medio destartado, por El Relicario arriba.

-Un tiempo se llamó Savannah, y antes El Trece –dije, para demostrarle a Vickie que sabía a dónde íbamos-. Lo que no sabía es que abriera todo el año.

-Ahora sí, a lo que parece. Desde que estamos aquí, por lo menos, ha abierto todos los días.

-Llegaste hace tres días –dije yo-. Con Inés Ayala y Mariocha Garderes; es la gordita, ¿no?

-¿Cómo lo sabes?

-¿No es la gordita?

-Cómo sabías que estábamos aquí. Eso te preguntaba.

-He venido con Sabio, que me lo dijo. Paramos en la casa de Renée Casadevall, la hermana mayor de Nené.

-¿La ex mujer de Feo Santos?

-¿Feo?

-Así lo llaman. ¿Está ella?

-No. Estamos nosotros tres y Pruden Jauregui.

-Pruden, Joaquín, Nené y tú, menudo cuarteto. ¿A qué han venido?

-Psé –me encogí de hombros.

-A buscar chirusitas en los arrabales de Melgarejo, supongo; al barrio de los farolitos rojos, ¿no? Porque aquí, en Los Cuernos, no hay un alma.

-¿Cómo que no? Estás tú, ¿no?

-Bien me ves.

-Y yo vine a buscarte a ti, de modo que está todo dicho.

-Pero no todo hecho, Miguel –dijo Vickie-. Además, acabas de decir psé y de encogerte de hombros.

-Lo hice en representación de los ausentes. Aquí a la vuelta, ¿no?

Vickie asintió en silencio. Yo no esperaba de ella, a aquella hora de la mañana, una demostración de su habitual efervescencia cariñosa, y hasta aquel momento su actitud me había parecido positiva, interesante; abría, para mí, un amplio abanico de posibilidades, concentradas todas, eso sí, en un único objetivo: tenerla; por lo menos besarla, acariciarla, acercar la posibilidad de hacerla mía un día. No obstante, cuando nos sentamos a una de las mesas del bar, totalmente desierto, su expresión reconcentrada, su mirada desvaída, su aire ausente me inquietaron. De repente se había alejado un siglo de mí, un millón de millas; parecía en otra parte.

-¿Qué quieres? –me preguntó; tosió para aclararse la voz-. Creo que fumé demasiado anoche. Te recomiendo que no pidas nada de comer; será de ayer.

-No me vendría mal un croissant o un pan con grasa, aunque fueran de hace tres días. Y un café con leche. ¿Tú?

-Un té con limón. Lo preparan bien, si te gusta el té; no con esas odiosas bolsitas, sino con té de verdad. Traen la tetera a la mesa, cubierta con una servilleta húmeda, una servilleta de tela, como se debe, más un colador y el limón partido al medio, como debe ser, para que se pueda exprimir, no en rodajas, como si fuera un cocktail.

-Eres una enciclopedia andante del té, Vickie; una enciclopedia preciosa, dicho sea. Yo, empero, me atengo al café con leche.

-Allá tú –dijo ella-. Hay que levantarse y llamar o golpear en la barra, para que aparezca alguien, y ya que el caballero eres tú... Venga, muévete. Si no, nos pueden tener aquí hasta mediodía.

Me levanté, pegué dos veces, con la mano abierta, en la lámina de latón que cubría la larga barra, y, al medio minuto, asomó del resquicio de una cortina, en mitad de la pared del otro lado de la barra, entre espejos y botellas alineadas, una cara joven, aparentemente femenina, tiznada en la nariz.

-¿Clientes? –preguntó.

-No, asaltantes con patente –le dije.

La nena, si era una nena, dejó salir una risita más bien de compromiso que otra cosa.

-¿Qué quieren? -preguntó

-Un té con limón, un café con leche y un par de croissants.

-Crusán nuay.

-De panes con grasa.

-Nuay.

-¿Pan hay?

-Duro; el blando está mohoso.

-Pues olvídelo.

-Un té con limón ha dicho, ¿Y qué?

-Y un café con leche; de ser posible bien caliente.

-Se enfriará en el trayettto.

-Pues mala suerte.

Volví a sentarme; Vickie se restregaba y se soplaba las manos.

-¿Y tus dos amigas?

-Supongo que duermen.

-Y tú eres un pájaro del alba, Vickie; un bello pájaro de amaneceres. Cada vez que te veo más me gustas.

Vickie formó una ligera sonrisa; la esquinó; me guiñó un ojo.

-Tontito –me dijo, en voz baja, con una bosquejada insinuación aterciopelada, acariciante, que me levantó los ánimos.

Ya había dejado de soplar las manos, aunque todavía se las restregaba.

Estiró la diestra por encima de la mesa y me tocó en una mejilla. Tenía las yemas frías.

-Estás caliente –dijo.

-¿En qué sentido lo dices, Vickie?

-A esta hora, Miguel, por Dios. Voy a concluir en que eres un maníaco.

-¿Como Chino?

-Deja en paz a Chino, como tú lo llamas.

-Todo el mundo lo llama así.

-Yo no.

-No; las nenas no. Curiosa dicotomía, ¿no? No sé de un solo tipo que llame Diego a Chino, ni de una sola chica que no lo llame Diego.

-Es porque se *llama* Diego.

-¿Es obligatorio hablar de él?

-Fuiste tú quien lo mencionó, Miguel.

La interrupción de carita tiznada, con una bandeja cargada en las manos, nos calló. Resultó ser una jovencita flaca, con el pelo cortado mal y muy corto y pantalones bolsudos, más un pullover grueso que no escondía del todo sus líneas femeninas, bastante delicadas por cierto.

-Parece un pequeño adefesio, ¿no? –comenté cuando la chica ya se había marchado con su bandeja al flanco, descargada, después de haber depositado mi café con leche, la tetera cubierta con su paño, el azucarero, el limón

partido al medio sobre un plato y el colador del te sobre otro- No obstante es bastante bonita, y apostaría que tiene linda figura.

-Son las ocho y diez de una mañana fríasima de julio, Miguel. Eres decididamente un maníaco –Vickie despojó de la tela que la cubría a la tetera e, interponiendo el colador, llenó su taza de líquido humeante. La tetera era de barro o cerámica, y parecía pesada; debía conservar mucho mejor el calor que la loza barata de las tazas que nos habían traído. Mi café con leche, en efecto, después de haberle yo quitado una gruesa película de nata semiendurecida con la cuchara, y haberle puesto dos cucharadas de azúcar y revuelto, estaba apenas si tibio.

“Ah, qué calentito, dijo Vickie, con verdadero placer, tras un primer, ligero sorbo, para el cual redondeó la boquita como si fuera a darle un beso a la grosera loza de la taza, “Me ibas a explicar no sé qué.

-Que he venido a buscarte, Vickie; a buscarte a ti, a Virginia María Fornells.

-¿Por qué a mí?

-Tal vez porque toda la vida te he buscado, Vickie. ¿No te parece suficiente? Sé que estaba impresentable la última vez que nos vimos, y que probablemente hasta olía mal; esa idea me ha tenido desvelado noches y noches.

-¿Qué idea?

-¿Te di asco?

-Estás loco –dijo Vickie; lo enunció-. Estás rematadamente loco. Creo que te estás convirtiendo en un maníaco peligroso, Miguel. ¿Por qué me ibas a dar asco? Aunque hubieses olido mal, de lo que yo no me di cuenta, acaso porque la habitación estaba impregnada por el hedor del tabaco frío; aún en ese caso, Miguel, no me hubieras dado asco. Me agradas, Miguel.

-Y tengo que conformarme con eso, ¿no?

-¿Prefieres darme asco?

-Casi lo preferiría; porque en ese caso me cortaba el gaznate y ponía punto final a mi ya larga vida de zozobras.

-Larga vida de veinticinco años, ¿ya cumplidos?

-Cumpló en febrero, Vickie. Tú en abril, ¿no? Soy dos meses mayor que tú.

¿Me sigues considerando un niño?

-Prefiero a hombres más mayores, que me saquen diez años, por lo menos.

-¿Por qué?

-Porque no se precipitan, Miguel. Porque ya no son unos atropellados atolondrados; porque se toman su tiempo.

-Los hay que lo siguen siendo, atropellados, atolondrados y tarambanas, hasta con un pie en la tumba. Y que nunca se han tomado su tiempo con nadie, para nada. Conozco varios casos, que te podría citar.

-No son ésos los que me interesan. ¿Conoces a Pedroyos, el novio de Leda?

-¡El novio! Está casado con otra y tiene cinco hijos.

-El amante, si te gusta más; qué pusilánime eres para algunas cosas, Miguel. Me asombra.

-No trago a ese tipo.

-Pues es de la clase de hombres que a mí me gustan, Miguel.

-¿Has tenido algo que ver con Pedroyos?

-Me acosté con él un par de veces. ¿Qué? ¿Te parece mal?

-Me duele, Vickie.

-Lo siento –pareció que lo decía de verdad, con sentimiento.

Me agarró una mano, sobre la mesa, y me miró de lleno a los ojos con sus ojos ambarinos, tornasolados; los había entrecerrado, como si me estudiara, me catalogara, me clasificara.

-Creo –dijo, con voz vacilante- que eres el único amigo varón que tengo, el único hombre en quien confío. Creo que sería una pena destruir esa amis-

tad, ya tan larga, tan sólida, al menos para mí, y, también para mí, tan importante, por un rato de sexo.

-No se tiene por qué destruir, Vickie.

-El sexo lo destruye todo, Miguel: la amistad, el amor, la reputación, la dignidad, la belleza; todo.

-No lo dices en serio.

-Piensa lo que te parezca, Miguel.

-¿Puedo saber qué has venido tú a hacer aquí?

-Hemos venido a escuchar unas charlas.

-No jorobes.

-Unas charlas –repitió Vickie, como si no me hubiera oído- que da el profesor Balcárcel, el padre de Diego, en casa de Yumbo Trifortis. Ha dado dos ya, una sobre la **Odisea** y otra sobre la **Chanson de Roland**. Hoy va a hablar sobre **Moby Dick**. ¿La has leído?

-No.

-Ni yo. Tampoco he leído la **Odisea**, aunque tenía una cierta idea de qué trataba, mientras que de la **Chanson de Roland** ni idea tenía de nada. Da igual. El profesor lo explica de una forma, no sé. Yo fui alumna suya en Preparatorios, y era un profesor buenísimo, pero un profesor y nada más, al fin de cuentas. Esto es distinto. Yo vine porque me arrastró Mariocha, que lo conoce mucho y lo ha escuchado otras muchas veces. A Inés la arrastró Mariocha también, pero creo que sobre todo porque tiene ese apartamento.

-¿Mariocha cuál es? ¿La gordita?

-La misma.

-Tiene fama de tonta.

-No tiene de tonta un pelo. Va toda mal vestida, con el maquillaje corrido, las medias torcidas o apelotonadas en los tobillos, y se pone unos collares y

unos brazaletes de cuentas y abalorios y trocitos de metal que dan grima, pero dime, ¿tú la encuentras atractiva?

-Muchísimo. Está buenísima.

-La fama de tonta le viene por su forma de hablar y de comportarse, porque es una niña bien con un toque no sé, como de arrabalera, y también porque se ha metido en la cama con un millón de tipos. ¿Contigo no?

-No, por desgracia.

-Pues esta noche la tendrás a tu alcance en lo de Trifortis. ¿La conoces personalmente? Por lo que dices, parece que ni siquiera la ubicaras bien, que ni siquiera la has tratado.

-Sé quién es, y alguna vez hemos coincidido, no sé, en el Mercado del Puerto, entre trescientas personas apelotonadas, y en lugares así, o en la playa. En resumen nada; no creo ni que sepa quién soy.

-No te las des de modesto, Miguel.

-No la conozco; sé quién es, la he visto muchas veces, hasta sé dónde vive, o quizá me equivoque, pero sé que unos Garderes viven en Cololó y Coronel Mostaza.

-Mariocha vive allí; y Mariángeles, su prima fina.

-Una que fue novia de Chino, ya sé; que los Garderes estuvieron a punto de empezar otra guerra civil porque Chino ponía sus tortuosas manos sobre la niña de porcelana de la familia. Por cierto Mariángeles es bellísima, pero si me das a elegir entre las dos me quedo con Mariocha.

-¿Y nunca has hablado con ella? ¿De verdad que no? Pues esta noche te la presento. Eres un chico muy bien parecido, Miguel, al fin y al cabo, muy atractivo; le gustará.

-A no ser que se me adelante otro.

-De eso me encargo yo. ¿Irás?

-¿Se puede entrar así nomás?

-Más o menos. ¿Sabes dónde es?

-Sé que está en el Lomo de la Ballena, por Espadañas, del lado de los roquedales, porque alguna vez me la mostraron; la casa de Trifortis, quiero decir. No creo, sin embargo, que supiera llegar hasta ella si alguien no me guía. El Lomo es grande.

-Es fácil. Te llevo yo. A ti, ¿eh? No a tus amigos. ¿Te interesa?

-Y así me enredo con la gordita, perspectiva hartamente tentadora, lo reconozco, de modo que nuestra amistad siga incólume. Es eso, ¿no? Por lo menos hasta mañana o pasado, o hasta la próxima vez que te empiece a dar la lata.

-Parece que no te interesa nada ser mi amigo.

-Reconozco que me siento halagado, por un lado, pero desengañado por otro. Es una situación, digamos, ambivalente.

-A mí me interesa preservar nuestra amistad, Miguel. Necesito tener un amigo como tú, y sé que te perdería si me, digamos, posees. Te perdería como amigo; me quedaría sin ningún amigo de sexo masculino. Somos amigos, Miguel. Tú me deseas, lo sé, porque me lo dices no sólo con palabras, sino también de mil otras maneras, y acaso yo te desee a mi vez a ti; pero el sexo, Miguel, piensa fríamente, si puedes, ¿no es algo sucio, degradante? Mezclar salivas, sudores, tener una que limpiarse el semen, que es una de las sustancias más pringosas y asquerosas del mundo, como una especie de baba blanca, espesa y tibiona, que lo pegotea todo. ¿Y qué es el orgasmo para la mujer? Es una red de vasos capilares que se llenan de sangre con la tensión pasional y se vacían con la distensión. Ese vacío es el orgasmo. Es una trampa; ninguna mujer se dejaría penetrar si no fuera por la posibilidad de que se produzca esa distensión, ese vacío en esa red capilar, ese alivio final, esa ilusión; Dios debió ser una especie de prestidigitador. La posibilidad, Miguel, como te he dicho, una posibilidad que en muchísimos casos sólo se queda en eso.

-¿No disfrutas con el sexo? ¿No disfrutaste con Pedroyos, para citar a alguien que tú has mencionado?

Mi *tú* fue involuntariamente acusador, pero a pesar de mis celos, mi envidia, mi odio, pronuncié el nombre de aquel tipo, de aquel (pensé) maldito miserable, creo que con la más perfecta, fingida, digna naturalidad. Vickie tardó tres o cuatro segundos en contestarme; me miraba de lleno a los ojos, con los suyos de nuevo entrecerrados.

-Sí –dijo, con acento inseguro-. Bastante, puede que mucho. El placer carnal se olvida en seguida; la memoria no lo puede reproducir, como puede reproducir un poema, o una canción, o inclusive un color, un bosque de colores. Mira el caso de Diego, con todas sus chicas y sus mil amoríos. Yo lo he llegado a conocer bastante bien, de unos años a esta parte; lo conozco íntimamente, y hasta estoy un poco enamorada de él; enamoriscada, digamos mejor. ¿Por qué no? ¿Y sabes? Es el hombre más solo y más triste que he conocido en mi vida. Y además es insomne; sufre de insomnio crónico desde la adolescencia. ¿Lo sabías?

Asentí con la cabeza.

-Algo de eso me dijo una noche –contesté.

-Una vez, lo recuerdo, me dijo que ser un insomne era como ser un zombie, un muerto en vida. Creo que si no fuera porque tiene un amigo, Gabriel Vendrell, que es su único amigo, que es a quien él más quiere en el mundo, más que a su prima Marisa, más que a sus padres; digo que si no fuera por eso, por Gabriel, no me extrañaría que Diego se hubiera matado. ¿Has leído las cosas que escribe en *Trinchera*?

-Dicen que es muy buen periodista.

-Yo no sé si es muy buen periodista o muy mal periodista. Escribe siempre de muerte, de muertos, de una Nacimiento muerta, de hace cien años, de cosas muertas, de gente muerta, de la muerte, en suma. ¿Sabes a dónde me so-

lía llevar a pasear un tiempo? Al Cementerio Central, a caminar por los senderitos entre los mausoleos de las grandes familias nacimentinas, pasadas y presentes. Y allí me besaba, en cualquier recoveco de los mil que hay, y me lamía el cuello y me mordisqueaba los pechos, y me –Vickie se tragó con una muequecita de asco lo que quedaba, ya frío, de su té con limón- masturbaba –lo dijo en un casi susurro, con un acento casi inaudible; y se sonrojó; de golpe su cara se cubrió de un vívido rubor-. Qué tonta soy –exclamó, con una risita.

-Eres adorable –le dije, en voz baja también-. Te deseo, Vickie, qué remedio. Estoy loco por ti, pero te juro que jamás te presionaré, que no me volveré a precipitar, si es que lo he hecho, porque cuenta no me he dado.

-Siempre lo haces, Miguel. Ahora mismo estás todo arrebatado, arrebolado, con los puños apretados. Y no son las nueve de la mañana todavía, Miguel, y hace un frío de mil diablos.

-Pues podríamos pasar el día juntos, bien calentitos, bien tapaditos.

-Y pillar un resfrío de tres pares de narices, Miguel, porque cuando una pareja fornicaba, seamos crudos, las sábanas, las mantas y toda la ropa de cama va a dar al suelo, y una queda sofocada y sin resuello y zás: al otro día empiezan los estornudos, la tos, los ardores de garganta, los quintos de fiebre, las plaquetas en las amígdalas.

-Pintas el sexo con más dureza que la más furibunda puritana. Prueba a escribir esto que dices y mandarlo a la revista *Catequesis*; cabe que hasta te paguen, Vickie; que el Papa te mande su foto firmada.

-Lo único que te falta es su extraño tartajeo, Miguel.

-No lo imito, Vickie; no lo copio, no lo remedo, no lo plagio. Yo hablo así, soy así, ¿qué culpa tengo?

Vickie, por toda respuesta, me tendió una alentadora sonrisa y un meneo lento, dubitante, de su linda cabecita.

-Antes no hablabas así, no eras así.

-Antes Chino era un niño rubiecito, con los ojos redondos y facciones casi femeninas, que ni siquiera tartajeaba: no hablaba. La gente cambia, Vickie.

-Te has anotado un punto, Miguel. Recuerdo que eran muy amigos, Diego y tú, en el colegio, por lo menos en los cursos escolares, antes de pasar al liceo; y de los dos tú eras el leader, si vale el término, el cabecilla, y Diego te seguía. A todas las chicas nos gustaba él, sin embargo.

-Hablando del Diablo, Vickie –intervine; aquellos remotos recuerdos me lastimaban, de una forma impropia, excesiva, que yo no me explicaba-. ¿Sabes el día que Clarita me plantó? Bueno, por la noche terminé en el Lumumba, donde se apareció Chino. Yo estaba con una tal Lolé, una amiga de una amiga de Sabio, y la tal Lolé, cuando Chino apareció, se fue corriendo y se le colgó del pescuezo y se puso a besuquearlo. Yo estaba con unas copas y le grité a Chino, lo empujé dos o tres veces y hasta le largué un tortazo que le dio de refilón en una mejilla.

-¿Qué pretendías? ¿Suicidarte?

-Puede. Lo veía todo rojo. La cuestión es que al rato la Lolé, enfurruñada, prescinde de mí, y al final de la larga noche Chino me obliga a zamparme una milanesa omeletada, si no recuerdo mal...

-Sería escalopada –me corrigió Vickie, entre risitas como paréntesis, una antes y otra después.

-Escalopada, eso; una milanesa no empanada sino envuelta con harina; también unas papas fritas y unos huevos fritos. Después deja ahí a un hembrón impresionante, una corista argentina, que llegó, supongo, con Gabriel Vendrell, que trajo a dos con él, coristas de aquella revista, *Fetiché*, que estuvo en cartelera un tiempo, creo que en Teatro Odeón. Pues bien, Chino deja allí sentada, al alcance de veinte tiburones que rondaban, a la corista que le correspondía, para acompañarme a mí a patacón por cuadra a mi casa. Una co-

rista que además se embarcaba de vuelta a Buenos Ayres al otro día. ¿Tú lo entiendes?

-Diego es un encanto; es imprevisible, lo que forma parte de ese encanto tan especial que tiene.

-Te pregunto si lo entiendes.

-¿Por qué no te iba a acompañar? Una mujer –Vickie se encogió de hombros, para dejar patente su desdén-. Una corista argentina; un hembrón, has dicho. Supongo que a mí no me catalogarás de esa forma, Miguel.

-Tú eres mucho más, mil veces más; eres una criatura celestial y diabólica, un ángel y un demonio, con alitas, cuernecitos, el tridente y la cola.

Vickie sonreía, divertida, acaso un poco enternecida pero también burlona. Susurró ‘Sigue’.

-Pues que cuando llegué a casa, tras despedirme de Chino, me di cuenta que había perdido el anillo de compromiso que Clarita me había devuelto. Me lo había dado mamá para que yo se lo diera a Clarita y yo pensé devolvérselo a mamá; lo busqué y no lo encontré.

-¿No creerás que Diego te lo robó?

-Fue lo primero que pensé, pero ¿no, verdad?

-Diego es psicológicamente incapaz de robar nada, Miguel. Aceptará, cabe, que alguna vez alguna chirusita de cabaret le tire unos pesos, o que alguna señora argentina adinerada le haga un regalo, pero ¿robar?

-En realidad no me lo creía; lo sospeché, pero no me lo creía, no me lo creí.

-¿Y el anillo, nunca apareció?

-Nunca. Lo debí perder en Lumumba, estaba muy borracho; o antes, acaso, ya que estuve en mil diferentes lugares.

-Te dolió lo de Clarita.

-Mucho, pero ya estoy bien. Me gustas tú, Vickie; de Clarita sólo me había enamorado, que es una cosa que pasa, se olvida. En cambio el deseo, Vi-

ckie, es muy diferente. Y yo a ti te deseo; te deseo con toda mi alma, con toda mi sangre, con todos mis huesos, con el aire que respiro: te deseo con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, y tu piel cuando te beso me sabe a almendras amargas, a cianuro.

-Me gustó ese final, Miguel.

-Eres como la cámara de gas, Vickie, un instrumento letal. Pienso en ti cuando te veo y te rehago en mi memoria célula por célula cuando no te veo.

-¿Quedamos, entonces?

-No sé, Vickie. ¿Tú con quién?

-No te entiendo.

-¿Quién es el tipo? Tendré que verte con un tipo, supongo.

-Ningún tipo, Miguel. He dormido sola anoche y antes de anoche y dormiré sola hoy.

-¿Conmigo no?

-Mi Guel –Vickie pautó mi nombre como con un triple subrayado y una pausa larga entre las dos sílabas; traqueteaba sobre la mesa con sus largos dedos, con las uñas: triquitriquitritrá-. ¿Ves cómo actúas? Hace un momento me prometías, muy serio, que nunca me ibas a presionar.

-¿Esto es presión? ¿Lo que te acabo de decir? ¿Lo es?

-De otro cualquiera probablemente no lo sería, Miguel, pero tú eres mi amigo, el único, y por eso de ti sí lo es. Sé que no cejarás, y temo que un día lo consigas y yo me quede sola y triste como Diego, y sin ninguna verdadera amiga como lo es Gabriel para él.

-Tienes amigas; tienes infinidad de amigas. Íntimas, inclusive, como Mercedes Varela y las hermanas Vega.

-No es lo mismo. Somos amigas por afinidad, porque tenemos más o menos la misma educación, más o menos las mismas costumbres, más o menos los

mismos gustos. Yo me quiero más yo que a cualquiera de mis amigas. Diego quiere a Gabriel más que a sí mismo, y Gabriel a Diego otro tanto. Los conozco, lo he notado. Y no tienen nada en común.

-¿Y las chicas qué? –me corregí a tiempo; iba a decir minas.

-¿Las chicas? Les gustan, por supuesto, a los dos, y a veces salen juntos con un par de chicas; raras veces. Pero en común no tienen nada. ¿Quedamos?

-No sé –dije; y tras un momento- No, Vickie. La gordita Garderes está buenísima, y además es una Garderes, ni más ni menos. Hasta podría ennoviarme con ella, aunque fuera por un par de meses, de modo de reivindicarme con papá después de haber dejado escapar a una Arostegui.

-Mariocha no creo que quiera ser novia de nadie, Miguel. ¿Por qué te niegas?

-Por ti, Vickie. Me has dicho que Chino quiere a Gabriel más que a sí mismo y Gabriel a Chino otro tanto. ¿Tú me quieres a mí más que a ti misma? ¿Eso pretendías decir?

-Más o menos –susurró Vickie, con la mirada en la mesa; de súbito la alzó; sus ojos, por lo general tan suaves, tan mansos y bondadosos, tan alegres y chispeantes, llameaban-. Te he hecho una invitación y me la has rechazado, Miguel.

-Lo he hecho por ti, Vickie. Yo también, creo, te quiero más que a mí mismo, más que a nadie en el mundo. Ocurre, empero, que el deseo me obnubila. Si el deseo pasara...

Vickie se rio.

-Mira que eres, Miguel –me dijo-. De modo que no vienes.

-No.

Vickie se encogió de hombros, como si me dijera: ‘Allá tú’.

El Lomo de la Ballena era una península que distaba unos veintitantos kilómetros del Cuerno Chico. Había un ómnibus que salía de la Plaza General

Artigas, en el Cuerno Chico, cada media hora, con destino a Melgarejo, y que trazaba su recorrido por la Carretera del Este, o Ruta Interbalnearia, y después subía por el llamado Camino Viejo del Lomo, que era el que se usaba en mi niñez para llegar, vía Melgarejo, a los Cuernos del Diablo. Me dirigí, a las nueve de la noche, a la plaza General Artigas a tomarlo. No sabía cuáles eran sus horas de salida; hacía años, de hecho, que no me subía a un ómnibus de esa línea.

Había tenido un día difícil después de despedirme de Vickie en el café Chemón. Ella parecía un poco disgustada conmigo, no sólo a causa de mi negativa a su generosa oferta de intermediación, sino, sobre todo, supongo, por mi insistencia en hacerla a ella el objeto primordial de mis deseos, a pesar de todo lo que ella me había dicho para disuadirme de que siguiera pensando en ese sentido. Cuando se levantó, se negó a que yo la acompañara, y el beso que me dio a las puertas del café fue distraído, distante.

-Espero que te diviertas con los farolitos rojos, Miguel –me dijo.

Serían las diez cuando volví a la casa de la hermana casada de Nené. Mis tres amigos aún dormían, y tardaron un buen rato en levantarse. Yo me había servido whisky y me había bebido varios vasos con raciones generosas. No estaba, empero, ni pizca de borracho, como si mis nervios quemaran el alcohol en mi estómago, impidiéndole, así, invadir mi flujo sanguíneo y llegar a mi cerebro. Al revés: me sentía exageradamente lúcido, a la par que tenso, nervioso, angustiado e indeciso. Pensaba que lo más inteligente que podía hacer era acostarme, dormir.

El primero de mis tres amigos en aparecer fue Sabio, que era el más íntimo mío entre ellos. Sabio bostezaba y se rascaba; dijo que la idea de ducharse le daba escalofríos. Vi que se olisqueaba alternativamente las axilas.

-De todos modos tendré que hacerlo –concluyó, con cara de circunstancias-. ¿Cuánto hace que estás despierto?

-No dormí –le dije-. Salí.

-¿A qué?

Sabio, interesado, se sentó frente a mí; negó con la cabeza, con un gesto de repugnancia que le retorció los finos labios y le hizo asomar los afilados incisivos, cuando le propuse que me acompañara con el whisky.

-Después me haré un café –explicó-. Cuéntame.

-¿Qué te cuente qué?

-¿Qué pasó? ¿Qué hiciste? Te brillan los ojos, Miguel; te conozco. ¿Levantaste una mina?

-Frío, frío; me encontré con una, eso sí.

-¿Vickie? –preguntó Sabio, a sabiendas de que atinaba-. ¿Cómo? ¿Dónde?

-En la calle, en el Cuerno Grande. Desayunamos juntos. Ella, tu hermana y Mariocha, ¿sabes a qué han venido?

-Supongo que por motivos non sanctos, que, en el caso de Inés, por lo menos, prefiero no saber.

-Han venido a escuchar unas charlas que da el profesor Balcárcel en casa de Yumbo Trifortis.

-¿En serio? –Sabio tamborileaba, nervioso, con los dedos, en el cristal que cubría la larga mesa baja que nos separaba, yo sentado en el sofá largo y él en un sillón individual de almohadón, en el que revolvió, como si no encontrara acomodo, su cuerpo magro y fibroso- Primera noticia de que a Inés le interesara la literatura, porque supongo que el Profeta les hablará de literatura.

El Profeta, me acordé, era como le decían al padre de Chino Balcárcel.

-Antenoche les habló de la *Odisea* –recité-, anoche de la *Chanson de Roland*, y hoy está previsto que les hable de *Moby Dick*. Por lo que Vickie me dijo una treintena larga de personas acude a las charlas.

-¿Le pagan?

-Eso no me lo dijo. Supongo. ¿Qué importa?

-Trifortis es riquísimo, y los Balcárcel, vecinos míos, no se te olvide, no naden en oro, que digamos. Conozco bastante bien al Profeta, y creo que es uno de esos tipos que, si se sienten cómodos y bien atendidos, no se interesan en más nada. Las Gemelas, no obstante, son muy distintas.

Los Balcárcel, en efecto, y los Ayala, eran vecinos cercanos. Sabio y su familia vivían en una gran casa que hacía esquina en las calles Antofagasta y Baltasar Hidalgo, mientras que los Balcárcel (el Profeta, sus hijas menores, su mujer y la hermana gemela, viuda, de su mujer) vivían a tres o cuatro casas de distancia por la última. Las Gemelas, como las llamaban, eran Angélica y Helena Massini, las que invitaban habitualmente a Clarita a tomar el té con ellas, las mismas que una vez, acaso dos, me habían incluido a mí en la invitación, y de las que Chino y yo habíamos hablado en nuestra larga caminata la noche del día en que Clarita me plantó.

-¿Qué vas a hacer? –me preguntó Sabio- ¿Quedaste con Vickie en algo?

-No –contesté-. Y oye, Joaquín –le pedí-. Ni una palabra a los demás.

-Okay –Sabio me guiñó un ojo.

Los otros dos aparecieron al rato, y poco después sonó el teléfono. Atendió Nené, preocupado en principio, pensando que quizá fuese su hermana. Era Negro Fein, que anunció que venía a la casa.

-¿Tú lo invitaste? –preguntó Sabio.

-¿Y qué? –dijo, con cierto tono agresivo, Nené.

Sabio y Negro, íntimos hasta pocos años antes, de un tiempo a entonces no se llevaban demasiado bien; Negro había salido con Ágatha Reynal antes que Sabio se ennoviara con ella. Yo sospechaba, sin tener la absoluta certidumbre, que la razón de la tirantez entre ellos era ésa. Quizá me equivocara, pensé, al ver que Sabio se encogía de hombros.

-No tendrás objeciones que poner, supongo –dijo Nené.

-Ninguna –dijo Sabio.

Al rato yo subí a mi cuarto y me tiré en mi estrecha cama. Oía las voces, abajo, que subieron de tono cuando recibieron a Negro. A mí Negro no me caía demasiado bien, sin razón ninguna por mi parte. Pertenecía a la única familia judía misteriosamente integrada en los altos círculos burgueses; tenían dinero a raudales, o al menos lo habían tenido, y negaban su condición de judíos. Se decía que al padre de Negro, y al tío, propietarios de una barraca de lana, no les iban demasiado bien los negocios desde que se habían metido en los medios de difusión; poseían un par de importantes emisoras de radio y parte del canal de televisión Teledós, el de más audiencia del país, en sociedad con los Roldós, propietarios de sus propias emisoras de radio y del diario *El Herald*o, y con los Nayalde, miembros de una poderosa e influyente familia bonaerense.

Llegado un momento, incómodo como me sentía y con la boca reseca, después de salir a orinar y volver, medio tieso de frío, me arrebujé lo mejor que pude y dormí.

No dormí demasiado, empero; un par de horas, tres quizá. Eran cerca de las seis cuando me desperté. Oía voces y risas procedentes del piso de abajo. Aún siguen aquí, pensé, disgustado, mientras me encaminaba a toda prisa al cuarto de baño, para ducharme. Volví a mi habitación envuelto en una toalla grande, que había encontrado en lo alto de una pila de toallas de idéntico tamaño y diferentes colores, algunas lisas, otras a rayas. La que escogí, la primera que había, era blanca con listas azules. Yo tiritaba; la ducha era un rosetón arcaico que soltaba chorritos dispersos, que además se abrían en abanico y que caían en cualquier parte menos encima de uno. Entré en calor frotándome con la toalla y pegando saltitos en el suelo. Cuando bajé, vestido, mis pasos resonaron en la escalera, lo que indujo a que, abajo, se produjera un inmediato silencio.

-Por fin, dormilón –me saludó Negro Fein, al tiempo que se incorporaba de su asiento.

Nos dimos un somero abrazo.

-Tenía ganas de verte –me dijo él.

Me pregunté por qué. Yo, al revés que Sabio, nunca había sido amigo de Negro; a lo sumo nos tratábamos, nos conocíamos; yo, por otro lado, intuía que mi incomodidad en presencia de Negro, por no llamarla antipatía, era recíproca, porque esas cosas solían ser recíprocas, una cuestión de química, quizá de olor. Negro Fein iba siempre muy bien vestido, por lo común con corbata, y con el pelo peinado con raya a la gomina. Una sombra de barba, cuidadosamente descuidada, le sombreaba la cara y ayudaba a afilarle unas facciones en realidad algo blandas, fofas, mortecinas. Sus ojos, verdosos, tenían una mirada por lo común sesgada, escurridiza.

-Estábamos discutiendo con estos giles –me informó.

Sabio, sentado en el sofá largo, hundido, mejor dicho, en un extremo, dejó escapar una risita burlona, sin pizca de cordialidad. En la mesa había dos ceniceros que rebosaban de colillas retorcidas, vasos con líquidos y una botella de whisky casi vacía más una segunda aún por destapar. Eran marca *White Horse*, ese hermoso licor dorado, y las debía haber traído Negro. Pruden era el único de los cuatro que estaba de pie, recostado contra un ángulo de la mampostería de la chimenea, en cuyo hogar había un par de leños renegridos, a medio consumir, y cantidad de ceniza fría, que semejaba una mortaja yerta abandonada. Nené estaba sentado a un lado de Negro y miraba por la ventana, ostensiblemente, hacia la calle gris, como si las cosas, dentro, no fueran con él. Era una postura forzada; observé que una vena le latía en el cuello y que su bello perfil apolíneo estaba deformado por una mueca de rabia, que él intentaba disimular. Había girado fugazmente la cabeza para mirarme y me había guiñado un ojo, con el esbozo tenue de una

sonrisa que le expandió los labios pero no llegó a sus ojos, enrojecidos y cuajados de trazas amarillentas; tenía unas pálidas bolsas blandas bajo los ojos.

-Sé que tú estarás de acuerdo conmigo, Miguel –dijo Negro-. Estos belilunes pretenden salir a recorrer Los Cuernos y en todo caso acercarnos a La Barra y al Club del Lago a ver si pescamos algo. ¡En esta época! Háganme el favor...

Negro vertió en su vaso el último chorro de whisky de la botella empezada y alzó las cejas, mirándome, en espera de mi respuesta.

-Primero me tomaré un café y veré si como algo.

-Traje croissants, un montón –dijo Negro-. Están en la cocina. Y hay café, hecho hace un par de horas, eso sí.

-Yo te lo traigo –se ofreció Nené-. A fin de cuentas, soy el anfitrión –se había incorporado y rodeaba la mesa con cubierta de cristal; se detuvo a mi lado y me puso una mano en un hombro-. ¿Leche?

-Sí, si es posible, y azúcar. Y un par de croissants.

-Siéntate de una vez, Miguel –me dijo Sabio. Yo obedecí, un poco mecánicamente; fui y me senté en un sillón gemelo al que ocupaba Negro, cerca de la chimenea.

-En Nacimiento –dijo Negro- hay infinidad de caladeros, ya me entiendes. La Escuela de Arte Dramático, la Escuela de Bellas Artes, el Instituto de Magisterio, las escuelas de peluqueras, etc etc; y el Femenino Nocturno, que es mi preferido y que tú conocerás.

Asentí; no entendía a qué venía todo aquello ni sentía el menor interés por averiguarlo. Tenía otras cosas en la cabeza: a Vickie Fornells, concretamente. Una decisión difícil se había empezado a formar en mi mente. Ir al Lomo, buscar la casa de Trifortis, entrar de alguna forma, verla a ella.

-En todos esos sitios se pesca siempre –decía Negro, con un lento movimiento afirmativo de la cabeza-, si uno sabe buscar y tiene un poco de cancha y paciencia; y suerte. En el Nocturno pesca hasta un ciego, y si él no pesca lo pescan a él. Aquí, en cambio, todo está muerto. Aquí hay un único sitio: el barrio de los Farolitos Rojos. Es claro que por lo común hay que pagar copas y pagarles a las minas, pero ¿qué remedio? ¿No estás tú de acuerdo, Miguel?

No me dieron tiempo a responder.

-Tú porque eres rico –dijo Sabio.

Su tono era abiertamente agresivo, resentido.

-Tú porque no tienes orgullo –dijo Nené, al tiempo que depositaba una bandeja en la mesa, para mí-. Yo no les pago a las minas.

-¿Nunca? –con los pulgares en las sisas del chaleco ocre y dorado que llevaba bajo la chaqueta, Negro Fein había adoptado una postura desdeñosa, casi ofensiva- ¿Nunca en tu vida? ¿Ni de botija?

-Nunca –dijo con firmeza Nené; casi con fiereza-. Y he estado más de una vez en los farolitos y he levantado allí buen material sin pagar nunca ni un cobre.

-¿Ni las copas?

-Las copas se le pagan a cualquier mina, ¿o nunca le pagaste tú una copa a Chelina, a Neneka, a Mónica, a Ágatha, a Lizzie?

El penúltimo nombre, soltado así, como uno entre tantos, me hizo parpadear a mí; Sabio se puso pálido.

-Si esta noche vamos a los Farolitos –Nené, de pie, miraba hacia abajo, lado el cuello, a Negro; yo, desde donde estaba, le veía la nuca, pero si su cara respondía al tono de su voz, debía ser feroz-, entonces verás –terminó por decir-. Entonces verás –repitió.

-¿Veré qué?

-Si levanto o no una mina y me la traigo sin pagar.

-Algún bagayo puede ser –dijo Negro, encogiéndose de hombros-. Hay muchas veteranas resabiadas, en los Farolitos, que puede que se ablanden, por una noche, con un nene bonito como tú, y se dejen lamer las várices gratis. Porque es invierno y la clientela flojea, bien se sabe.

Nené tenía el cogote rojo. Me pregunté si se debería sólo al whisky aquel ambiente de batalla campal en puertas que se respiraba en la sala. ¿No eran Nené y Negro buenos amigos? ¿No había invitado Nené a Negro a venir a la casa sin consultar con ninguno de nosotros tres, ni siquiera con Sabio, que tenía causa de agravio en relación a Negro? ¿O lo había invitado para fastidiar, precisamente, a Sabio, y ahora era él el que se sentía fastidiado? Había citado cinco nombres de chicas concretas, a las que yo conocía, que era sabido y público que habían estado ligadas a Negro; eran Neneka Casaldueiro, Chelina D'Ambrosio, Mónica Wolfer, Lizzie Frangía y Ágatha Reynal, la novia, en tiempo presente de mi relato, de Sabio Ayala. No habían sido unos cuantos nombres soltados al azar; no el penúltimo, por lo menos. Sabio no había dicho mú, pero Negro había sonreído, con un aire de suficiencia y de superioridad que ahora había vuelto a adoptar. Eso sí: ahora no sonreía.

-Me traeré la mina que tú me señales –dijo Nené, con los dientes apretados. -Perderás –contestó, al tiempo que adoptaba una pose negligente, de perdónavidas, Negro Fein-. Me niego, por lo demás, a elegirla. Me darías demasiadas ventajas. Tráete una, la que sea; aunque coja y manca y tuerta –añadió, con una risita, a modo de colofón.

Entonces me di cuenta, después de tantos años de tratarlo, qué era lo que me desagradaba de Negro Fein; no era su pelo engominado, con esa raya ridícula que le bajaba un mechón pegado a la frente, ni esa vigiladísima sombra de barba que llevaba desde hacía unos años, ni su ropa cara y pulquérrima.

ma, ni sus poses de ganador ni sus actitudes siempre suficientes; era su carácter desafiante, competitivo, de compadrito. Había muchos como él en Los Pocitos, por no decir nada del Barrio de la Luna y de Carrasco, y todos me desagradaban. Negro, pensé, era el peor, el prototipo.

‘Tardar veinticinco años en darse cuenta’, pensé, disgustado; pensé que quizá se debiera a que tenía la inteligencia alertada, afilada, por causa y efecto de la cercanía de Vickie Fornells.

Nené era bastante por el estilo de Negro, pero no como Negro, que lo era siempre, a todas horas, en todas partes, en cualesquiera circunstancias, hubiera quien hubiera en su presencia. ‘Debe tener complejo de judío’, me dije, ‘que debe ser peor que tener complejo de tano, como yo’. Esta rencorosa idea me satisfizo, me gustó, me dejó extrañamente en paz conmigo mismo y con los demás: mi amigo Sabio Ayala, mi casi amigo Pruden Jauregui, mi compañero de farras y borracheras Nené Casadevall e inclusive mi desagradable antagonista Negro Fein: aquel detallecito de las várices, pensé, era característico de él, típico.

-¿Apostamos? –dijo Nené, con voz ronca.

-Muchachos, muchachos –dijo Pruden, como si tratara de implantar una cierta armonía; no se apartó, empero, un milímetro de la chimenea en la que se apoyaba, con estudiado aire de abandono elegante.

-¿Apostamos qué? –preguntó Negro.

-Me traigo esta noche una mina, sin pagarle un céntimo, jovencita, que esté buena, que tú mismo lo tengas que reconocer. Mira: te nombro juez. A eso no podrás negarte.

-¿Apostamos cuánto? –quiso saber Negro; tenía los ojos entrecerrados.

-El auto –dijo Nené.

Hasta Pruden pegó un respingo; a mí se me derramó, del sobresalto, un maldito goteo de café sobre una de las perneras del pantalón; tendría que subir

más tarde y ponerme otro. Sabio se reía bajito; cuando nuestras miradas se cruzaron me hizo un gesto con la cabeza, que entendí. Se levantó, se despezó, murmuró: ‘Subo a mear’, sin que nadie, excepto yo, le prestara el menor apunte. Oí los escalones crujir mientras Sabio subía, lentamente, como si al arrastrar los pies arrastrara con ellos toda su bronca y su orgullo, que la presencia física de Negro malhería. Éste había abierto bruscamente los ojos. -El auto –repitió Pruden, en voz baja, con acento de incautación o plegaria.

Nené y Negro se miraban a la cara. Nené tenía la sólida ranchera en la que habíamos venido, pero Negro se había comprado, hacía poco, un MG blanco, descapotable, de aquellos fabricados con madera de cedro y sólo laminados, como con una lamida, con metal. No corrían mucho, a pesar de su aspecto, ni en realidad eran demasiado caros; pero a las nenas las volvía locas subirse en aquellos autitos con pinta de juguetes lujosos.

-¿Tu auto –dijo Negro, con subrayado desprecio- contra el mío? Estás loco.

-Tú tienes todas las probabilidades de ganar, Negro. ¿O no es así?

-Yo no arriesgo mi auto en una apuesta dudosa. Yo cómo saber lo que le dices tú a la chica, el acuerdo al que puedas llegar con ella para birlarme el descapotable. Tú, Nené, eres un fatuo, un falso y un hipócrita. Y un ventajero de lo más vil.

Negro hablaba con voz monocorde, como si se dirigiera a un desconocido.

Nené abrió y cerró los puños varias veces y tenía la cara granate.

-Sal afuera –dijo.

-Bueno, muchachos –dijo Pruden, de nuevo sin moverse.

Yo ya había vivido situaciones como ésa, que empiezan con una absurda ni-miedad y fatalmente acaban a gritos y golpes, mal.

-No te sacudo porque eres mi invitado –rectificó Nené.

Se giró y, nerviosa la mano, vació su vaso con un ademán brusco, derramando el aguachento contenido en el suelo; destapó la botella de whisky intacta y la sacudió con rabia hasta que el líquido, retenido por la bolilla giratoria del gollete, empezó a chorrear en su vaso. Se sirvió un largo chorro, que llenó el vaso, grueso y panzudo, hasta la mitad, y se lo bebió en dos tragos; sus ojos fulgieron por un instante en los lagrimales y se le escapó una tos.

-Mierda –dijo; se volvió a llenar el vaso y encaró de nuevo a Negro-. Yo soy todo lo que has dicho; lo acepto. Acepta tú entonces que eres un cobarde, un fanfarrón acobardado, un fatuo ausente de coraje, un maula de lo peor.

-Apostamos el auto –dijo Negro, con voz de acento sombrío.

Yo en aquel momento me serví un poco de whisky en el vaso que Nené me había traído con ese fin, lo apuré, me excusé por mis pantalones salpicados, que mostré, y subí la escalera. Llamé a la puerta del cuarto donde dormía Sabio, en el extremo opuesto al mío de un corredor largo, empapelado con flores de lis y con dos lamparitas de techo de pocos watts encendidas; las habría encendido Sabio al subir, supuse.

-Adelante.

Entré y cerré a mis espaldas. Sabio estaba sentado en el borde de la cama y tenía una botella de grappa en la mano, abierta y casi llena; me la pasó.

-Mejor no –le dije.

-Miguel, tú eres mi único amigo, me parece.

-Es probable.

-Siéntate, hazme el favor.

Me senté junto a él, en el borde de la cama, y encendí un pitillo, que chupé con fruición, con avidez.

-Esos dos nabos llevan toreándose desde que Negro llegó –me informó Sabio-. Vete tú a saber qué rencores los mueven, qué odios. Ese tipo, Miguel, desvirgó a mi novia, cuando ella tenía diecisiete años, y yo ahora tengo que saludarlo, festejarle sus fanfarronadas, reírle sus bromas de mal gusto. ¿Has oído lo que dijo Nené? La mencionó. ¿Por qué Nené se mete conmigo? Yo tengo que fingir que no sé lo de Negro con Ágatha, o que si lo sé no me importa, que soy un tipo piola, canchero, que mira esas cosas como prejuicios de nuestros abuelos, ya superados.

-Negro era tu amigo.

-Sí, y supongo que no es culpa suya lo que le hizo a Ágatha, pero ahora Ágatha es mi novia y el tipo cuando nos encuentra la mira de arriba abajo, ¿sabes?, con una especie de mirada rememorativa, como si pensara y se acordara, no sé, de su piel desnuda. Yo lo mataría con gusto. Que tengas suerte con Vickie.

Levantó la botella, a manera de brindis solitario, y le dio un largo trago del gollete.

-Aún no sé qué haré, Sabio.

-Yo sí –Sabio, ya ebrio o poco menos, se carcajeó sin ruido; se tapaba la boca con el revés de una mano-. Sé lo que harás tú y sé lo que haré yo. Yo iré con esos dos imbéciles y con Pruden, si es que va, si es que vamos, a que me peguen unas purgaciones pagadas en los Farolitos Rojos, qué remedio. Negro tiene razón; no hay otro sitio. O una sífilis, si me lo pienso mejor.

-Así se la pegas a Ágatha y te sientes vengado. Eres un bruto y un imbécil, Joaquín.

-Lo sé –Sabio sacudió hacia arriba y hacia abajo la cabeza, muy serio-. Esos dos hoy terminan a tortas, y Negro es duro, lo he visto pelearse una vez con Gabriel Vendrell y Gabriel no le dio la paliza que cualquiera hubiera imagi-

nado; Negro aguantó. Nené, en cambio, es un pelele. ¿Por qué mencionó a mi novia, Miguel?

-Porque es medio cretino, Joaquín. Deja que se maten entre ellos.

-No pienso mover un dedo, ni por uno ni por otro, pero Pruden es de esos que ya sabes, siempre se interponen; es blandengue; no le gustan las peleas.

-Hoy no movió un músculo; les dijo no sé qué, con tono de pacificador, pero se quedó quietecito, muy en el molde.

-Tal vez tenía miedo que un bife volante lo alcanzara a él –se rió Sabio-.

Suerte con Vickie –repitió, antes de llevarse de nuevo la botella a los labios.

-¿Bajas?

-Aún no.

-Yo me voy a cambiar el pantalón.

Cerré cuidadosamente la puerta al salir, como si dejara detrás una cama de enfermo.

Me sorprendí pensando, mientras me cambiaba, que Sabio me daba lástima. ‘Hay cosas’, me dije, ‘duras de tragar; si sabré’.

Tardé un rato en bajar. Me demoré adrede en mi cuarto, después de cambiarme el pantalón, mirando por la ventana, una especie de ventanuco alargado, con el marco gris desconchado y polvoriento, que daba al jardín del fondo de la casa, plantas enhiestas y peladas y unos árboles raquíticos, con las implorantes ramas desnudas; en la distancia, se veía el aserrado y desigual perfil de la Sierra Quemada; más cerca techos de casas, alguna azotea con rayaduras de alquitrán, la luz turbia de los escasos faroles de la calle, ya encendidos hacía rato.

Fumé incesantes, nerviosos cigarrillos que al final no me sabían a nada, a paja reseca, a trapo de piso sucio, al vacío inerte que sentía en mi interior. ¿Había tomado una decisión? Creía que sí; dudaba; pendulaba entre quedarme allí a mamarme o salir, ir a buscarla: a Vickie.

Cuando, en su momento, Sabio abrió la puerta y entró, sin haber llamado, dijo:

-Esto parece una sopa de sémola, Miguel. Apenas si queda oxígeno que respirar. Abre esa maldita ventana o, si no, vente; bajemos.

Observé que se había bañado y cambiado; parecía, si no sobrio, menos ebrio que un rato antes; su aliento olía a eucaliptos. Sabio no era bonito como Nené, o, ¿por qué no decirlo?, como yo; tenía un rostro de facciones irregulares, nariz aquilina grande y algo picuda, mandíbula prominente, frente estrecha y unos ojos oscuros, algo juntos. Muchas chicas, sin embargo, yo lo sabía, lo encontraban atractivo, interesante.

Bajamos juntos.

Abajo, la tensión se había evaporado. Nené y Negro, sentados en los sillones gemelos, intercambiaban anécdotas sobre mujeres. Negro contó:

-En los Farolitos, si uno busca, persiste, se recorre diez tugurios, puede dar con un filón, un bombón, un minún –su voz era atenorada, siempre algo amanerada; su acento el típico del niño de buena cuna, de buena casa, de buen apellido-. Yo una vez me cogí a una mina que se llamaba Virgen –sonrió-. Se llamaba Virgen –repitió-. Le pagué, que quede claro. Fuimos a un meublé o algo similar, un lugar por horas, vamos, en la misma Melgarejo. Entramos a pie, con los brazos entrelazados. Yo tenía dieciocho o diecinueve años y a esa edad uno se enamora, ¿no? Yo me sentía medio enamorado de aquella preciosura. Era una nena jovencita, nuevecita, llegada de no sé qué rincón de Tacuarembó o Gardeazábal hacía, como quien dice, tres días. Después que le eché un polvo me dijo si no me importaba que se durmiera un rato, que no se sentía muy bien, que estaba cansada. Estábamos en un meublé, como he dicho, o sea que sus horas de sueño las tenía que pagar yo. Le dije que de acuerdo, siempre que, cuando se despertara, nos echáramos el segundo. Le dejé toda la cama, iluminada por una lámpara puesta en el

suelo y me senté en calzoncillos en una silla enclenque, junto a una mesa más enclenque todavía. Por la ventana, que abrí, entraba ese calor espeso de algunas noches de luna creciente. Mandé que me subieran algo de bebercio y me dediqué a contemplar a Virgen, dormida. Más la miraba más me gustaba. Tenía, sobre todo, un culo precioso, tentador, pero yo no me hacía esperanza de que consintiera, las profesionales no suelen consentir, a no ser por previo acuerdo. Virgen, sin embargo, consintió; quizá por ser nueva, inexpiente, incauta. Supongo que me aproveché. Virgen; no me olvidaré nunca de su carita, una de esas caras redonditas y de mentón puntiagudo, como un corazón dibujado. Curioso que una puta se llamara así, ¿no?

-Difícil que fuera su verdadero nombre –dijo Nené.

-Eso mismo quería decir –asintió Negro-. Curioso que eligiera ese nombre para ejercer esa profesión.

-¿Eres creyente?

-Católico a machamartillo –dijo Negro, con énfasis.

-¿No eres judío? –le preguntó Sabio-. Fein es un apellido judío.

-Mis antepasados llegaron de España –dijo Negro-. Fein es un apellido español. Antepasados míos ya estaban en Nacimiento en la segunda mitad del siglo XVIII.

-Sefardita –dijo Sabio.

-Será –Negro se encogió de hombros-. Uno de mis antepasados, Andrés Fein Velázquez, fue el primer presidente del Tribunal Supremo de Justicia de este país. Por otra parte, los Reinlein, ¿qué? El apellido termina en ein, como el nuestro, y nadie los considera judíos. Son unos recién llegados, por lo demás. Nosotros no; los Fein ya estábamos en Nacimiento –repitió, con visible orgullo, con no disimulada altanería- en la segunda mitad del siglo XVIII. Antes que los Castro, que los Ungria, que los Garderes, que los Letamendi, que todos los rancios apellidos de nuestra clase. Los Vidal, los Sal-

vañach, los Cortijolar y los Fein fueron las cuatro primeras familias que llegaron aquí con dinero, no con una mano atrás y otra adelante, como todo el resto.

Yo sabía que esto era más o menos verdad; lo había leído, con ciertas variantes, en algún libro de S. Pir; me pregunté si Negro también lo habría leído o si sería, más bien, una tradición de transmisión oral de su familia. No me imaginaba a Negro con su fofo perfil enfocado a un libro abierto. ‘Es un nene de mamá’, pensé, objetiva y serenamente, ‘Él quizá se la podrá dar a Nené, que es más blando que un flan, pero yo se la podría dar a él con una mano atada a la espalda’. Saber esto, tener esta certidumbre me consolaba de mis otros desvelos, me tranquilizaba; hasta me hizo olvidar mis orígenes, fueran napolitanos o calabreses.

~~CAPÍTULO 5~~

EL PROFETA BALCÁRCEL DA UNA CHARLA

Diez minutos después, por fin, los otros se fueron; todos ellos. No insistieron mucho en que yo los acompañara. Sólo Negro, y hasta cierto punto Nené. Ni Pruden ni Sabio abrieron la boca.

-Tú te lo pierdes –dijo Negro, al salir-. Trata de no beberte todo lo que hay en la casa.

-Descuida –le aseguré.

Cuando oí que el automóvil de Negro petardeaba y que la ranchera de Nené rugía y que ambos sonidos se alejaban y perdían, respiré aliviado. Pensar y

decidirme me llevó diez minutos.

A paso vivo, llegué a la terminal del ómnibus de Melgarejo en menos de un cuarto de hora. Había un vehículo que estaba por salir, con el motor en marcha, casi vacío. No tenía plataforma para fumar; mala suerte. Me quedaría sin hacerlo; tampoco podría salivar, a tenor de los carteles, ni empujar, ni hablar con el conductor, y debía ceder mi asiento a ancianos, impedidos y mujeres en cinta.

‘¿En cinta?’, me pregunté, ‘¿Se escribirá así?’ Tardaría años en salir de dudas.

El ómnibus, ya he dicho, tenía el motor en marcha, pero el conductor, que subió dos veces a mover palancas, fumaba afuera un pitillo que él mismo había liado, recostado en una columna.

La terminal de ómnibuses era un viejo galpón de techo de zinc ondulado y sostenido por columnas de cemento armado; un sitio desangelado, antiguo, para las criadas y la gentuza de a pie; estaba como arrinconado en una esquina de la calle Juan Garay y un sendero retorcido que se metía entre médanos, del lado sin playa del Cuerno Chico. Los ómnibuses pertenecían a una llamada Compañía de Transportes del Este; yo mismo hacía añares que no me subía en uno de aquellos arcaicos armatostes de la compañía. La terminal era uno de los últimos vestigios de un pasado más pobre, más amable, que había tenido el Cuerno Chico, y que yo de niño había conocido: entonces aún quedaban casas de pescadores, y había modestas viviendas, protegidas de las calles por tejidos romboidales de alambrada, como los gallineros. De las casas de pescadores ya no quedaba ninguna, y las alambradas aquellas habían desaparecido todas; me pregunté cuánto duraría la terminal, cuánto valdría aquel enorme solar, a cuyo flanco marítimo se levantaba la mansión de las persianas, como la llamaban, porque tenía dos amplios ven-

tanales alargados, a los lados de la puerta, eternamente cerrados por sendas inmensas persianas, que se necesitaría más que una simple cuerda de persiana, acaso una manivela como las de los castillos medievales, para subir el puente levadizo, el día que se les ocurriera levantarlas. La mansión, según se decía, era de Aristóteles Onassis, que no pisaba los Cuernos desde mediados de los 50. No obstante la casa estaba habitada; a veces se veían luces en la planta superior. Se decía que todos los días esperaban a Onassis un opíparo desayuno, un majestuoso almuerzo y una soberbia comida.

‘Los criados de la casa de las persianas viven como los dioses; y en vez de pagar les pagan’, me había dicho una vez mi padre. Habíamos bajado los dos juntos por la calle Juan Garay hasta los médanos, hermanados por la necesidad de orinar; y mientras orinábamos –atardecía- mi padre me habló.

-No es verdad que la casa sea de Onassis –me aseguró-. Ni lo es ni lo ha sido nunca. Onassis, cuando se dejaba caer por este rincón del mundo, se instalaba en la planta principal del hotel Negresco; reservaba para él y su séquito la planta entera, con la llamada Suite Presidencial incluida. Venía aquí a jugar al punto y banca, en una mesa que reservaban para él en el casino de Arcángeles.

-¿Lo viste?

-Podría decirte que sí, como hacen tantos, y tú me lo creerías. La verdad es que jamás lo vi; hasta creo posible que nunca haya estado aquí, y que quienes lo vieron o afirman haberlo visto sean todos un hatajo de mentirosos.

Esperé que el fautor de mis días acabara de orinar y sacudirla y de guardársela en la bragueta y abrocharse los tres botones de ésta; él seguía hablando.

-Onassis no era un griego desgraciado que llegó sin un cobre a Buenos Ayres, como cuentan, y que su primer dinero lo ganó fabricando cigarrillos de lechuga picada en un sótano de la Boca; su padre ya era multimillonario y lo había echado del seno del hogar por libertino y juerguista, pero le había

dado un millón de libras esterlinas de aquella época a modo de despedida. Ésa es la verdad, hijo mío; tú eres propenso, como tu madre, a dejarte engañar por el primer farsante que se cruza en tu camino, como aquel pendejo que venía por casa, el hijo del profesor Balcárcel; el ahora famoso Chino. Ése siempre fue un farsante; de niño lo era, y tú te creías sus historias de que su padre era un gran estanciero; también tu mamá se las creía. Tú has salido a ella; también sufres delirios de grandeza.

‘Mira quién habla’, pensé. Por supuesto me lo guardé. Remontamos la calle Juan Garay con las vejigas aliviadas, sintiéndonos casi amigos.

-Cuida bien de tu novia, Miguel –me advirtió papá, calle Juan Garay arriba-. Niñas como ella se ven pocas, y habrá mil tiburones al acecho; el primero y peor tu amigo Chino. Yo a tu mamá, no bien empecé a cortejarla, a la manera de entonces, con ramos de flores y paseos por el Rosedal de Quinta Castro, vigilados por una tía solterona de ella, desde el primer día, podrás suponerlo, apenas si la tocaba; tardé seis meses en que me cediera un beso y no yací con ella hasta nuestra noche de bodas. Y eso que yo era un tipo de treinta y tantos años, con no poca experiencia en la materia. Pero guay, pero eso sí; desde que puse los ojos en tu madre no permití que ningún gandul ni calavera se le arrimara. En su familia tenían aquel destartalado caserón de Quinta Castro que tú ¿llegaste a conocer?

-Sí, papá, de muy chico. Tenía techos altísimos y una escalera con un pasamanos en el que mamá me subía y empujaba y tú me recibías al pie.

-Un recuerdo enternecedor –dijo con sequedad mi padre.

-Sólo me acordaba, papá –me disculpé.

-¿De qué te hablaba?

-Del caserón de la abuela Martina.

-Eso –cabeceó papá-. La familia de tu madre tenía aquel caserón y la casa en Véliz a donde nos fuimos a vivir cuando tú eras un pendejo; por lo de-

más eran pobres como ratas. Mucho más pobres que los Arostegui; el doctor es médico, tiene consulta, pacientes, trabaja además en el Hospital Maciel; los pacientes le pagan, el hospital le da un salario; el tipo conduce un V-8 que hasta a mí, que tengo cien veces más guita, me da envidia verlo. Además tu mamá era bonita, sí, muy bonita, pero no una belleza como tu novia Clarita. ¿Has pensado en un empleo? Algún día tendrás que trabajar. -Tú te harás rico de verdad a tiempo, papá. Pongo en ti toda mi fe. -No te pases de vivo, Miguel.

Pasados unos minutos, un tipo gordo subió jadeando los dos escalones de la puerta delantera del ómnibus, que estaba abierta. Llevaba ladeada una gorra azul desteñido, con un letrero dorado que decía: GUARDA. Con una mano sacudía un mazo de boletos de diferentes colores. Yo era el pasajero más cercano a la puerta por la que él había subido. El tipo, por lo tanto, se plantó de inmediato frente a mí; observé que llevaba un lápiz grueso, mitad rojo y mitad azul, metido detrás de una oreja, la del lado opuesto al que llevaba inclinada la gorra; mechones grasientos de pelo rizado se le desparramaban por las sienes y la frente.

-¿A dónde? –me preguntó.

-Al Lomo de la Ballena.

-¿Antes o después del Camino Viejo?

-A mitad del Camino Viejo, más o menos.

-Cuarenta centésimos.

Me pareció ridículamente poco; el guarda abrió su mazo multicolor y arrancó un boleto rosa, de más o menos por la mitad del mazo, que casi ceremoniosamente me entregó; los había también blancos, amarillos, azules y verdes. Yo llevaba billetes de a cien y cincuenta y unas cuantas monedas, que por fortuna sumaban algo más de las cuarenta guitas necesarias. Yo enrollé

el boleto rosado, de papel frágil, barato, con siete números impresos, y lo doblé al medio; tenía la costumbre, desde adolescente, cuando viajaba en ómnibus, de introducir el boleto enrollado entre el anillo y el dedo: el anular de la zurda. Tenía un anillo de oro con una piedra engastada: una ágata negra, cuadrada, atravesada por una veta blanca fina, casi rectilínea, que la cortaba al bies: era un regalo que me hizo mamá cuando cumplí quince años. Clarita lo detestaba.

-No sé cómo puedes llevar eso encima. Es el anillo de peor gusto que he visto en mi vida.

-Me lo regaló mamá, que tiene mejor gusto que tú, amor mío.

¿O sea que no te lo piensas quitar?

-Ni muerto, Clarita.

-¿Ni aunque yo te lo pida?

-Ni aunque me lo pidieras de rodillas.

-¿De rodillas yoooo? –Clarita abrió mucho sus angelicales ojos glaucos- Yo sólo me arrodillo ante Dios, en la iglesia.

Me lo había quitado, no obstante, el anillo, sometido a la tenaz y férrea voluntad de mi ex novia. A mamá le había dicho que lo había perdido; temo que no me creyera; tampoco cuando me lo volví a poner, después de mentir que lo había encontrado debajo de un ropero.

Llevarlo era una especie de emblema de liberación, pensaba yo.

Me guardé, pues, el boleto enrollado bajo el anillo, doblado al medio, con una curiosa mezcla de exaltación y nostalgia. Pensé, tontamente: ‘Me gustaría que Clarita me viera’. No hay que desafiar así al destino.

Mis sensaciones y emociones iban como en la montaña rusa; de la exaltación nostálgica caí en picado hacia una fúnebre y negra melancolía. La noche, puntuada de faroles, se deslizaba, traqueteante y sombría, a través de mi polvorienta ventanilla. Era una noche sin luna, aunque era de luna llena,

sin estrellas, aunque las había como cada noche a millares, con un nuboso cielo opresivo y opaco, que parecía guarecer fieras hambrientas, alimañas y espectros detrás del inmenso telón de las nubes. Pensé que debieron ser cielos así, noches como esa, las causas del arcaico terror a lo desconocido, de las invocaciones a dioses tornadizos e inexplicables, de los sacrificios humanos para aplacarlos, de los banquetes de carne de enemigos capturados, sazónada y asada en espetones, que se mandaban los yaros y charrúas; también los aztecas.

Yo nunca había estado en casa de Yumbo Trifortis, en el Lomo. Sabía que era un palacete que no se alcanzaba a ver desde el Camino Viejo, y que quedaba bastante cerca de la quinta del senador Villamil, que yo sí había visitado en más de una ocasión. Cerca también, por lo tanto, de la casita de Carlo Duhalde. Esperaba poder orientarme, localizar, más o menos, el sendero de grava o tierra apisonada que conducía a la quinta del senador desde el Camino, y a partir de ese punto reorientarme; o fiarme a mi suerte. Recordé, aquella noche, que hubo un tiempo no lejano, y que sin embargo me parecía ajeno, como prestado, en que yo creía en mi buena estrella; cuando novio de Clarita me sentía un tipo afortunado, casi liberado de mi complejo de napolitano, o al menos capacitado para enfrentarme con eso cara a cara y bromear, burlarme de mí mismo. ‘Hay quienes nacen con su estrella y quienes nacen estrellados, mi amor’, me había dicho Clarita una vez, cuando todavía no éramos novios formales, ‘Tú parece pertenecer a los primeros, pero si no vas con ojo puedes acabar entre los segundos’. Yo sabía que se refería a mis relaciones con otras chicas y que la advertencia había que tomársela en serio; en poco tiempo corté amarras con todas, dejé de visitar night clubs y escuelas de peluqueras o el Femenino Nocturno y me dediqué en exclusiva a Clarita, aunque con la ya antigua imagen de Vickie Fornells que resur-

gía en ocasiones, sobre todo en mis solitarias noches, yo tumbado en mi estrecha cama de soltero, en el seno de mi familia, como el impaciente protagonista de un sueño inconcluso.

El ómnibus ya había dejado detrás, sin que yo me percatara, la llamada Cabeza del Cetáceo y la impresionante Casa de Piedra que había hecho construir el viejo Anastas Korialidis; habíamos llegado penosamente al ascendente desvío del Camino Viejo; mientras el vetusto vehículo trepaba, entre sofocones, yo sabía que a mi izquierda, más allá de la ventanilla junto a la que me había sentado, invisibles en la noche cerrada, estaban las cenizas y los pocos árboles supervivientes del Bosque Korialidis, que había sido pasto de un feroz incendio un par de años antes, en plena canícula. Recordé, con lúgubre indiferencia, con una especie de malsana satisfacción, que el incendio había consumido hectáreas de orquídeas endémicas, así como casi todos los famosos álamos plateados que el viejo Anastas K había plantado a finales del siglo XIX. Recordé también, con cierto estremecimiento quizá (pienso hoy) premonitorio, el llanto desconsolado de la bellísima y siempre distante y fría Marisa del Vayo, a la que vi la tarde del incendio en la playa del Fondeadero, con los ojos arrasados por las lágrimas, inmóvil como una esfinge y con la mirada perdida hacia donde trepaban las densas humaredas espirales de las llamas. Chino Balcárcel, su primo carnal, hijos ambos de hermanas gemelas, estaba de pie a su lado, evidentemente incómodo, inquieto, sin saber qué hacer ni cómo para consolarla. En un momento ella lo había mirado, con los ojos refulgentes:

-También tú –le dijo- deberías estar allá, luchando con el fuego.

-¿Y dejarte aquí sola, princesa? Tú vales más para mí que todos esos árboles viejos y esas pajareras.

Se refería a unas enormes construcciones de ladrillo y barro en las que el viejo Korialidis había pretendido criar ruiseñores; tras veinte años de es-

fuerzo lo había conseguido, y durante unos años los ruiseñores cantaron, por una única vez, en el hemisferio austral; la desidia administrativa (el viejo había donado su bosque al estado, en su testamento) los había olvidado y un día cualquiera el último se fue o se murió; los ruiseñores nunca volvieron a cantar. Las pajareras, yo había visto algunas, estaban en su mayor parte semiderruidas, desmoronadas, con agujeros. Marisa, callada ahora, volvió a girar sus ojos hacia el incendio; las llamas no se veían.

-Si tú quieres, si me aseguras que no harás ninguna locura –dijo Chino, a media voz y de mala gana-, pues de acuerdo, voy.

-Te lo prometo –susurró ella.

-Subiré al bosque –dijo Chino-, pero no pienso exponerme para defender los chalets de los millonarios argentinos ni la casa de tu primo Nestitor.

-Se llama Néstor.

-Néstor le queda grande, princesa.

Había otras varias personas, aparte de mí, que los oyeron. Estábamos en la terraza del parador de Fondeadero.

Entonces, por lo demás, ya se sabía, ya hacía algún tiempo que el escándalo había sacudido a Nacimiento. El periódico amarillista El Martillo los había fotografiado a toda plana, a los primos carnales, cuando salían, a la luz de una atardecida, ella al volante de su Packard Special, del meublé La Ville Lumière; se veían claramente las dos caras, hosca la de él y suave y relajada y ligeramente sonriente la hermosa cara de ella, y hasta se distinguía el número de la matrícula. Había sido un escandalazo que la prensa llamada seria, después de ignorarlo al principio, a la larga no pudo ignorar más, y que pasados ya unos años aún repercutía

Según contaban entonces presuntos enterados, la propia Marisa había contratado a una agencia de detectives para que la mantuvieran informada de las andanzas de su querido primo; y fue uno de esos detectives el que los si-

guió en el Packard e hizo las fotos, de cuando entraban al meublé y de cuando salían. El tipo primero chantajeó a Marisa; después Chino se enteró y buscó y encontró al tipo y cometió la burrada de darle una paliza que casi lo mata, pero las fotos no aparecieron. Donde no tardaron en aparecer fue a toda plana en El Martillo.

A mí me costaba mucho creer lo que se decía. Conocía poco a Marisa, pero había oído hablar mucho de ella, y estaba seguro de que era una chica más que fría, casi gélida, sagaz y sin duda inteligente. Me resultaba inconcebible que hubiera sido capaz de cometer una pifia semejante como la de contratar detectives, movida por los celos. Después ocurrió mi ruptura con Clarita, después la horrible careta biliosa de los celos me asedió a mí, antes inclusive de saber a ciencia cierta que mi antigua novia, muy poco después de haberme dejado, se paseaba a cielo abierto, asidos ambos del talle o de la mano, con Tucho Falcón. A raíz de esta cosa horrible que me había envenenado, empecé a pensar, sentado en aquel ómnibus, que laboriosamente se abría camino Lomo arriba, me empecé a decir que quizá, que por qué no, que los celos lo pueden enloquecer a uno, al menos si uno es un hombre. ¿Podrían enloquecer y cegar del mismo modo a una mujer? ¿A una muchacha lúcida y fría como Marisa del Vayo? ¿Y a una niña incauta y frívola como Clarita? ¿Dispondría yo de algún medio para, por lo menos, indignarla o enfurecerla? Eso me preguntaba, ignorante de las respuestas, si las había, con la mirada hundida en la ciega nada negra de la noche.

Sabía que Lomo adentro, hacia las distintas vertientes de la península, bien la playa del Fondeadero, bien la Rinconada, bien Espadañas, bien la Laguna del Diablo, bien el Arroyo del Muerto, bien hacia la serranía, había una red laberíntica de caminos de grava y tierra apisonada que conducían, cruzándose y entrecruzándose, a diferentes fincas, a diferentes sitios. Uno de ellos

tenía, fatalmente, que llevar a la finca del millonario Trifortis. Llegado un punto que creí reconocer me levanté y el ómnibus frenó, con un chirrido agónico; me bajé cuando aún no se había detenido del todo, y me adentré por un sendero entre matojos; una pálida luna, invisible tras un manto gris de nubes, desparramaba una luz incierta que permitía distinguir siluetas y formas, acaso engañosas en su mayor parte. Veía árboles, que no parecían distantes, y al rato de andar vi luces. La trocha que yo seguía, empero, como no tardé en darme cuenta, se alejaba de aquellas luces, vacilantes e indecisas. Pensé en desandar mis pasos y volver al Camino Viejo, pero una misteriosa inercia me empujaba, me hacía avanzar por la trocha como si cayera por un pozo. Me detuve a encender un cigarrillo, para lo que tuve que desprecintar y abrir un paquete nuevo; había empezado a soplar una tenue brisa, y la luz de la luna parecía más intensa por momentos hasta que la ví, redonda y refulgente; veloces nubes negras, desflecadas, le pasaban por delante; el cielo se desencapotaba. Me dije que esta brisita de abajo, que hacía entrechocar los matojos de espadañas, más arriba debía ser un vendaval; las negras nubes raudas sólo se veían cuando cruzaban el círculo dorado de la luna. Algunas estrellas amagaban en lo alto; y Júpiter había fijado un punto de suave matiz verdoso en un costado del cielo. Busqué, sin encontrarlas, a las Tres Marías, el cinturón de Orión el Cazador. Eran mis estrellas de la suerte desde la noche en que me acompañaron a mi cita con Morocha, una criadita de la familia Trueba, en la escollera del Yacht; recordaba y casi creí percibir el olor único de aquella ya lejana noche estival en la que por fin había perdido la cruel y vergonzante castidad.

Me encontré, de repente, en una encrucijada, y seguí por un sendero ancho, sinuoso, que en pocos minutos me acercó tanto a las luces que también me pareció que percibía una música traída por la brisa. Soplaban ya con bastante fuerza.

Tenía que ser allí. A medida que me acercaba, pisando cuidadosamente sobre el sendero, empecé a escuchar, cada vez más cercano, el sonido del mar calmo; olas que lamían roquedales, escolleras y cuevas. Recordé que una vez, a bordo del yate de Felipe Curzon, años atrás, alguien me había señalado la casa del pintor Carlos Duhalde, en Espadañas, hacia la que trepaba una escalera tallada en la piedra. Para abrir paso, a la escalera la habían quebrado en sucesivos ángulos, rectos, agudos y obtusos; recuerdo que pensé que el ascenso debería ser incomodísimo. La escalera terminaba, en lo alto, junto a una amplia terraza techada. Creo que fue Pruden Jauregui quien me mostró la casa y la escalera; y también, más alto sobre aquel flanco del Lomo, una segunda terraza, aún más amplia, que pertenecía a una casa de la que sólo se distinguían aisladas torrecillas puntiagudas y una ancha y gruesa chimenea rematada por un gran cono negro de metal.

-¿Quién vivirá allá arriba? –preguntó Pruden; de esto sí estoy seguro.

-Yumbo Trifortis, el potentado argentino –comentó Laila Ríos, la beldad de turno que acompañaba aquel verano al orondo y redondo Felipe Curzon-. Cuchi lo conoce –añadió-; ha hecho negocios con él. Me prometió que me lo presentaría, pero todavía estoy esperando.

Cuchi (Felipe Curzon), plantado frente a un reluciente timón de madera barnizada con remates lustrosos de bronce, miraba incómodo para otro lado, como si no hubiera oído.

-¿Y para qué quieres conocer a ese potentado? –le preguntó Clarita a Laila.

-Para una chica pobre como yo –dijo Laila, con deliciosa impudicia-, siempre es conveniente conocer señores ricos. Nunca se sabe, ¿sabes?

Laila Ríos era actriz, modelo, presentadora de televisión, figurante de fotonovelas. Era una chica bonita, que había ganado un concurso de Miss Nacimiento, aunque en la final nacional sólo había quedado tercera. De aquello

hacía entonces muy poco, cabe que un año. Clarita tuvo el detalle de sonrojarse y musitar ‘Perdón’; Laila se lo agradeció con una ronca carcajada. Recordé la escena con esa nitidez especial con la que afloran los recuerdos súbitos, no buscados, cuando el cerebro no se esfuerza por recordar, que es cuando mejor funciona la memoria. Yo a Trifortis, por lo demás, lo había visto alguna vez, por lo menos una vez que recordaba con claridad. Era un cincuentón alto y grueso, con una mata espesa de pelo castaño atravesada por mechones blancos; un hombre de nariz prominente y mandíbula grande, cuadrada, con ojos claros y como velados. Lo había visto avanzar por la Avenida Reinlein, en el Cuerno Chico, hendiendo un apretado gentío como si la acera fuera de él, la calle de él, la península de él, el mundo de él y la gente de manteca. No me había gustado. Conocía más a uno de sus hijos, creo que el único varón, al que llamaban Tincho, un muchacho del que se decía, en Nacimiento, que era de entendederas cortas. De vez en cuando, Tincho se instalaba en un apartamento propio que tenía en el viejo edificio Rambla, en Los Pocitos, en cuyos bajos estaba el café y Cabaret Ali Babá y los 40 ladrones. Tincho era un muchacho un par de años mayor que yo, achaparrado, de pelo rizado, nariz bulbosa y ojos vacuos; a mí me llamaban la atención sus dedos, muy gruesos y muy cortos; se comía constantemente las uñas y hacía incesantes muecas. Hablaba, habitualmente, de aventuras amorosas que había tenido en Europa y en Hollywood, con actrices famosas. Por supuesto nadie le creía una palabra, pero nadie tampoco se burlaba o se reía; Tincho siempre pagaba todo, en todos lados, a todo el mundo. Andaba con gruesos fajos de billetes en el bolsillo y conducía deportivos caros, por lo general algún descapotable. Dos sigilosos individuos de sombrero tangencial lo seguían a distancia, sin intervenir nunca pero sin perderlo ni un instante de vista.

-Guardaespaldas que le paga su papacito –comentó una vez María la Menor.

Debía, pues, ser allí. Se veían luces enmarcadas en ventanas y, a partir de un punto, empecé a distinguir voces, risas, música, ruido de gente reunida. Divisé siluetas humanas que cruzaban los cuadrados luminosos de las ventanas y, poco a poco, alcancé a ver caras, brazos que se movían; vi el bello perfil nítido de Marisa del Vayo, a quien hablaba, con enfáticos ademanes, un hombre alto, de aspecto pesado, cuyo rostro, de aire abotargado, me era desconocido.

Mi corazón se saltó un latido cuando vi, a través de una ventana alargada, a dos mujeres que no podían ser otras que las habladas Gemelas Massini; dos mujeres idénticas, con idéntico peinado y ropas por lo menos parecidas, que estaban sentadas muy derechas en un asiento largo; una niña bellísima, de catorce o quince años, esplendorosamente rubia, estaba sentada en medio de las dos. Era, me dije, tenía que ser, no podía ser otra que Helena Balcárcel, la hermana de Chino, a la que éste llevaba alrededor de diez años (doce casi, en realidad, como me informé más tarde). Recordé que había una segunda hermana, a la que Chino sacaba más de veinte años; ‘un fruto del desconcierto’, como me había dicho Clarita una vez, que conocía muy bien a las Gemelas.

-Helena quedó viuda cuando Marisa tenía dieciséis años y su hermano Sigfrido quince. Cuando Angélica alumbró a Helenita, algunos años antes, su gemela también había quedado preñada, pero sufrió un aborto natural, y a Angélica, la mamá de Diego, que tuvo un parto difícilísimo, le aseguraron, los médicos, que no podría tener más hijos; más de diez años después, no obstante, nació la pequeña, Sofía. Esa niña –Clarita señalaba con la mano a una jovencita alta, de tez olivácea y coletas negras, bastante bonita, que empujaba un cochecito de bebé por Villa Biarritz-. La niña que va en la cuna es Sofía Balcárcel, la hermana menor de Diego.

¿Eso había sido cuándo? ¿Dos años antes? ¿Dos y medio? En todo caso, pensé, ni lo uno ni lo otro, ya que era en primavera u otoño, una estación intermedia, y ahora estábamos en invierno.

Las Gemelas, con su aire severo, de estar allí a disgusto, me sobresaltaron. Me dije. ‘Seguro que al Profeta no le pagan’. Pensé que el potentado argentino debía ser un roñoso, y recordé lo que mi padre había dicho, más de una vez: ‘Para llegar a rico hay que ser avaro’. Y citaba el ejemplo de Rockefeller, el viejo, el fundador de la fortuna, que comía gallina en vez de pollo. ‘Aquí en cambio se derrocha, se come pollo y jamás gallina’. Mi padre sonreía, miraba a mi madre en busca de una sonrisa cómplice que jamás le fallaba, pero yo siempre había tenido la instintiva seguridad de que, en el fondo, mi padre estaba amargado; le hubiera gustado seguir a rajatabla el proceder de Rockefeller y hacernos comer gallina cada vez que en casa se comía pollo. Me dije que Trifortis debía de ser de la misma calaña que el célebre magnate yanki. De las Gemelas se afirmaba que perseguían la guita de la forma que fuera, que vivían amargadas recordando su infancia de niñas ricas, mantenidas por una de sus abuelas (la viuda del célebre médico Pedro Massini), que acosaban a Profeta por su sabiduría absoluta en materias como el latín y el griego, la filosofía y la literatura y por su simpar ignorancia en las diez mil variadas formas de embolsar dinero, y lo acusaban de no entender al dinero, su significancia, su valor, su necesidad. ‘Mi marido’, había dicho una vez Angélica, según me contó Clarita, oído por sus propios oídos, ‘es la única persona del mundo que cree que es posible vivir, crecer, alimentarse y reproducirse y hasta morir sin más propiedad que el aire, que para colmo es público y gratuito’. ‘Como la escuela’, se atrevió a decir Clarita, a la que las Gemelas se lo consentían casi todo, hasta el hecho, increíble pero cierto, adivinable en su sonrisa, en sus gestos y ademanes, en las deliciosas y delicadas ojeras casi translúcidas que en ocasiones le subraya-

ban los ojos, de que intimara con su novio. Clarita, off course, se refería, al, mencionar la escuela, a las escuelas públicas, laicas y gratuitas, que ella, alumna del carísimo Sacré Coeur, que le financiaba su madrina, jamás había pisado. Su madrina, por cierto, Julieta Ortiz de Urbino Galcerán, divorciada tres veces y no maculada por hijos ni hijas, era uno de mis principales puntales entre la familia de Clarita y sus amistades más íntimas.

La casa de Trifortis era grande, de dos o tres plantas, aunque sólo se utilizaba aquella noche la más baja; alrededor, había variedad de macizos de flores desparramados sobre unos amplios taludes de césped en suave caída hacia el sendero por el que yo había llegado. Altos conos de luz iluminaban los taludes de césped, al igual que la escalinata de pizarra, de grandes escalones rectangulares, de color gris o negro, que ascendía entre ellos hacia el porche.

Dudé un momento, al pie de la escalinata, tiré y aplasté el pitillo que había encendido dos minutos antes y comencé a subir.

No vi timbre alguno en la puerta cancel, pero sí un pesado llamador de bronce; la madera de la puerta era lustrosa, oscura, noble; cedro o roble o nogal, supuse; caoba, acaso, o palo de rosa. Golpeé con el llamador dos veces; los golpes produjeron ecos en el interior de la casa, que llegaron hasta mí ahogados por la puerta, y un minuto después ésta se abrió.

Un impoluto mayordomo de gruesas patillas, corbata pajarita y edad indefinida la había abierto. Yo articulé un par de sílabas; traía memorizado un discursito explicatorio, pero, cuando se abrió la puerta, me di cuenta que me lo había olvidado. Con la mente en blanco, confuso y azarado, quizá ruborizado (siempre he tenido un indiscreto rubor fácil, *malgré moi*), tardé tres largos segundos en entender y obrar en consecuencia.

-Pase usted, señor.

El mayordomo (o el doméstico de la categoría que fuera: lacayo, camarero, valet, ¿*aid de chambre*?; ¿o éstos nunca salen del dormitorio y el vestidor?) se había echado a un lado para darme sitio a entrar.

-Gracias –atiné a decir, y entré.

Quería llegar sobrio y lo había conseguido. En aquel momento, empero, mientras seguía las espaldas del doméstico por un amplio corredor iluminado con lámparas de pared en ambos lados, hubiese pagado mi brazo derecho por poder beberme cuatro grappas al hilo.

Había, por lo menos, un medio centenar de personas en el inmenso salón de techo bajo, inclinado, al que el doméstico me condujo. En el amplio pasillo por el que habíamos desembocado en el salón, había borrosas pinturas colgadas, antiguas, que a mí me parecieron del tiempo de Rembrandt o Rubens o Canaletto; colores amortiguados por la pátina de los siglos sobre telas corroídas y agrietadas. En el salón, en cambio, había variedad de cuadros modernos, pintura abstracta: cubos, rombos, figuras amorfas, una especie de cardumen de protozarios azules y blancos con largos pedúnculos dirigidos en las más opuestas direcciones, y en lo alto una especie de mantarraya ocre que yo pensé que sería el óvulo infecundo. El cuadro que los mostraba, de grandes dimensiones, que supuse que se titularía ‘Fecundación en ciernes’ o algo por el estilo, estaba en una de las paredes de los lados, entre dos ventanas; concretamente en la pared más próxima a la puerta abierta hasta la que me condujo el fámulo, que, con una leve reverencia y un atisbo de sonrisa, allí me había dejado.

Nadie se fijó en mí, por lo demás, cuando entré. Alfombras de diferentes estilos, grosores, materiales y colores cubrían todo el suelo y, en muchos puntos, se solapaban o superponían.

Yo me sentía un intruso allí adentro, un impostor; me arrimé a un rincón para pasar lo más inadvertido que pudiera. Estaba inquieto y nervioso, con la

boca seca hasta el esófago. Sentía que la lengua se me adhería al paladar y temía tener saliva reseca, esa repulsiva película blanquecina, adherida a los labios; sabía que me ocurría cuando me sofocaba, cuando me cansaba de correr; cuando, en mi adolescencia, que ya entonces me parecía remotísima, jugaba al fútbol, de vez en cuando, de half derecho o puntero derecho, en el Relámpago Pocitos, ya me ocurría.

Vi a las Gemelas Massini y a la bellísima adolescente que estaba colocada entre las dos; una de ellas le pasaba una y otra vez una mano por la larga y rubia cabellera. Las Gemelas miraban, de manera claramente testimonial, como una declaración de sus sinónimas voluntades, por la misma ventana alargada a través de la cual yo las había visto antes de entrar. Miraban hacia nada; tenían ojos claros, de matiz verdoso, y el perfil nítido, patricio; todo en ellas, inclusive sus atuendos parecidos, de color apagado y corte vulgar, proclamaba generaciones de buena crianza, de buenas maneras, de buen tono. Inmóviles como estaban, aquello se transmitía, se transparentaba. Observé que mucha gente las miraba, de forma por lo general disimulada, y adiviné que muchos cuchicheos de rincón trataban de ellas. Las dos parecían decir, con su rígida actitud y su gesto hosco, si no hostil, que ellas estaban allí, mal de su grado, sólo presentes de cuerpo; que sus mentes y sus espíritus, seguramente idénticos, o el dual espíritu único y única mente doble que las gobernaban, estaban ausentes. No oían, no veían, no sabían, como los tres monos de la fábula. Creo que de todo aquel tumulto, las Gemelas eran las únicas personas que no tenían nada en las manos: ni vaso ni copa ni plato ni platillo ni siquiera un cigarrillo para fumar. Una de ellas seguía pasando su larga mano huesuda por la cabellera de la niña que estaba sentada entre las dos; la otra tenía las manos recogidas en el regazo, los aristocráticos dedos entrelazados; observé que, de vez en cuando, hacía girar los pulgares, ora en el sentido de las agujas del reloj, ora en sentido contrario.

La niña, en cambio, Helenita, la hermana de Chino, bebía no sé qué de un largo vaso tallado y de aspecto elegante, fino y caro. De tanto en tanto se lo llevaba a la boca y daba un sorbito, al que seguía una muequecita que expresaba un leve disgusto, como si la bebida le desagradara. Llegado un momento, ya que miraba, de manera algo tangencial, algo solapada, en todas las direcciones, la niña me vio, me miró, me sonrió. Yo la había visto antes, en diferentes ocasiones; una vez, hacía años, de pequeña, asida con las dos manos de la tosca mano de su hermano mayor, que la llevaba a alguna parte. Sus ojos, lo recordé, miraban hacia arriba, a la cara de su hermano, y expresaban adoración. Mucho después supe, por Clarita, que la niña había estado bajo tratamiento psiquiátrico desde los cuatro o cinco años hasta los doce, y que sólo se dejaba llevar a la consulta si la acompañaba su hermano Diego, llamado Chino. Había un hermano segundo, un año menor que Chino, al que llamaban Ferdy, que se había casado de muy joven, con menos de veinte años, y que hacia la fecha de mi relato (mitad del invierno de 1968) era padre de varios hijos. Un par de años antes, Ferdy Balcárcel, en pareja con Gabriel Vendrell, este último como delantero, había ganado el título mundial de xare; se había hablado bastante de aquel acontecimiento en los diarios, en las secciones de deportes; yo recordaba el titular de un artículo firmado por Roosevelt Páez: 'Las hazañas del hermano anónimo de Chino Balcárcel'.

Helenita, después de descubrirme en mi rincón, me dedicó una sonrisa que, de no haber sido ella una niña, yo hubiese calificado de casi lasciva. Me observó, con los ojos entrecerrados, por espacio de varios segundos; con un encogimiento de hombros, no obstante, se desentendió de mí. La vi ponerse de pie, avanzar indecisa, con un dedo entre los labios, y elegir cuidadosamente una copa de la bandeja que llevaba un camarero; dejó la que antes

había bebido en la bandeja y volvió a su sitio. Algo le dijo, en voz baja, una de las Gemelas.

-Ay, mami –la oí contestar-. Tiene poquísimo. Se llama Planter's Punch.

Algo más le dijo su madre. La niña pareció molesta; frunció la boquita.

-Diego me deja –dijo; palabra final.

Ni la madre ni su gemela dijeron más nada. Ambas tenían ahora las manos entrelazadas sobre el regazo y miraban afuera; por esa misma ventana yo ví titilar alguna tímida estrella de ocaso, una lucecita vacilante e indecisa entre gruesas rayas de nubes oscuras.

Rato después, cuando yo, por mi parte, ya había atrapado una copa panzuda, que contenía una buena cantidad de un cocktail indefinible aunque de sabor bastante fuerte, con cognac sin duda y gin o acaso vodka –tres mucamas, según calculé, y otros tantos lacayos las paseaban en bandejas, así como platos pequeños y medianos con diferentes canapés de aspecto rechoncho y otros irreconocibles entremeses, dulces y salados; todas ellas y también ellos se movían con habilidad y soltura en medio de la concurrencia: una de las mucamas era además muy bonita, y andaba con un grácil vaivén que era una delicia verlo-, la niña, Helenita Balcárcel, se incorporó de nuevo, con un movimiento, en esta ocasión, calculado, teatral, a la vez que sus ojos maliciosos me lanzaban una mirada sesgada. Observé que había muchos ojos fijados en ella, masculinos en su mayor parte, y que ella lo advertía, que a ella le gustaba. Era una chica espigada, con un busto generoso que tensaba el impoluto pullover blanco que llevaba puesto; calzaba tacones altos, de por los menos ocho centímetros, y cubrían sus largas piernas unas medias blancas hasta la rodilla, rematadas con borlas, y unas faldas de tela escocesa, una especie de kilt, sujeto por un enorme alfiler de gancho de color dorado a un flanco. Con pasos lentos y sin balancearse, alta la cabeza y rígido el largo cuello, se encaminó rectilínea hasta donde conversaban dos

veinteañeras. Pasó a un palmo de Marisa del Vayo, su prima carnal, sin mirarla ni detenerse. Marisa la siguió con la mirada y asomó un leve rictus de disgusto en sus bellas, gélidas facciones. Sus ojos, color ámbar o color trigo maduro, hipnotizadores, tornadizos, mudables, me encontraron entonces, y su cabeza se inclinó fugazmente a manera de saludo; también, creí advertir, de advertencia: ‘Hasta aquí nada más; *no tresspassing*’.

A todo aquello Vickie no estaba; tampoco Inés y Mariocha.

Más gente llegó después que yo; en cada ocasión el pesado llamador de bronce de la puerta cancel desparramaba ecos menguantes que llegaban apagados al gran salón. Yo cada vez me giraba a ver quien entraba, expectante y tenso y también un poco avergonzado; me preguntaba cómo recibiría Vickie, cuando llegara, mi presencia allí; me preocupaba también la idea de que Vickie no apareciera. Esto último se me hacía intolerable, insoportable y peor, a medida que el tiempo pasaba, el llamador llamaba, los ecos se repetían y gente que no era Vickie entraba en el salón.

Entre los que estaban presentes cuando llegué, yo había reconocido algunas caras, había intercambiado algún saludo a distancia. Estaban presentes Beto Damborena; Pedroyos con Leda Vancouver (él hundido en un sillón, de traje cruzado impecable y corbata, y ella en el brazo de aquél); el doctor Alberto Reinlein, que año y medio antes había sido el principal candidato a la Presidencia de la República por el Partido Blanco, perdedor (y que era el propietario de la estancia Santa María de Cololóes, la de mayor extensión de todo el país y sita en el lugar de los mejores pastos); Mariángeles Garderes, prima hermana de Mariocha; el pintor y vecino Carolo Duhalde con su mujer, Mema Salvatierra; otro vecino aún más notorio, el senador Villaamil, a quien acompañaba no su mujer sino su querida, la despampanante rubia teñida Nena Yánez; Fanfa del Vayo, un tío de Marisa, que fue el primero en

venir y darme la mano; Pepe dos Reis, un cuarentón alto, con fama de hombre apuesto, con el que yo me había cruzado en más de una ocasión, en el piso de Fanfa del Vayo, en el caserón de Archie del Vayo, en casa de Borreguito, en el Mercado del Puerto y en el Lyon d'Or, y sin duda en otros sitios; también él, después de intercambiar unas palabras con una mujer que sin duda venía en su compañía, se acercó a darme la mano.

-¿Te interesan estas cosas? –me preguntó- No lo hubiera imaginado –añadió; y acto seguido, con una sonrisa quizá de disculpa, pero que no disimulaba del todo un fondo de desdén-. Perdona; parece una impertinencia. Te aseguro que no fue mi intención.

-Da igual –le contesté-. Yo soy el primer sorprendido, pero aquí estoy.

-¿Has venido solo? –preguntó él-. A menudo te he visto con chicas bonitas; últimamente con una *muy* bonita –subrayó el superlativo-. Una hija, según creo, de un hermano de Buby Arostegui. Del médico, ¿no?

-Éramos novios.

-Éramos –repitió dos Reis-. Vaya qué pena, muchacho, una chica tan mona.

-Son cosas que pasan –dije.

Me sentía irrevocablemente tonto, incapaz de decir otra cosa que lugares comunes, perogrulladas; el tipo era simpático, de forma natural, aunque yo dudaba que supiera cómo me llamaba, quién era yo en realidad. Un tipo amable, que me había visto solo y se me había acercado. A los dos minutos, con una excusa murmurada, ininteligible, se apartó de mí.

Yumbo Trifortis, según creí, lo vi entonces, no podía ser otro que un hombre alto, de facciones fofas y pelo blanco enmarañado, que se paseaba con actitud de propietario por el gran salón, con una mano a la espalda y la otra con una copa, sin duda de cognac, que hacía girar lentamente, con una repetitiva rotación de la muñeca, de una forma casi hipnótica, en concreto para sí mismo, que cada tanto la miraba y parecía abismarse, zambullirse, hun-

dirse en ella, hasta que un ligero sorbetón, precedido de un minucioso olisqueo, lo devolvía al mundo circundante;

Yo recordaba haber visto a Trifortis en el Cuerno Chico y que me lo habían señalado y dicho quién era, pero, me pregunté, ¿era el mismo? El pelo, que yo recordaba marrón, con apenas unas pocas hebras blancas, se le había blanqueado por completo. Lo observaba, dubitante, cuando escuché una tosecita a mi lado.

-Tú eres amigo de mi hermano Diego –dijo una voz.

Era Helenita Balcárcel. Yo la miré, quizá con demasiado detenimiento, después de asentir. Era una nena bella en extremo, bella de verdad, con una especie de belleza de vitral medieval; a pesar de todo, de esa belleza suya, nítida y esencialmente femenina, la niña tenía un indudable parecido con la bestia de su hermano mayor. Tenía (Helenita) ojos sesgados, de color gris verdoso en su caso, y labios protuberantes, más una frente alta que los dos (Chino y ella) habían heredado de su padre, pensé. La nena parecía dispuesta, por lo menos, a flirtear, pero yo conocía ciertos antecedentes; sabía que Chino, una vez, no hacía mucho, se la había arrancado de los brazos a Mumo Fornassaro, en una reunión que había en casa de los Wolfer; que Chino había entrado en la casa (un apartamento más pequeño que grande en la esquina de Baltasar Hidalgo y Joaquín Zipitría) como un ciclón, que había agarrado a Loli Wolfer de un brazo y la había sacudido: ‘¿Dónde está mi hermana? ¿Cómo se te ocurre traerla a una de estas malditas orgías?’ ‘Pero Diego...’, había balbucido Loli. El tipo que bailaba con ella, que era, según algunos, Vieja Saldaña, según otros, Pirata Garay, se había medio quejado y Chino lo había apartado de un manotazo que lo había hecho caer contra un aparador lleno de vajilla. ‘Adiós a la cristalería de la abuela’, se lamentó Loli, ‘Podrías ser un poco menos bruto, Diego. Helena... ¿Dónde demonios?’ La muchacha (Loli) miró preocupada a su alrededor, asió a Diego de

una mano, le dijo ‘Ven.’, añadió: ‘No hagas más burradas, por favor. Sabes perfectamente que esto no son orgías’, y lo hizo atravesar detrás de ella un espeso cortinado carmesí que dividía en dos mitades el salón. ‘Allí la tienes; Mumo es inofensivo. Te lo aseguro, te lo juro; déjalo vivo, please. Es sólo un crío’. Mumo, que tenía agarrada a Helenita de una mano, siguió vivo, y sin el menor moretón o rasguño; se quedó estupefacto, en medio de parejas acarameladas que se mecían al ritmo de *Fever*, cantado por Presley. ‘¿Cómo viniste aquí sin decírmelo, Helena?’ ‘Ay, Diego; nos trajo Mónica; es sólo un baile’. ‘Que no te vuelva yo a ver en otro baile en tu vida, Helena, ¿me oyes?’ ‘Pues mi vida en ese caso será desesperadamente corta, Diego’. ‘No me amenes’ ‘No te amenazo a ti; sólo te anuncio que si nunca podré bailar, dentro de hmmm, Lilián cumple los quince el catorce, pues el quince me suicido. Al cumple de Lilián me dejarás ir, ¿no? Estarás tú’.

La niña era no sólo bella y atractiva; era sagaz. Se sabía la niña de los ojos de su famoso y peligroso hermano y le sacaba partido; también, y cómo, a sus ya múltiples encantos de niña púber crecida, de mujercita ya, de émulo llamativo, restallante como latigazos, de mujer.

-¿Eres mudo? ¿O tartamudo, como Diego?

-Ni lo uno ni lo otro, señorita Balcárcel.

-Me llamo Helena. ¿Tú?

-Miguel.

-Miguel, nacido de una higuera. ¿No tienes apellido?

-Bardaracci.

Yo estaba nervioso; de hecho, estaba hecho una especie de gelatina de nervios, sobre todo porque Marisa del Vayo nos observaba.

-¿Eres simpático? –me preguntó Helenita.

-Trato de serlo, al menos.

-No ahora, Miguel.

-Si quieres te cuento un chiste.

-Me aburren los chistes, y más los que los cuentan. Diego jamás cuenta un chiste. Es tartaja, ¿sabías? ¿Quieres que lo imite? P...Pu...EhpuesMi guelal goque quie rodecir te pppp quepor favor tengascui cuidado conmiher ma-naHele naSila tocastem mmmato.

-¿Eso me diría tu hermano?

-Temo que sí. Ay –la nena parpadeó repetidas veces-, mi vida es tan solitaria, con Diego. Y sin él es aún peor. Ésa que nos mira –Helena estaba de espaldas a Marisa; me pregunté si tendría ojos en la nuca o si ya lo habría dado por hecho, intuido o adivinado- es Marisa, mi prima. Se lo cuenta todo a Diego, de modo que mejor bye; no quiero meterte en líos. Eres muy apuesto, ¿sabes?

-Gracias, Helena. Jamás me olvidaré que me lo has dicho. Cuando sea un viejito todo desdentado, encogido y arrugado, al borde de la tumba, me acordaré que Helena Balcárcel me dijo una vez que era apuesto y moriré feliz.

-Yo sabía que podías ser divertido. Lo que pasa es que es difícil con la hermana de Chino Balcárcel, ¿no? Se meten en líos y lo saben y se apartan de mí como de la gripe asiática. Bye.

Helena se alejó, con su vistoso meneo, y Marisa se puso a mirar al mar, más allá de una enorme terraza entoldada.

Yo me quedé de nuevo solo. Pasaron varios minutos; los minutos más lentos de la historia del mundo, en mi modesta opinión. En todas partes había grupitos que hablaban y se reían. Yo estaba solo y Vickie ni siquiera estaba.

Yo me había agenciado un whisky con hielo, servido en un vaso alto, y al acercarme a un camarero para dejar mi vaso, ya demasiado aguachento, por otro de color más vivo, me topé, bandeja de por medio, con Celeste Morgan, llamada Celestina la Linda, que a los cuarenta acaso cumplidos, o poco

menos, lo conservaba todo: belleza, clase, atractivo, picardía, sensualidad, simpatía; en alguna ya remota ocasión yo había disfrutado del selecto honor de compartir su lecho; ella vivía entonces a solas con su hija Celeste, que tendría entonces doce o trece años, y, para subir un hombre (yo en mi caso, valga la redundancia) había que esperar que la niña se durmiera. Celestina entonces abría una ventana y se asomaba. Vivía en un modesto apartamento de la calle Gómez del Hoyo, a veinte metros de Cololó; yo alguna vez me paseé una hora larga, por la acera de enfrente, nervioso, ansioso, fumando un pitillo tras otro, a la espera de que la ventana se abriera. Las citas, conmigo y con otros, porque yo sabía bien claro que distaba de ser el único, eran siempre después de medianoche.

-Tú espera, cielo –decía Celestina-. La niña, una vez dormida, nunca se despierta, pero a veces tarda en dormirse. No te importa, ¿verdad? Y si te encuentras con alguien invéntate cualquier cosa, aunque en realidad no hay quisque que no sepa, en una milla a la redonda, que recibo hombres a menudo, por las noches. Un día se acabará, un día la nena crecerá lo bastante, saldrá, volverá a la hora que le apetezca, y yo odio los meublés y otros sitios semejantes; me hunden, me deprimen; ¿sabes que desde niña tengo tendencias suicidas? –la risa diáfana de Celestina, ya los dos en su lecho, regresaba aquella noche a mis oídos-. Es verdad. Tres veces traté de matarme. Cada vez que alguien me llevaba a un meublé llegaba un momento en que me daban ganas de matarme, de morir. Me sentía sucia, usada y tirada, como un condón viejo. Me odiaba a mí misma; hace años ya que no piso un meublé, y me espanta pensar que algún día, seguro, tendré que pisar uno. No puedo prescindir de los hombres, del macho que me monte, me cabalgue, me domine, me haga ser lo que no soy.

Ahora me miraba directo a los ojos.

-Miguel, niño bonito –me dijo.

Nos besamos en las mejillas; yo tenía un nudo en la garganta. Haría acaso unos tres años, cuando ya mis visitas al apartamento de su madre habían pasado a ser tan sólo un grato recuerdo, encontré a Celeste, aquella niña que dormía, Celeste Gómez, en una fiesta en casa de las hermanas Ungría, Sofía, Lía y Pía María; Celeste se había convertido en una preciosura tímida, que, según mis cálculos no podía tener más de dieciséis o diecisiete años. Yo sólo bailé con ella; bailamos primero separados, con mi palma cautelosamente colocada en su espalda; poco a poco, no obstante, nos aproximamos y terminamos, como decía aquella canción, cheek to cheek; al final le robé un beso, no entregado a desgana, aunque la niña se negó a repetir.

-Hoy no –me dijo.

Tres o cuatro días después Celestina me encontró en el bar Pando, uno que hacía esquina en el Boulevard y Marqués de Lecor. Yo estaba con otra gente y ella me dio un golpecito en un brazo.

-Quiero hablar contigo, Miguel –me dijo; exhibía una sonrisa.

Tenía una sonrisa deliciosa, con un fondo siempre de tristeza en los oscuros ojos. En aquella ocasión la sonrisa me pareció renuente. Me incorporé. Nos alejamos sólo unos pasos. Yo había telefoneado a Celeste dos días antes, y habíamos quedado en encontrarnos el sábado; yo la llevaría a alguna boite a bailar. Cuando Celestina me encontró era viernes.

-Miguel –me dijo-, eres un buen chico, y bastante atractivo. Te voy a dar un consejo: olvídate de mi hija.

-No tenía la menor intención...-dije yo, a modo de defensa.

Celestina no me dejó proseguir.

-Aunque tuvieras, cosa que dudo, la más angelical de las intenciones, Miguel. Olvídate de ella; la cita de mañana, llámala y anúlala. Hazme el favor.

-¿Puedo saber por qué?

-Le gustas, ¿sabes?, y es una chica impetuosa, como lo era yo a su edad. No quiero que se repita en ella lo que ha sido mi vida.

-Te he dicho que no tengo...

De nuevo me interrumpió, con una cierta acidez.

-Bien puede que ella sí tenga –me dijo-. Cancela esa cita; invéntate la excusa que te parezca pero cancelala. ¿Lo harás, Miguel?

-Lo haré.

Lo hice. Muy poco tiempo después empecé a salir con Clarita Arostegui, y, en el verano siguiente, Celeste Gómez fue proclamada Reina del Mar, el título de belleza que se otorgaba todos los años en el Club del Lago entre las jovencitas de buena familia que veraneaban en la región. Por lo general lo ganaban beldades porteñas; Celeste Gómez fue una de las raras ganadoras de fabricación nacional. Un año y pico después, a los dieciocho, acaso diecinueve, se casó, in extremis, nada menos que con Gabriel Vendrell. Por lo que yo sabía, aquella noche, en casa de Trifortis, Celeste había alumbrado un niño, y estaba preñada por segunda vez. Se lo pregunté a su madre.

-¿Celeste? –le dije- Espera otro niño, según tengo entendido.

-Soy abuela, sí –fue la respuesta sesgada de Celestina-. Y lo volveré a ser de aquí a un par de meses.

Gabriel Vendrell había sido uno de los amantes más conspicuos de Celestina.

Seguíamos hablando, Celestina la Linda y yo, de vaguedades, cuando una vez más resonó el llamador, y diez segundos después entraron Juanjo Morgan, el hermano mayor de Celestina, del brazo de su bellísima mujer, Bimba Lacaze, y detrás de esta pareja Inés Ayala, Mariocha Garderes y la última, con aire distraído, embutida en un grueso abrigo que le quedaba grande, Vickie Fornells.

Después de dejar su abrigo en manos de una doméstica y repartir algunos saludos e intercambiar algunos besos, Vickie me descubrió; enarcó una ceja y se me acercó.

-Disculpa, Celeste –le dijo a Celestina-. Necesito hablar con este tipo.

Celestina asintió, se encogió de hombros, me guiñó un ojo y me sopló, ya a tres o cuatro pasos de distancia, un beso.

Vickie me tenía asido del borde de una manga de mi chaqueta y me había obligado a alejarme con ella a otro lugar, junto a una amplia ventana francesa que daba a una segunda enorme terraza iluminada, entoldada, debajo de la cual sonaba el mar invisible, ahora embravecido por el viento. La brisa de hacía un rato amenazaba con tornarse en vendaval; el viento gemía afuera y, a lo lejos, había árboles aislados y árboles en hileras que se inclinaban todos en la misma dirección, doblegados al impulso de aquel viento. El cielo, por otra parte, se había limpiado, excepto en la franja del horizonte. La luna, invisible a través del ventanal, dibujaba, con su luz particular, con esa plateada paleta lunar de luna llena, las formas y siluetas de las cosas, y en lo alto brillaban estrellas, entre ellas, ahora, las Tres Marías; las descubrí cerca de uno de los ángulos superiores de la puerta ventana. Había otras Tres Marías, tres hermanas que vivían en Los Pocitos: las hermanas Sant'Angelo, que se llamaban entre sí Dessie, Pennie y Renun, por Desesperación, Penitencia y Renunciación, que eran los nombres que les habían puesto, precedidos los tres por María, sus padres. Cuando la gente se refería a ellas las llamaba la Mayor, la Mediana y la Menor, o la Primera, la Segunda y la Tercera. La Segunda, Pennie, había sido, a su vez, años atrás, la última Reina del Mar no argentina antes de Celeste Gómez; había un lapso de unos seis años entre una y otra.

La Mayor, Dessie, estaba en la reunión en casa de Trifortis, y en aquel momento, cuando Vickie me arrastró con ella, formaba un grupito con Loli

Wolfer, Layla Arrospide, Pepe Trueba y otros dos tipos que, por la pinta, los ademanes y las poses, debían de ser, me dije, porteños. Vickie me informaría, en su momento, que uno de ellos, Ignacio Petit Lacasa, era sobrino de Yumbo Trifortis y el presunto heredero del imperio de éste cuando éste se muriera o jubilara, ya que Tincho, su único hijo varón, no reunía las condiciones necesarias para encabezar los vastos y diversos intereses de su padre. ‘¿Te acuerdas de Tincho, pobrechucho, que se había acostado con Brigitte Bardot, Sophia Loren, Linda Lindsay y no sé cuántas más?’. Yo es claro que me acordaba; se lo dije así a Vickie, aunque me percaté de que no me escuchaba, de que ya Tincho había regresado a su diminuto lugar en la memoria o en el olvido.

-¿A qué has venido, Miguel? –fue la primera pregunta que Vickie me hizo

-A escuchar al profesor Balcárcel. ¿A qué hora es la charla?

-No tienen hora. El profesor habla cuando le viene en gana.

-¿Pero habla?

-Habla; lo ha hecho ya dos veces. Hablará hoy también. Lo hará cuando se sienta a gusto, cuando se encuentre cómodo, cuando haya bebido algunos whiskies, cuando la atención se haya centrado en él.

-Una especie de ególatra, a fin de cuentas.

-Mira quién habla, Miguel. Ay, tú, ¿tú acaso no lo eres? Te ofrecí venir en auto con nosotras y no quisiste. ¿Cómo has venido?

-En el ómnibus.

-Me dijiste que nunca habías estado en esta casa.

-Es la pura verdad.

-¿Cómo llegaste entonces?

-Ángeles me guiaron, ángel mío. Es un verso de no se quién. He estado leyendo mucha poesía últimamente, ¿no te lo he dicho?

-A lo largo de esa misteriosa reclusión, ¿eh? ¿A qué has venido? –repitió.

-Te lo acabo de decir.

-Y me has mentido. ¿Has venido por mí?

-¿Y si así fuera?

Vickie se distanció un paso y me miró a los ojos; después miró al suelo; entre los dos había el dibujo, entretejido con lana sobre una alfombrita ovalada, que parecía barata, de yute, de una ballena y un esquife ballenero, en el que se erguía, arpon en mano, el arponero.

-Queequeg –dije yo, que había visto la película.

-Queequeg era negro –rectificó Vickie, al tiempo que señalaba la cabeza del arponero con su elegante zapato puntiagudo-. Y jamás se hubiera encasquetado esa gorrita ridícula.

Me pareció que la recorría un estremecimiento o un escalofrío; me miró con una mirada vaga, desvaída. Susurró:

-¿Te acuerdas del final? Aquel ataúd, fabricado por Queequeg, que flota a la deriva y le salva la vida al único superviviente. He tenido una extraña sensación, Miguel.

-¿Extraña por qué? ¿Qué sensación?

-No sé. Hay algo que acecha, que vigila –de pronto su expresión cambió; había mirado a un costado y al volver a mirarme sonreía-. Creo que muy pronto va a empezar la charla –añadió.

Yo al Profeta, como le decían, lo había descubierto muy pronto. Estaba sentado en un profundo sillón, bien apartado de la enorme chimenea en la que ardían troncos simétricos, que un lacayo rebozado de hollín se encargaba de remover y recambiar, con diferentes utensilios y ayudado por una muchacha escuálida, que de vez en cuando tosía; se cubría la boca con la mano y emitía ahogadas, sofocadas tosecitas secas; miraba alrededor con unos ojos oscuros agrandados por el miedo. Aquella lastimosa cara me hizo saber, sin

el menor género de dudas, que el millonario Trifortis era un déspota doméstico, un remaldito canalla; como papá, me dije.

El Profeta sostenía un vaso de buen tamaño en una mano y un puro que humeaba en la otra; había una botella de whisky *Johnnie Walker*, etiqueta negra, junto a su codo, una cubitera y un sifón. El Profeta tenía los ojos entrecerrados y una vaga sonrisa delicuescente en los labios, bajo el tupido bigote. Tuve la fugaz sensación de verlo como a una de esas repetidas imágenes o estatuillas de budas sedentes, con un pie en el Nirvana; la vasta frente de pensador, la nariz fina y recta y ligeramente aquilina, los altos pómulos, la boca sensual mas o menos escondida bajo el bigote y el mentón firme, pequeño, redondeado y hendido, le daban al Profeta una apariencia noble, apacible, de hombre satisfecho consigo mismo y algo remoto, como un Sócrates distante, lacónico no locuaz. El pelo lo llevaba peinado hacia atrás y era abundante, de color oro sucio u oro viejo; le tapaba las orejas y le formaba una corta y tupida melena en la nuca; tenía cuello corto y las mejillas algo ablandadas, caídas. Era, pensé, un hombre maduro hermoso, algo metido en carnes quizá y de espaldas algo estrechas, aunque no con la estrechez mezquina que tenían las espaldas de Trifortis.

Yo al Profeta lo había visto otras veces, a lo largo de muchos años, y en una ocasión, que yo recordara, habíamos coincidido, por azar, a una mesa del Café del Jockey, en la esquina de Solalinde y Veinticinco de Mayo; nunca hasta entonces, no obstante, me había fijado en él. Sabía que era el padre de Chino Balcárcel, un profesor de literatura conocido, prestigioso, que a menudo hacía entrevistas por televisión. Yo recordaba que lo había visto, por el televisor de mi casa, entrevistar a De Gaulle, cuando estuvo en Nacimiento, y al gran Héctor Scarone. Alguien me había dicho, puede que la misma Clarita, que acudía con cierta frecuencia a su casa, que los Balcárcel descendían en línea directa del coronel Balcárcel, el de la calle homónima

paralela a Dieciocho de Julio; un militar de carrera que había sido Comandante General de la Campaña en la segunda mitad del siglo XIX. Yo, no obstante, en aquel encierro trimestral que padecí después de la ruptura con Clarita, y del que acababa ahora de emerger, como una polilla de su crisálida o una rana de su renacuajo, había leído mucho, había leído, para concretar, entre otras cosas, varios tomos del polígrafo S. Pir, que por lo general trataban de lo que él llamaba intrahistoria, o sea chismografía sobre los grandes nombres del pasado, y allí me había enterado de que el coronel Balcárcel, llamado Clodomiro, había muerto soltero, sin que se le conociera descendencia legítima, a los 38 años; lo habían matado a las puertas de un lenocinio en Villa Florida; al parecer, el coronel había intentado interferir en una riña de borrachos y había recibido una puñalada mortal destinada a otro. Pir dejaba entrever una conjuración orquestada por la oligarquía naciementina, a cuya cabeza figuraba la familia Castro, de la que descendían las Gemelas Massini, así cómo, de forma más tangencial, mi propia madre. Chino, según la más elemental deducción, debía descender de un hermano o bien de un primo, acaso un primo lejano, del coronel. Balcárceles había cuantiosos en La Puebla y alrededores, o sea en los actuales departamentos de Balcárcel y Haedo. La Puebla es la capital de Balcárcel; la hoy pequeña ciudad nació como una escueta toldería en donde el viejo Abimael Balcárcel, allá a finales del siglo XVIII, había asentado a su manceba, Yelena Korialidis, la llamada la Morisca, y a su gente; sus indios, sus mestizos, sus negros y sus guichones o guichoneses; entonces toda aquella región se conocía como la Guichonería y Abimael Balcárcel era su mandamás. Hoy aquella tierra ha quedado repartida entre Uruguay y el Brasil, y los guichones, como los indios, han desaparecido. Eran una raza mezcla de daneses, portugueses, indios y negros. Su historia (y su leyenda y su mitología) la desvela Pir en su libro **Los Guichón**, otro que también leí a lo largo de mi reclu-

sión. Todos sus libros (los de Pir), negligidos por los historiadores serios, por los historiógrafos oficiales, por los estudiosos de izquierda y los eruditos de derecha, procedían de una editorial de nombre La Aurora. Eran libros pesadotes, con un aspecto que no acuciaba a su lectura, de tapas verdinosas con los viejos cantos dorados revenidos en negruzcos, con algún destello solar según les diera la luz. Eran una veintena, que cayeron en la biblioteca de mi padre pagados a veinte guitas el kilo. Después he sabido que Pir publicó un total de treinta y nueve libros, entre ellos uno de poemas que nunca ví: **Terciopelos nacarados**. Su autor tenía 28 años cuando el libro se editó, en 1899, y nunca se reeditó, idéntico destino que sufrieron todos sus libros. Pir, nuestro gran escritor secreto, nació en 1870, fue amigo de Herrera y Reissig y conoció personalmente a Darío, a Quiroga y al argentino Lugones. También conoció a la triste, bella y furtiva Delmira Agustini, asesinada de cinco tiros a los 26 años; y a Juana Fernández, la bellísima Juana de América, Juana de Ibarborou, a la que el senador Villaamil le propiciaba cocaína en su reclusa y silenciosa vejez.

-¿Hueles el mar, Vickie?

-Estoy harta de este olor a mar; es un olor como putrefacto, como de moluscos muertos, como de cadáveres que flotarán. Huele así aquí, así en los Cuernos, así en todos lados.

-Estás de malas hoy, Vickie; espero que no sea por mi causa.

-¿Nunca viste ahogados?

-No; sólo en el cine.

-Una vez aparecieron unos ahogados en Esperanza.

-Aquella playita...

-La misma, Miguel, donde trataste una vez de besarme.

-Nos besamos; no sólo traté; lo conseguí.

Vickie sonrió y se le escapó una risita, que contuvo con la mano; me gustó ver que llevaba las uñas sin pintar, cortas y limpias.

-¿Qué edad teníamos? –preguntó- ¿Ocho?

-Más bien más.

-Yo diría que menos. Es igual. No sé si vi a aquellos ahogados o si fue lo que hablaban mis tías abuelas, las dos hermanas solteronas del padre de mamá, pero ahora es como si los viera; una muchacha joven, con el pelo muy rubio, atado en dos gruesas trenzas y vestida con una especie de camisón rosado y un hombre andrajoso, de barba espesa y mal cortada y el pelo largo y enredado; los dos flotan y las olitas los mecen para un lado y para el otro. La gente chilla y corre y se escucha una sirena que se acerca. Son las ambulancias. Mi tía abuela Matilde me tapa los ojos con la mano para que no mire y me dice ‘No mires Virginia, no mires esa cosa; qué cosa horrible, Santa Madre de Dios’. Su hermana Carlota se persigna repetidas veces y murmura supongo que oraciones. ¿Lo viví así? No lo sé. Entonces acaso no; ahora no obstante sí. Es curioso, Miguel, ¿no crees? Quizá tú con el tiempo te conviertas en un fantasma que yo no sabré si fue real o producto de mi imaginación. Hoy estás especialmente pálido, además, casi translúcido, ¿seguro que te sientes bien?

-Son estas luces claustrofóbicas –le dije-. Tú también pareces muy pálida. Las luces eran apliques distribuidos por el techo, con lámparas de potente luz blanca enfocadas en distintas direcciones. También había lámparas de pie, de pantalla, encendidas en rincones y contra un par de mesitas aisladas y una, con flecos en el ruedo de la pantalla, colocada, sin encender, a espaldas del Profeta. Vi que éste tenía un grueso libro en la mano y le pasaba las páginas, de forma distraída, con el pulgar.

-¿Te acuerdas, Miguel, que cuando niños nuestras familias vivían cerca, veraneaban cerca, y nosotros asistíamos al mismo colegio y a la misma clase?

-La clase de Chino Balcárcel. Así nos llaman ahora.

-¿Y qué? ¿No serán celos, Miguel? ¿No será envidia?

-Celos y envidia siento, pero no por eso. Chino te acarició, te poseyó.

-Muchas veces.

-Si te pidiera que fueras mi novia, Vickie, ¿qué me dirías?

-Mejor no me lo pidas nunca, Miguel.

-¿Qué me dirías?

-Sería un disparate.

Un tipo nos interrumpió. Hacía ya un rato que nos miraba, a Vickie especialmente. Era un hombre joven, de cabello rubio lacio y nariz larga, con un mentón huido, hundido, y pescuezo largo, por el que viajaba una aguzada manzana de Adán. Era alto y algo encorvado y vestía de manera muy elegante, con un pañuelo a listas en el bolsillo del traje gris con rayitas de varios tonos de azul; los zapatos de atar le relumbraban de betún. Agitaba nervioso un vaso que no probaba; que no probó en todo el rato que estuvo observándonos hasta que, con un cabezazo decidido, mientras sin duda se decía algo a sí mismo, se nos acercó.

-¿Cómo estás, Virginia? –preguntó; de súbito se inclinó, como un muñeco de resorte, y le plantó un beso a Vickie, húmedo y ruidoso, en una mejilla-. Estuve esperando que vinieras; hasta temí que no lo hicieras.

Me tendió a mí la mano.

-José Miguel –dijo.

Nos estrechamos las diestras.

-Miguel Ángel –dije yo, de mala gana.

-Miguel es un viejo amigo, Josemi –intervino Vickie-. Estamos hablando de cosas privadas, que no interesan a terceros. Lo siento.

La cara del tipo cambió de color; primero se puso muy pálida y después enrojeció; balbuceó algo y se alejó, confundido y acaso furioso.

-¿Quién es ese imbécil? –pregunté.

-No seas así, Miguel –me recriminó Vickie-. Es un buen chico.

-Porteño.

-Les tienes manía a los porteños, Miguel.

-Son pedantes, insufribles; hablan demasiado alto.

-No todos. Josemi es un chico cortés, bien educado, de exquisitos modales, y, como has oído, habla con voz normal; inclusive es demasiado tímido. Es un Nayalde, ¿sabes?; de los propietarios de Canal Veintidós, en Bi Ei, y de parte de Teledós en Nacimiento; son dueños de estancias y no sé cuántas cosas más. Yo lo conocía de vista hasta anoche; porque el chico estaba aquí anoche; me percaté de que me miraba; me miró largo rato y después se acercó. Me dijo que Anita Hayedo nos había presentado hace un par de veranos. Yo no lo recuerdo, pero puede ser verdad. En todo caso Josemi sabía mi nombre, quién era yo –esto último lo dijo con un tono más apagado, que me pareció que desvelaba una cierta tristeza-. Al final, cuando ya nos íbamos me preguntó si hoy volvería a verme aquí, se ofreció a llevarme en su auto y, cuando le dije que ya tenía quién me llevara, se ofreció a traerme esta noche. Me agradó, ¿sabes?; no es tan bien parecido como tú, por supuesto, pero es bastante atractivo; acaso es la timidez lo que le otorga cierto encanto.

-Timidez impostada –interrumpí-. Un Nayalde; esos tipos nunca son tímidos; los educan para ser capitanes de empresa, terratenientes, y, a los maricas, obispos; seguro que estudió en el Seminario de Córdoba, que produce curas y futuros magnates. Gente segura de sí misma; gritones, aunque hablen en susurros. Tímido soy yo.

-¿Tú? –Vickie parpadeó; yo le había pescado un vaso con whisky, según ella me lo había pedido; lo probó e hizo una muequecita-. Típico de un tío

como Trifortis. Lo vierten en botellas de Cutty Sark y Black and White, pero esto es labor nacional.

-No sé tanto de whiskies como tú, Vickie, pero no me extrañaría. Es lo que te decía. Son todos iguales. Y tú le haces ojitos a ese tal Josemi.

-Le dije bien claro que interrumpía una conversación privada, Miguel.

-Eso me pareció muy bien. Lo que me preocupa es lo que pasará después, cuando nos aparten; porque aunque yo estoy decidido a no separarme de ti en toda la noche sé que nos van a apartar, de un modo u otro; probablemente tú misma busques la forma de zafarte.

-Si te pones pesado no lo dudes; me zafaré.

-Para pegarte a Josemi. Un Nayalde. ¿Qué esperas? ¿Casarte con él?

Vickie hizo una muequecita

-Pobre Miguelito –dijo; su mano me tocó en una mejilla-. A pesar de su discreción, de su suave y delicada manera de aproximarse a mí y de su indudable timidez, porque es tímido de verdad, yo eso lo noto, Josemi sólo busca de mí lo mismo que tantos, que todos, lo mismo que tú mismo.

-¿Tú qué sabes lo que yo busco?

-Tengo fama de fácil, Miguel –dijo Vickie; apuró de un trago su vaso de whisky-. Qué porquería –sacudió la cabeza-. He bebido mil veces el pseudo whisky que se produce aquí e inclusive lo he disfrutado, porque siempre es mejor que una caña o una grappa o uno de esos cocktails que no se sabe qué son, pero aquí... Una, en estos sitios, no sabe ni lo que bebe.

-Para mí tú has sido hartos difícil, Vickie.

-Considéralo una distinción, Miguel, que te hago, una especie de mención honorífica, en aras de nuestra vieja amistad. ¿O es que tú prefieres acabar con ella?

-Lo uno no excluye lo otro, Vickie, creo yo.

-Ay, Miguel, que ingenuo eres. Te ciegan los instintos, como a todos los machos de la especie.

Vickie me cogió de la barbilla, me acercó la cara a la de ella y me acarició lentamente, con las yemas tibias de los dedos, un costado de la cara; con sus uñas cortas, cortadas al ras del pulpejo de los dedos, me rasqueteaba los hoyos de la barba, afeitada pocas horas antes, sus duras raíces; uñas y barba rasurada producían, combinadas, un sonido secreto, imperceptible a otros oídos que los míos, y acaso que los de Vickie; un sonido delicado, vibrante, armonioso, más íntimo que las propias caricias de los dedos.

-Eres un chico bonito, Miguel –dijo Vickie en voz baja, enronquecida, deliberadamente sensual-. Un chico muy bonito, Miguel. Por favor, no lo estropees todo.

Me había soltado. Yo no contesté nada; le agarré la mano, con la intención de no soltársela, de no dejar que se apartara de mí.

-Me aprietas, Miguel –se quejó Vickie-. Me duele. ¿No ves que llevo un anillo? Me lastimas.

Aflojé la presión de mis dedos, mas no la solté. No pienso soltarla nunca, me prometí, a sabiendas de que era una promesa pueril, gratuita, sin sentido. En diez segundos, menos quizá, Vickie se había zafado de mis dedos; no se había apartado, empero, de mi lado. No todavía, pensé; no de momento. Yo no quería que se apartara de mí nunca. No en aquel lugar, entre toda aquella gente. Si se me aleja la pierdo; si la pierdo de vista no la vuelvo a encontrar; si la encuentro seguro que la encontraré en brazos de otro; de ese relamido Nayalde, probablemente. Estas ideas y otras del mismo mal cariz me circuían los conductos cerebrales, me sofocaban el resuello, me producían calambres en el alma, si es que existe.

Vickie sonreía, junto a mí pero ajena, ajenada, con la vista tendida, fija, hacia el lugar donde se depositaba, cómodo y a pleno gusto, satisfecho de sí

mismo, con su whisky y su puro habano, el Profeta Balcárcel, el profesor, el charlista. Observé que muchos, al igual que Vickie, lo miraban en silencio, como si alguna corriente telepática les hubiera transmitido que había llegado el momento. Acaso se trataba, tan sólo, de que lo conocían; gente que sabía de sus gustos, del por qué de sus reacciones, de sus actitudes. Miré yo también, de lleno, unos instantes, al Profeta; me pareció que había adoptado una actitud ensoñecida, preludio de alguna cosa; ¿de su charla, quizá? ¿De algo distinto, algo inquietante, alguna evanescente belleza poética que él sentía, y que intentaría transmitir con palabras a sus expectantes oyentes in pectore? Tipos burdos y zafios como Trifortis, jovencitos ricos relamidos como Nayalde, gente como yo mismo, como quizá la propia Vickie y sus dos amigas, Inés y Mariocha, la gordita promiscua que Vickie me había ofrecido como tentadora mediación, regalo de treguas. ¿Qué podía captar de sutiles bellezas impalpables gente como ésta, como nosotros? Pensé que, de todo el abarrotado salón, sólo Marisa del Vayo y acaso Celestina serían, quizá, capaces, de atisbar las ensimismadas bellezas de la literatura, de la poesía.

Por otro lado, pensaba yo, ¿en tanto aprecio tenía Vickie mi amistad como para temer que ésta se malograra por la mera coincidencia de nuestros cuerpos desnudos en una misma cama?

Alguien, creo que Lautreamont, le montevidéen, (un autor al que por lo demás detesto, menos por sus aburridos maldorores que por haber sido la excusa, el pretexto, el punto de partida de esa zafia estafa artística conocida como surrealismo o superrealismo) dijo algo de que la poesía era el encuentro fortuito de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones. El azar, la frivolidad, lo banal. Me pregunté si el arte, a fin de cuentas, no sería otra cosa que la quintaesencia, el perfume último, el ámbar gris de la banalidad, de lo frívolo, de lo casual. Dante en el Infierno; Ulises

de vuelta en casa, decidido a asaetear a los vanos y ebrios pretendientes; Roland cuando se niega a hacer uso del olifante; Mr. Bloom ambulante por una Dublín onírica y, a la vez, más real y verdadera que la Dublín topográfica; Lucien de Rubempré, ingenuo, incauto y hermoso, sumergido en las tramposas fauces de París, donde morirá ahorcándose; la tonta y casquivana Emma Bovary, prisionera del amor carnal dentro de un carricoche que atraviesa a todo galope los adoquines parisinos, suicidada ella también; Anna Karenina, cónyuge infiel, que se deja arrollar por las ruedas metálicas de un ignominioso ferrocarril. Las escondidas bellezas de la poesía, me preguntaba, ¿están al alcance de cualquier ser mortal? A mí, valga reconocerlo, poquísimo me importaban, siempre que Vickie no se apartara de mi lado. Wilde dijo que el día más triste de su vida fue el de la muerte de Lucien de Rubempré. Esta hermosa declaración yo no la conocía entonces, en aquellos lejanos, y en el recuerdo casi dichosos, días de mi juventud. Hoy la recuerdo y la asocio, mediante sutiles hebras cuya naturaleza ignoro, con aquella fría y frívola noche en el Lomo, cuando el profesor Balcárcel nos habló de Moby Dick y nos leyó un pasaje de la insondable novela.

-Bueno, bien, profesor –una voz profunda, cavernosa, que destacaba entre las tosecitas graves, secas, y risitas ajenas, y el murmurio del fondo, en el que resonaba el infinito océano, me arrancó del limbo al que me habían transportado aquellas prometedoras caricias de Vickie, su cercanía, que yo sentía como un pequeño foco de calor y calidez que me bastaba estirar el brazo para tocarlo-. Ya está usted cómodo, a gusto, como en casa, ¿verdad? Era Trifortis el que hablaba: el tipo de pelo cano rebelde al que yo había creído identificar como quien era. Trifortis se había plantado, con las piernas separadas, a dos pasos del hondo sillón donde estaba sentado, en actitud, más que contemplativa, casi vegetativa, el profesor Balcárcel. El profe-

sor parpadeó, como si lo sacaran de un entresueño de siglos, se clavó el nudillo inferior del dedo índice, doblado, en el lagrimal de un ojo, y acto seguido protegió, con la mano, su boca, sus bigotes, el temblor de un bostezo que, a su vez, disimulaba una risa. Me pregunté en qué estaría pensando.

¿En Moby Dick? Difícilmente.

-¿Empezamos? –propuso Trifortis, cuyo vozarrón sonaba casi supliciente, pedigüeño, sin duda respetuoso- Yo personalmente –prosiguió, sin apenas solución de continuidad- confieso que ya me siento ansioso, y creo no hablar en vano si afirmo que a muchos concurrentes, si no a todos, les ocurre otro tanto.

-Ehmm, eJJemm –el profesor tosió, como para aclararse la garganta. Agarró la botella, marca *Johnnie Walker*, de la mesita que estaba a su derecha, y escanció un largo chorro indeciso, un prolongado y hesitante goteo, en realidad, dentro de su vaso; entorpecido por la bolilla que cerraba el gollete, el profesor sacudió varias veces la botella-. No sé cómo hace usted, señor Trifortis –dijo-, para entenderse con estos aparatos, que, desde mi punto de vista de degustador, sólo sirven de molestia.

-Sirven –dijo Trifortis, muy dueño de sí mismo, con una amplia sonrisa que exhibió en semicírculo- para evitar que se introduzca un licor de inferior calidad en las botellas que los llevan. En mi opinión, todos los buenos whiskies deberían llevar ese artilugio, así no se corre el riesgo de que nos engañen.

-Yo soy un pajuerano cualquiera, nacido en Villa del Salto, señor Trifortis –dijo el Profeta-; soy un humilde profesor de literatura cuyo salario, amén de algunas otras actividades con las que lo redondeo, no le alcanza para beber todos los días whiskies de categoría. De no ser por mis amigos que me invitan, temo que muy pocas veces los hubiera probado, y hoy por hoy no sabría distinguir un *Old Parr* auténtico de un *Seagram's* made in Belo Hori-

zonte o de nuestro renombrado whisky *Ancap*. No sé de cuál de ellos hemos bebido a lo largo de estas tres noches, duda que usted quizá pudiera aclararme, como también el sistema que emplea para burlar la vigilancia de estas incómodas bolillas giratorias. ¿Cómo se hace? ¿Se quitan y después se vuelven a poner? ¿O el secreto sólo lo conoce el encargado de su bodega? La sonrisa, de hermosos dientes blancos, postizos, se congeló en la cara de Trifortis.

-Este Profeta, siempre de broma –dijo un hombre grueso, con una gran melena atravesada por hebras plateadas y cara de rasgos toscos algo afofados, mandíbula agresiva y ojos pequeños y astutos, que fumaba un enorme puro habano; tenía acento de porteño arrabalero, que no se tomaba el trabajo de disfrazar. Se acercó al Profeta, después de abrirse camino con un par de codazos, y le dio varias sonoras palmadas en un hombro; desde donde estábamos, Vickie y yo advertimos que le guiñaba un ojo-. Mira si don Yumbo va a caer en semejantes macaneos –como si casi no lo hiciera, como si fuera acción de otro, el porteño del puro habano le dio dos palmadas al culo de la botella, que el Profeta aún sacudía, con el gollete hacia abajo, y un largo chorro dorado fluyó hacia el vaso- Impensable, ché Balcárcel.

-Inimaginable –dijo Pepe dos Reis.

El hombre grueso y de frondosa melena con hebras plateadas dio una honda calada a su habano y miró en torno, con una actitud casi desafiante; se fijó morosamente en Vickie y en otras dos o tres chicas atractivas que andaban por nuestras inmediaciones. Vickie me susurró, instantes después, que el tipo era Tape Bodegas, el productor argentino de televisión, que producía el largo programa ómnibus que emitían los domingos por la tarde en Canal Seis: *Mundorama*. El Profeta aparecía en el programa, y era medio socio de Bodegas. La tensión que habían disparado las palabras del Profeta se disipó. Trifortis sonreía, sacudía su turbulenta cabellera, decía ‘Menudas bromitas

se gasta el Profeta'. Parecía haberse creído palabra por palabra la brusca intromisión de Bodegas, pero yo tenía la desagradable e inquietante sensación de que el magnate argentino, en realidad, hervía de furia por dentro.

-Un punto por el Profeta –le susurré a Vickie.

-No es de los que se las callan –dijo Vickie-. Trifortis lo invita a su casa, le propone que dé unas charlitas de literatura por las noches, cursa invitaciones a cinco o seis personas que le interesa que asistan, como don Evaristo Tessirer, el senador Villamil o el doctor Reinlein, para que vean con sus propios ojos que es un hombre cultivado; los demás somos relleno. En fin, Trifortis trata al Profeta a cuerpo de rey, pero comete el error de servirle whisky barato en envases de whisky caro, con la idea de que un intelectual ni se percatará del detalle y que los demás se quedarán mudos. No sé si has observado que al senador, lo mismo que a Tessirer y a Juanucho Olaizola, y por supuesto al doctor Reinlein, que por lo demás bebe sólo agua, los atiende siempre ese camarero alto, de bigotes oscuros, que en realidad es una especie de guardaespaldas y matón de confianza de Trifortis; seguro que a ellos, Juanucho y los otros que te dije, se les sirve whisky de verdad; whisky escocés genuino –Vickie sacudió los cubitos de hielo de su vaso, con los que había llenado éste, alto y cilíndrico, hasta el mismo borde- Don Yumbo es una rata amarreta y codiciosa; un individuo horrible, con delirios de hombre sofisticado, de cosmopolita, de lector de poesía, de potentado afable, campechano y cultivado; un asco de tipo, Miguel, pero piénsatelo. ¿Somos acaso nosotros mejores? ¿Yo vine aquí sólo a escucharle al profesor su charla? No lo sé; no lo creo; prefiero no pensar. Yo, de Tessirer y Juanucho Olaizola, no sabía ni quiénes eran; yo no sabía, de hecho, hasta que Vickie me los mentó, ni que existieran. Vickie me los señaló.

-El gordo medio calvo es Olaizola, un argentino creo que bolsista, agente de bolsa, broker o como se les diga; un tipo muy rico, en todo caso, y con muchas influencias y contactos en Estados Unidos y Europa, que es lo que cuenta.

-Un hampón de guante blanco –dije.

-Como tu papá, pero a lo bestia –dijo Vickie.

-Tú tampoco te las callas, Vickie. ¿Y Tessirer?

-Es aquel flaco que está de pie con aquella morocha esquelética. Ella es Cinthia Esteller, una que fue modelo y actriz y que ahora es la mujer de Julián, el creo que menor de los Curzon. Es argentina. Tessirer es banquero, uno de los principales accionistas de no sé qué banco muy importante. Ese morocho buenmocísimo que está con ellos es Carlitos Díaz de Saavedra, que con todo ese apeshido terminó casado con Enriqueta Taggart, que es una flaca feísima, muy elegante, eso sí, que andaba por aquí –Vickie movió hacia un ángulo su firme y delicado mentoncito-. Allá está. Es hija de Eugenio Taggart y sobrina de otro Tessirer, un primo de éste que está aquí, que creo que se llama Emilio.

-¿No era Evaristo?

-Evaristo es éste. El otro es Emilio, su primo. Una hermana de Emilio fue la mujer de Eugenio Taggart.

-¿Fue?

-Se suicidó.

-¿Ella?

-El. Ella vive, viuda.

-Argentinos todos, por supuesto.

-Tessirer no es porteño, ni siquiera bonaerense. Es sanjuanino, creo. Era maestro.

-Parece que todos los sanjuaninos son maestros, o viceversa. Los maestros son el único, exclusivo, producto de exportación de esa remota y dichosa provincia argentina; una exportación muy selecta, eso sí, de lujo. Allá a los maestros los plantan, los riegan, los podan, los cruzan, los hibridan y en 30 años empiezan a producir. La pe con la a pa, la pe con la e pe.

-Pareces borracho o bobo.

-Ambas cosas, Vickie –reconocí-. Estás al tanto de todo, ricura –añadí, no sin una cierta, irritada, admiración-. Deberías publicar un hebdomadario ilustrado: *Chismes de la aristocracia y de la plutocracia*. O mejor poner una agencia de detectives.

-¿Quién te dice que no haya puesto ya una? –Vickie sonrió-. Hoy de nuevo falló Fran Imbellini, y también, me acabo de dar cuenta, don Alcides Goligork, que ayer y antes de ayer estuvo presente. Fran no. Fran sólo se apareció la primera noche, y se esfumó no bien terminó de hablar el profesor. ¿Y sabes quién la trajo?

-¿De la manita? –dije yo, tratando de imitar su tonito, entre cínico y burlón-. Chino Balcárcel. ¿Adiviné?

-¿La conoces? –preguntó Vickie, me pareció que algo sorprendida

-Sé quién es –contesté, algo molesto. ¿Qué tenía de raro que la conociera? –
¿Acaso te parece raro? –quise saber.

-No se da con hombres –dijo Vickie, algo confusa, sonrojada- Sólo con Diego. Era paralítica, ¿conoces la historia?

-He oído una versión; supongo que habrá docenas, y todas falsas, si se parecen a la que yo conozco. La nena tenía catorce años y había enfermado de polio a los seis. Chino un día le dijo ‘Levántate y camina’, y la niña se levantó y caminó. ¿No es así?

-Tú te burlas, es claro, y encima blasfemas. Eso que has dicho es una me-
mez, pero la verdad, que yo reconstruí de lo que me contaron diferentes per-

sonas, es aún más asombrosa que tu chabacana burla milagreira. Algún día, si te portas bien, te la contaré.

-No tengo la menor intención de portarme bien, si he captado el significado que tú le has dado a la frasecita; en cuanto a historias de hadas, no me interesan.

-¿Conoces a aquella mujer de la estola plateada? –preguntó Vickie; parecía ansiosa por cambiar de asunto y yo la dejé, le seguí el juego; mi finalidad no era que se sintiera molesta, ni conmigo ni con nadie; ni por mí ni por ningún otro. Mi finalidad era cogérmela, así de crudo.

-No, creo que no –contesté, dócil.

-Es Susana Merino, hija del viejo Arturo Merino, el de Navieras Reunidas, y mujer de Pirincho Taggart; los Taggart son socios de los Merino en las Navieras. Susana ha venido en representación de su papi y de su maridito, que han excusado su ausencia; y me imagino que no sólo a eso. Anoche la vi de largo secreteo con Pato Salvio, y supongo que se fueron juntos; y antes de ayer con nuestro antiguo condiscípulo Joselo Larralde. Hoy te ha lanzado a ti dos o tres miradas; me pareció que trataba de sopesarte, de calibrarte, de medir tu capacidad. Le gustan jóvenes y, según las lenguas, puede ser harto generosa. A Buby Brazzio, hace unos años, le regaló un Mercedes sport.

-Nunca he aprendido a conducir, Vickie. ¿Todavía tratas de librarte de mí?

-Y fíjate en la mujer que está recostada contra aquella columna –Vickie fingió no haberme oído; señalaba, con rápidos movimientos de la barbilla, a una dama recargada de joyas, cubierta hasta los ojos con un sutil velo color pajizo, de uñas nacaradas y afiladas que descansaban en sus brazos desnudos, cruzados sobre los senos; llevaba un vestido de aspecto carísimo, haute couture sin la menor duda, diseñado por St Laurent u otro de los célebres modistos franceses; era un vestido ajustado, ceñido de hecho a la piel, con

la falda cortada justo por encima de las perfectas rodillas y ribeteado en torno al cuello con unos pliegues de seda o satén, que le hacían en los lados a modo de gorguera prerrafaelita y que en el escote adelgazaban en una doble línea marfileña; la mujer, ya madura, era sin duda hermosa, una cosa turgente y al tiempo refinada; sus rasgos eran finos y parecían delicados, de la nariz, recta y pequeña, a los labios, carnosos y húmedos, entre los que asomaba, cada tanto, una morosa lengua puntiaguda que los recorría, que parecía retocarlos como un pincel; la barbilla, no obstante, ligeramente protuberante, aunque redondeada, revelaba obstinación, carácter duro, terquedad-. Se llama Bettina Neumann, ¿te suena?

-Son millonarios porteños, ¿no?

-Bettina es la única hija del doctor Juan Javier Neumann –explicitó Vickie-. Son judíos, por supuesto; pero él se casó, en su día, con Inocencia Ansúriz Martinicorena, la flor de la flor de la más rancia y renegrida aristocracia rioplatense. El doctor murió hará unos años, pero su viuda vive. Posee, entre otras cosas, setenta mil hectáreas de tierra aquí, en nuestra república, donde están los más grandes ingenios azucareros del país. ¿Recuerdas la marcha de los cañeros, de hace unos años, que hizo temblar de pavor a toda la burguesía nacimentina, de los pequeños tenderos y oficinistas a los estancieros absentistas y los banqueros? A papá, a tu mamá, ¿a ti?

-Yo era demasiado joven. Los veía por la tele. Me acuerdo de un tipo gigantesco que llevaba tatuados en el pecho la hoz y el martillo.

-Bettina es la única heredera de toda la fortuna de su madre, que es inmensa, incalculable. ¿Y sabes a qué ha venido? ¿Por qué está aquí? No por la charla del profesor Balcárcel, por cierto. Estuvo aquí ayer y antes de ayer y lo sé de la mejor fuente, porque me lo dijo ella misma. Viene hoy, y ha venido cada noche a esta casa por la posibilidad, Miguel, por la muy remota posibilidad de que Diego aparezca. No lo conoce; nunca se hablaron. Ella

lleva en su cuenta tres maridos y decenas de amantes. Ha visto a Diego por la tele y en sus dichosas fotonovelas. Las colecciona, ¿te imaginas? Todos los viernes manda a su criada a que le traiga el número semanal de Corazón Herido. Le prometí que, si Diego aparece, lo que, como ya te he dicho, es una posibilidad más que hartamente remota, se lo presentaré. Diego no vendrá; jamás se le ocurriría aguarle a su padre estas noches de gloria; si Diego aparece, es fatal que se convierta en el centro de atención, y papá se quedaría en un segundo plano; ingrato problema, ¿no?

-Creía que Chino y su padre se llevaban fatal.

-Se llevan mal –corrigió Vickie-. Al profesor nunca le ha gustado la clase de vida que lleva su hijo. El basket ball, las fotonovelas, el ostracismo judicial que padeció, lo que se habla de él. Diego no vendrá. ¿Quieres que te presente a Bettina a ti? Te habrás fijado que es la mar de atractiva.

-Hacer de sustituto no es lo mío, Vickie. Lo que tú quieres es librarte de mí. Contéstame, por favor. ¿Sí o no?

El comienzo de la charla del Profeta le dio apenas tiempo, a Vickie, de musitar: ‘Sí’

Al término, tres cuartos de hora después, más o menos, un par de segundos después de que el Profeta dijera. ‘Y creo que eso es todo’, tras un primer instante de absoluto silencio, admirativo y casi reverente, arreciaron los aplausos; yo mismo aplaudí con entusiasmo.

Acto seguido, con movimientos lentos, pausados, el Profeta extrajo del bolsillo de la solapa de su chaqueta unas gafas de lectura, pequeñas y alargadas, que se calzó en la punta de la nariz; se las sacó, las metió con ademán negligente en la cubitera y las sacó chorreantes; secó minuciosamente los cristales de las lentes con el reborde inferior de la pechera de su camisa, que después se remitió mal que peor bajo el cinturón; observó a través de una lente y después de la otra manteniendo las gafas a cierta distancia y con un

ojo cerrado, primero el derecho y después el izquierdo. Entonces pareció satisfecho, se las volvió a colocar y dijo:

-A modo de ilustración sobre el magnífico estilo y el soberbio manejo del tiempo dramático de Melville, voy a leerles, si a ustedes les parece bien, un fragmento del admirable capítulo titulado ‘Mr. Stubb mata una ballena’.

Abrió el libro que sostenía en el regazo, recorrió con un índice el índice de capítulos y lo volvió a abrir en la página que el índice le indicaba.

-Ehmm...eJJJhmmm –el Profeta tosió un poco, bebió un trago largo de su whisky, que en esta ocasión le había servido, sin duda a instancias de alguna seña de Trifortis, el camarero de poblado bigote negro; su voz, cuando empezó a leer, había cambiado; se había vuelto más densa, más resonante; ya no era la voz afable y algo disquisitiva del charlista, ni la didáctica del profesor, ni la zumbona y de acento entre frívolo y cínico del invitado; era una voz de otra clase; de una clase diferente, distinta, única; no, pienso yo, la de un lector que lee en voz alta, sino la de quien se sumerge y mimetiza en otra voz; en la voz ya lejana, desconocida, del hombre misterioso que había escrito aquellas líneas:

‘El día siguiente fue muy pesado y calmoso y, sin nada determinado que hacer, la tripulación del *Pequod* apenas podía oponerse a la somnolencia que producía un mar tan sin significación. Aquella parte del océano Pacífico por la que navegábamos en aquel momento no era, precisamente, lo que los balleneros llaman un terreno animado, es decir que en él hay menos posibilidades de atisbar marsopas, delfines, peces voladores y otros vivaces habitantes de aguas más movidas que las de la desembocadura del Río de la Plata o las de más allá de las costas del Perú. Estaba yo de guardia en el tope del trinquete y me balanceaba de forma indolente en aquella atmósfera, al parecer encantada. No había voluntad alguna capaz de resistirlo. Así, en esa suerte de aletargamiento, mi alma abandonó el cuerpo, aunque éste siguiera

balanceándose como lo haría un péndulo, mucho después de haber desaparecido el impulso que primitivamente lo moviera.

‘Antes de sucumbir a la total inconsciencia, había notado yo que los vigías del palo mayor y el de mesana estaban adormilados, de modo que, al fin, los tres nos balanceábamos allá arriba, sin vida, y a cada oscilación nuestra, abajo correspondía una cabezada del soñoliento timonel. También las olas daban cabezadas, con sus crestas indolentes, y por encima del gran espacio del mar, cabeceaba el Este hacia el Oeste, y el sol sobre todos.

‘Me pareció súbitamente que estallaban burbujas bajo mis párpados cerrados y mis manos se cerraron como garras sobre los obenques. Algún invisible y benévolo poder me salvó, y volvió a la vida con un estremecimiento. Entonces, ¡vaya!, a sotavento, a mucho menos de cuarenta brazas, flotaba un gigantesco cachalote, como el casco volcado de una fragata, resplandeciente al sol su dilatado lomo, de un brillante matiz etíope. Mientras ondulaba tranquilamente, en el gamellón del mar, y lanzaba de cuando en cuando, apaciblemente, su surtidor de vapor, la ballena semejaba un rollizo burgués fumando la pipa en una tarde calmosa. Aquella pipa, ¡ay!, fue la última para la pobre ballena. Como accionados por una varita mágica, el soñoliento buque y todos los durmientes marineros se despertaron a la vez, y más de una docena de voces surgieron desde todos los rincones del buque y al unísono, junto a las tres de lo alto, profiriendo el grito habitual, al ver cómo el enorme animal lanzaba al aire, lenta y acompasadamente, la centelleante agua salada.

‘-¡Afuera las balleneras! ¡Orzad! –gritó Ahab.

‘Y, de acuerdo con su propia orden, dio vuelta al timón.

~~CAPÍTULO 6~~

EL ENCUENTRO

Llegado al final de la página, el Profeta pasó a la siguiente. En ese instante, rompió el silencio una voz que dijo:

-Hay algo afuera –era Pepe dos Reis.

-Algo que nos escucha –añadió con un temblor Leda Vancouver.

Cuatro o cinco personas, Carolo Duhalde y Susana Merino entre ellas, se precipitaron a la gran terraza que daba sobre los roquedales y farallones de Espadañas. Al abrirse la puerta, mezclado con el viento que ululaba sombrío, se oyó un sonido diferente, como un sordo chapoteo.

-Hay una ballena allí –llegó la voz de Carolo-. Una ballena inmensa.

-Debe haber quedado varada –dijo una voz joven de mujer, que yo tardé un instante en identificar.

Era Vickie, que, sin que yo me percatara, se había escurrido de mi lado.

La gente salió en tropel, atropellándose unos a otros, a la terraza; en el marco de la doble puerta ventana, con ambas hojas abiertas, luchaban y empujaban cuerpos apelmazados; la blanca cabellera de Trifortis se movía arriba y abajo y hacia los costados de una forma que me hizo pensar, no sé por qué, en la cresta roja de Woody Woodpecker, el picamaderos de unos cartoons que me habían hecho pasar ratos deliciosos en mi niñez, cuando la Gorda Petronila nos llevaba al cine a Víctor Hugo y a mí. Nos llevaba a ver películas del cantor de tangos argentino Alberto Castillo, que nosotros detestábamos, pero ella detestaba a Woody, Bugs Bunny, al gato Tom y al ratón Jerry y ella nos llevaba, por la recíproca, cuando en algún cine pasaban festivales de cortos interpretados por ellos. Recordé a la Gorda Petronila,

una mujer gordísima, que había sido criada de nuestra familia muchísimos años, y a la que llamábamos, precisamente, la Ballena. ¿Por qué la cabellera blanca de Trifortis me condujo al Pájaro Loco y éste a Petronila mientras afuera acechaba una ballena? Los mecanismos de la memoria, depósito caótico del tiempo, la única herramienta que tenemos los humanos para creer que el tiempo existe, que el universo fluye, que uno nace, se reproduce, se alimenta, pierde los dientes y el cabello, orina, defeca, escribe versitos o elabora lápidas y al final decesa, me ha fascinado y aterrorizado desde mi, hoy sí ya lejanísima, niñez. ‘Time present and time past are both perhaps present in time future’; creo que los afamados versitos de Eliot son el consuelo de un ser nacido, es decir: un moribundo.

Fui el penúltimo en salir a la terraza. El Profeta me seguía a pocos pasos, con aire entre divertido y distraído; observé que todavía llevaba el pesado libro en una mano.

Oí a la gran bestia antes de verla; la olí también: olía a marisco pasado, a materia en descomposición; pero también emanaba otro olor del leviatán: un olor salobre y acre, fuerte, que hizo que muchos, mujeres sobre todo, lagrimearan y estornudaran; a mí me pareció el olor de la vida sucesiva de sí misma, el olor de lo eterno, lo inacabable, lo infinito, el olor del horror vacío y sin nombre que yo debí sentir cuando nací: el estruendo del mundo, de la galaxia, de los cúmulos incontables de galaxias, la música de las esferas.

-Es una yubarta –dijo una voz.

-Es un rorcual azul –dijo la voz educada de Juanjo Morgan.

-Es una ballena jorobada –dijo Celestina.

Vickie se había arrimado a mí, por la espalda; la sentí, la olí justo antes que me besara en el cuello.

-Ven –me dijo.

Me guió de la mano a un costado de la terraza, donde de la ballena apenas si se veía ahora la cola, que se elevaba y golpeaba violentamente hacia los lados; de un lado golpeaba agua, que levantaba en súbitas olas verticales y casi quietas, que subían y al instante se desmoronaban; del otro lado golpeaba contra las rocas, y a mí me pareció ver que salpicaba chorros de sangre.

-Es un cachalote –dijo Trifortis, que observaba subido en una silla, con unos binoculares.

Se había hecho el silencio entre la gente; sólo se escuchaba la pesada, jadeante respiración del leviatán, acaso una gran bestia agonizante, y el ruido que hacía su cola: chasquidos cuando golpeaba agua y un sonido blando y esponjoso cuando pegaba en la roca.

-Es como un milagro –dijo la mujer que estaba con Pepe dos Reis; su mujer, según me informó Vickie después-. Jamás, que se sepa, se había acercado una ballena a estas costas.

-A un lugar llamado Lomo de la Ballena –añadió la voz de otra mujer, que me pareció la de Inés Ayala.

-Se está lastimando –chilló Mariocha Garderes-. Está herida.

Entonces la ballena soltó un alto chorro de vapor espumarajeante, que esparció un olor nauseabundo.

-Las llaves –oí la voz de Carolo Duhalde-. Dámelas.

Había agarrado por un brazo a su mujer.

-¿Para qué...?

Carolo la sacudió, preso de una especie de frenesí.

-Dámelas –repitió.

-Están en mi bolso.

-¿Dónde está?

-Supongo que donde estaba yo sentada.

La elegante y aristocrática Mema Salvatierra exhaló un suspiro de alivio cuando su marido la soltó y empezó a friccionarse con la otra mano el brazo en el que Carolo había hecho presión.

-Es bastante bruto, a veces –nos dijo a Vickie y a mí, que éramos los que estábamos más cerca.

Acto seguido se giró y se metió en la casa.

Yo vi a Carolo correr por el jardín, salvar de un salto el seto vivo que lo limitaba y seguir a la carrera por su propio, diminuto jardín, hacia su casa, de la que se veían el techo a dos aguas y la chimenea; también se veía, más cerca, el espigado tótem indígena que, según las mientas, era obra de los nez-percé, de Iowa. Carolo lo había plantado allí, en su casa del Lomo, sobre la vertiente de Espadañas, y lo iluminaba un reflector de gran potencia colocado en el techo de la casa a tal efecto; la chimenea escondía el reflector, pero su potente haz de luz le daba al tótem una cualidad de solidez y aislamiento muy peculiar, envuelto como se hallaba por la negrura de la noche, diluida, en aquella concreta noche, por la argéntea luz lunar.

-¿Qué habrá ido a hacer Carolo? –preguntó Pepe dos Reis

-Seguro que quiere immortalizar este momento con su pincel –dijo Trifortis.

-No lo veo cargando con el caballete, la paleta, el aguarrás, los pinceles –dijo Mariángeles Garderes.

Yumbo Trifortis sin duda sabía quién era ella. Los Garderes eran acaso el apellido más representativo del Partido Blanco, y el abuelo de la chica había sido un longevo y respetado senador; su tío Chumbo, por lo demás, el inútil de la familia, el dandy, el borrachín, el mujeriego, gracias a una serie de decesos y carambolas, había llegado a Presidente del Consejo de Gobierno; o sea que, a lo largo de todo un año, había sido de hecho el Presidente de la República. El sistema de Consejo, formado por nueve miembros, había sido reemplazado, poco después, por el sistema presidencial, en abierta desobe-

diencia a la sabia opinión de don Pepe Caralt, el gran presidente colorado enemigo del presidencialismo que, al poner término a las endémicas guerras civiles y mediante una serie de leyes inteligentes, que abrieron el país a los inmigrantes y los estudios superiores a las mujeres, y que cimentaron la creación de la escasa industria estatal que poseía la república, le había cambiado a ésta la agreste faz de otrora por otra más amable y liberal. Don Pepe una vez había dicho: ‘Más le vale a un país que manden nueve tontos que un solo hombre sabio’; y en otra ocasión: ‘Prefiero que a nuestra juventud la eduquen putas francesas que no maestros gallegos’. Yo nunca fui colorado, tampoco blanco, pero siempre estuve de acuerdo con ambos preceptos. Trifortis, decía, se acercó a Mariángeles y le dijo, con timbre paternalista. -Seguramente el maestro Duhalde querrá trazar un boceto para crear, a partir de éste, uno de esos cuadros suyos de gran tamaño. -Retrato de Lady Ballena –dijo Vickie, con voz tenue, en mi oído-. Carolo se lo venderá luego a alguna millonaria yanki o alemana como si fuera un retrato de ella, simbólico. -A una millonaria flaca –dije yo. Dudaba, por lo demás, que Carolo supiera dibujar una ballena; sus cuadros, por lo menos, algunos gigantescos, no pasaban de ser un amontonamiento de colores chorreteados o apelmazados sobre la tela; o tirados a baldazos. -Yo no colgaría un cuadro de Carolo en mi cuarto ni aunque me pagaran encima –le dije a Vickie-. Apuesto que esos espermatozoides flotantes que habrás visto en el salón los pintó él. -Es un Miró –se escandalizó Vickie-. Mira si serás bestia, Miguel. -¿Quién es Miró? -Es casi tan famoso como el propio Picasso –dijo Vickie, serio el semblante-, y no me preguntes quién es Picasso porque entonces te diré que estás remedando a quien sabemos y la cosa acaba aquí.

-Sé cuando me mandan una indirecta, Vickie –dije yo; me costaba respirar; lo veía cerca, la sentía a ella al lado, la podía tocar, la toqué: de hecho le rocé el largo cuello con el dorso de una mano-. ¿O sea que no toda mi esperanza está marchita, Vickie? ¿Oigo las campanitas que suenan por doquier?

-Detesto que me canturreen tangos en el oído.

-No es un tango. Son versitos. Los acabo de inventar yo.

-Es claro –contestó Vickie, con sorna-. Tú, Gardel y Pascual Contursi.

-No es de Contursi –la corregí-. Es de Cadícamo.

-Moby Dick acudió a la cita –dijo una voz, no sé de quién.

La ballena no se iba, apenas si se movía; cada equis minutos todo su inmenso cuerpo temblaba, y de su boca salía un ronco sonido que parecía un lamento.

-Está encallada –sollozó Celestina-. Morirá allí.

-Qué peste –dijo Bea Font d’Ouro, que estaba asida del codo de su flamante novio: Raúl Blengio, llamado Loncha-. ¿Te imaginas? Ciento cincuenta toneladas de carroña –se giró a medias para mirar a Trifortis y le sonrió-, delante de su puerta como quien dice, señor Trifortis.

-Yumbo para ti –dijo él, con voz melosa.

Carolo entró en la terraza a la carrera, jadeante.

-Abran cancha –gritó-. Abran paso. Guambiabajo.

Se lanzó sobre la gente que miraba, amontonada contra el barandal de la terraza, y se hizo camino a empujones y codazos. La gente se apartó a los lados. Carolo llevaba en la mano un objeto cúbico, negro; se lo llevó a la cara y lo accionó con varios sucesivos clics, muy suaves.

-Este tipo está loco –dijo Susana Merino, que estaba envuelta en su estola plateada y sujetaba por las puntas de los dedos una mano de Carlitos Liñán-. Sacar fotos con esta luz.

-Es una cámara especial, señora Taggart –dijo Carolo, al tiempo que se volvía, con su esplendorosa sonrisa, que tantos mamarrachos enmarcados le había permitido vender y hacer colgar en museos; era sin duda un hombre apuesto, atractivo, comprador, con gancho, con acaso esa cualidad indiscernible que los griegos llamaron *charismas*, carisma-. La usan en el ejército israelí, para hacer fotografías nocturnas.

Yo recordé que el Profeta, en su charla, había hablado mucho del Mal; había dicho, entre otras cosas, que Moby Dick, la ballena blanca, era un emisario del averno que venía a la tierra, al mar, en concreto, para llevarse con ella a un vástago del mal, que no era otro que el capitán Ahab. Recordé que había dicho que **Moby Dick** era, en cierta medida, al menos, una revisión del viejo mito de Fausto. Yo entonces no había leído la novela, y muchas de las inferencias del profesor Balcárcel se me escaparon, no las entendí. Años después, ya leída **Moby Dick**, las recordé.

‘**Moby Dick**, bajo forma de novela’, nos había dicho el profesor, ‘es una epopeya moderna, la epopeya de un continente nacido ayer, como quien dice, al menos para la raza de blancos que lo ocupó y conquistó. La acción de **Moby Dick** se mueve en los albores del tiempo, como ocurre en la **Odisea** y, en buena medida, en la **Chanson de Roland**, los tres libros que hemos comentado en estos días, merced a la amabilidad y la buena disposición de nuestro anfitrión, el señor Trifortis. **Moby Dick**, en concreto, es la lucha del Mal contra el Mal. Si Satanás es el Mal, cosa con la que no hay por qué estar del todo de acuerdo, Moby Dick, la ballena blanca, es un enviado del Mal; en cuanto al capitán Ahab, sus obras hablan por él. No le importa sacrificar a una tripulación entera con tal de vengarse de la diabólica bestia que se le comió una pierna. La Bestia, de hecho, lo llama al mar, le tiende una gran trampa, que es el mismo ilimitado mar, y allí, a ojos de otros, antes de destruir por completo al *Pequod*, lleva sobre su lomo el cuerpo de Ahab,

quien, ya muriéndose, hunde una y otra vez su arpón en Moby Dick, hasta que el último hálito escapa de su boca'. No son palabras textuales, claro está. Yo, allí en la terraza, me acordé de la lucha del Mal con el Mal, y sentí que la bestia quizá agonizante que estaba a nuestros pies, entre los roquedales, era un ente maligno, una supuración del infierno, que había venido a buscar a ¿quién? Trifortis, me pareció, estaba asustado; acaso suponía, me dije, no sin razón, que esta enorme cosa había venido a tragárselo a él.

Vickie, que se había pegado a mí, apoyada de flanco en el barandal, se giró sobre sus talones y se hizo a un lado la melena para que yo la besara en el cuello; con las manos ávidas y sudadas de ansiedad le apreté los senos y empujé mi miembro erecto, dolorido de deseo, contra sus glúteos.

Supe que, en su momento, mientras Vickie y yo nos besábamos y acariciábamos, en el rincón más alejado, contra la pared de la casa, la bestia se había sumergido y desaparecido. Yo escuché un Ohhhh generalizado; escuché una voz femenina que dijo: 'Se fue'; escuché a Celestina que pronunció, con acento tembloroso: 'Pobrecita; seguro que era un cachorro'.

-No se dice cachorro, princesa. Son ballenatos.

Aquella voz me arrancó de mi presa, de mi ensueño. Era la de Chino; Chino estaba allí, ¿desde cuándo? Yo deseé con todas mis fuerzas que Vickie no lo hubiera oído, aunque sabía que era imposible, que tenía que haberlo oído igual que lo había oído yo. Imploré porque Chino no se hubiese fijado en nosotros y agarré con más fuerza a Vickie, le apreté las dos manos en la espalda, una cerca de la nuca, otra en el borde del trasero, porque temí que si se apartaba de mí se acercaría a Chino y yo la perdería.

No ocurrió lo que temía.

Cuando el resto de la gente ya había entrado, cuando ya nadie excepto nosotros quedaba en la terraza y un mucamo había cerrado la puerta ventana;

cuando lo vimos cerrarla, Vickie tironeó de mí, llamó con los nudillos en el cristal y fue Chino en persona quien nos abrió.

-¿Con que esconditos, eh? –me guiñó un ojo

Al rato Vickie y yo nos fuimos, sin despedirnos. Ella se había apartado de mí unos minutos; la vi llamar a Carlitos Liñán y hablar con él; vi que le pasaba una mano por una clavícula, que se le acercaba mucho, hasta casi rozarlo; observé que Susana Merino parecía impaciente y peor todavía, furiosa. Tableteaba con la punta de un zapato sobre el alfombrado suelo y tenía cruzados los brazos; después empezó a dar pasitos nerviosos, y por fin se relajó, dejó caer los brazos y alivió a las alfombras de los aguzados tacones de sus zapatos, que clavaba furibunda al ir y venir, en cuanto Vickie y Carlitos se separaron. Yo también me sentí mejor. Vickie se acercó a mí y, escondiéndolo en la palma, sacudió un llavero, que traía enganchado en el pulgar. -Mejor tener un auto, para ir a donde tú digas –eran, sin duda, las llaves del auto de Carlitos.

-No sé manejar, Vickie.

-Yo sí.

EPÍLOGO

1)

Poco después me hice una novia, Carmencita Callejer. Con Vickie nos veíamos de manera esporádica, para irnos a un meublé.

-Eres mejor amante de lo que me suponía, Miguel –me dijo Vickie una vez.

-¿Mejor que Chino Balcárcel? –quise saber.

-No me gusta hacer comparaciones, Miguel. En realidad, dentro de lo poco que cabe diferenciar en esta materia, tú y él son bien distintos.

-Porque nunca lo he visto copular con una mujer. Caso de haberlo visto lo copiaría, ¿no?

-Hay algo que no le podrías copiar, cariño; y no es que quiera ofenderte.

-¿De qué hablas?

-La de Diego mide unos treinta centímetros, por lo menos.

-Dicen que el tamaño importa poco, que es una obsesión estúpida que tenemos los machos.

-Los machos tienen, en efecto, una obsesión estúpida, pero, ¿de dónde has sacado que el tamaño no importa? ¿Te lo decía Clarita?

-No seas abyecta y maligna, Vickie. Se los escuché decir a muchas. Recuerdo, además, en concreto, una novela de Graciela Ingold, que se titula **Ya lo sabía**. ¿La has leído?

-No –la escueta negativa de Vickie me llevó a suponer que no simpatizaba con la escritora.

Yo removí en la herida.

-Es muy amiga de Chino, según tengo entendido. Y no es nada fea. ¿Qué edad le echas?

-Unos treinta y muchos –dijo Vickie-. Quizá cuarenta.

-Tenía treinta y dos en 1965, cuando publicó la novela que te cité, o sea que ahora tendrá treinta y cinco, como mucho. Es buena escritora. Dicen que es la mejor novelista de la República. Y escribe también poemas, parece que muy buenos.

-Es una profesora -¡con qué desdén lo pronunciaste, Vickie!-. Da clases de literatura en los liceos; ni siquiera en los Preparatorios.

-¿Y eso qué? ¿Le tienes rabia, celos, algo, envidia?

-Es una de tantas viejas que persiguen a Diego.

-Yo no la llamaría vieja, Vickie. Nos saca diez años; poco más. Y se conserva muy bien; y está muy buena.

Vickie estaba apoyada en un codo, sobre la cama, y tenía la cabeza, apoyada a su vez en la mano, girada a medias hacia mí. Desechó todos mis argumentos con un desdeñoso encogimiento de hombros, se dejó caer boca arriba contra la almohada y me urgió.

-Algo querías decirme de esa novela, supongo. Ve al grano, *please*.

-Como tú digas, Vickie -le contesté-. En esa novela hay un personaje femenino que tiene dos amantes, uno de ellos bendecido con una pija enorme y el otro condenado a desnudar un aparatejo de 12 centímetros en erección. El personaje, la mujer, la protagonista, no recuerdo su nombre, le dice al micropene que lo importante, para la mujer, es la intensidad, la gradación de la intensidad amorosa; empezar suavemente y terminar en un éxtasis convulsivo de pasión, o algo así, cuando uno pierde todo dominio sobre sí mismo.

-La intensidad, sí, es cierto; también lo gradual. No creo que haya mujer que disfrute si de entrada van y la penetran. Pero el tamaño, Miguel... Tú tienes un buen tamaño, no tienes que preocuparte.

-Nunca me había preocupado hasta que leí esa novela.

-¿Y entonces empezaste a preocuparte? ¿Por qué?

-Porque pensé que al lado de la pija colosal de su amante superdotado, que la protagonista describe con complacida minuciosidad, lo mío era una minucia, valga la redundancia, de morondanga.

-La tuya mide 20 o 22 centímetros, Miguel, quizá algo más. Está muy bien, Miguel, te lo aseguro –Vickie me sonreía, pálida y bella, con la melenita corta revuelta contra la almohada; su sonrisa, empero, era apagada, con un fondo triste que me apenó-. Ahora bien, Miguel –añadió-, si un hombre tiene más de 30 centímetros, una cosa gruesa, además, es claro que el tamaño importa. Puede ser algo bestial, inenarrable; quiero decir que una tortillera como Graciela Ingold jamás lo podría narrar.

-¿Seguro que es tortillera?

-Seguro. Me acosté yo con ella una vez o dos.

-¿Y tú eres tortillera, Vickie?

-¿Bromeas?

-¿Por qué entonces tiene que serlo la Ingold? ¿Estaban solas?

-Una vez sí.

-¿Y la otra?

-Estaba Diego con nosotras.

-Y algo te fastidió de ese *ménage a trois*, Vickie, lo apostaría. ¿Qué fue?

-Fue hace mucho; yo no tenía ni dieciocho años. Diego sodomizó a Graciela, y a ella le gustó. ¡Dios si le gustó! Gritaba la muy cerda y me pedía que le mordiera el clítoris. A mí aquello me daba paúra; Diego lo había intentado conmigo un par de veces pero por suerte no es de los que presionan, porque a mí de pensarlo me daban temblores de miedo.

-Un miedo superado, Vickie.

-Y se lo debo a Graciela; eso me fastidia. La detesto, la odio, la mataría.

Vickie se reía sola, con la vista en el techo declinante del bungalow donde estábamos.

-Pide que nos suban más de beber –me dijo.

Desnuda, vuelta ahora hacia mí después de haber pateado la sábana al suelo, Vickie me sonreía como si viera en mí un lejano recuerdo. Me tomó una mano y se la puso sobre uno de sus generosos senos.

-Anda, llama y pide que nos suban más -susurró.

A Vickie le encantaba que la lamieran; que yo se lo hiciera, por lo menos. Se quedaba quietecita y uno podía moverla como a un paquete para un sitio y para otro y colocarla en la postura que uno quisiera sin que ella pusiera la menor traba. Yo la lamía metódicamente desde el tendón de Aquiles a detrás de una oreja y viceversa, y ella no decía nada; con la boca cerrada, a lo sumo, producía un leve canturreo, y sólo en ocasiones se le escapaba algún leve, breve gemido. Después, lamida entera, se convertía en la nena más sumisa, que no me negaba nada.

No obstante, nuestras citas, de esporádicas se hicieron punto menos que aleatorias, sumidas en el gris caudal de la vulnerable casualidad, hasta que un día, indeterminado, se terminaron. El proceso se había degradado, paulatinamente, según me temo, por mi insistencia en que nos hiciéramos novios formales, a la vista de todos.

-Tú ya tienes novia, Miguel.

-Pero eres tú a la que quiero.

-Te creo, y tú te lo crees, pero te engañas, Miguel. Fuimos amigos; éramos tan buenos amigos, Miguel.

-Parece que lamentaras estar aquí conmigo.

-Siempre lo he lamentado, desde la noche de la ballena. Sin embargo fui yo la que tomó la decisión, aquella noche. ¿Sabes por qué, Miguel? Porque sentí que nuestra vieja amistad se había acabado. Por lo demás, yo no estoy enamorada de ti.

-Lo acepto; no me importa. Espero que, con el tiempo, rectifiques y me seas recíproca.

-Qué bien hablas cuando quieres, Miguel.

-Te hablo con el cuore en la mano, Vickie.

-Ya tenía que salir el tano –Vickie se rió y me contagió, y los dos, estúpida-mente, nos revolcábamos en la cama, atorados de risa, abrazados; Vickie dijo, entre jadeos-. Un día me matarás, Miguel, cielo.

-De modo que te niegas a ser mi novia.

-Soy una chica fácil, Miguel; en cada esquina nos cruzaríamos con un tipo que me ha tenido. Te las das de canchero y tolerante conmigo porque soy yo, que ya voy de vuelta de todas esas cosas, pero imagínate que yo fuera Clarita; o para el caso Carmencita. ¿Te gustaría?

-Carmencita, dicho sea entre tú y yo, no llegó virgen a mis brazos, que se diga.

-Carmencita tiene intacta su reputación, Miguel, que al fin y al cabo es lo que más importa; yo, por desgracia, me he dado cuenta muy tarde, cuando ya no tengo opciones.

-¿Hay otros, Vickie?

-¿Qué otros?

-¿Te has acostado con otros, desde la memorable noche de la ballena?

-¿Te importaría?

-Contéstame primero.

-Sí.

No añadió nada. Tenía en la mano una copa de pie largo, con vino blanco frío; lo bebía a diminutos sorbitos. Yo bebía añeja El Espinar, porque grappa no vendían, supongo que por considerarla poco digna de un meublé de alta categoría como era aquél: *Il Dolce Far*. Era un meublé que habían

abierto poco tiempo antes; tenía habitaciones con una salita a la entrada y bungalows individuales, con nevera y unas potentes, magníficas duchas. Competía en elegancia, por llamarla de algún modo, con *La Ville Lumière*, el *Villa Bellver* y el *Montrosé*. La diferencia estribaba en que, al ser nuevo, en *Il Dolce Far* los techos no tenían manchas de humedad ni moho, las camas se sostenían firmes sobre sus patas y los elásticos no chirriaban; lo atendían, por lo demás, sonrientes señoritas de delantalcito corto y medias negras caladas sobre zapatos de aguja, y no un pardo aburrido que le miraba el culo sin disimulo a la chica que fuera con uno y esperaba la propina con la ostensible mano abierta. No tardaría, de todos modos, también aquel lujoso meublé, en caer por la pendiente de la ruina sin remedio, como dicen en algún tango.

‘Sí’; la corta y contundente afirmación de Vickie, que en realidad sólo confirmaba mis inconfesos temores, por no decir mi dolorosa certidumbre, repercutió en mi cabeza como un gong.

-¿Te sientes dolido, traicionado, humillado, Miguel? ¿Qué?

-Me siento todo eso y mucho más. ¿Quién?

-No Diego. ¿Te tranquiliza?

-¿Pedroyos?

-Tampoco. No sé por qué le tienes tanta manía a Pedroyos, que es un encanto, un tipo simpatiquísimo, un amor.

-¿Tú estuviste alguna vez en su casa?

-Ni siquiera sé dónde vive. Sé que está casado con una hermana de Viviana Nithard, la mujer de Pepe dos Reis, y que tienen varios hijos, pero no tengo idea de dónde paran.

-Paran en una quinta del Lomo de la Ballena, no muy lejos, según calculo, de la mansión de Yumbo Trifortis, aunque del lado que da a la serranía –le informé-. Yo fui una vez, con Carlitos Wolfer, y no volvería ni a tiros. Pe-

droyos estaba elegantísimo, aunque vestido de entrecasa, digamos, cuando nos recibió. Había un agujero en el techo, de una vez que Pedroyos, borracho, se había dormido frente a la chimenea. Me entraron ganas de orinar y fui al cuarto de baño. ¿Para qué? Había un alto de mierda hasta mis rodillas, y ni taza de water, sino un cagadero de los que tienes que hacerlo puesto de pie, en cuclillas. De los cinco niños tres son niñas, todas rubias, lindísimas. De no ser por los hermanos McKenna, supongo que los conoces, los budistas, los cinco hijos de Pedroyos y la madre de los niños pasarían hambre, se hubieran muerto de hambre. Charlie, al irnos, me contó que una vez, el mayor de los varones, que creo que se llama Pedro, como el padre, se hizo un tajo en una pierna con una lata herrumbrenta; la herida se había infectado. Sigfrido del Vayo y él, Charlie Wolfer, lo llevaron en auto al Hospital del Este, donde el médico que lo atendió, al niño, ya lo conocía. Le quitó importancia a la herida, a la infección; le puso sulfatiazol y unas venditas y listo. Les dijo, a Charlie y Sigfrido, que Pedrito, si así se llama, al igual que sus hermanos y hermanas, ya estaban inmunizados frente a cualquier peste, dada la forma en que vivían. La madre, una mujercita pecosa, más bien insignificante, me daba rabia y lástima; me percaté de que miraba a su marido con una especie de veneración, y que lo trataba con respeto y cautela, quizá con miedo. Pedroyos baja a Nacimiento con trajes a medida que le corta Spartani, con corbatas de seda italiana y mocasines que le fabrican a mano, para él, en Nathan Smith, pero sus hijos no comen. ¿Y de dónde saca la guitarra?

-Eso lo sé. De Leda. Leda es como yo; no tiene ya reputación que perder, pero es más lista que yo, porque se enamoró de un hombre que estaba a su alcance y a los demás, si quieren, que abran el billetero. ¿Por qué no? Está enamorada de Pedroyos y él se enredará con mil, pero al final vuelve a ella.

Lo que me has contado de su mujer y sus hijos no lo sabía; sabía que existían, nada más.

-¿Viviana es la mujer que estaba con Pepe dos Reis la noche de la ballena?

-Es su mujer, Miguel.

-¿La que estaba con él?

-Sí –Vickie rió-. Pareces duro de mollera, Miguel.

-Una hermosa mujer –dije yo-. Su hermana no se le parece en nada.

-En las pecas; Viviana tiene pecas. Cacho Nithard también; y Malena Armand de Gèlin. Debe ser una característica hugonote, ¿no?

-¿Son hugonotes? ¿Malena es hugonote? ¿Qué dices?

-Sus antepasados eran suizos hugonotes; suizos franceses. ¿Quién te crees que fundó Colonia Suiza, Ginebra del Sur, Nueva Helvecia y todas esas ciudades donde fabrican relojes, hacen chocolate y hasta han fundado dos bancos?

Esto lo hablamos cuando aún nos veíamos con una incierta frecuencia. Yo ya había dejado de importunarla con lo del noviazgo; yo sabía, en el fondo más insondable y vergonzante de mí, que lo del noviazgo no era más que pura compadrada. Lo de los otros, no obstante, me laceró; me lastimó más de lo que había imaginado.

-Ni Chino ni Pedroyos –dije-. En fin; algo es algo. ¿Y Gabriel?

-¿Gabriel Vendrell? Pueees –Vickie se estiraba el labio inferior con dos dedos, en postura meditativa-, pues tampoco.

-Te costó recordarlo, Vickie. ¿Cuántos son?

-¿Desde la noche de la ballena? Tú eres el primero, el más cercano a mi corazón, y quizá también el mejor. Los demás no cuentan, excepto –vacilante, Vickie me pidió con la mano que le sirviera más vino; lo hice.

-¿Excepto?

-Excepto, acaso, otro.

-¿Quién?

-Mejor no te lo digo, Miguel.

-¿Quién? –repetí.

Ella se mantuvo callada, con los labios apretados y el entrecejo fruncido.

Entonces sospeché, intuí, adiviné, supe.

-No –le dije.

-Me temo que sí. Es inferior a ti en todo, y si me dejé llevar por él a la cama fue, pues, por curiosidad; quería saber qué había encontrado Clarita en él después de romper con un chico como tú. No encontré nada: fatuidad, cierta mezquindad a la vez, una nuez que traiciona su inseguridad, un escroto desdénable, una inteligencia mediocre; un montón de huesos y una piel basta, seborreica, con unos ojos, eso sí, bastante bonitos, y bonitas pestañas también.

-Eso sí que fue traición, Vickie.

-No, no, Miguel, no seas pánfilo. Fue simple curiosidad, ya te lo he dicho.

-No deberías ser tan exageradamente curiosa, Vickie.

2)

En el ínterin me había noviado, como ya he anticipado, con Carmencita Callejer.

Carmencita era una chica lindísima, encantadora. Yo la conocía de algún tiempo atrás, la había tratado un poco. Una noche fuimos en grupo a *Dro Ndab Bo*, la boite que habían abierto, en los bajos del Club de Golf, con acceso directo por la calle Doctor Costa, Mingo Fornassaro y Gitano Reyes, se decía que en sociedad con Chino Balcárcel y Gabriel Vendrell, que aportaban clientela foránea, o lo que es lo mismo minitas porteñas, que eran un imán irresistible para varios centenares de tiburones de la calaña de Negro Fein, Nené Casadevall, Robby Bunyan, Pancho Vargas, Tano Galvani y demás gente por el estilo: algo de guita, buena planta, fama de mujeriegos y

pose de dandies; algunos se hacían llamar playboys, o los llamaban playboys, quizá la definición más ñoña, tonta y supina que ha producido aquel ya extinto, estúpido, vicioso y cruel siglo XX. Nosotros, nuestro grupo, en el que estaban Sabio Ayala, Pruden Jauregui, Marilú Zambrano, Ágatha Reynal, que aún no había roto con Sabio, Babi Ungría, su prima Lía Ungría, Manen Saavedra, que a mí me gustaba una barbaridad, aunque ella estaba enredada con Polo Fietzel, también integrante del grupo, y Jorgelina Salvio y puede que alguien más, no formábamos parte para nada de ese otro tinglado; pero efectivamente aquella noche en *Dro Ndab Bo*, que según Mingo Fornassaro quería decir ‘Por fin hemos conseguido vernos junto al baobab por la noche’ en hotentote o bosquimano, había seis o siete chiquilinas evidéntísimamente porteñas y medio millar de tipos que las asediaban, Negro y Nené entre ellos. Yo no los había visto desde la noche de la ballena y me acerqué a preguntarles quién había ganado el auto.

-¿Qué auto? –me preguntó Nené.

-El de la apuesta.

-¿Qué apuesta? –me interpeló Negro Fein.

-Lo de la mina de los Farolitos, que Nené se iba a levantar gratis.

-Tú también hablas en hotentote, Miguel –dijo Nené.

Yo no me lo podía creer, pero lo cierto era que no se acordaban; no se acordaban para nada, de casi nada. Negro se acordaba vagamente de haber tenido otro agarrón con Sabio, ‘tú bien sabes por qué’, puntualizó, en referencia a Ágatha Reynal y su discutida virginidad. Nené no se acordaba de nada; sí de que habíamos ido en su ranchera a la casa de su hermana y de una porción de detalles y datos que a mí no me interesaban para nada. De la noche de la ballena, cuando ellos cuatro se habían marchado juntos (Nené y Negro con Pruden y Sabio Ayala) a los Farolitos, no se acordaban, ni el uno ni el otro, como si aquella noche concreta jamás hubiera existido.

‘Creo que una noche jugamos al poker’, dijo Negro, con gesto reflexivo.

‘¿Tú venías con nosotros?’, me preguntó Nené, como si no se acordara,

‘¿Estabas tú en casa de Renée? ¿No estarás confundido?’

Yo por cierto no había vuelto; le había telefoneado a Sabio para que me dejara mi ropa en casa, cuando volvieran a Nacimiento, al día siguiente a la noche de la ballena. Yo entonces estaba en Melgarejo, con Vickie, hacia la atardecida, a punto de tomarnos el ómnibus a la capital con los ocho pesos que sobraban de mis cien más dos o tres que Vickie tenía y que nos alcanzaban al ras para pagarnos el trayecto, que hicimos asidos, por cierto, de la mano, hasta que Vickie se adormeció en uno de mis hombros. Yo en aquel momento la amaba como no lo he vuelto a sentir; como no lo había sentido jamás; fue un rato, tan sólo, pero en ese rato sentí a Vickie mía como mis propios brazos y mi aliento. Pasó en cuanto Vickie se sacudió la modorra y preguntó, con voz de sueño: ‘¿Falta mucho?’

En *Dro Ndab Bo*, se nos sumaron, a nuestro grupo, antes de entrar, puesto que coincidimos en la puerta, cerca de ésta, en realidad, ya que nos topamos en la calle, en la esquina de Doctor Costa y Boulevard Artigas, para concretar, otras dos parejas, que en realidad no eran tales, sino dos muchachos y otras tantas muchachas que, a su vez, se habían encontrado por el camino, ellas mientras bajaban por el Boulevard, andando, y ellos cuando acababan de atravesar, también a pie, el laberinto de senderos retorcidos, arbustos bajos y charcos súbitos del bosquecillo del Parque Rey Pedro, del otro lado del Boulevard. Ellos eran Rudy Vidiella y Sapo Sayarido, y ellas Carmuchy Garay, el sueño inalcanzable de Pruden Jauregui, y Carmencita Callejer, una íntima de Carmuchy a quien, según me había dejado caer Pruden, una noche, un tiempo antes, ‘Le gustas mucho tú’.

Pruden era un gran muchacho, pero con las minas le costaba un triunfo robarles un beso; su timidez, su cuerpo doblado y de tórax sumido, su rostro

anodino, le pesaban más que a Sísifo la piedra. No era, empero, envidioso, ni se las daba de nada. No era, quizá, tan amigo mío como Sabio, pero era, acaso, mejor que Sabio como persona; lo doblegaba, como ya he dicho, su timidez congénita, y, también, cierta especie de pesadez ambiental que en ocasiones causaba su mera aparición, con aquella cara alargada y el cuello doblado, mechones de pelo pajizo sobre las orejas y aire de pedirle perdón al aire, al mundo, a cada quisque y can, a todo; por todo y por nada.

-Me dijo Carmuchy –Pruden siempre jadeaba y salivaba un poco al pronunciar este apodo- que le gustas, Miguel, a Carmencita; que Carmencita se lo confesó.

Las Cármenes, sí, amigas inseparables; se sabía. Hasta yo lo sabía. Eran íntimas, y sin embargo bien distintas. Carmuchy era la más bella de las dos, sin duda, y una de las chicas más bellas, probablemente, de toda Nacimientito, de su burguesía al menos, en cerrada competencia con Layla Arrospide, Solange Rigaud, María la Segunda, Marisa del Vayo y unas pocas más, dentro de mis más cercanas coetáneas. Carmencita, por su parte, con ser sin duda bien bonita, no era una chica bella como su amiga; tenía encanto, buena figura, era agradable de mirar y su sonrisa era cálida siempre, espontánea. Ésa era la impresión que daba. Carmuchy, por lo contrario, respiraba hielo, gelidez; no se le conocían noviazgos, amoríos, enredos, nada. Chino Balcárcel, era vox populi, le parecía un rematado imbécil, y Gabriel Vendrell la copia en sepia de un imbécil; una opinión, dicho sea, que no le ganaba muchas simpatías entre las demás nenas de su condición y clase. Marisa del Vayo, literalmente, la odiaba. De mí supongo que Carmuchy no opinaba nada; quizá para ella yo no existiera siquiera. Me saludaba y, si por un casual sus ojos se cruzaban con los míos, aunque las miradas se mantuvieran por algún instante, ojos sobre ojos, ella en realidad no me miraba; no miraba a nadie, por lo menos no a nadie de sexo varón (salvo, supongo, su papá y su

hermano Pirata). Pruden moría por ella, y, como era un caballero, y, como era inofensivo, y, como era más insignificante aún que el resto de la población viril de la ciudad, Carmuchy a veces condescendía a salir a bailar un rato con él. Al final, ¿por qué no decirlo?, lo imposible ocurre: Pruden y Carmuchy se ennoviaron, se prometieron, se casaron, tuvieron hijos, se separaron, pleitearon, se divorciaron; fueron, en suma, felices.

Qué bien, ¿no? ¿Y yo?

Yo bailé aquella noche con Carmencita; a los pocos días le telefoneé y nos volvimos a ver; a los dos o tres meses, de un modo algo críptico, porque fue una especie de mudo consentimiento o quizá de mutuo malentendido, éramos novios formales cara al mundo. Una tarde la llevé a casa, a que mamá la conociera. Ocurrió que papá se asomó al salón a la inesperada hora del té, y se la presentó. Papá tenía sus rarezas, entre otras la de, frente a una dama, sentirse un condestable de Castilla o un lord inglés; les asía delicadamente las puntas de la diestra y se las subía a la boca mientras él se doblaba por la cintura; detenía el movimiento a dos milímetros de su boca, pero sus mostachos, invariablemente, largos y crenchados, rascaban la piel de la homenajead.

-El bigote de tu papá pica –me dijo después Carmencita, en voz baja.

Al otro día me habló del anillo.

-Aquel anillo tan lindo que lucía Clarita Arostegui cuando era tu novia, ¿qué pasó? Ella ya no lo lleva; me fijé. Saqué la conclusión de que era un regalo tuyo y que te lo devolvió. ¿A mí no me lo vas a poner?

-Me lo devolvió, en efecto –confesé- y esa noche misma se me perdió; nunca lo encontré.

Carmencita, que un segundo antes sonreía, se entrompó.

-Es la pura verdad, Carmencita.

-La verdad es que no me lo quieres dar, que no me consideras digna.

-Si tanto te importa te compro uno.

Los ojos le brillaron a Carmencita; ¿de amor?, ¿de codicia?, ¿de vanidad? De una mezcla, quise siempre creer, de esas tres hondas pasiones, tan contrarias en apariencia y en esencia tan iguales.

-¿Con un brillante auténtico como aquél, rodeado de brillantitos?

-¿Era auténtico?

-¿No lo era?

-No lo sé.

-¿Cómo que no lo sabes? Lo tienes –Carmencita subrayó, recalcó el verbo- que saber.

-La verdad, Carmencita –dije yo- es que se lo compré a un tipo que me vendió la boleta de empeño.

-¿Te vendió qué?

-Por cincuenta pesos –proseguí yo-, que era lo que le habían dado a él por el anillo. Cincuenta más cincuenta y tres o cuatro de costas; eso me costó el anillo. Si el brillante era auténtico es algo que no sé.

-¿Cien pesos un brillante como aquél? Tú estás loco. ¿De verdad lo perdiste o no me lo quieres dar? Dímelos; sé franco. Soy tu novia, ¿no? Y tu querida –gimoteó-. Ay de mí; estas cosas me pasan por enamorarme; por creer en el amor.

-Bueno, Carmencita, no te pongas así –dije yo; cuando quería, mentía con soltura, cabe que con brillantez-. Puede que lo haya tirado al mar. Cuando Clarita me dejó fui y me emborraché, y no me acuerdo bien de lo que hice. Lo que es la pura verdad, te doy mi palabra, es que el anillo desapareció. No existe más; y si existe lo tienen manos que desconozco. Si quieres te compro uno con un topacio.

-¿De oro?

-No hay topacios de oro, me temo.

-El anillo, tontín –me dijo Carmencita, con una dulce sonrisa y un delicado mohín; su cuerpecito, largo y grácil, tembloroso en su desnudez, se acercó poco a poco al mío-. Bésame, amor –me pidió.

El topacio, por cierto, colmó sus ambiciones; tan codiciosa no era, debí reconocer. Un topacio, de todos modos, estaba muy por encima de mis muy limitados medios, de modo que tendría que recurrir a mamá.

Papá, dicho sea, a pesar de su inicial galantería, no estaba muy satisfecho con mi cambio de novia; una Callejer, aún en el caso dudoso de que fuera auténtica, le parecía una propina de avaro en comparación con una Arostegui Puig de Vère legitimada, con su sello de fábrica y su timbre de origen. El padre de Carmencita, un tal Alfredo Callejer, que trabajaba de algo con corbata en el Puerto, afirmaba ser descendiente directo de Décimo Callejer, el caudillo blanco que encabezó la revolución del 68 y que murió fusilado en Barranca del Añel. El tipo, inclusive, le había puesto Luis Décimo a su hijo mayor, al que la gente llamaba Rey Francés. Fuera o no fuera verdadera esta filiación, a papá lo traía sin cuidado.

-Al fin y al cabo, a ver, ¿quién era Décimo Callejer? –se preguntaba; me preguntaba; preguntaba, con una afilada mirada en sus hundidos ojillos de rata-. Era un gaucho bruto del que nadie se acordaría si no lo hubieran fusilado.

-Hay una calle con su nombre, papá; y es bien larga, sabrás.

-Los Callejer da igual –intervino mi hermana Laura Inés-. No son ni nunca serán de la gente que figura, papá.

3)

Laura Inés, pocos meses antes, había empezado a verse con Joaquín de Sancti Spirito Arrospide, llamado Quincho, que descendía, él sin dudas, aunque de forma tangencial y algo solapada, del barón de Nemes y del prín-

cipe de Mauá, y, según él, también del celeberrimo Archiduque de Aquitania do Sul, el mariscal Zenzio Meirelhes do Carmo a Bragança. Su familia (la de Quincho), abolengo al margen, sí que era de las que figuraban, aunque por no tener no tenían ni donde enterrar el cadáver del bisabuelo, cuya momia, se decía, o cuyos huesos, o el polvo de sus huesos, conservaban en un desván de una casa deshabitada de Los Sayagos o de Oficial Tercero; cerca, en todo caso, del Manicomio, sito en la avenida Millán veinticinco quince, al que iban a parar, desde hacía tres o cuatro generaciones, repetidos y sucesivos miembros de su alta estirpe. Él mismo terminaría loco, un loco manso, no encerrable, convencido de ser la reencarnación de Genghis Khan y el amor imposible de la reina de Inglaterra. Tenía un hermano que era profesor de guitarra y una hermana, mona sin duda, Chabela, que enseñaba gimnasia.

Laura Inés, valga anotarlo brevemente, para no dejar inconclusa su historia, se casó tres veces. La primera, impune a la oposición paterna, con una especie de dandy argentino, llamado César Antonio Guádix, del que se separó al poco tiempo, con un hijo, y divorció en su debido momento. Su segundo marido fue argentino también, un disc jockey, que se la llevó con él a Buenos Ayres y le hizo una hija. Se llamaba Mario Prieto del Amor, y se murió de un síncope en una fiesta de hombres solos. Cuando fueron los forenses a levantar su cadáver lo encontraron desnudo, púdicamente cubiertas sus partes con una toallita blanca.

-¿Y cómo, dime tú, le digo yo a Baby que su padre era maricón? –me lloriqueaba después mi hermana.

-¿Para qué se lo quieres decir?

-Mira si se entera ella por su cuenta. Qué horror –Laura Inés se tapó la cara con las manos.

Había roto con su padre, su familia se había arruinado, tenía dos hijos pequeños a su cargo y, para colmo, se enteraba, después de muerto él, que su último marido era homosexual.

-¿Nunca notaste nada, ni el menor gestito?

-Tenía rarezas, Miguel –reconoció Laura Inés-. Soy una cándida, una estúpida. Cualquiera otra, supongo, se hubiera dado cuenta.

-Yo me di cuenta cuando me lo presentaste.

Ella abrió tamaños ojos, sacudió incrédula la cabeza.

-¿Por qué no me avisaste?

-Di por hecho que lo sabías, Laurita.

-¿Pensabas que yo...? ¿Suponías que tu hermana sería capaz...? –Laura Inés ahogó un sollozo; era una chica muy temperamental. La vida de divertidas piruetas de la juventud se le había convertido en una cosa monstruosa.

Estaba todavía en Buenos Ayres, a cargo de sus dos hijos, y se ganaba la vida como azafata de rifas, empleada por una empresa probablemente de timadores, que organizaba rifas a la puerta de los estadios de fútbol y otros lugares por el estilo y las hacía vender por muchachas atractivas, de suscinto y prieto ropaje. Yo convencí a mi hermana para que se volviera a Nacimiento, que ahuecara su orgullo agraviado y lamiera heridas con nuestro padre.

-Papá está viejo y te echa de menos, Laurita; lloriquea cada vez que oye tu nombre.

-¿Y encima cargar conmigo? Si estamos arruinados. ¿Qué voy a hacer allí?

-Arruinados no del todo, Laurita. Algo se hará.

Laura Inés se introdujo, así, en la enseñanza. Empezó como maestra en el Memorial, donde la recibieron como a la ex discípula frívola y desobediente que había sido: con abrazos y besos de sus antiguas maestras y un cierto respeto inicial de las nuevas. Le pagaban un sueldito del tres al cuarto, que

mis hermanos mayores se encargaban de redondearle. En mitad de la treintena Laura Inés se casó por vez tercera, en este caso con Pebete Croxle, un jugador mediocre de Biarritz en la era gloriosa de Chino Balcárcel. La unión duró un abril y medio mayo, pero a Laura Inés le quedó un cierto beneficio: de llamarla Mrs Prieto sus alumnos pasaron a llamarla Mrs Croxle, un apellido nacimentino si no muy brillante antiguo, por lo menos. Hoy por hoy, a los cincuenta y tantos, Laurita es directora del afamado British Institute; la única vez que estuvimos en Nacimiento desde que me fui, en el 76, Clarita y yo fuimos, una tarde, a tomar el té a casa de Laura Inés, que se había convertido, para mi hondo pesar, de aquella hermanita coqueta, frívola y acaso un poco casquivana, que era el recuerdo que yo conservaba de ella, en una mujer entrada en carnes, de aire severo, con su otrora rebelde cabellera recogida en un discreto y anticuado moño y surtida de mechones blancos. Su hijo, de nombre Felipe, que ya debía sobrepasar la treintena, estaba en algún lugar de Venezuela dedicado a algo relacionado con el petróleo; su hija, de nombre Violeta, llamada todavía Baby, seguía soltera y no era bonita, como lo había sido su madre. Era una chica de gafas, muy segura de sí misma, que se había licenciado de profesora de química y ejercía como tal en institutos de la enseñanza secundaria. Salí de aquella casa apesadumbrado, semivacío y semimuerto.

-Qué cambiada está Laurita, ¿no? –fue lo que se le ocurrió comentar a Clarita.

Clarita también se casó tres veces, la tercera conmigo.

4)

A mí no me cabía en la cabeza que los padres de Clarita aceptaran, en su momento, con buena cara, a un tipo retorcido y de difíciles antecedentes como Tucho Falcón, que había estado implicado, poco antes de que empezara a rondar a Clarita, en la venta de pasajes en barco a Europa robados o esta-

fados a Navieras Reunidas; el propio Eulogio Arismendi, el marido de Chechela Taggart, que era hija de uno de los dueños de la empresa, era el cabecilla del grupo de niños bien, de ambas márgenes del Plata, que estafaron a la compañía naviera. De allí que la cosa no pasara a mayores y que los delincuentes se librasen del presidio; figuraban entre ellos, que yo sepa, por la parte bonaerense, además de Nono Arismendi, como llamaban al marido de Chechela, Juan Andrés Beltrán Casamitjana, Nicolás Nesbitt Paz-Andrade y Germán Gaspar Arias de Castro Núñez de Balboa; por nuestra orilla figuraban Arapey Mansavillagra, Pirata Garay, Aconcagua Lezica, Ricardito Paz Lanuz, Poroto Varela y Paco Espronceda. Tucho Falcón y otros más, nenas también, eran elementos más periféricos, que cobraban vintenes.

Por muy buena prosapia que tuviera Tucho, si la tenía, Falcón era un apellido que ni fú ni fá, que en la esquina de Sarandí con Curuguatá, en diagonal con el famoso sótano que tuvo Chino Balcárcel en la primera mitad de los sesenta, había un boliche cuyo dueño se llamaba Falcón. Había en efecto una calle, allá por La Malteada, La Blanqueada, La Dorada o el barrio de La Figurita, que se llamaba Comandante Falcón, al que Tucho reiteradamente reclamaba como un antepasado suyo, aunque nunca había sabido decir en concreto qué había hecho aquel ignoto comandante para merecerse una calle. La enciclopedia **Como el Uruguay No Hay**, en su edición corregida y aumentada de 1956 (la última fiable; las posteriores fueron meras reediciones reducidas o mermadas; en 1971, última reimpresión, según consta en la entradilla, los 63 severos volúmenes a doble columna y cuerpo ocho de 1956 habían quedado resumidos en 18, profusos de ilustraciones, además, que las austeras páginas de las ediciones auténticas no admitían) le dedica al comandante Falcón, Alcides, 1834/1903, estas someras líneas: ‘Nativo de La Puebla, de familia de larga data en la comarca, fue uno de los oficiales de confianza del coronel Balcárcel cuando éste ejerció de Comandante Ge-

neral de la Campaña entre 1869 y 1878'; ni una sola palabra más; S. Pir, por otro lado, no lo menciona jamás en sus páginas, ni siquiera en las de su voluminosa y chismosa biografía del coronel Balcárcel.

Los Falcón, los antepasados genuinos de Tucho, creo yo, fueron probablemente gallegos, un gallego que llegó a nuestras tierras seguramente en mitad de la gran ola inmigratoria que succionaron los casi veinte años de paz que se vivieron a lo largo de las décadas del 50 y 60 del siglo XIX, entre el final de la Guerra Grande, en 1852, y el alzamiento de Décimo Callejer en 1868, al que, no obstante sus sucesivas victorias en dos o tres bataholas, pronto puso fin una campaña relámpago de los camisas rojas lealistas, herederos de Garibaldi y de Ludovico Sant'Angelo, a cuyo mando estaba el entonces jovencísimo coronel Clodomiro Balcárcel. La inmigración masiva, tras este breve parón, o interludio, la pararon de nuevo las asonadas y los pronunciamientos que arrancan con el Grito de Aceguá, de Salcedo y Bentos Peláez en 1879, ya asesinado Balcárcel, y se prolongan con las guerras civiles, alzamientos y pronunciamientos de los años 80 y 90, con dos temibles dictadores sentados en el sillón presidencial, el coronel Cañardo, que había sido lugarteniente de Balcárcel, y el sanguinario Behetría, hasta el Pacto de Paz del 97, promovido de buena fe por don Julio Herrera y Obes y aprovechado en su beneficio por la cerrada oligarquía nacimentina de banqueros y terratenientes absentistas, un pacto de hecho nefasto, que dividió durante décadas el país en dos mitades, y que hizo decir al entonces barbilampiño poeta Julio Herrera y Reissig, sobrino del promotor del pacto, que nuestra república limitaba al sur con el Río de la Plata y al Norte con los hermanos Sanabria.

Por parte de su madre, empero, Tucho era un Bethencourt, ni más ni menos, primo carnal de Willie Bethencourt, compañero de curso nuestro en el Memorial y muerto en el 72 en la catástrofe aérea de los Andes.

A pesar de todas estas preocupaciones mías y de todos mis cálculos, lo de Tucho con Clarita ni alcanzó rango de noviazgo. Clarita se ennovió de verdad a mediados de 1969 con Enrique Osorno, y se casó con él a mediados de 1970; yo inclusive asistí como invitado al banquete de bodas y bailé un vals con Clarita; a los dos nos costaba mirarnos a los ojos. Faltaba una explicación que hacía incompleta mi vida (yo al menos así lo sentía) y que, según yo suponía, también hacía incompleta la de ella. Una explicación, una confrontación, una mutua expiación de verdades, mentiras, fingimientos y ocultamientos nos distanciaba y, a mí al menos, me hacía sentir como un ser incompleto, una errata del libro de la vida. Mientras esa cortina siguiera cerrada nuestras vidas arrastrarían aquella errata, un esquivo y equívoco error, algo en todo caso innoble y ruin del que ambos éramos culpables y víctimas y que había que despejar, abrir las ventanas, como se orea y ventila una casa para hacerse habitable. Sórdido es una expresión que me negaba a usar, pero es la que mejor expresa, me temo, la brusca ruptura de nuestra relación por parte de Clarita y mis sospechas y dudas anteriores y posteriores a aquel, para mí, traumático acontecimiento.

Clarita y Quique tuvieron tiempo de criar tres hijos, dos varones y una niña, nacidos en 1971, 1974 y 1979, antes de la separación, que sobrevino en 1981, y del subsecuente divorcio. Yo entonces estaba aún en México, a donde me había trasladado desde Nacimiento en el 76, y me enteré con cierta malsana alegría. Nunca había habido amor en aquel matrimonio, pensaba yo; no al menos por parte de Clarita, que me hurtaba la mirada cuando bailamos aquel vals; ¿pero acaso no se la hurtaba yo también, o, para puntualizar, hubiese hurtado de haberme ella mirado a los ojos una vez?

5)

‘Quien escupe para arriba suele mojarse’, me había dicho una noche Vickie en un meublé. No sé por qué lo recordé al enterarme del divorcio irreversible.

ble de Clarita, y por la malsana alegría que la noticia me produjo.

Clarita, amén de los niños, que quedaron a su cargo, recibió de los Osorno un tratamiento ecuánime, que no es poco en gente de su laña. Le dejaron una casa en el Barrio de la Luna y un apartamento en el Cuerno Grande, más una serie de pagas no mezquinas de manutención para ella y los niños. Lo sé por la mejor fuente: ella misma.

Peor le fue a Clarita con su segundo marido, el apuesto aristócrata bonaerense Ricardo Puentedeume Solanz de Antuñano, que estaba considerado, en sus años en activo, como el tercer mejor jugador de polo del mundo. Clarita, a sus espaldas primero y en su propia cara al final, lo llamaba el Tercer Mejor. Se casaron en el 84 y se divorciaron en el 87, con una hija nacida en el ínterin; de hecho en agosto de 1985. El Tercer, como Clarita lo solía abreviar, no tenía ni medio cobre, de modo que en este caso fue ella la expoliada; el esbelto y apuesto gentleman porteño no dubitó en arrogarse la casa de Buenos Ayres donde vivían, que había comprado Clarita, y un dinero en metálico que rondaba el millón de australes argentinos; unos 18 mil dólares al cambio de la fecha.

Yo, por mi parte, de vueltas a los años de gracia de 1968 y 1969, me sentía la mar de bien con Carmencita, inclusive después de haberse terminado, de tan desmayada y desangelada manera, mis amores clandestinos con Vickie Fornells. Pienso a Vickie Fornells, la repienso, y llego a la conclusión de que, en más de un sentido, fue ella la verdadera mujer de mi vida. Envejeció mal, Vickie, y una noche del neblinoso y mortecino invierno nacimentino, una noche que yo, empero, imagino luminosa y fría como aquélla, cuando se nos cruzó la ballena al conjuro de la voz del Profeta, Vickie decidió abreviar y se tomó un tarro entero de somníferos. Tenía 57 años; corría agosto del 2000, el año final del pavoroso milenio occidental.

Carmencita, a pesar de mis desvelos y de mis tiernos cuidados (para no decir nada de mi demostrada eficacia en la cama), se hartó de mí, de mis manías, según ella, y mis rarezas, cuando ya habíamos hecho planes para una boda de fecha incierta.

-Odias y aborreces la puntualidad, Miguel –a Carmencita le daba por enunciar sinónimos; verbos sinónimos, adjetivos y adverbios sinónimos, sustantivos sinónimos o más o menos sinónimos y toda clase de enunciamientos sinónimos o parecidos en todo lugar, momento y ocasión; empleaba el doble de palabras para decir lo que hubiese bastado con la mitad-. Quedamos a las nueve y tú vienes, apareces a las diez; y encima me dices y afirmas, me aseguras y tratas de convencer de que ser puntual es una costumbre y un hábito groseros y de gente de baja estofa e ínfima calaña. Tu papá me ha pedido que te hable y pida para ver si yo te convenzo a ti y te pones de una vez un día a trabajar, a cumplir horario y ser puntual, aunque sea de albañil, como él me dijo; me dijo y aseguró que lo que tú ganes con tu propio esfuerzo personal, él lo decuplica, si es menester, de su bolsillo o cuenta corriente.

-No lo decuplica, Carmencita, luz de mi vida.

-Me lo dijo. ‘Pongo yo otro tanto; lo decuplico’.

-Que papá sea un ricacho, caso que lo sea, que es algo que está aún por verse, no le atribuye el derecho de divulgar y decuplicar su ignorancia, Carmencita.

-¿Ves? No entendí ni jota, nada. Si me vas a hablar y enredar así el resto de mi vida yo ¿qué? ¿Qué será de mí?

-Tú escucha –le dije-. Pongo otro tanto qué quiere decir.

-Que decuplica.

-Quiere decir que multiplica por dos lo que yo gane.

-Oh, acabas de descubrir América.

-Multiplicar por dos se dice duplicar, Carmencita; du pli car. Decuplicar significa multiplicar por diez. ¿Entiendes ahora?

-¿Si entiendo qué?

-Lo que te acabo de decir, Carmencita.

-¿De decir cuándo? Porque hablas de una forma, piensas de un modo, obras de una manera, Miguel, que no sé.

-Olvídate.

-¿De qué?

-Mejor nos echamos otro polvo, corazón.

6)

Cuando Carmencita me quiso devolver el anillo con el topacio que yo le había puesto en el dedo un año antes, me negué a aceptarlo.

-Guárdatelo, Carmencita –le dije-. Así, al menos, de vez en cuando, te acordarás de mí. Si me lo llevo, niña mía, sería como si me llevara ese cachitito de tu corazón que reservarás para mí.

-Ay, Miguel, qué pena.

Carmencita lloriqueaba; fue un acabamiento muy diferente y mucho más fatigoso que la tajante ruptura de Clarita; también mucho menos doloroso. Me emborraché, de todos modos, y me encontré con Chino Balcárcel en el Lyon d'Or. Tan sólo nos saludamos. Carmencita se casó en el 72 o el 73 con Ariel Peixoto, un tipo que le sacaba unos veinte años; más acaso. Supongo que fueron felices mientras duró; adoptaron una niña, porque resultó que Carmencita no podía concebir. Ariel, que era músico, arreglista, compositor, letrista de canciones también, y locutor radiofónico, pertenecía a una familia más o menos chic pero pobre; no pobre de solemnidad pero pobre; él, no obstante, por su cuenta, con sus múltiples trabajos e intereses, había acumulado su bagayito, de modo que cuando feneció, hacia 1985, quizá hacia 1990, Carmencita y su hija de adopción, bautizada Cornelia, no tendrían

que pasar penurias. Lloriqueó, de todas todas, Carmencita, en el velatorio, el funeral, el enterramiento, porque era una nena de lágrima fácil, espontánea. Tal vez se había enamorado de aquel tipo, al que yo recuerdo de una noche en el cabaret *Sunset City*. El tipo era una fiera puesto al piano; lo recuerdo, con la calva reluciente de sudor, de pie frente a un piano, en el que interpretaba la Marcha Fúnebre de Chopin. Creo que jamás intercambié palabra con él, pero sé que tenía fama de buen tipo, de generoso, de amable, de cordial inclusive. Me alegré por Carmencita cuando se casó con él, a pesar de que no me invitó a la boda, como había hecho Clarita.

Yo por mi parte me casé también, llegado mi día, con Ifigenia Cruz laSalle, una hija del senador blanco Kefrén Cruz del Vayo y una biznieta del dictador colorado Tomás laSalle, llamado en sus días el Déspota. Ifi, como le decían, estaba políticamente radicalizada contra las ideas, asaz conservadoras, de su papá.

7)

En 1972 los soldados salieron a la calle; en 1973 mandaban ellos. Una dictadura militar, por inteligente que sea (la nuestra distaba de serlo), es siempre una cosa triste, una cosa fea; un sudario feo, gris y triste cubrió de un día para el otro a Nacimiento; Nacimiento se había vuelto, en un abrir y cerrar de ojos, una ciudad opaca y obsoleta; cada ladrillo de cada casa y cada árbol de cada acera se habían aviejado de repente; la gente igual; la mayoría tenía miedo; los patricios inclusive, los ricos, los escasos oligarcas, los agiotistas, los evasores de divisas, hasta los cómplices confesos de los militares tenían miedo. Todos, ricos y pobres y una depauperada y caducada clase media, formaban parte del mismo paisaje, eran el paisaje mismo. Hasta las bonitas calles de Quinta Castro, arboladas con viejos eucaliptos, se habían enfeecido; hasta olían distinto, peor, mal; olían a carie abierta, a váriz supurante. Patotas de pardos uniformados patrullaban la ciudad en unas

camionetas verdes con una lámpara roja fijada en el techo. Así todo se había vuelto feo; hasta las chicas más bellas andaban como mezquinadas bajo la pátina de fealdad que había entintado la ciudad, desparramada por la dictadura. Las patrullas de la soldadesca, con sirenas aullantes en la noche, ensuciaban cada calle que atravesaban. Aquella ciudad ya no era la mía, aquel país lo había dejado de ser.

A mi mujer la detuvieron, preñada de seis meses de nuestro primer hijo. La acusaban de asociación ilícita para delinquir, de apología de la subversión, de tenencia ilícita de armas, de complotar con terceros para derribar por métodos violentos nuestro tradicional estilo de vida, que ya habían matado ellos, si es que existió alguna vez. La acusaban de una sarta de barbaridades más. La influencia de su familia consiguió que la soltaran cuando el niño tenía cuatro meses. Había nacido en la cárcel, el 17 de agosto de 1974. Le pusimos Fidel Ernesto; Ifi se lo puso, en realidad, como un último reto, como un desafío, como una escupida en la cara de los que la habían detenido, desnudado, vejado, manoseado; no la habían violado, empero.

Muy poco después, bajo el riesgo inminente de que volvieran a encarcelarla, y financiada por su padre y sus tíos y tías, tanto paternos como maternos, Ifi se fue a México. Yo quedé atrás con el niño, y fui a reunirme con ella un año y medio después. La casa de cambios que había fundado papá, y que llevaban mis dos hermanos mayores, había quebrado, envuelta además en un oscuro enjuague de financieras, bancos de inversiones, prestamistas, guita negra y cuentas numeradas en Suiza y Caimán; los milicos, para cubrir sus miserias con las miserias ajenas, detuvieron a medio centenar de notarios, abogados, ex ministros y ex senadores, banqueros y cambistas, mi hermano mayor, Juan Antonio, entre ellos. Los soltaron a todos al cabo de algunos meses, pero los maltrataron. A mi hermano le vendaban los ojos, lo hacían dar vueltas a ciegas y ponerse a cuatro patas; lo obligaban a ladrar

para recibir comida, y a decir ‘Quiero ir a Río’ cuando lo urgían sus necesidades. Juan Antonio salió de la cárcel más flaco, ojeroso, temblequeante, con pesadillas de las que se despertaba sin darse cuenta y la emprendía a patadas y puñetazos con su mujer (una noche trató de ahorcarla); terminaron separados. Papá murió; yo asistí al funeral, al cementerio y, a los tres días, con un adelanto de mi parte en la venta de la casa de la Barra (la mansión de Los Pocitos nos la habían subastado), que me consiguió mamá, agarré a Lito, como yo lo llamaba a mi hijo, y me largué a México.

8)

La cárcel, y en su caso la distancia, habían cambiado a mi mujer; por otro lado, también había cambiado yo. De modo que cuando ella esperaba a la que sería nuestra hija, engendrada por la pasión hecha rutina del coito nocturno —una insatisfactoria ansiedad de posesión subsistía, al menos por mi parte—, los dos ya teníamos conciencia plena de que nuestras vidas estaban condenadas, más y más, día tras día, a divergir. El varón, Fidelito, tenía ya cinco años y la niña, Agustina, había ya cumplido uno, cuando una noche Ifigenia me habló.

-¿Sabes, Miguel? No te imaginas cuánto lo siento, sobre todo por lo mucho que has significado para mí, y quiero creer que yo para ti, pero la verdad es que he conocido a un hombre. Odiaría hacerte cornudo, Miguel, de modo que mejor separémonos antes que suceda.

-Conservando las buenas maneras, Ifi, faltaría más.

-¿Te quedas tú con la niña o con el niño? La casa es mía y está a mi nombre, pero la pondremos en venta y lo que nos paguen lo repartimos mitad y mitad. ¿Qué te parece?

-Prefiero que te quedes tú con todo, Ifi —le dije—. La casa, los niños, también el auto que compré yo. No me olvidaré de pagar los plazos que faltan.

Vivíamos en Monterrey, bajo la benévola mano del doctor Dávalos, el ex director y propietario de *Trinchera*, el semanario independiente, clausurado por la dictadura, al que habían nombrado rector de una flamante universidad llamada Ávila Camacho, nombre de un presidente mexicano que había sido.

El otro hombre de Ifi, el Tucho Falcón de turno, resultó ser un profesor de semiótica o semiología nacido en Chile y llamado Eudiquio Granchelé Q.

9)

En 1982 me desplacé a Europa; viví en Roma, Madrid, París, Barcelona, Londres, Ámsterdam, Bruselas, Birmingham y Lisboa. Hice muchísimas cosas, todas o casi todas mal. Fui guionista de cine y televisión, traductor de libros, periodista; inclusive trabajé a comisión para unos anticuarios. También lavé platos, limpié azulejos de urinarios en unos grandes almacenes, conduje camiones y un taxi sin licencia en la pavorosa Roma. Viajé dos veces a New York; la segunda como presunto lacayo o *aid de chambre* de Chino Balcárcel, que viajaba con una pierna enyesada hasta la cintura, bajo la apariencia de un déspota malhumorado que trataba al mundo (y a mí) a bastonazos; metido entre las diversas capas de yeso y tela había un óleo de Goya que yo, ya en destino, le ayudé a liberar y enderezar, para lo cual tuvimos que comprar una docena de pesados ceniceros de cristal. El destino final del cuadro nunca supe cuál era; sabía que, para Chino, New York era sólo un alto inevitable en su camino. En New York nos despedimos y él me pagó la segunda mitad de los treinta mil dólares que me había ofrecido para que yo desempeñara aquel secundario pero crucial rol; fue (lo digo con orgullo) una interpretación perfecta, para la que inclusive me dejé crecer patillas y un bigote finito. Los primeros quince mil Chino me los había dado cuando cerramos el trato. Fue en Roma, en el 85.

Chino me telefoneó; había conseguido mi teléfono a través de su prima Marisa, que vivía en Barcelona y que había llamado a mi hermana Carmen María, la pequeña, soltera todavía a sus 33 años cumplidos, para pedírselo; Carmen María había estado por Europa, pero entonces estaba en Nacimiento, para acompañar la lenta y laboriosa agonía de mamá, aquejada del mal de Alzheimer y enferma de un cáncer de útero que, vieja ya como era, la devoraba por dentro con la minuciosa paciencia de una zarigüeya arborícola de tres dedos. Mamá se moría sin saberlo, sin acobardarse, sin ya acordarse, en realidad, ni de sí misma, y Carmen María había elegido ser ella quien la acompañara. Carmen María le dio mi teléfono a Marisa no sin recelo.

-¿Es para Diego?

-No te mentaré, Carmenchy –así llamaban muchos a mi hermana-, no estaría bien. Me pidió Diego que te llamara.

-No se anima a llamar él, ¿eh? Como si yo fuera a recriminarle ¿qué? Es que los hombres como él, tan donjuanes, tan casanovas, tan galantes, tan seductores, tan duchos en la artesanía del placer sexual, son en realidad ególatras que no pueden concebir que para una mujer, para ciertas mujeres al menos, lo que pasó pasó; punto final. Además fui yo la que empezó y la que cortó. Toma nota.

De este modo Chino dio conmigo. Yo sabía, por alguien, que Chino vivía en Roma, como entonces yo, aunque en realidad él entonces no; él hacía unos meses que se había ido, y vivía en Madrid. Viajó a Roma para vernos; primero me telefoneó. Lo cité en mi pequeño apartamento de soltero; aunque padre de dos hijos que me querían y me visitaban al menos una vez al año, acompañados, si no por su madre, por alguna tía o tío, que los tenían de sobras, yo había adquirido hábitos, mucho me temo, de soltero; en honor a la verdad, de solterón. Me sentía, además, gastado, viejo, útil para nada. Sobrevivía merced a pequeños artículos de relleno que me encargaban un par

de revistas españolas y el gran periódico diario mexicano *La Voz*. La pequeña aventura que me propuso Chino me rejuveneció diez años, como poco, además de permitirme una cierta holgura de vida que era cenizas en mi memoria.

-Tengo un negocio que proponerte, Miguel –me dijo Chino, después de un breve preámbulo, ambos sentados en mi saloncito con sendos whiskies en la mano; él lo bebía a palo seco, como los escoceses; yo con hielo y un poco de agua-. Es un negocio, digamos, ilegal, pero no ilícito. Si nos descubren, caso que aceptes mi oferta, nos meten presos, pero el acto en sí, aunque hay leyes que lo incluyen en una rama de lo delictivo, es perfectamente lícito en cuanto a mi conciencia, y espero que a la tuya.

-¿De qué se trata?

-De contrabandear un cuadro, de Madrid a Estados Unidos. Lo tengo todo pensado, pero necesito un socio. De haberme salido este negocio un año atrás no hubiese tenido dudas; tenía a Gabriel.

-Sé lo que ocurrió. Lo siento. No sé...

Chino movió una mano abierta, para que me callara. A Gabriel Vendrell lo habían matado a tiros en París poco antes de Navidades, en el 84. Que yo sepa, nunca se ha encontrado al asesino; tampoco, que yo sepa, se conocen los móviles de aquel crimen, aunque teorías e hipótesis he conocido docenas.

-Si aceptas mi oferta –dijo Chino, tras encender un cigarrillo-, te daré treinta mil dólares; quince por adelantado, en cuanto me digas que sí, y quince en New York, cuando nos separemos. Tienes un mes y medio de plazo para pensártelo. Tengo un margen de tres meses para entregar el cuadro a sus nuevos dueños en América.

-No necesito el mes y medio –dije-. Dame hora y media para pensarlo. Treinta mil dólares son mucha guita.

-El cuadro es un goya pequeño, un retrato de una marquesa –dijo Chino-. Yo me llevaré cuarto de millón menos tu parte, caso que aceptes, pero ten en cuenta que yo puse en contacto al vendedor y a los compradores e ideé la manera de meter de bagayo el cuadro en América.

-No viene a cuento que te expliques, Chino; menos que trates de disculparte. Treinta mil dólares, como te he dicho, es mucha guita para que alguien como yo se ponga a zancadillearte con pretextos de índole moral, o legal, o de la clase que fueren. Acepto tu oferta y punto.

-El cuadro vale seis millones, Miguel; de dólares. Eso sí es guita.

No me tomó, como ha quedado claro ya, ni la hora y media que había pedido para decidirme. En New York, como he dicho, Chino y yo nos despedimos. No nos hemos vuelto a ver. Son ahora veinte años.

10)

A Clarita la encontré, precisamente, en el dúplex de Marisa del Vayo, la prima carnal de Chino, en Barcelona. Corría 1992. Yo había ido a Barcelona por los Juegos Olímpicos, como enviado especial del semanario mexicano *Avanzar*, que quería que alguien escribiera una crónica larga de los Juegos con una mirada diferente. Martita Cullera, una chica a la que yo había conocido en Monterrey, fue quien propuso mi nombre, y le añadió un currículum más fantasioso que otra cosa, cuando el semanario quiso contar con un reportero itinerante en Europa. Los responsables del semanario le creyeron; aceptaron; yo había escrito, acaso, media docena de reportajes para *Avanzar*, cuando me propusieron lo de Barcelona, con todos los gastos pagados y la paga habitual por la crónica (unos 120 dólares por cada 30 líneas impresas a una columna en cuerpo ocho) más una bonificación si ésta era todo lo buena que ellos confiaban.

Pasé por casa de Marisa del Vayo porque había pasado a ver (de hecho a conocer) a un hijo de Sabio Ayala, Andrés, al que decían Pirincho, que vivía emparejado con una negra en Barcelona. La mamá, la muy pituka Lerena del Rob, aunque divorciada años atrás de Sabio, habló con éste para acusarlo de los erráticos pasos que daba su hijo por el mundo. Sabio no podía pagarse un pasaje de ida y vuelta a Europa para mirar el color de la piel de la novia de su hijo, tal como me explicó en una carta. Me pidió que, si pasaba por Barcelona, le echara un vistazo al pibe y de paso a su novia y de esa forma Lerena se tranquilizaba; me mandó una libreta de direcciones de su hijo, que éste había dejado en Nacimiento y que le había pedido que se la hiciera llegar a Barcelona; me avisó que el chico era suspicaz, que llevaba cerca de un año con la negra y que su madre le había hecho dos visitas, seguramente hostiles hacia la muchacha; la libreta, en ese caso, me decía Sabio, me serviría a mí de pretexto.

No, me contestaba en su siguiente carta, No tenía ni idea de para qué quería su hijo esa libreta. El chico se había ido de Nacimiento a los 19 años, en 1988, y, desde entonces, no había vuelto. ‘Nos llevábamos tan bien’, me decía Sabio en su última carta, después que yo le asegurara que iría a Barcelona y vería al chico. ‘Nos llevábamos tan bien que todavía no me repongo de su ausencia’, me escribía Sabio en su carta, y añadía: ‘Confío en ti, Miguel; creo que sólo tú serías capaz de convencer y tranquilizar a Lerena, que está que trina y me vuelve medio loco con sus llamadas a cualquier hora, del día o de la noche, y con sus repentinas visitas intempestivas, la última de ella en compañía de su amante del momento, un tipo grande como dos armarios que me reprochó, fijate tú, mi ‘indiferencia paterna’; me dijo que Cómo era posible, que Qué clase de padre era yo. Por fortuna Lerena lo hizo callar a tiempo, porque yo estaba en un tris de echármele encima, y es claro: voy derecho al hospital con mil huesos fracturados. El tipo levanta pesas y prac-

tica artes marciales, según me informó Lerena. Tranquilízame a Lerena y te deberé el favor más grande que me habrás hecho. Si un día te haces rico o aciertas una lotería no te olvides de tu viejo amigo Joaquín y llévame contigo a Europa'. Me prometí, al cerrar la carta, que si el milagro se producía, cosa más que hartamente improbable, no me olvidaría de mi viejo amigo y me lo traería. En cuanto al amante grande como dos armarios, me dije, con un desdén acaso a aquellas alturas ridículo, que sería uno de esos musculitos nouvelle vague, que se inflaban con carnitina y acudían a gimnasios a redondear y enlustrar sus músculos.

En cuanto a Lerena del Rob sucedía que, misteriosamente, la muy pituka y hermosa ex mujer de Sabio Ayala se fiaba de mí; nunca supe exacta, ni siquiera aproximadamente, por qué. Pienso que quizá identificó mi amistad íntima con Sabio con alguna forma de la honradez, la lealtad y la misma sabiduría; o acaso era tan rematada y malditamente pituka, tan recalcitrante y medularmente niña bien que eligió al azar, por hastío, un amigo fiable de su entonces novio y luego marido y me eligió a mí. Lo cierto es que, Sabio y yo mismo lo sabíamos, si yo le daba el Vº Bº a la negrita, Lerena dejaría en paz a Sabio; si yo no pasaba a verlos, a Pirincho y a su novia, Lerena no hubiera parado hasta obligar a Sabio a desplazarse a sus propias costas a Europa. Yo, ya que me iban bien las cosas, dentro de lo que cabe, hubiera estado dispuesto a costearme yo mismo el viaje a Barcelona para decirle a Lerena, por carta, que la chica negra -Lalianka Knobé, según supe, era su nombre- era fantástica, una criatura maravillosa, de ensueño, dulcísima, perfecta para Pirincho; 'En cuanto a la cuestión de la color de la piel, Lerena, criatura, ya es una cosa demodé, como bien sabemos ambos'.

Tenía ya mi carta a Lerena del Rob medio hecha en la cabeza y la decisión de largarme yo por mis propios medios a Barcelona cuando me llegó la oferta de *Avanzar*. Corría mayo; los Juegos Olímpicos se celebrarían en

agosto; en junio, a finales, yo llegaba a Barcelona desde Roma, donde residía entonces. Llegué en avión, por la mañana temprano. Un tren me llevó del aeropuerto a un punto céntrico de la ciudad, desde donde un taxi me puso en un hotel y otro en la puerta del bloque de apartamentos en el que vivían Pirincho y la aún desconocida Lalianka. La puerta me la abrió ella.

11)

El edificio, viejo, restaurado a medias, quedaba según sus residentes en el Barrio Gótico de la ciudad; según los demás en el Barrio Chino. La calle en la que se abría el lúgubre y largo zaguán, entre una herboristería y una sala de masajes, se llamaba Enric Batlle i Turull, y era estrecha y corta; de un extremo la cerraba una plaza oblonga, de hormigón, con un árbol seco en el centro, y del otro daba al Passeig Renaixença, un amplio y acaso hermoso boulevard con kioscos de diversa índole en el paseo central; de dentro del taxi vi loros expuestos, de exótico plumaje y un hombre de turbante que manipulaba lo que parecía una cobra de espejuelos viva y larguísima, que se le enroscaba desde las desnudas y flacas piernas hasta el pescuezo.

El edificio contaba con un apretujado pero veloz ascensor, que me dejó en el taxativo 5º piso en unos pocos, expeditivos, instantes. La puerta que yo buscaba, la de la letra F, quedaba después de un recodo, en un corto pasillo con un ventanuco al fondo, que mostraba, borrosa por el hollín empercudido en el cristal, uno de los capiteles de la Sagrada Familia, obra inacabada, según supe en su momento, del célebre Gaudí. Que la obra quedara a treinta manzanas, tal como me informó Pirincho cuando salíamos, me hizo pensar, no sé por qué, en la Tour Eiffel, que es difícil no ver desde doquiera que uno esté; pensé que la catedral neobarroca del famoso constructor catalán sería un caso parecido; lo era. Era un despropósito mucho más grande que la Tour Eiffel e infinitamente más feo.

Lalianka era una chica preciosa, que vestía un prieto y minúsculo short y una camisa holgada meramente anudada a la altura del ombligo cuando me atendió.

-Busco a Pirincho –le dije-. A –en aquel momento el nombre del hijo de Sabio se borró de mi memoria- Pirincho –repetí- I’m looking for him; Ayalá, like the french champagne.

Me sentía tonto, allí de pie, delante de aquella beldad de ébano; tonto y viejo, pensé.

Ella me observaba en silencio, con una semisonrisa en la que, por lo menos, no detecté desdén; a lo sumo una ligera curiosidad.

-¿Andy? –me preguntó- You’re looking for him?

-Yes –contesté- Andrés, yes, I suppose.

-Come in.

La puerta, hasta aquel momento abierta a medias, se abrió del todo. Lalianka emitía una ligera fragancia a rosas, que yo aspiré cuando pasé a su lado; tenía una magnífica cabeza redonda, con el pelo muy rizado cortado muy corto, ojos marrones profundos, de mirada algo vaga a la par que inteligente, nariz etiópica y boca bantú, el cuello largo y los senos pequeños, separados y firmes; ocasionalmente se asomaría alguno de ellos a lo largo de nuestra ulterior conversación, Andy presente, off course.

Supe que Lalianka, aunque de padre africano y madre de sangre jamaicoetíope nacida en Birmingham, era inglesa; era en concreto londinense; y de hecho hablaba un inglés casi perfecto, de clase alta o de gente cultivada, que poco tenía que ver con el extendido idioma de fraseo raquíptico y vocales fugitivas que practican en su gran mayoría los ingleses; supongo que será el cockney que se menciona en algún relato de Sherlock Holmes y en unos cuantos cuentos de Rudyard Kipling. El habla voluptuosa y lenta, de vocalización redonda y nítida que empleaba Lalianka poco tenía que ver, en

cuanto a su enunciación, con ese otro inglés que se escucha en las tabernas londinenses y (supongo) en los alfombrados y definitivos despachos de la City. Lalianka, en pocas palabras, me hechizó desde el primer momento. El apartamento era suscinto: un dormitorio cuadrado y desordenado, con una ventana de doble hoja que daba a la cochambre interior de un mercado al aire libre, un cuarto de baño en el que se amontonaban una bañera escuálida, una pileta vulgar, un espejo pequeño con un marco de losetas con flores de lis grabadas y una taza depositoria metida en un rincón. Advertí, con un ligero sobresalto, que para un tipo de mi edad y lastre –mi metro ochenta y dos mal disimula los ciento ocho kilos con que la vida más bien sedentaria y el decurso de los años me han acumulado encima- difícilmente podría evacuar en aquel recogido y minúsculo rincón; la taza, el inodoro, era de tamaño fakir, por lo demás, con una boca ovalada, en la que oriné dos veces, no mucho más grande que la de Julia Something, la que interpretaba al hada Campanilla en el perchento Peter Pan de Spielberg. Había también una cocina separada de la sala por una mampara, con un par de hornallas, una pileta de metal color aluminio y una nevera de vieja data, que cada tanto zumbaba y hacía retemblar y tintinear la vajilla, guardada en unos estantes abiertos, sujetos con cuerda enlazada y tornillos, contra la pared. En la sala, por llamar de algún modo al pequeño espacio vagamente rectangular al que daba la puerta del pasillo, había en un costado una mesa cuadrada con tres sillas alrededor; un aparador con una sopera rajada encima y estantes combados en los que se mezclaban libros y chucherías de formas y porte camerunenses y/o picassianos, si alguna vez fueron cosas diferenciables; frente por frente con la puerta del pasillo había una ventana oblonga, cubierta con cortinitas de gasa gastadas, y debajo de la ventana un sofá en pendiente, que declinaba unos veinticinco grados de un extremo al opuesto; opuestos al sofá dos sillones asimétricos y entre el sofá y los sillones una

mesa baja, de madera, con la superficie pirograbada con afiladas máscaras, entretejidos antílopes cuernilargos y melenudos leones, escuálidas y escuetas chozas, escuetos, parques y escuálidos seres humanos desnudos –viejos doblados, hombres lineales, mujeres de tetas orbiculares y niños a gatas; un entramado de alelhís, corazones flechados, mudas calaveras de vacua mirada y manchas de tinta negra y rayas de tinta blanca encuadraba la mesa por sus cuatro costados. En el centro había un solitario arbolito sin ramas ni follaje, de aire delicadamente fálico. Supe, al medio minuto de estar mirándola, que aquella mesa no la había podido labrar sino el pulso leve y preciso de Lalianka.

12)

Pirincho, al que no reconocí, al que de hecho no conocía –lo había visto en la cuna, con el biberón puesto; lo había visto gatear y dar sus primeros pasos; lo había escuchado lloriquear ‘Mami pis’ y ‘Mami caca’; lo había mirado, a instancias de su padre, darle unas patadas a una pelota roja de goma: ‘Será un Pelé; má qué, un Schiaffino, un segundo Ciocca, un Scarone, un crack; un Rubén González, y está todo dicho’-, me miró dubitante. Cuando yo entré él salía de ducharse; llevaba por todo atuendo una toalla anudada a la cintura, tenía el pelo largo revuelto y, advertí, se parecía mucho más a mamá que a papá, al pis que a la caca. Era rubio, muy alto, de ojos claros; un tipo, deduje, que debía de resultar grato a ojos de mujeres.

-¿Miguel –preguntó, y agregó, tras una corta vacilación:- Ángel? ¿El amigo de papá?

Yo asentí dos veces.

-Por favor, sientesé –giró y separó un poco de aquella hipnótica mesa uno de los sillones-. It’s my ah father’s friend ah his best of them –y a mí- It’ so, ah? Digo –tosió sobre un puño y carraspeó un instante- que es usted muy amigo de papá, su mejor amigo.

-Algo así.

Yo aún no me había sentado; no quería mirar a la espléndida joven negra que sentía cerca y lo miraba a él, que me rehuía la mirada.

-Ella es Lali –me dijo, con aire reticente y, de súbito, algo hosco-; Lalianka Knobé, mi novia, my bride, ma fiancée –esto último lo dijo para ella, para que ella entendiera –Siéntese, por favor –repitió, al tiempo que él se sentaba en el brazo del sofá; me senté- Sé que es cosa de mamá, un prejuicio descabellado –se metió una mano larga, nervuda, nerviosa, en la larga melena rubia, revuelta; se dirigió a la muchacha-. Bring us some wine or whisky or whatever we have.

-With three glasses –la chica subrayó la cifra -. I think this gentleman speaks English better than you, honey. Sorry and all that.

La vi ir, no lo pude evitar, ya que estaba en mi campo visual, a la mampara, abrirla de un tirón y empinarse sobre las puntas de unas sandalias con el talón suelto y altos tacones gruesos para atrapar los tres vasos y, acto seguido, inclinarse, acucillarse, para sacar una botella, mediada, de un líquido dorado oscuro cuya marca no distinguí, de dentro de un recipiente de plástico –hecho con ese material blanco, rígido, algo poroso y semi esponjoso de uso efímero, desechable, cuyo nombre exacto ignoro; el detalle me hizo concluir que la vida no se le daba boyante a la joven pareja, pero, me dije, aquella criatura de ébano valía un millón de penurias, de frío, sed y hambre, de dormir bajo un puente o en las ramas de un árbol, siempre que fuera una vida compartida; compartida con ella.

Lalianka volvió, con pasos largos, fáciles, a la mesa labrada, en la que puso los tres vasos y escanció.

-It's not scotch, I must advice you, sir –me dijo, con una sonrisa natural, divertida-. It's a kind of a spaniard drink which they here call whisky.

-Doesn't matter; it doesn't matter at all –contesté-. And please don't repeat that sir with me; my name is Michael, Miguel.

-Miguel –lo dijo sin dificultad-. I've learned Spanish; a little. We're here only three months ago. Before this, we were living in London's surroundings.

-In London –corrigió Pirincho; y a mí- Nos tuvimos que venir a esta ciudad, porque a los padres de ella –lo recalcó y repitió-, a los de ella, no les gustaba nada que su hija se viera, y después conviviera, con un tipo de dudoso porvenir, por decirlo de la manera más suave, como yo. El padre de Lali es cirujano, neurocirujano; la madre tiene una casa de decoración en sociedad con dos señoras blancas de alta cuna, inglesas; una de ellas es tataranieta o algo así de Wellington, nada menos. Y mamá, una dama nacimentina, oriunda de un lugar que los ingleses localizan cerca de Ceilán o de Madagascar, y que yo mismo no sé muy bien dónde cae ni me interesa averiguarlo; aquella señora –hablaba casi con rabia, apretados los dientes entre palabra y palabra-, a la que yo quiero mucho como hijo, pero de la que me separan mil abismos en un millón de cosas, le pone reparos a la piel de mi compañera; usted le dará la alegría de comunicarle que de aquí a fin de año, más o menos, va a ser abuela. Su nieto será mulato; allá los llaman pardos, si mal no me olvido –le resaltaba y latía una vena gruesa en el pescuezo y había proyectado hacia fuera la firme y algo prognática mandíbula, único y difuso rastro de su padre en su hermosa cara varonil.

-Yo no he venido a verte en comisión de nadie ni por motivo concreto ninguno –alegué en mi defensa ante la franca, si bien contenida, hostilidad del muchacho-. Hago periodismo, de un tiempo a esta parte, y vengo a cubrir los Juegos Olímpicos; adelanté mi viaje un mes porque lo tenía libre y en Barcelona nunca había estado; tengo intención de alquilar un auto y darme una vuelta por Cataluña y quizá por Vizcaya, de donde salieron los antepa-

sados de mi madre hará un siglo y medio. Tu padre, que es, en efecto, mi mejor amigo, me dijo que, cuando viniera por Barcelona, pasara a verte y te trajera esto. Me lo mandó a mí porque, según su carta, a ti es difícil localizarte. Hoy estás acá y mañana allá y pasado ni él mismo lo sabe; las últimas son las palabras casi textuales que me escribió tu viejo; me dijo que le habías pedido que te mandara esta libreta por un medio seguro; que la necesitabas para no sé qué.

Saqué de mi bolsillo la libreta de tapas negras, manoseadas, que Sabio me había mandado, y la dejé caer sobre la mesa.

Pirincho tuvo el detalle de sonrojarse; yo no. Siempre he mentido bien.

Atropelladamente, Pirincho le tradujo a Lalianka lo que yo le había dicho.

13)

A partir de aquel momento se desarrolló entre los tres una charla, sobre todo en inglés, en la que los dos me trazaron pinceladas de sus vidas, antes de que convergieran y después. La chica era artista, o quería serlo, que en el fondo (le dije yo) es lo mismo. Ella, en efecto, había labrado al fuego el tablero de la mesa, y tenía una carpeta con dibujos suyos para hacer grabados, que me enseñó. Yo no soy un experto en arte gráfico ninguno, pero la chica tenía talento; mucho, tal vez.

-Lo que sucede –me dijo- es que cuando les muestro la carpeta lo que les interesa es otra cosa; y si la muestra Andy, pues tres cuartos de lo mismo –Lalianka se expresaba con soltura; decía las cosas claras sin necesidad de entrar en zafios y viles pormenores-. Los que no son gays son lesbianas y los demás son aún peores –añadió-. Ahora hago taller para un diseñador de ropa femenina de aquí, pero no es un trabajo que me guste y además es temporal, días salteados; han aceptado representarme en una agencia de modelos importante, grande, al menos, y he hecho además algunas sesiones de fotos, que se pagan mejor que el taller. Igual, como le decía, no es trabajo

que me agrade y además es inseguro, un día le caen a usted seis ofertas y tiene que rechazar cinco y al otro día no cae ninguna. Andy dice que me puedo hacer famosa y rica y quiere escribirle al marido de Gia Montecattini, a ver si nos puede echar una mano. Este señor, eh, Van Calster, y el padre de Pirincho, eran, creo, sí, grandes amigos.

Gia Montecattini, en efecto, la entonces famosa modelo internacional con la que Chino se había casado unos años antes y que para aquel año mismo esperaba un primer hijo, que ya se sabía que sería varón, ante la expectativa universal, según las portadas de la prensa amarilla y de la prensa rosa.

-Por eso le pedí al viejo la libreta –dijo Pirincho-. Tengo aquí las señas de una prima de Chino Balcárcel. La quiero ir a ver; que vea a Lalianka.

-¿Marisa? –le pregunté- ¿Marisa del Vayo? ¿Vive aquí, en Barcelona?

-¿Usted la conoce?

-Más o menos –dije-. No la veo hace años, pero supongo que se acordará de mí.

-¿Nos acompaña, Miguel? ¿Lo haría?

-Sí, es claro.

De modo que fueron Pirincho y Lalianka, la cercanía física de la muchacha, sobre todo, su fresca sonrisa, entreverada de misterios, su ingrátido y reposado andar, firme y rápido no obstante; y tan cercano que su leve –¿aleve?– perfume me rozaba, su calor íntimo y limpio me latía en las sienes, y su profunda y grave mirada, en la que había un rastro velado, quizá genético, de infinita e ineludible desesperanza, los que me llevaron al dúplex de Marisa del Vayo aquella tarde misma. Yo me sentía cansado, pero no lo dije; al mismo tiempo me sentía más joven, cargado de latente energía y de un entusiasmo desconocido para mí hacía un milenio. Sólo les pedí disponer de un rato para pasar por mi hotel a ducharme y cambiarme de ropa y les propuse que me acompañaran. El hotel donde me había alojado, según la reco-

mendación –la información, mejor dicho- que me había brindado tiempo atrás, para un viaje precedente, que al final no había cuajado, un catalán no barcelonés que trabajaba en la FAO, era bueno; era excelente.

14)

El hotel estaba sin duda por encima de mis expectativas de futuro, pero no, por fortuna y/o por desgracia, de mi situación presente de entonces, ya que poco antes había cobrado unos seis mil dólares por la traducción y la revisión de un guión cinematográfico escrito por un italiano para rodar una película cuyo leit-motif, para emplear las mismas palabras de quien lo había escrito, era el tango; se hablaba de tangos, se cantaban e interpretaban tangos, se bailaba un par de tangos, la protagonista era una actriz argentina que hacía el papel de la querida –argentina- de un piloto de motos de alta cilindrada. La trama tropezaba entre Baden Baden y las islas Seychelles, sin dejar por el camino a París, Londres, Roma, Praga e inclusive San Petersburgo, si me es fiel la memoria. Seis mil dólares tal vez parezca poco, de hecho fue poco para el irritante trabajo que tuve que hacer. La actriz argentina, a la que sólo vi en foto y en unas secuencias de una película con Arnold Schwarzenegger, si es que así se escribe, en la que ella aparecía unos cuatro minutos, se llamaba Florencia Almunarri.

El hotel se llamaba Valldellançar, y estaba cerca de una plaza de nombre Lesseps. No quedaba muy lejos de donde vivían Pirincho Ayala y su novia negra. Había un tráfico denso, eso sí; después supe que se debía a que venía un fin de semana largo. Llegué un viernes, y el martes siguiente caía en no sé qué fiesta privativa de los catalanes, o sea que los más agraciados se empezaban a largar el viernes mismo, a diferentes destinos, para no volver hasta el martes por la noche o el miércoles por la mañana.

-La mitad de la ciudad serán turistas –dijo Pirincho, con un deje de desazón, como si él mismo fuese un barcelonés de pura cepa, descendiente de tende-

ros o fabricantes de tejidos.

Barcelona, por lo que se veía, me pareció una ciudad agradable, acaso hermosa. Recordé lo que me había dicho Miquel Josep Culleras, aquel conocido mío que trabajaba en la FAO:

‘Para nosaltres, los verdaderos catalanes, Barcelona es un tumor españolista; es una nueva Babilonia, sucia e inmensa, plagada de gente de todas partes, donde ni siquiera se habla catalán, aunque los barceloneses piensen que lo hablan. Su idioma está inficionado, envenenado irreversiblemente por el español; los nuevos modismos y giros yankis han suavizado un poco la cosa, pero en realidad no hay remedio. El catalán se dejó de hablar en Barcelona tras la guerra civil y lo que ha vuelto, con la democracia, es un híbrido; es por desgracia un híbrido monstruoso, con capacidad para expandirse al resto de Cataluña y a tots els països catalans’.

15)

-¿Queda lejos su hotel? –me preguntó Pirincho, no muy seguro, pensé, de cuáles serían mis intenciones.

-¿Dónde queda? –intervino cordialmente Lalianka.

-A la vuelta de una plaza que se llama Lesseps.

-Le acompañamos, mister Miguel –dijo Lalianka.

-Bien podrían llamarme Miguel a secas –protesté-. Lo de mister me hace sentir viejo; me hace recordar la edad que tengo.

-No es usted viejo –dijo Lalianka, enarcadas las cejas- ¿A quién se le puede ocurrir?

-Okay –dijo Pirincho-. Let’s go.

-Sabes que odio que digas okay, honey –dijo Lalianka- Me haces pensar en aquel yanki, ya sabes –añadió, y, con un ligero encogimiento de hombros que a mí me dio la impresión de que disimulaba un estremecimiento, añadió, en tono jocoso-. Sólo te falta masticar chewing gum y comer chicken &

chips con ketchup. Te he dicho que te le pareces, y a pesar de ello me tienes a mí aquí.

Hablaban entre ellos, de cosas que les atañían, de las que yo estaba al margen; no sé por qué, aquello me molestó e incitó mi curiosidad; yo atisbaba un drama, alguna tragedia, pequeña o grande -¿o toda tragedia es grande por sí misma, por el mero hecho de serlo?; la muerte de un perro viejo puede ser una tragedia, la ruptura con una mujer a la que se quiere siempre lo es, y lo mismo ocurre con la cotidiana y repetitiva pobreza, que es como una especie de rutina de la tragedia: una obra representada en la intimidad más estricta todos los días, sin excepción de domingos y días de guardar- detrás de la perorata de la muchacha, pronunciada con voz plana, átona, vacía de intención y emoción, al menos en cuanto a su enunciación. El semblante de Lalianka, girado hacia Pirincho, y que yo veía de tres cuartos, expresaba, con su entonces pálida sonrisa y un leve fruncimiento entre las cejas, un ya resignado, un ya metabolizado dolor y una ya aceptada resignación; me lanzó, mientras hablaba, una mirada sesgada, fugaz. Me pareció que le interesaba que yo escuchara lo que ella decía, aunque para mí careciera de todo significado, de todo sentido.

-Vámonos -dijo Pirincho.

-Espera que me cambie -protestó ella; él ya había agarrado una zamarra, que estaba doblada sobre el respaldo de una silla, y se la había empezado a poner.

-Torno en uno miuggio -dijo ella.

-Es preciosa, ¿eh?

-Una monada

-Se le van los ojos, amigo -dijo Pirincho-. Supongo que no lo puede evitar. Papá me contaba que era usted un mujeriego, que se le daban muy bien las chavalas. Ponga los ojos, amigo, pero aparte las manos.

Su tono era más que desafiante; era burlón, desdeñoso, enrabiado. El chico no podía tener nada contra mí. Pensé si tendría algo contra el padre, que nunca había salido de Nacimiento a verlo desde que el chico se había marchado, haría entonces no más de dos, a lo sumo tres años, ya que no podía tener mucho Más de 20 años, 21 a lo sumo, según mis endeble y falibles, apresurados cálculos.

Pensé en Lerena del Rob, aquella muñeca teenager que yo había conocido desde que era una niña de trenzas o coleta que asistía al Sacré Coeur, aquel colegio católico, regido por monjas, donde enseñaban el francés; tenía una versión laica y monolingüe que se llamaba Sagrado Corazón, menos caro y elitista, que era donde habían enseñado a Clarita Arostegui.

16)

Lerena era bastante menor que nosotros. Era, de hecho, la hija menor, al final de seis o siete, del doctor (abogado) Manuel del Rob Anzoátegui y de Graciela Arzuaga Ortiz de Urbino, llamada Chabela. Tenía dos, o acaso tres hermanas mayores, una de las cuales, Carmela, había tenido un breve affaire conmigo; ha sido uno de mis escasísimos amoríos que sólo me ha dejado recuerdos gratos, ya que Carmela tenía la cualidad de jamás insistir en nada, con nada, para nada, y una especie de clarividencia; recuerdo que la primera noche que pasamos juntos hablamos mucho, de diferentes cosas, y al vestirnos, ya que estábamos en un meublé, me dijo, como si fuera una minucia: ‘Sé que un día, que hoy preferiría lejano, te dejaré yo a ti, porque tú jamás me dejarías a mí; te consideras un caballero y acaso lo seas y crees que un caballero jamás debe abandonar a una mujer; estás muy, pero muy equivocado, pero eso es lo de menos. ¿Nos vamos?’

Su hermano mayor, Miguelón, también llamado Gogo, sería con los años, cuando los blancos alcanzaron el gobierno, ministro de Interior por espacio

de algunos meses, durante los cuales se había producido el secuestro de una hija de mi hermano segundo, José Manuel. La chica había estado desaparecida cuatro días, y los secuestradores exigían, por teléfono, una cifra que estaba fuera del alcance, de lejos, de la familia. Hubo gestiones, llevadas con el máximo sigilo, con la policía; unas gestiones, a las que la mamá de la chica, Ofelia Merod, hija de farmacéuticos aún más o menos prósperos, se oponía. Primó el raciocinio de mi hermana Carmen María, la menor y acaso la más inteligente de los siete, y se avisó, por fin, de forma concreta y clara, a la policía. El ministro en persona, que según mientas estaba colado por Carmen María, y con quien ella habló en persona, se puso al frente de la llamada ‘operación rescate’; no sé si fue cuestión de buena suerte o si Gogo atesoraba, en su ensortijada cabeza y en su brioso carácter, algún talento secreto, profundo y eficaz. La niña, Pamela, de sólo cuatro años, fue rescatada en 24 horas luego de la intervención de la Brigada Móvil y otros cuerpos policiales.

Por los pastizales de Ciudad Jardín, un proyecto de urbanización de lujo, en las afueras de Montevideo, que no había prosperado, que de hecho no había pasado de la colocación, a bombo y platillo, de unos cuantos cimientos para grandes viviendas, que con el tiempo se había convertido en un cañaveral y un lodazal, el propio Gogo en persona persiguió a uno de los secuestradores, y se le tiró encima cuando lo alcanzó y lo derribó y lo durmió de un puñetazo. Por unos días, los diarios lo trataron como a un héroe; después no sé qué pifia hizo en relación con las exigencias de sindicarse del Cuerpo de Policía y el presidente, Tucha Vidiella, le pidió que renunciara. Yo lo recordaba como un tipo altanero y más bien vacío, unos años mayor que yo, escasamente simpático, pero Carmen María, por carta y en persona, me aseguró, una y diez veces, y recalcó, que era Un amor, si supieras. Deduje algo más que intercambios de palabras entre el uno y la otra.

17)

Recordé, como si la reviviera, mientras Lalianka se cambiaba, la noche en que Sabio se apareció en nuestra casa, pasadas las cuatro de la madrugada, sin haber telefonado antes siquiera. Su llamada, insistente, con el timbre, el llamador ornamental de bronce e inclusive a puñetazos y patadas, nos despertó sobresaltados a todos, excepto a papá, que dormía, cargado de whisky, valium y veronal, y a mamá, que ya estaba despierta. A mí, en concreto, lo que me despertó fueron los agudos ladridos del repugnante perrezuelo, un cocker spaniel, que le habían regalado a mamá sus amigas del ‘Círculo Femenino Pro Patria’ ‘por su indesmayable esfuerzo en defensa de la familia, el ordenamiento social tradicional y el estilo de vida nuestro, occidental y cristiano’; porque de un tiempo a entonces, tras mi ruptura con Clarita, el divorcio algo escandaloso de Juan Antonio y el malhumor perpetuo de papá, que veía que cuarenta años de trabajo limpio -¿y sucio?- se le iban al garete, mamá se apuntaba a toda clase de ‘causas’: a la ‘Gota de Leche’, para que los niños expósitos fueran amamantados; al ‘Cepade’, Centro de Padres Demócratas, que se enfrentaba a la irreligiosidad y las tendencias librepensadoras de los textos de enseñanza primaria y secundaria y que quería implantar un llamado ‘examen patriótico’ a todos los profesores, o al menos a los que egresaran como tales del Instituto de Profesores, tenido por semillero de rojos.; a la Cruz Roja; a ‘Civismo y Fe’, que propugnaba la inseminación, entre el pobrererío, de ideas de paz y orden aderezadas por el dogma católico; a ‘Oración, Ayuno y Caridad’, un grupo de mujeres dirigido por el padre Salerno Ronci, un cura televisivo, que instaba a todas sus seguidoras a un día de ayuno mensual como mensaje a Dios para arreglar el mundo, y de paso destinar lo ahorrado en comestibles y bebidas a la ‘Hucha del Amor’, una serie de cuentas bancarias cuya finalidad redundante era recau-

dar fondos para coadyuvar en la lucha de la fe cristiana contra la ferocidad marxistaleninista y atea que divulgaba Moscú; el padre Salerno Ronci, un cura de la orden dominicana, huyó de Nacimiento en 1973, cuando ya se había dictado auto de busca y captura a su nombre; tarde se descubrió que todas las cuentas de la Hucha del Amor habían sido vaciadas hacia cuentas numeradas de Islas Cayman. Mamá pertenecía también al Rotary Club Femenino y al ya citado 'Pro Patria', amén, nunca mejor dicho, de a otros que no cito por olvido y alguno por vergüenza filial. Mamá, por lo demás, de ser una católica normalcita, de misa de once en domingo, lo pasó a ser profesional, de misa de siete todos los días, lo que hubiera preocupado a papá si no hubiera tenido cosas más graves de qué preocuparse.

-Si no fuera porque estoy hasta el hocico de problemas –gritó una mañana, a pleno pulmón, cuando mamá volvía de misa-, te prohibiría esta manía que te ha dado por ir a chupar cirios y lamer sotanas día sí día también. Maldita sea, Violeta; tú has sido siempre el cerebro pensante de esta familia, y cuando atravesamos el peor momento de nuestras vidas te dedicas a rezar, ayunar y enviar cartas a desconocidos que copias de cartas que te envían otros desconocidos.

-Así transmito a más gente que hay que orar y vivir en la fe –le contestó calmosamente mamá.

-Que tú y cien mil más oren y vivan en la fe no va a remediar lo irremediable.

-No lo que Dios ha dispuesto; eso tenlo por seguro.

-Y tu remaldito Dios, ¿ha dispuesto que la casa de cambios Bardaracci, Marabotto & Marsán, treinta y pico de años de sacrificios y brega constante, se funda, se vaya a pique, quiebre?

-Los designios de Dios, Arturo, querido, son duros a veces y difíciles de entender, pero en el Cielo todo se arreglará.

Yo nunca he terminado de saber si mamá hablaba en serio o si, en el fondo, aquella actividad apostólica que la había atacado no sería su forma de vengarse de cuarenta años de convivencia con el hombre en cuya grotesca caricatura se había convertido, de viejo, papá.

-Que se vaya a c... tu Cielo, y que lo acompañe ese maricón, ateo y libre-pensador, de tu Dios –papá soltó una seca, fúnebre carcajada.

Mamá, inmutable, se despojaba de los guantes.

18)

Aquella noche concreta, cuando Sabio apareció en la madrugada, mamá, como he dicho, ya estaba despierta, tal vez en oración, o tal vez vistiéndose su tocado para ir a la misa del alba en la iglesia de Martín Ludo y Sisley; una iglesia de nuevo cuño, erigida no mucho antes en un cacho de tierra que había donado a tal efecto don Julio Mailhard, el dueño de las marcas de cigarrillos *Frigia* y *Atenienses*, negros y rubios respectivamente; la iglesia, cuyo párroco era un cura joven que, de adolescente, había sido campeón nacional de 100 metros espalda, parecía más un chalet de lujo, con su techo inclinado de pizarra gris plateado, sin campanario ni ábsides ni cruz en lo alto siquiera, que un templo de devoción; la cruz, de hecho, estaba clavada a la pared, entre dos vitrales de corte cubista, a uno de los lados de la puerta de acceso; las campanas, que llamaban a misa, eran una cinta grabada por el grupo pop autóctono Vin Teen.

Fue, pues, mamá en persona quien abrió la puerta de nuestra casa a un Sabio desmelenado, con la camisa salida, la corbata aflojada y desviada bajo una oreja, las manos ensangrentadas, un esparadrapo en una ceja, palidísimo, resoplante y con unas ojeras que parecían dos medialunas negras pintadas en la piel con tinta china; el labio inferior lo tenía hinchado, cortado y también sangrante, y el superior casi peor; en realidad no se había pegado

con nadie, a pesar de las apariencias; o sí; había pegado puñetazos contra una pared, se había caído contra el borde de una mesa, no dormía desde antes de ayer y se había mordido los labios hasta convertirlos en una especie de pulpa o de carne picada.

Mamá, por mucho que ayunara y rezara, no había perdido su ojo de lince. Captó de un vistazo no sólo el aspecto exterior de Sabio, sino que también atisbó en el interior de su alma. Mamá apreciaba a Sabio, aunque lo tildara, a menudo, de compañía inadecuada para su hijo predilecto. Sabio, con su parco y a menudo solapado sentido del humor, le caía en gracia a mamá, que tenía un sentido del humor muy parecido. Además Sabio leía; alguien le había puesto Sabio porque de niño, con ocho años o nueve, leía Don Quijote, y a Swift y a Defoe, y recitaba poemas de Rubén Darío que memorizaba porque le gustaba, no por obligación educacional; en el Memorial nos obligaban a aprendernos el interminable **If** de Kipling de memoria, un lastre que toda la maestría narrativa y el indudable genio del autor no pudieron superar hasta haber yo pasado de largo de los treinta. Hay, qué duda cabe, lecciones que perviven.

También estábamos en la casa, aquella noche, mi hermana pequeña, Carmen María, mi hermano Victor Hugo, dos años y pico menor que yo y la cocinera y la mucama, que se despertaron en el pabellón de servicio y atravesaron el jardín por el camino entoldado que comunicaba con la casa por la cocina y se asomaron, cubiertas las dos con batas gruesas, de invierno, al salón. Mamá las despidió con una mano y se hizo a un lado en la puerta para que Sabio entrara.

-Pasa, Joaquín. Déjame verte esas manos –mamá se las agarró, cuidadosamente, y se las examinó, para lo cual se calzó las gafas para mirar de cerca, que llevaba colgadas del cuello con una cadenita de plata-. Deberías lavarlas bien, desinfectarlas y vendarlas.

-No es nada, señora –dijo Sabio-. Muchísimas gracias, de todos modos. Vine... -Sabio vaciló-. No sabe usted cuánto lo siento, señora Bardaracci. Llegar a estas horas, irrumpir así.

-Nada, nada, naderías.

Yo ya me había vestido, más o menos, con un pantalón y una camiseta remera; miraba desde la mitad del tramo último de la escalera, despeinado, descalzo y medio dormido. Había pensado que habría ocurrido algún accidente grave, como una vez que había habido un choque por la noche; un autito negro se había empotrado, en una noche cruda de invierno, contra un camión de pedregullo, y habían llamado a la puerta de casa de tía Clorinda, la hermana menor de mamá; ella nos lo había contado. Al viejito que conducía el auto, que según nuestra tía era un Austin con el volante a la inglesa, lo sacaron vivo de entre los hierros retorcidos de su propio auto y el pedregullo volcado del camión, lo subieron en una camilla con sólo unos aparentes rasguños, y, asido de la mano de su hija, que lo acompañaba, lo condujeron a la ambulancia. El viejito se murió antes que las puertas de ésta se cerraran. Yo recordaba aquello, mirando estupefacto a mi amigo Joaquín Antolín Ayala Arrospide, alias Sabio, que parecía venir de pelearse con una excavadora, y que al verme dijo, con voz ronca:

-Me tienes –tosió- que acompañar, Miguel.

-Por supuesto –dictaminó mamá-. Faltaría más –añadió, al tiempo que miraba hacia la escalera, donde nos amontonábamos sus tres hijos aún solteros-. Ve de inmediato a vestirme como Dios manda, Miguel Ángel. Te dejaré algo de dinero debajo del Dante.

19)

Se refería a un busto de mármol de Dante, pequeño, de mesa, que papá había comprado hacía quizá veinte años, cuando la subasta por sucesión de los bienes muebles del viejo Teodolindo Amaro, el famoso jockey de los años

10 y 20, que había ganado 7 veces el Casimiro Corrales de Nacimiento y 4 el Carlos Pellegrini de Buenos Ayres, un hombre que había sido montura habitual de cracks como Yatasto, Minutero, Concolorcorvo y Tupamaro, todos ellos ganadores de la Triple Corona, los dos primeros en Buenos Ayres y los otros dos en Nacimiento; ganadores otrosí el primero del Pellegrini dos veces y del Corrales una, del Pellegrini una vez el segundo, del Corrales dos veces y dos veces segundo del Pellegrini (detrás en ambas ocasiones del invicto Quannah Parker) el tercero y ganador del Corrales el último.

El viejo Teodolindo, que para buen número de aficionados al turf había sido tan bueno o casi tan bueno o mejor que el mismísimo Ireneo Leguisamo y que, al igual que éste, pequeñito, en su caso jorobado, era ahorrador, más aún: era avaro. Había sido esquilado cuando estaba en la cúspide de su carrera por una griseta francesa con la que se había casado, y que se había vuelto a Europa en la cubierta de lujo del Giuseppe Verdi, rodeada de admiradores y de solícitos camareros que le servían champagne en su copa y en sus zapatos, para que lo bebieran de los mismos sus galanes; entonces Teodolindo aprendió. Una vez desaparecida de su vida la en su día muy mentada Celianne Lavier, alias artístico de Juliette o Giulietta Mistolo, francesa de Córcega, como Napoleón, Teodolindo, que estaba enamorado de la francesita, enamorado de verdad, y que se había creído que ella le correspondía, no volvió a pensar en mujeres. Pagaba una al mes, que le elegía y llevaba un asociado o apoderado que tenía, llamado Misto Varszach, una especie de checo muy apuesto, que andaba siempre engominado y con el gacho ladeado, un paso por detrás de su diminuto amigo y/o asociado; la relación entre ambos jamás estuvo muy clara, y Misto desapareció de escena en cuanto Teodolindo se retiró de los hipódromos a los 69 años, hacia 1940; un par de años más tarde, mientras tomaba el solcito, sentado en un banco de plaza, el gran Teodolindo Amaro se retiró también de la vida.

Los que lo conocieron en ésta afirmaban que era un tipo retorcido, amargado, envenenado, que jamás perdonaba ni el menor agravio; había quienes sospechaban que Varszach lo había estafado metódica y prolongadamente, a lo largo de una relación de veinte años, y que Teodolindo, a sabiendas, había esperado a retirarse para cobrarse la deuda, por cuya imposible devolución el presunto checo, quizá gitano, según algunos, yacía insepulto bajo los espesos matorrales de un coto de caza en Neuquén, propiedad de Teodolindo, que los dos frecuentaban para cazar perdices. Esta hipótesis cobró mucha fuerza cuando se encontraron, en el antiguo coto, a fines de los 50, doce o quince años después de la muerte de Teodolindo, unos huesos mondos, aderezados con jirones de tela de cashmir de excelente calidad; el macabro hallazgo fue secuela de un incendio que devoró el reseco matorral; la cabeza faltaba, al igual que algunos metacarpianos y otros huesos pequeños.

A Teodolindo le gustaban las mujeres altas, muy altas, de busto y caderas grandes, de carne opulenta, pero les imponía una condición: que se pusieran una bolsa en la cabeza que le impidiera a él verles los ojos. Porque, por lo que se contaba, el pobre hombre se había enamorado de Celianne cuando copulaban, al verse reflejado en las perlas de los ojos de la hechicera y calculadora francesa; escaldado de tal guisa, Teodolindo no quería tropezar dos veces en la misma piedra; de ahí las mujeres con la cabeza cubierta con una bolsa que Misto Varszach empujaba, desnudas, altísimas, al lujoso dormitorio de hotel donde las esperaba el celebrado jockey.

Hijos Teodolindo nunca tuvo, pero había dejado tras de sí una numerosa parentela: hermanos, hermanas, primos, primas, sobrinos, sobrinas, sobrino nietos y sobrina nietas, etc.

Teodolindo Amaro había acumulado, a lo largo de su fructífera carrera, varias casas y una docena de edificios de apartamentos en Buenos Ayres, otras tantas casas y viviendas de toda clase en Nacimiento, así como solares y te-

rrenos en ambas márgenes del Plata, y títulos hipotecarios, bonos del estado, acciones de Montelimar Industrial y una cantidad asombrosa de cuadros y esculturas, muchos con firmas famosas: Corot, Fragonard, Dègas, un Rubens pequeño e incluso un Durero dudoso. También había dejado infinidad de lapiceros enchapados en oro, medio centenar de piedras de diamante en bruto, sin tallar, cuyo monto real era incalculable, decenas de relojes Pathek Philippe y un cronómetro de bolsillo, especial para carreristas, que se había mandado hacer en Suiza, con su perfil grabado en el interior de la esfera y una T en lo alto, por el 12, una D en lo bajo, por el 6, una L a occidente, por el 9, y una N al oriente, por el 3; era todo de oro menos la maquinaria; hasta tenía una llavecita de oro para abrir la tapa posterior y una cadena de oro con once brillantes de 1 kilate y $\frac{1}{2}$ incrustados cada tres eslabones: representaban sus once victorias en los dos Grandes Premios del Río de la Plata, las 7 del Corrales y las 4 del Pellegrini.

-Sólo por el cronómetro –decía papá, de vuelta de la subasta y, a lo largo de los años, cada vez que repetía la historia-, sólo, óiganme bien, por el cronómetro, un excéntrico, cuyo nombre no se dio a conocer, pagó 70 mil pesos. A mí la estatuilla me costó 600. Violeta asegura que los vale, que es de mármol fino de Carrara y que la debió cincelar, que es el verbo preciso que hay que usar, algún discípulo del taller de Brunelleschi; acaso el propio Brunelleschi, hasta puede que el mismísimo Cellini, ¿por qué no? Yo, la verdad es la verdad, no sé quién fue Brunelleschi y tengo una vaga idea de que hubo un tal Cellini que era pintor, escultor, algo, y que escribió un libro de memorias que son puras mentiras.

-Era orfebre, por encima de todo, papá –le dijo Laura Inés, con su tonito de niña mimada-. Es el autor de un Perseo con la cabeza de Medusa en la mano que es un primor; también le hacía saleros y pimenteros al rey de Francia, y escribió unas memorias, en efecto, o una autobiografía, que un día po-

drías comprar, ¿no? Es un libro gordo así –la impúdica niña separó pulgar e índice, en forma de una C de ocho centímetros de alto-. Un libro, en fin, daddy, que tú jamás leerías, pero yo sí.

-Veremos –cejijunto papá, pero a mí al menos no se me escapó el guiño que le hizo a su hija dilecta-. He dicho mil veces que se gasta demasiado en esta casa y que hoy por hoy el horno no está para bollos.

-¿Y mi Thunder?

-¿Tu cómo?

-El auto que te mostré –dijo Laura Inés, alarmada de súbito, quizá, o guiada por la inspiración del momento, según sospeché yo mientras observaba la escena-; el de Chapín Oyarbide. Le dije que no se lo vendiera a nadie; le prometí que lo compraría yo; que tú me lo comprarías –se corrigió de inmediato-. Tú me lo dijiste, papá.

-¿Te lo dije?

-Que me muera ahora mismo si no.

Un rayo debió bajar del cielo y fulminarte allí, hermanita. Chapín pedía por su Thunderbird 30 mil pesos al contado, más del triple de lo que papá me había dado en toda su vida.

Pocas semanas después de aquel incidente, es decir, de cuando papá repitió por milésima, y última, vez, por fin escaldado, lo del cronómetro de Teodolindo, Laurita conducía su esbelto y elegante deportivo; era blanco, con una franja roja en ambos flancos. Papá escarmentó; no volvió a mencionar el famoso cronómetro, y cada vez que pasaba por delante de la estatuilla de Dante, en el gran salón recibidor de casa, fruncía el ceño.

-Maldito tano –lo escuché bisbisear a solas, una vez.

20)

Debajo del Dante mamá me dejó trescientos pesos.

Sabio se paseaba por el salón como un león en una jaula nueva. Tan trastornado estaba que ni caso hacía de las posturas y languideces de Carmen María, y contestaba con monosílabos o meros sonidos al entrecortado soliloquio de ella, que yo escuché en su tramo final, desde lo alto de la escalera y mientras la bajaba. Víctor Hugo se había vuelto a la cama.

-El caso es que sho sha sabbbía –decía Carmen María- que Ninusa iba detrás de Perico Guarch; y no es que a mí él me guste, pero él estaba conmigo, me había invitado a mí, me había telefoneado aquí para invitarme; y esha va y entra, como si *Acqua Secca* fuese su casa, y va y se nos acerca; a mí ni me mira; a Perico en cambio le sonrío y le pregunta: ‘¿Me sacas?’ ¿Te das cuenta qué cara? Sho pensé Sí, te saco; sí, a patadas. No dije nada, porsu. Perico, el pobre, no sabía qué hacer, porque sho le gusto –mi hermana se enredó los lentos dedos en la densa cabellera cobriza y movió la morosa cabeza, de modo que la luz de la araña de caireles produjera reflejos en su pelo-. De manera que fui y le dije. ‘Sí, Peri, ¿por qué no? Anda, ve, llévala, baila un rato con ella’. ¿Estuve mal? Sho creo que no. Estarás de acuerdo.

-Sahm.

-Perico vuelve –prosiguió con una muequecita mi hermana pequeña-, con la muy descarada asida de su mano; y esha va y me pregunta ‘¿Te importa?’ Y va y se sienta, sin darme tiempo a decir mú. Fui sho la que se levantó, y el pobre Peri se pone de pie de un brinco. Sho lo serené. Le dije: ‘Voy sólo al toilette y vuelvo’. Cuando volví esha sha no estaba. ¿Estuve bien? Sho creo que sí. ¿Tú?

-Sehm

Al observar que yo había bajado fue Sabio quien se puso en pie de un brinco.

-¿Se van? –nos preguntó con el más fingido desinterés Carmen María- Que se diviertan.

-Uh, oh, Carmen María –balbuceó Sabio, como si de golpe tuviera conciencia de la presencia allí de mi hermana-. Hasta otra –le dijo.

-Bye –ella movió una haragana manecita; estaba arrebujaada con un cobertor, en un rincón del sofá, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y la melena revuelta. Tenía entonces 17 añitos escasos; era de septiembre y corría septiembre.

Sabio punto menos que me arrastró al café Primer Mal Paso, un cafetín viejo, alargado, con sendas entradas por la Plaza del Desembarco y por la calle Sacramento, en el centro de la ciudad. Era de los poquísimos que seguían abiertos a aquellas horas. Fuimos en taxi; lo paramos en la rambla, bajo un viento frío, racheado, ya enteramente otoñal, que arrastraba una dispersa y moribunda garúa. Sabio quería beber; lo dijo.

-Necesito emborracharme –dijo; y un momento después, como si recapacitara o resucitara, comentó:- Garuaba hace un rato. Te tengo que informar. Íbamos andando, camino al Centro, ya por la Costanera, o Rambla Los Pocitos, cuyos verdaderos nombres eran Rambla República del Perú y Rambla Thomas Jefferson, partida más o menos en mitades, aunque no se oyera a nadie nunca llamarla ni de la una ni de la otra formas, que se supiera.

-Me hubieses podido informar mañana, viejo. ¿A qué tanta prisa, todo este relajo?

-Ágatha –lacónico, Sabio tragó ruidosamente saliva-. No –denegó-. Lerena.

-¿Lerena del Rob?

Sabio asintió y algo iba a añadir cuando vi que un taxi venía vacío, en sentido contrario, hacia el espigón del Yacht, y crucé media calzada para pararlo. Nos sentamos los dos atrás, Sabio y yo.

-A Desembarco –indicó Sabio; y girado hacia mí, en la penumbra, dijo:- Tendré que romper con Ágatha, Miguel.

-¿Por Lerena?

-Porque está preñada y me culpan a mí. Tendré que casarme con ella.
Sabio bisbiseaba; hablaba tan bajo que me tuve que arrimar a él para oírlo.
-...do de resultas de una noche en el jardín del Círculo de la Luna –decía-.
Ahora estoy amenazado con la cárcel o con algo peor, ya que Jacko me avisó. Tú lo conoces.
Es claro que lo conocía.

21)

Jacko del Rob, el hermano de Lerena, el segundo después de Gago, con María Fernanda, la mayor de las chicas, entre los dos, era un matón, una bestia sanguinaria, en realidad, que había andado a trompeaduras desde su infancia y que una noche se las había tenido tiesas nada menos que con Chino Balcárcel, en la playa de la Luna, por causa de la ya citada María Fernanda, que a posteriori se haría novicia con las carmelitas calzadas y en su día monja.

Jacko era miembro de la Guardia Negra, formada por montones de patoteros y matones que desfilaban con banderas al viento, negras, y camisas negras, por batallones, al redoble de un tambor. En las banderas campaba una especie de escudo heráldico dividido en cuatro cuarteles, en los que se podía leer, de izquierda a derecha y de arriba abajo: Dios, Patria, Familia, Propiedad. La Guardia era una mezcla de niños bien, católicos, biempensantes y conservadores, conscientes de sus privilegios de casta y/o divisas fuertes, y que los voceaban y defendían, y de chusma violenta de los arrabales norte, salida de los rancheríos, las villas miseria y el chabolismo, que acompañaban a los otros; que eran, el lumpenaje, de hecho, la mayoría, a fuer de re-cua de combate o soldados de fortuna. Se les pagaban putas y licores, se les embutían aquellas lujosas camisas con estrellitas doradas en las hombreras, a modo de charreteras, más un cinturón de cuero con una gruesa hebilla heráldica de bronce –un arma para broncas callejeras- y unas botas negras al-

tas, relucientes. Se los invitaba a alguna estancia del papá de alguno de sus compadres, donde montaban a caballo, comían asado a las brasas, dormían en camas con sábanas limpias y almidonadas y un día u otro los llevaban a que se montaran en los pajonales a las chinacas de cualquier pueblo de ratas, niñas de doce, once, diez, nueve años.

En calculadas y contadas ocasiones, alguna persona mayor, de aire marcial, ejemplificada en el viril y severo coronel Alarch, de impecable aspecto, con su bigote finito, sus angulosas cejas, sus fríos ojos grises, sus serenas sienes plateadas y aquel monóculo que se ponía y quitaba, los arengaba; o les hablaba, en otro tono, menos impersonal y con volutas poéticas, la poetisa ex libertaria Sol Berría, una señora gruesa, casada y con hijos, el primogénito oficial del aire, la hija casada con un valiente alférez de marina, el marido un curtido jubilado que había sido estibador y mecánico de automóviles, Olegario Sánchez Monarch; Sol Berría era una buena poeta: su verbo de ama de casa conservadora con arrebatos líricos era de hecho más eficaz entre aquella gente que las soflamas patrioterías de su líder, el coronel Alarch. Ella era, además, la directora de *Banderín de Enganche*, la revista mensual de la Guardia, en la que se mezclaban proclamas guerreras contra el bolcheviquismo, llamadas de alerta sobre el caos y el desorden, versitos patrióticos de la directora y anécdotas picantes sobre la vida errante de Artigas, Rivera, Lavalleja, Gardeazábal y demás padres de la patria. Esta sección, titulada, concretamente, y con doble evidente sentido, ‘Padres de la Patria’, por las ingentes cantidades de hijos que desparramaron Artigas y secuaces por la nación, la escribía, con gracia y eficacia, Ignacio Moñino Díaz, Nachito, que vivía con sus padres a la vuelta, casi, de nuestra casa, en un enorme caserón que estaba en lo más alto de la subida de Beramendi, otrora de cara al mar vigorizante y, de un tiempo en entonces, tapada y como tapiada y lapidada por la monstruosa mole del edificio Naciones Unidas.

Nachito estaba furioso porque grupúsculos subversivos, vinculados a lo que él llamaba el Soviet de las Cloacas, en referencia al Ejército de los Pobres, más conocido como la Orga, se habían apropiado de la gallarda figura de Otorgués para calificar unas incalificables agrupaciones de tortilleras, maricones y putas rojas, ‘A las que ya les llegará el día en que nos las montemos a todas antes de mandarlas a patadas a La Habana o a Moscú’. Nachito era mucho más eficaz aún que Sol Berría, tanto con sus escritos, no sólo en Banderín sino, también, en los periódicos de su familia, el matutino *El Matinal* y el vespertino *Vésperas Orientales*, sino, sobre todo, con sus soflamas.

22)

Unos tres o cuatro años antes, hacia el verano del 66 al 56 o el del 67 al 68, Nachito había tratado de reclutar a Chino Balcárcel para la Guardia, acaso por considerarlo un elemento connatural a ésta, violento, fanfarrón, mujeriego, de impecable abolengo y vividor. La carcajada con que dio por concluida Chino la propuesta despertó una ira demoníaca en Nachito, que no faltaba semana en los diarios de la flía, ni número mensual de *Banderín* que no contuviera alusiones muy personales y directas, desde su intríngulis con su prima carnal a su reciente noviazgo con Verónica Reinlein Carvaillat, hija única y heredera del mayor terrateniente de la república, candidato que había sido a la presidencia de la misma, dentro del Partido Nacional Blanco, en noviembre del 66, el doctor (abogado), don Alberto Reinlein Zumarán; Nachito ni siquiera había dejado en el tintero el suicidio de la joven María Emilia Carvaillat y Ortiz de Urbino, Emmy, a pesar de ser ésta una prima carnal en este caso suya (de Nachito); el apellido Moñino Díaz, que él usaba, era heredado de su abuelo, ministro que había sido, e íntimo amigo, de don Pepe Caralt, para pasar a ser su más enconado adversario y su más acérrimo enemigo personal; su madre, la de Nachito, se llamaba María Eugenia

Ortiz de Urbino Valenzuela; por tradición familiar, acaso, pero también por tacto político, Nachito descartaba de su firma en la prensa y de su nombre en las proclamas de los mítines, el apellido demasiado resonante y aristocrático de su mamá.

El 3º en el orden de mando dentro de la Guardia Negra, detrás del coronel Alarch y Nachito (ya que Sol Berría ni figuraba en el llamado Directorio Nacional), era Luis Alfredo Cepeda, llamado Babieca, como el caballo del Cid; el 4º era un ex sargento de policía, Julián Hergueta, dado de baja del cuerpo por su reiterada inclinación hacia los malos tratos a detenidos; en realidad por haber tenido la jeta de estar de guardia en la Seccional Primera, la de la Ciudad Vieja y los docks del puerto, una noche en que detuvieron, borracho y sin carnet de identidad, a Juanjo Laguardia, hijo del entonces ministro de interior (blanco) Antonio Laguardia Cepeda. Que un sobrino carnal del señorón que lo había hecho expulsar del Cuerpo de Policía compartiera sitio con él en el Directorio de la Guardia Negra acaso produjera en el antiguo uniformado un remedo, por lo menos, del placer de la venganza. El 5º al mando era nuestro ex condiscípulo del Memorial Jorgito Bóver-Sarthou, y los otros 4 Pepón Robledo, la actriz Helga Soto, Beto Bartoméu, el escribano, y, last but not least, Jocko del Rob.

23)

Jocko era un violento, un botarate, de los que los demás, yo –apolítico- inclusive, nos reíamos y tomábamos a chacota; a él y a toda su compinchada; eso al menos fue así hasta comienzos de la década del 70. Después las cosas cambiaron, la Guardia, y su brazo político más respetable, Patria y Familia (P&F), se hicieron, con el presidente Gargamendi, que no cesaba de elogiarlos y ponerlos de ejemplo de una juventud sana, de ideas limpias, capaz de sacrificarse en aras de intereses superiores (acaso se refiriera a los tantos por ciento) y, sobre todo, con los milicos, con una cierta cuota de poder.

Hubo rencillas entre ellos; a Sol Berría la expulsaron por haber escondido su pasado libertario y anarquista. Un nuevo leader, Onofre Santa Creu, hijo homónimo del profesor de historia izquierdista, le peleó a gritos primero y a tiros después la primacía a Nachito Moñino, que se había apoderado del mando y se hacía llamar Führer. En un intercambio de balas, Nachito salió gravemente herido y se retiró; los militares, en consecuencia, disolvieron tanto a Patria y Familia como a la Guardia Negra. El coronel Alarch se suicidó. No es una historia agradable. Jocko del Rob, lo último que supe de él, paseaba turistas en un yate a medias suyo, a medias de Mateito Breu, los veranos, entre Cuernos del Diablo y las Islas Negras.

24)

Más peligroso, porque tenía más entidad y pensaba, era el doctor (en ciencia del agro) Manuel Eleuterio del Rob Anzoátegui, tío carnal de Lerena y el mayor de los hermanos que compartían estos dos patricios apellidos; eran cinco en total, tres varones y dos mujeres.

La columna semanal del doctor del Rob, en *El Matutino*, había venido a reemplazar, a partir del 65, las plumas de los difuntos Benito Nardone y Tomás Doolittle. Muy católico, dueño de ninguna vaca, lo que le daba la pena de honradez y patriotismo imprescindible, el doctor del Rob era el vocero ideal de la Sociedad Rural de Criadores, formada por los mayores y más importantes terratenientes del estado. El hecho, sabido y notorio, de que él no tenía ni una pulgada de tierra que explotar, hacía más creíble su verbo(rrea). Escribía todos los martes en la mitad inferior de la página dos. Era leído por muy poca gente, pero nadie que lo leyera, y entendiera, permanecía impasible ante sus argumentos. Yo reconozco que la página dos de los martes, mitad inferior, jamás la leía; la pasaba lo más rápido posible, como si fueran ecuaciones de tercer grado o como si acecharan bichos. Entre los que lo leían, aquella minoría agroentendida, quienes no lo ensalzaban por su

perspicacia lo vituperaban por sus dobleces; quienes no lo respetaban por su alteza de miras lo despreciaban por su bajeza.

Eclipsado a lo largo de muchos años por el verbo fogoso de Nardone y por el cáustico sentido del humor de Doolittle, el doctor del Rob, cuando por fin eclosionó, demostró ser un vocero del agro más atinado que sus predecesores, más serio y que manejaba con destreza las cifras; no por nada era doctor en economía. Por lo demás, Nardone tenía antecedentes radicales que jamás se le habían perdonado, ni siquiera cuando con sus votos el Partido Blanco se izó al poder tras un siglo entero de ostracismo. Doolittle tenía un defecto aún más grave: era colorado, en un país donde el 80 por ciento de los estancieros era blanco. El doctor del Rob era de un blanco impoluto, aunque siempre se negó a intervenir en política activa. Los ministros y los presidentes, fueran del partido que fueran, leían atentamente sus martres y lo escuchaban entre la reverencia y el miedo cuando, todos los años, clausuraba la semana rural (una feria de venta de sementales y vacas paridoras) con un discurso. Para él el agro eran los cuatrocientos afortunados que tenían estancia. ‘Dícese quinta a la propiedad rural que no excede las cinco mil cuabras; dícese indistintamente barraca o estanzuela, según críen ovinos o vacunos, a las propiedades que no llegan a las quince mil cuabras de extensión; dícese estancia a las pocas de mayores dimensiones’, distingue S. Pir en *Una república bien repartida*.

No obstante lo antedicho, la verdadera dimensión del poder de los del Rob lo representaba el hermano menor del doctor Manuel Eleuterio; el menor, de hecho, de los tres varones, ya que Manuel, el padre de Lerena, era el segundo; se trataba, el tercero, de Ramiro, un cura, que en 1963 fue designado obispo de la importante diócesis de Melgarejo, y en 1973 cardenal (el 2º que se nombraba en nuestro país después del fenecido, 1958, monseñor La-prehenderebeherre).

Basta una pincelada para dar testimonio del poder de monseñor del Rob. En 1981, al cierre de la semana rural, su hermano el doctor pronunció un inesperado y explosivo discurso en el que señaló que el creciente presupuesto del ejército estaba dañando, de manera irreparable, el destino del agro.

‘(Los soldados)Necesitan plata para pagarse sus altísimos salarios de tiempo de guerra y conmoción social, situaciones que se dieron pero ya no se dan; ¿a dónde recurren para munirse del suficiente dinero? Al agro, señores, al que recargan con injustificables y codiciosos aranceles. Por media res en canal que se exporta, el exportador percibe cuatro dólares, mientras que el estado, es decir el presupuesto del ministerio de Defensa, se apodera de veintisiete. Así, me pregunto, ¿a dónde vamos a parar?’

Estaban presentes en el acto el presidente de la república, general Gregorio Uruguay Ventura, y una docena más de uniformados, todos ellos doblegados de entorchados. El doctor del Rob fue detenido y encalabozado no bien bajó de la tribuna de oradores. Bastó una agria llamada de tres minutos de su hermano el monseñor, a la mañana siguiente, para que lo dejaran en libertad.

25)

Con aquella gente airada tenía que enfrentarse Sabio Ayala por un rato de escurridizo placer en la hondura de un jardín, bajo esporádicas estrellas.

-La muy p... me decía que no, Ay que no, Ay que me duele, Ay no tan adentro, Ay echa ese asco lejos, que me mancha el tisú, Ay no se te ocurra echármelo dentro, Ay despacito, Ay no, Ay mejor que la saques; así todo el rato hasta que acabé. Fiuuu –Sabio se pasaba una mano descarnada y en jirones por la sudada frente fría- ¿Y además cómo sé que es mío? Virgen virgen, virgen matasellada y juramentada no era, Miguel, te lo aseguro. Yo me salpiqué, es verdad, el pantalón, con unas gotititas de sangre, que habría que buscar con lupa para encontrarlas. Un pantalón blanco nuevito, porque Ay,

si tienes saaaaangre, mi saaaaangre; si te ven así Dios mío, lo que pensarán de mí. Nos vieron salir juntos; ay Dios, ay Virgencita, bajad y socorredme. Y si se entera Jocko te mata; va armado, bien se sabe; una Bofors Parabellum de calibre punto 38 que dispara balas de 9 eme eme; Ay, me disgustaría horrores que te mataran sólo por violarme. Por violarla, Miguel, la muy remaldita zorra relamida, que me fregaba la pija con la tibia manecita mientras bailábamos y me pasaba la lengua, húmeda y vibrátil, de punta, en palo, de lado, con torniquete, por el cogote y la nuca. Me dijo que saliéramos al jardín que Coger no, pero que me la chuparía, y después, cuando hubimos salido, Ay que estéeee, que me da asco, Joaquín, y se me agarraba de la melena mientras yo le bajaba el calzón. Se lo hubiera podido subir, digo yo, y no hubiera pasado esto. ¿Cómo sé que en cuanto yo me marché no fue Mengano o Zutano y se la cogió allí mismo? ¿Cómo diablos puedo saber que es mío? ¿Y qué hago con Ágatha, madre mía? Yo quiero a esa gurisa; será medio lela y la desvirgó el hijo de mala madre de Negro Fein pero la quiero, me he acostumbrado a ella, a esa vocecita aguda con la que sólo pronuncia idioteces. Amo sus defectos, Miguel, amo sus virtudes, si las tiene, la amo. Y ahora estos del Rob quieren que me case con Lerena. ¿Te imaginas tú de convivencia tres días con una nena como Lerena?

-Lo que no entiendo, si el niño no es tuyo, es por qué te eligieron a ti. ¿Porque eres rico? ¿Porque un espléndido futuro se abre ante tus ojos? ¿Porque eres abogado, notario, estanciero? ¿Porque Lerena del Rob está tan perdidamente enamorada de ti que se dejó meter un hijo por otro para casarse contigo? El niño es tuyo, Sabio. Tu prosapia, por otro lado, estará bien, supongo, sin duda, pero no es ni minga en comparación con la de ella. ¿Lerena de cuánto está?

-Hablaron conmigo esta noche el doctor y su mujer, Miguel. Me dijeron, los dientes les rechinaban, que me acogerían gustosos en el seno de la familia,

pero que yo tenía que prometerme ipso facto con Lerena y, después de un lapso prudencial de tres meses; un casorio discreto, por juzgado, y luna de miel en Bariloche, pagada por los del Rob, hasta que se acerque la fecha. Entonces, un parto en Santiago de Chile; ellos lo llamaron ‘alumbramiento’, expresión que me j... y me revienta de manera especial, horrible, porque yo estaba ciego, tenía que estarlo; ¿alumbrar qué? Ojalá naciera un repollo, súbdito de Allende, ese repugnante filobolchevique al que Jocko clavó en foto en un árbol del jardín para dispararle dardos y chumbos con sus amigos. O acepto eso, compromiso, boda, Bariloche, Santiago, el repollo, o dispongo de mi alma y me preparo para el día en que un tiro del animal de Jocko siegue mi vida; y Jocko bien sé que es hartito capaz de pegármelo, aunque creo que aún no le han dicho nada. O eso, Miguel, luna de miel, etc, o por lo menos la cárcel.

-¿Por qué la cárcel?

-Porque a la nena le faltaban tres días, Miguel; a esa furcia tiquismiquis le faltaban, la noche de autos, tres días para cumplir 18 años. Tres remalditos días. Eso es para mí la cárcel sin remedio. Con la influencia que tienen los del Rob, sumada a la de los Arzuaga, me mandan por lo menos a Sing Sing.

-Sing Sing es para criminales yankis, o que haya cometido su crimen en América.

-Pues a Ushuaia. Imagínate, dos añitos en el Manga como preventivo, mientras se entabla y dilucida el juicio, y después siete u ocho en Punta Bueyes, como recluso, yo, Joaquín Ayala, como presidiario; yo, que jamás me he metido en problemas, que cruzo la calle por los cebrales y me limpio de barro los pies antes de entrar en el Jockey Club. Para no ir de preventivo al Manga hay que pagar una fianza, en un caso como el mío, de dos millones de pesos; y pagar al abogado, porque si se paga fianza no se puede solicitar abogado de oficio, graterola. Papá bailará de alegría, si es que le quedan

arrestos: una hija del doctor del Rob, vaya lujazo. Lo tuyo con Clarita Aros-tegui es de segunda división, Miguel; y mamá hará colgar ramos de flores de los balcones, ya lo verás. Y Lerena irá a tomar el té a nuestra casa y su barriga crecerá día tras día.

Sabio se calló; murmuraba sonidos inconexos. Los Arzuaga, la familia materna de Lerena, eran estancieros ricos, y propietarios de arrozales y arroceras cerca de la frontera sur con Brasil. Un tío carnal de Lerena, Cocho Arzuaga, había sido campeón de ping pong, y Malena Arzuaga, creo que hija de Cocho, o quizá de su hermano Rolo, había salido una vez cubierta con un mantón de Manila, en el Cuerno Chico, y al llegar a la Plaza de la Fuente de Piedra, se lo había quitado; no llevaba nada debajo; nada puesto, excepto unas botas de media caña.

-¿Qué le digo a Ágatha –volvía a quejarse y lamentarse Sabio-, cómo hago? Dios, Patria, Familia y Propiedad, ¿no? Ése es el réclame, palabra más palabra menos. Me voy a convertir en un acérrimo defensor del orden constituido; al fin y al cabo los Ayala somos una familia de postín, con abolengo, aunque papá tenga un empleúcho en el Municipio y tío Gabriel venda lotería clandestina. ¿Me harías un favor, Miguel?

-De mil amores.

-Pues ve y busca a Jocko del Rob; cuando lo encuentres le buscas camorra, basta con decir a sus oídos que te c... en Dios o que la Virgen era la querida de San Borombón y el tipo se te viene al humo; está muy sensibilizado desde que lo pusieron en el Directorio de la Guardia ésa. Lo bajas a la playa o lo llevas a una plaza, le das una viaba y le afanas la Bofors Parabellum; fíjate que esté cargada y acuérdate de quitarle el seguro.

-¿Y?

-Y yo te espero aquí. Vienes, no necesitas ni asomarte, me apuntas a la cabeza por la ventana y disparas tres o cuatro veces. Asunto arreglado.

26)

No había asunto ninguno que arreglar. Sabio se casó con Lerena del Rob cuatro o cinco meses después, cuando ya era hartó evidente que ella estaba en ese estado que llaman de buena esperanza, como el cabo africano. La joven pareja se fue a Bariloche y en junio de 1971 nació, en Chile, un niño de 3.400, al que pusieron Andrés Miguel, esto 2º en mi honor. Lerena, como ya he dicho, a lo que yo apenas conocía antes de la boda y del noviazgo relámpago, depositó en mí una fe más bien cándida y, ¿por qué no?, bastante conmovedora.

-Cuando Miguel sale contigo respiro –me dijo una vez-. Sé que por lo menos lleva buena compañía.

En 1976, cuando me largué de Nacimiento, seguían casados. Habían tenido un segundo hijo, una niña, a la que pusieron Lucía Orfila. El matrimonio no fue un éxito absoluto pero estuvo cerca, ya que duró cerca de una década.

27)

En Barcelona, viajamos, rumbo a mi hotel, en un auto de segunda mano que Pirincho había comprado en Holanda por unos veinticinco dólares, lo que hacía que valiera la pena el gasto del viaje de ambos en tren hasta Ámsterdam; allí, según me explicaron, existe el mercado de vehículos de segunda mano más grande del mundo.

-Hay decenas, centenares de empresas que venden autos usados –me dijo él; conducía de manera nerviosa, con frenazos bruscos y arrancadas súbitas; le daba a la bocina de manera rabiosa al menor incidente que le bloqueara o demorara el camino y les gritaba a los otros conductores por la ventanilla; también les hacía ademanes obscenos con los dedos-. Muchas de esas empresas tengo entendido que son ilegales, o clandestinas, pero ahí están, a cielo abierto, con centenares, con miles de automóviles de toda clase alineados. Éste nos costó unos veintitantos dólares, más el precio de dos billetes

en segunda de aquí a París y de allí a Bruselas y después a Ámsterdam. Hay un tren rápido que va de París a Ámsterdam pero cuesta el doble, y a nosotros si algo nos sobraba era tiempo; y si algo nos faltaba era dinero; ‘guita’, como dicen por allá –hablaba en inglés, con fuerte acento y giros españoles, en beneficio de la beldad negra que iba con nosotros-. Nos pasábamos las horas de espera en los bancos de los andenes. Si ésta –señaló a Lalianka, que se había acurrucado en un rincón del asiento de atrás, con el pulgar, por encima de un hombro; tanto el ademán como el seco pronombre pueden quizá sonar desdeñosos por escrito; no lo fueron, en ningún sentido, de palabra oída; yo notaba, con una callada, resignada, acaso inevitable envidia, que los dos muchachos se gustaban, acaso se quisieran; había un vínculo estrecho entre ellos, cuyo nudo, yo lo sabía, era el deseo, la carne ansiosa, saciada y ansiosa de nuevo para saciarse otra vez; una relación de la que yo hacía mucho que me sentía privado, como una larga manquedad-. Si ésta –repitió Pirincho- se alejaba de mí tres pasos, ipso facto se aparecía algún cretino a decirle groserías o hacerle ofertas o tratar de manosearla.

-Una vez Andy noqueó a uno, en Peterborough.

-En Londres –la volvió a corregir el muchacho-. Peterborough es parte de Londres, Lali, nena.

-Andy cree que Londres es el centro de la galaxia, y New York el centro del universo.

-Sólo una vez he estado en Nueva York, y apenas veinte días, pero Londres me gustaba, carajo –dijo él, entre bocinazos-. Nos tuvimos que ir –le hablaba a ella, pero para que lo oyera yo- por los malditos prejuicios de tus padres, profesional liberal tu viejo y mujer de negocios tu mamá. No nos dejaban en paz. La llamaban a ésta diecisiete veces al día –ahora me hablaba directamente a mí-. Se aparecían por nuestro ático sin avisar, cada dos por tres, a cualquier hora del día o de la noche; le decían a Lali en mi cara que

lo mejor para ella era volverse con ellos y que yo me tirara al mar. Malditos negros arrogantes y presumidos; eran esclavos hace cuatro días.

Lalianka, en su rincón, emitió una risita cálida y sedena, cuyo aliento, que acaso yo imaginé, me erizó la nuca.

28)

Ya en mi hotel, me di el gustazo de invitarlos a almorzar. Veríamos a Marisa, les aseguré, más tarde. Mientras tanto, a lo largo del almuerzo, ellos podrían explicarme, si lo deseaban, por qué querían ver a Marisa, y por qué habían supuesto de mí que yo iba a espiarlos por mandato de quien fuera. -Tu recibimiento, tan ofuscado, tan evidentemente hostil –le dije a Pirincho-, me sorprendió. No esperaba efusiones, ya que, de hecho, no nos conocemos, pero tampoco que me recibieras de esa forma. Al fin y a la postre soy muy amigo de tu viejo. ¿Qué edad tenías en el 76?

-Siete –contestó de inmediato Pirincho-. Es decir –se corrigió-: seis o siete. Nací en noviembre del 69.

-Y me reconociste.

-Usted a mí no, es claro –Pirincho tenía una sonrisa ingenua, que parecía abierta, natural; guardaba sin embargo un fondo de reserva.

-¿Cómo me reconociste? ¿Sólo porque te acordabas? Tu padre no pudo ponerte sobre aviso de mi llegada, ya que le escribí ayer y puse la carta hoy, antes de subirme al avión.

-Me acordaba, puede –vaciló Pirincho-. Fue mamá –dijo a continuación, después de pensárselo unos instantes-. Mamá estuvo a verme, no sé si usted lo sabrá, en Londres, hace...-se interrumpió-. Hacia las Navidades –puntualizó-. Y no le hizo maldita la gracia ver que yo compartía mi apartamento y mi vida con una negra.

29)

Estábamos en la cafetería misma del hotel, donde ellos me habían esperado mientras yo subía a mi habitación, en la tercera planta, me duchaba y me cambiaba de ropa; pensé pedir una llamada, persona a persona, con Sabio, en Montevideo, para informarle que estaba con su hijo, pero cambié de idea. Sabio en ningún momento, ni por carta ni por teléfono, me había dicho que Lerena había visitado a Pirincho hacía tan poco. Preferí, de todos modos, no mostrar asombro ni hacer preguntas. El muchacho parecía de los que se sulfuran con el menor desliz, de modo que yo jugaría con las cartas bien apretadas, por lo menos de momento.

Los llevé a un restaurante que se llamaba Cava d'Antoni, en un sótano lúgubre del llamado, según me informaron ellos, Barrio Gótico.

-El verdadero barrio gótico –me dijo Pirincho-. Donde paramos nosotros es en el Barrio Chino.

Hablamos de infinidad de cosas y, al final, Pirincho, entre vaivenes, a media tinta, si no de mala gana con indudable reticencia, me dijo la razón por la que quería ver y hablar con Marisa del Vayo.

-Porque tengo entendido que es prima de Chino Balcárcel –dijo-. Y para nadie es un secreto que Chino se ha casado con esa modelo, la que llamaban la chica de la escalera.

-Gia Montecattini –intervino Lalianka.

-Esa misma –dijo Pirincho-. Todo el mundo dice que Chino es piola, buen tipo, capaz de echarle un cable si uno lo necesita. Mire usted a esa hembra que tiene a su lado y dígame si tiene algo que envidiarle a la Montecattini o a quien quiera que sea.

-¿Y qué?

-Pretendo pedirle a Chino, o, mejor dicho, a su mujer, que le eche una mano a Lalianka. No se piense que lo hago por mí, para sentarme a disfrutar mientras caen los billetes. ¿A usted quién le dice? Es más que probable que

Lali, dentro de tres horas, tres días, tres semanas o tres meses ni se acuerde de mí. Lo hago por ella, señor Bardaracci –el muchacho, algo beodo, se puso solemne; también le crecía un pálido rubor-, porque la amo.

30)

Al otro día fuimos a ver a Marisa del Vayo. Clarita Arostegui estaba allí, más entrada en carnes, aunque lejos de ser una mujer gorda, con algo de papada y arruguitas en las comisuras de la boca, pero sus maravillosos ojos glaucos me miraron, tras el inicial asombro, con la misma ingenua malicia o pícara candidez con que me habían mirado hacía un cuarto de siglo. Fuimos juntos al cine, esa noche, y después a un restaurante y a una confitería, donde hablamos de mil cosas, entre ellas de Chino y su nueva, bellísima mujer. -No creo que eso dure –dijo Clarita-. Diego, el pobre, es demasiado bueno para esa arpía.

-¿Cómo sabes que es una arpía?

-Me lo dice algo aquí –se rozó el pecho izquierdo, más voluminoso de lo que yo recordaba.

Nos casamos, después de muchas dudas e idas y venidas, un año y medio después. Han pasado más de diez y seguimos casados. Clarita es abuela. Chino y su mujer hablaron conmigo, con Andy y Lalianka; ella es ahora una estrella de la moda y las pasarelas, una top model, como las llaman, no tan celebrada y cotizada como la celeberrima mujer de Chino, ya retirada, valga anunciarlo, y que siguen juntos, padres de dos niños, cuando escribo estas líneas, pero que fue una de las varias que la sucedieron cuando ella, Gia Montecatini, dejó el oficio: ella fue siempre, a lo largo de ocho o diez años, la inevitable número uno.

En cuanto a Andy Ayala, Lalianka y él se casaron, antes que el niño naciera, y hoy están separados pero, según me informó ella, a la que vi en París, se siguen llevando de lo más bien.

-No hubiera sido lo mismo de haber seguido juntos –me aclaró la todavía hermosa negra-. Hubiéramos terminado mal, muy mal, si no cortamos y cada cual por su lado.

Hablaba un español perfecto, dicho sea.

31)

Clarita y yo vivimos en Madrid, donde aún estudia la hija (única) de su segundo marido; la chica, nacida en 1985, cumplió el pasado agosto 21 años. De los tres hijos de su primer matrimonio, los dos mayores, los varones, se casaron. El mayor, Gerardo, Jerry, sigue casado, desde 1996, con Elvira Solanz Ferber; viven en Buenos Ayres y tienen una pequeña propiedad en Menorca, que visitan casi todos los años. En ocasiones, pasan a ver a su madre, antes en Roma y desde hace unos años en Madrid. Le llevan a sus dos únicos nietos, y en ocasiones se los dejan un día o una semana. Los niños, nena y nene, sucesivamente, son de 1998 y del 2001. A mí el mayor me llama Chambón, sin duda por enseñanza de su padre, que es un psiquiatra exitoso, un tipo pedante y demasiado seguro de sí mismo que una vez me dijo, con acento de dictamen facultativo, que, después de haberme observado en numerosas ocasiones, y estudiado mi conducta y escuchado las enrevesadas anécdotas de juventud que a veces cuento, en su opinión, yo padezco de delirio esquizo-umbilical, que es una deformación del Super Yo vinculada a frustraciones de placenta y de lactancia que puede generar tendencias suicidas y/o violentas, aunque por regla general sus consecuencias se reducen a una epigonal manía onanista, tanto física como intelectual sin graves consecuencias para nadie. Sonreía mientras me hablaba, los dos rigurosamente a solas, como él me había pedido, y golpeteaba en una rodilla con sus elegantes gafas cuadrangulares, alargadas, de cristales biosintéticos que se graduaban del transparente al morado según la incidencia de la luz. Vestía un traje caro, hecho a su medida, con anchas solapas y cuatro botones, de los que

sólo llevaba abrochado el de más abajo. Su corbata, pintada a mano, de nudo generoso, terminaba en punta justo contra su cinturón. Sus zapatos (tenía las piernas cruzadas en cuadrado) eran unos mocasines color burdeos con tachuelitas doradas, en dos filas convergentes, a lo largo del empeine. Tenía una cara alargada, flaca, chupada en los pómulos, y ojos, celeste pálido, que hacía parpadear mucho; no era muy alto y ya estaba criando una tripita que le debía disgustar muchísimo.

-Mira, Migue –me dijo-, trata de no descargar tu resentido furor en mamá. Sólo eso. La tocas, imagínate, y vas al Opia, o como los llamen aquí.

-¿Qué es el Opia? –le pregunté, intrigado

-Son Oficinas Para Inmovilizar Alienados. Son un invento fenómeno del doctor Socchi, que desparramó medio centenar en Buenos Ayres. Ahí los alienados, los violentos, los esquizo paranoides y esquizo umbilicales cumplen tareas administrativas que le alivian el presupuesto al gobierno. Aquí no hay; los europeos se han quedado mishé en cuestión de Alta Psiquiatría. Siguen prendidos de las ubres ubérrimas de Freud, pero ni siquiera han visionado lo más elemental de las técnicas audio/vídeo de Escalante, Paramura y el propio Socchi, para citarte tres nombres entre mil. El mío mismo no lo incluyo por modestia.

-Flor de modestia la tuya. ¿Y si se me ocurre ponerme violento contigo qué? ¿Me mandas a la Opia, que aquí no hay?

-Sosiégate, Migue. Me preocupa mamá, que convive con un maniaco depresivo, con un esquizo umbilical, con un acomplejado de tanez. Tienes que lecturar el opúsculo *La tanez se terminó*, del doctor Fábregas Scott; yo mismo te lo enviaré by e mail, si me prometes leerlo. Así, quizá, por lo menos esa horrible faceta de tu personalidad menguaría; que desaparezca, a tus años, es imposible, a no ser que te sometas a tratamiento con un psiquiatra especializado en la materia. En Bi Ei, te diré, los criollos de prosapia hispá-

nica ya no les hacemos ascos a los tanos. Costó introducir el concepto entre las masas, pero la tevé, y sobre todo el vídeo/audio on line han ayudado lo suyo.

-Yo nunca le he tocado un pelo a tu mamá, sexo y caricias al margen, aunque no tendría inconveniente en retorcerte el gañote a ti.

-Mi mujer, que estudió con Varela Prunitti y la monitorizó el doctor anglófono Xien Phu Lu, confesaré que no coincide conmigo. Piensa que eres inofensivo; un tipo sin ningún interés para la Alta Psiquiatría, pero es claro, ella está libre de la ligazón úteromamoanal que une al niño, y luego al hombre, inclusive al senecto, con su madre biológica.

-¿Úteromamoanal? –me sobresalté.

-Es elemental, querido Watson, digo Migue –Jerry sonrió finito; una sonrisa acorde con sus gafas, su corbata, su camisa a rayitas celestes y amarillas, sus zapatos, su cabeza picuda, peinada al sesgo, con el fleco de pelo castaño que le colgaba en ángulo obtuso en un costado de la frente, rayando sus magras y escuálidas cejas, muy rectas-. Nos paren por el útero, nos alimentan con sus glándulas mamarias, y cuando nos bañan, de lactantes, nos secan el culito con el dedo.

-Tú, por lo menos, eres maricón –le dije, de súbito furioso.

-Son hechos estadísticamente comprobados.

-Eso será en Bi Ei, donde ahora entiendo por qué son todos medio maricas. No en Nacimiento.

Yo no me creía lo que decía; me enfurecía, sobre todo, el maldito complejo de pueblerinos que tenemos los nacimentinos frente a Buenos Ayres, que es algo que se mama y nunca se cura.

Jerry no cejaba de sonreír finito; tampoco de golpetearse la elegante rodilla, recubierta con el paño gris azulado de sus pantalones, con las gafas.

-Le haces el menor daño a mamá y te cae encima, con todo su peso, la Ese Pe Pe Pe Be A, y entonces te quiero ver.

-¿Qué es la Ese Pe Pe que has mencionado?

-La sociedad –desgranó Jerry, de forma lenta y orgullosa- de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas de Buenos Ayres. Soy su subsecretario perpetuo.

-¿Perpetuo por qué?

-Ingenuo de ti, Migue. Para que el hombre con mando funcione como es debido, tiene que sentirse irremplazable, un dictador. Para las elecciones de marzo del año próximo aspiro a secretario perpetuo. Las elecciones son, lógicamente, bienales.

-¿Por qué no anuales, trienales o quinquenales?

-Eres la ignorancia personificada, Migue. El bienio es el plazo tópico para ejercer poder. Fue, modestia aparte, la Ese Pe Pe Pe Be A la que consiguió reducir a cuatroños los larguísimo mandatos presidenciales que se estilaban en la lejana tierra mía, como no ignorarás que dice el tango. Aspiramos a que en un futuro no lejano lo reduzcan a dos, el perfecto bienio dictatorial.

-Estás hecho un porteño de toda la vida, Jerry. ¿Se te ha olvidado que naciste en Nacimiento?

-Soy plenamente conciente del hecho, por desgracia. El profesor Liddern, Orestes, por supuesto, no Mario, me somete a tratamiento audio/video ciclomotor y pesas para nulificar esa tara de origen.

Rescato esto de nuestra última charla.

Emilio, el segundo varón, que se casó en 1993, a los diecinueve años, con Lalina Legros, última hija de Madelón Santos Triay, que tuvo en sus días el más glorioso trasero de Montevideo, se divorció a los 20, por de contado sin descendencia. No es tan atroz como Jerry pero no le va demasiado a la zaga. Es músico, según él afirma. Compone canciones y las letrifica. Una vez

le grabaron un puñado y se las editaron, en Nacimiento. Vino a Europa a triunfar, en el 96. Era (es) un grandullón mugriento, con las uñas renegridas larguísimas, sobre todo la del índice de la mano derecha; baste con eso. Por supuesto no triunfó y vive de sablear a su madre a larga distancia, vía Internet. Yo finjo que no me entero. Anduvo por Viena y Londres y ahora (creo) está en París. A pesar de su repugnante aspecto y de su tosca inteligencia, tiene un cierto éxito entre las mujeres, en concreto jovencitas cochambrosas que acaso podrían ser lindas si les importara; las más llevan aros de bronce bajo la piel, se peinan con crestas de gallina lacadas de colores muy vivos, sea el azul sea el naranja o el amarillo o verde.

Fabiana, la última de los tres del primer matrimonio, es una delicia y vive con nosotros, como su medio hermana Mónica Gisela, a la que le encanta que la llamen por sus dos nombres completos. Cosas veredes. Sólo el imbécil de Jerry me llama Migue; los demás se han decantado por el Miguel.

32)

Hablé, me faltaba decirlo, con Ágatha, cuando Sabio ya llevaba cerca de un año casado con Lerena. Hasta entonces yo había tratado de rehuir un encuentro con Ágatha cara a cara. Fue una estrategia tan cobarde como inútil, porque si algo tiene que ocurrir, bien, ¡paf!, ocurre. Ágatha y yo nos topamos en un recodo de la Galería Central. Yo iba solo, pero a ella la acompañaba Magdalena Reyes, de modo que pensé, creí que, con un saludo al pasar, tal vez con unas palabras intercambiadas allí de pie, bastaría. Nada de eso. Ágatha me asió del codo y me dijo que tenía que hablarme de mi gran amigo, el canalla traidor e hipócrita de Joaquín Ayala. Por lo menos Magdalena, que además era lindísima de mirar, nos acompañó.

A Ágatha ya se le había pasado la llorera inicial, que supongo que la hubo, la frustración, la rabia, todo; también hasta la última pizca de amor por Sabio.

-Hoy por hoy –me puntualizó- me veo con un chico maravilloso, que tú acaso conoces, Pepín Vidal, que jugó al basket ball en Biarritz hasta hace muy poco.

-¿Uno altísimo, flaco, de dientes grandes? Jugaba con Chino.

-Jugó con Chino, como tú lo llamas, y cuando Chino abandonó el club Pepín siguió; y cuando descendieron de categoría, porque sin Chino el cuadrato era, como el mismo Pepín me reconoció, ‘sólo una manga de rejuntados’, Pepín siguió, no como otros, que se fueron a otros clubes. Pepín es unos años mayor que yo pero bastante ingenuo, casi inocente; no sé qué resultará de lo nuestro, pero yo he conseguido enderezar de lo más bien mi vida. Te lo digo para que, cuando veas a tu amigo Joaquín, se lo refieras. Es un ruego que te hago. Él, puf, pasó a la historia; es mi aventura de la página diez, como en esa canción que cantaba aquel argentino de pelo plateado.

-Chico Novarro –intervino Magdalena-. Yo lo conocí personalmente en Atlántida, en un festival. Me lo presentó Diego, que iba a hacerle una entrevista para Canal Seis.

-Mira qué bien –dije yo.

-Mira que nada –dijo Ágatha-. Dile a tu amigo Joaquín que sí, que me hizo sufrir un rato, un poco, pero que un tipo como él, que viola jovencitas entre los arbustos, en fin; fue una suerte librarme.

-Tenías ansias de vengarte, Ágatha, y te entiendo. Le transmitiré punto por punto a Sabio lo que me dijiste; no obstante, hay un punto que tal vez ignores, y que te quiero señalar, aunque supongo que no me creerás. Sabio sigue enamorado de ti.

-Sí, y yo de la momia de Tutankamón. ¡Hazme el favor! Siempre fuiste un muchacho recto, aunque bastante botarate, Miguel; recto, de todos modos. No me vengas con milongas.

-No son milongas.

Estábamos en una confitería que quedaba en la planta alta de la galería, a la que se subía por una escalera mecánica. Ágatha nos había llevado; a mí, como si tuviera miedo de que me escapara, me había tenido asido todo el rato de una manga del pullover. Me soltó sólo cuando nos sentamos. Ellas pidieron sendos té, con diversas y variadas explicaciones en cuanto a marca, clase, temperatura, minutaje de cocción a posteriori, y acompañamiento de escogidas masas y masitas y secos y ásperos scones; yo pedí un whisky, pero allí no servían. El único alcohol que servían era anisette, guindado y oporto dulce. Me decanté por ninguno y pedí un café. El té sería excepcional, pero el café era un aguachirle mal colado, con borra flotando. Bebí dos sorbitos y lo aparté; mordisqueé un scone y me comí un par de masitas, que estaban muy bien.

-Dile a Joaquín que me olvidé de él así –Ágatha chasqueó los dedos-, en tres días. Dile, además, que una noche, en Barlovento, en la terraza baja, lo engañé con Lucho Valdelomar, sobre uno de los bancos de piedra; y que en otra ocasión me fui de meublé con Diego.

-¿Con Chino?

-Ajá –Ágatha asintió-. Pregúntaselo a Maggie, que no me dejará mentir. Magdalena Reyes produjo una risa in crescendo, por partes; primero un apagado sonidito; después de un alto una risita y por último una corta y ferroz risotada.

-Nos llevó a la cama a las dos –dijo.

Yo no sé por qué no le creí. De todos modos nada de aquello pensaba decirle a Sabio y nada le dije.

33)

He dejado para el final, de forma deliberada y puede que tramposa (peor aún: chapucera), un incidente que tuvo lugar un par de meses después de la noche de la ballena. Sé que ocurrió pasados pocos días del 15 de septiembre

de 1968, que era la fecha final del breve período de pases y firmas del basket ball nacimentino. El 15 de septiembre de aquel citado año, por la tarde, un hecho había sacudido los cimientos del deporte nacional, y sus repercusiones llegarían hasta el parlamento. Chino Balcárcel, después de dos temporadas alejado del deporte, firmaba por el club Esparta, uno de los más fuertes y ricos del basket, estrictamente amateur, de Nacimiento. Chino había aprovechado que Biarritz, sin su concurso, sólo había aguantado dos temporadas en Primera División antes que se lo tragara el pozo de la Segunda. Esto, según los arcaicos reglamentos del basket ball nacional de entonces, dejaba en libertad a Chino para firmar por el club que quisiera.

Chino había abandonado la práctica del basket a la temprana edad de 24 años escasos, después del tricampeonato al que llevó a Biarritz, y había declarado, de forma tan rotunda como taxativa, que nada lo haría volver, nunca, bajo cualesquiera circunstancias, a la práctica activa de este deporte. Se negó a dar razón ninguna para sustentar su temprano, repentino e inesperado abandono. Se habló mucho en la prensa de esta retirada, sobre todo porque, según la opinión de Píramo Gabriel Guayt, el más reconocido especialista nacional en la materia, con la retirada de Balcárcel, sumada a la que había sufrido un año antes en la figura del jugador Geldrupp, el potencial de la selección nacional podía quedar irremediablemente mermado, y de ser los campeones del mundo en 1965 y medalla de plata en la olimpiada de Tokio en 1964, ‘con los actuales mimbres’ (sic), a la selección le costaría un gran esfuerzo tan sólo clasificarse para la olimpiada de México de 1968; por cierto, cayó eliminada.

En febrero de 1967, medio año después de haberse retirado, Chino Balcárcel dejó de pertenecer, por medio de un telegrama colacionado, a la plantilla del agónico *Intransigente*. En abril se desvaneció; nadie parecía saber dónde paraba. Se habló sobre todo de Buenos Ayres, hasta que el matutino *La*

Tribuna Popular, del Partido Comunista, informó que a Chino Balcárcel le habían sido retirados tanto el carnet de identidad como el pasaporte; o séase que seguía en Uruguay. Hacia mitad de año se divulgó que estaba en Benbow, una localidad cercana al Brasil, fundada en el siglo XIX por los ingleses que tendieron las líneas ferroviarias nacionales, donde se dedicaba a dar clases de inglés en un liceo. Por esa misma época se supo que la familia Osorno lo había acusado de enajenación deliberada de cariño y de abuso de confianza en la persona de María Emilia Carvaillat Ortiz de Urbino, unida legalmente en matrimonio con Gualberto Osorno Moura. Según corrió la voz, la bella e hipensensible Emmy Carvaillat se escapaba con frecuencia de lecho y techo conyugales para ir a refugiarse en el que mucha prensa calificaba de ‘tristemente célebre’ sótano de la calle Curuguatá al 1300, donde era público y notorio que vivía Chino Balcárcel. El padre de Gualberto, el potentado don Eleuterio Osorno, movió todas sus influencias, que eran muchas, para que el peso de la ley cayera sobre aquel destructor de hogares, como se llamaba a Chino; pero quienes mejor conocían el affaire, como Marisa del Vayo, sabían que la instigadora de la campaña contra Chino era la madre de Gualberto, la feroz y vengativa ex libertina Teresa Moura, cuyo origen patricio había aupado a su marido para que incrustara su pesada y blanda anatomía entre las espigadas y esbeltas siluetas de la gente de la buena sociedad, que a sus espaldas, no obstante, era despiadada con su mal disimulada calvicie y con el torpe bisoñé con que pretendía después ocultarla, con su crasa piel de gruesos poros, su abdomen, su escasa cultura, su malhadada y traicionera dicción, que le impedía pronunciar correctamente palabras como ‘himno’ o ‘concepto’, e infinidad de pequeñeces más, todo lo cual, sin duda, aliviaba a los altivos pobretones que se rozaban con el richachón, la envidia con que miraban su Cadillac con chauffeur, cambiado por uno nuevo todos los años, las opulentas y sensuales secretarias que iban

y venían por sus oficinas, por lo general importadas de Buenos Ayres e inclusive de Europa, y su stud con 6 purasangre campeones, uno de los cuales había ganado el Corrales y otro dos de los tres premios de la Triple Corona; uno de ellos, Alcahuete, se había partido uno de sus delicados remos delanteros cuando estaba a menos de 200 largos de ganar nada menos que el gran premio Carlos Pellegrini; toda la prensa uruguaya lloró aquella desgracia, pero en Carrasco y en el Barrio de la Luna, e inclusive en Los Pocitos, que don Eleuterio apenas si pisaba, se vieron más que muchas sonrisas más o menos solapadas.

34)

De resultas de aquella madeja de circunstancias ingobernables, Chino había sido encausado y, después de un somero juicio en el que hizo acto de ausencia, condenado a extrañamiento; según el dictamen del juez no podía acercarse a menos de 48 leguas portuguesas del lugar de residencia de Gualberto Osorno y su mujer. Un motivo, pues, había, para su retirada precipitada, y el Chino lo conocía y se lo había callado. Para quien lo conociera, su silencio no era de extrañar; estaría furioso, anonadado, incapaz de hacer nada. Que nunca se hubiera acostado con ella, como Emmy declaró, no fue tenido en consideración; y aunque así hubiera sido, ponderaba el juez, se trataba de una circunstancia de relieve menor, tan sólo concomitante y no esencial en derecho. Lo que contaba eran las repetidas fugas de Emmy, que siempre iban a parar al mismo sitio: Curuguatá al 1300.

El juez encargado del caso, para peor, era Luis Andrés di Candro, un hombre respetado e inclusive celebrado por su rectitud, su lenidad, su sentido del humor, su bonhomía y su honestidad sin tacha. El juez, digámoslo, había encontrado una ocasión pintiparada para hacer escarmiento y dar ejemplo, por lo que no dudó en enfocar todas sus baterías contra Chino.

El juez había desempolvado una vetusta y olvidada ley, creada por decreto, y sólo para fines políticos, aunque esto, claro está, no constara; una ley, en resumidas cuentas, que se les había pasado por alto, para caducarla, a los miembros de sucesivas asambleas constituyentes, entre 1895 y 1942; la última era, en los años sesenta, la vigente. En los cuarenta, el país volvía, con ese repetitivo y ensañado entusiasmo que no enseña nada, a las prácticas democráticas, luego de 8 oscuros años de dictadura.

Era el año mismo en que Chino nacía.

El juez di Candro hurgó, físgoneó, se llenó las manos de polvo y rasguños y se cubrió su cabellera de telarañas en sótanos de juzgado y depósitos polvorientos de tribunales hasta que encontró, no sólo la olvidada ley sino los preceptivos precedentes que indicaban que había sido aplicada por lo menos 3 veces desde que había sido promulgada; en caso contrario, dado el tiempo transcurrido, hubiera sido derogada de forma automática.

La ley había sido promulgada, en efecto, por decreto presidencial en 1853, y había sido aplicada en 4 ocasiones, siempre por jueces de primera instancia en lo penal. Di Candro era juez de primera instancia en lo penal, lo que lo facultaba, ipso facto, para aplicar la ley por quinta vez.

La ley se había aplicado por vez 1ª en 1853, a los pocos días de haber sido decretada y transmitida al Congreso, contra las personas de Ricardo Meléndez y Sierra, Ignacio Solalinde de Castro y Juan Antonio Blecua Cortijolar. El presidente (dictador, que mantenía un congreso de ficción) era el aún flamante general Fulgencio Benavídez. Por 2ª vez se había aplicado la ley en 1864, contra la persona del general Fulgencio Benavídez Basterrechea; el presidente era Juan Antonio Blecua, que había apartado de su sitio, semanas antes, a su aliado, cuñado y amigo personal Ignacio Solalinde, sobre quien se aplicó, por 3ª vez, la ley de extrañación en 1867. El presidente (dictador, que en esta ocasión ni se había tomado el trabajo de designar un

congreso de ficción) era el general Benavídez. Por 4ª y última vez la ley se aplicó en 1881, cuando el dictador Máximo Behetría libró del cadalso, mediante esta fórmula, al escritor, polemista y diplomático Alejandro Blecua y Solalinde, hijo, respectivamente, y sobrino, de los dos presidentes que habían llevado sus dos apellidos.

El 5º extrañado, pues, más de 85 años después del último precedente, fue Diego Balcárcel Massini, a quien di Candro, conviene tenerlo presente, en una conferencia celebrada en el Paraninfo de la Universidad en octubre de 1965, había conferido el grado de ‘elemento pernicioso y disruptivo, quien, por su carácter violento, su forma de vida asaz relajada y su popularidad, y, según he recabado, una indudable simpatía personal que a menudo acompaña a esta clase de individuos de temperamento acrático y rebelde, de tendencias psicopáticas, para emplear un lenguaje moderno, se ha convertido para muchos jóvenes en un modelo a imitar. Esto, por desgracia, debe servir de alarma para la buena concordia de las familias y para la cohesión de las distintas clases que configuran, orgánicamente, nuestra sociedad’ ‘Su actividad (añadió después), por lo que se refleja en la prensa y por lo que yo me he tomado la molestia de indagar, da en concebirle como un joven inestable, de tendencias anarquistas y disolventes. Es un vocero desvergonzado y contumaz del más desenfrenado y peligroso *laissez faire, laissez passer*; baste para ello traer a colación, con el comprensible desagrado del hablante, como indudablemente de su digno locutorio, una declaración que este revolucionario de boudoir hizo en el semanario *Trinchera* en marzo del presente año; dice: ‘No hay que confundir la mera libertad, que nos otorgan, con el verdadero libertinaje, que debemos ganarnos por nosotros mismos, no como migajas caídas del plato de sopa boba de los ricos y los biempensantes’. ‘La democracia’, dijo el juez como cierre de su conferencia, ‘es un libre consenso de voluntades. ¿Puede una democracia eliminar físicamente a un elemen-

to nocivo, acaso más dañino y pernicioso para la sociedad que el más empedernido e irredimible criminal, pero que no ha cometido, a ojos de la ley, al menos que se sepa, delitos punibles, con el apartamiento del resto de nosotros? Obviamente que no; puede sí, y debe, para defender su esencia y su estilo de vida tradicional, sustentado en valores reconocidos por todos, combatirlo con todas las armas que la tradición y la civilización han puesto en nuestras manos. Los griegos, recordadlo, aplicaban el ostracismo, un antipático, quizá, pero eficaz remedio de poner coto a desmanes y agravios que la polis no podía consentir sin riesgo de quebrantarse’.

Emmy se suicidó en octubre de 1967, y Chino volvió a Nacimiento poco después.

35)

Recordemos que Carolo Duhalde tomó varias fotos de la ballena, varada o despistada, o sencillamente curiosa o cansada, con una máquina según él de origen israelí, que funcionaba con rayos infrarrojos.

Yo me había vuelto a Nacimiento y me había olvidado por completo de aquella extravagancia teatral, tan característica., por cierto, de un tipo como Carolo, que siempre ha vivido de las alharacas y del caradurismo. De modo que no me enteré de nada hasta pasados un par de meses.

Me lo contó Loncha Blengio, que había sido Secretario Técnico de Biarritz en la época gloriosa de Chino y que después había aceptado un empleo, de secretario del senador Galcerán, en el Partido Blanco, del que su padre, Abraham Blengio, y su abuelo, don Tomás Blengio y Munar, habían sido dos importantes pilares. Loncha, por lo que yo sabía, siempre hasta entonces se había mostrado indiferente a la política; ‘Sólo me interesa la política el día de las elecciones’, le oí decir una vez. ‘Y por supuesto votas a los blancos.’ ‘Por supuesto.’.

Loncha era un muchacho flaquito, más bien bajo, insignificante, en realidad, al que yo conocía muy poco, pero por quien Chino, por ejemplo, sentía verdadera devoción, algo que yo no terminaba de entender.

-Loncha es un genio –me dijo una vez-. Si no fuera por él, esto de Biarritz y los tres títulos seguidos no hubiera pasado de ser un sueño. Se habla mucho de mí, se habla de los demás, se habla de Nono Klein, el entrenador, y hasta de don Basilio Garderes, el presidente, pero de Loncha ni una palabra. Es como le gusta a él. Los títulos son obra de él más que de ningún otro dentro del club.

Pensé que se las daba de modesto, una de las características de Chino que a mí (como sé que a muchos, inclusive de sexo femenino) más me molestaban. Ahora no estoy tan seguro. Loncha llegó a vicepresidente de la república, con los blancos, y es hoy por hoy el senador de la república más respetado. Recuerdo que era vicepresidente en activo cuando hice aquella visita a Marisa del Vayo, con Lalianka y Pirincho Ayala. Hablamos, ella y yo, un momento, de Loncha, de lo que a mí me parecía una fulgurante y casi inexplicable ascensión. ‘Salió elegido porque no le dejaron opción, porque lo necesitaban como jefe de bancada en el senado. Se lo pidieron y aceptó, pero no con alegría, puedes estar seguro. A él siempre le gustó moverse en la sombra, permanecer en segundo plano, no salir nunca en la foto’.

36)

El edificio del Directorio del Partido Nacional (blanco) era entonces una mole bastante imponente pero vetusta, con torrecillas y una verja alrededor, que ocupaba toda una manzana en Los Docks, entre las calles Blecua (a la que daba la imponente fachada, ya también bastante desgastada y desconchada), Treinta y Tres, Saldumbide y Buenos Ayres. A la vuelta, por Saldumbide, estaba el Café Colonial, que tenía cómodos butacones en las mesas, y una clientela muy mayoritaria de viejos fósiles blancos que revolvían

café. Yo lo había pisado pocas veces; aquella tarde no sé ni por qué entré. Me acomodé contra la barra, a la que no había nadie más. Unos pocos viejos jugaban al dominó o al ajedrez, leían o dormitaban desparramados por los butacones. Observé que había varios sombreros, y bufandas y abrigos, y paraguas, colgados contra los dos lados de la puerta, en alineados y sucesivos percheros de madera, lo que me llamó la atención, porque frío no hacía; hacía un día claro y que acaso refrescara por la noche; nada más. Después pensé, al mirar a mi alrededor: ‘Viejos fósiles decrepitos; se entiende; el primer soplo de viento se los lleva a la tumba’. Creí reconocer en uno de ellos al ex senador socialista, y fundador del partido, don Emilio Frugoni; no estaba seguro entonces y menos lo estoy ahora. Era una figura venerable, tanto, que cuando murió, no mucho después, el gobierno, que había clausurado unas semanas antes su periódico *El Sol*, decretó tres días de luto nacional. Loncha entró de forma bastante ruidosa y acalorada, con otra gente. Yo bebía un café; estaba, creo recordar, con un poco de resaca. Al primero que reconocí, de los que entraron, fue a Quiquito Humphrey, último presidente blanco de la república (esto es, del consejo de gobierno rotatorio), tanto por su volumen físico, ya que era un tipo alto y grande, como por el volumen de su voz.

Hablaban, como no podía ser de otro modo, de Chino Balcárcel, que había firmado por Esparta unos pocos días antes. Quiquito Humphrey, senador en aquellos momentos, decía a voz en cuello que ‘lo de Chino, haber esperado que Biarritz bajara a segunda para firmar por Esparta, lo considero impropio de un caballero’. Miró a su alrededor, con expresión furiosa, y prosiguió: ‘Y yo, a pesar de todos los dimes y diretes, las minas, las peleas, etc, siempre lo tuve por un caballero. Al fin y al cabo las minas nos gustan a todos, y pelearse es cosa de machos. Pero esto... Una acción tal vil, tan baja, aprovecharse de la desgracia ajena’. Quiquito sacudió la cabeza; observé

que también él llevaba el cuello cubierto por una bufanda, que se descinó y tiró casi con rabia hacia los colgaderos; se cayó al suelo y él ni se tomó el trabajo de recogerla.

Se sentó pesadamente a una de las mesas y los demás, después de un pequeño zafarrancho, hicieron otro tanto. Entonces vi a Loncha. Eran cinco en total; de los otros tres, a dos nunca los había visto; el restante era Juan Daniel Darracq, que había sido Delegado General de la selección nacional de basket y que acaso lo fuera todavía. Yo lo conocía menos aún que a Loncha; Darracq era un pituko engominado, de los que llevaban aquel uniforme de chaqueta azul cruzada con botones plateados, pantalones grises y corbatas y pañuelo de solapa en los que dejaban volar un poco, muy bajo, la imaginación. La corbata de Darracq era a topos, sobre fondo castaño; topos blancos, off course; su pañuelo era de un rojo intenso, también con topos blancos diseminados. Era un tipo elegante, de modales exquisitos, que se notaba que había nacido en cuna de oro, como sus padres y abuelos y acaso bisabuelos, aunque, según Pir, tres generaciones, y en ocasiones sólo dos, bastaban para limpiar todo rastro de bosta de las botas y de mugre de las uñas.

-No hablo de traición- voceó Quiquito-, ya que me parece una palabra demasiado fuerte. A fin de cuentas Chino nos hizo campeones tres veces seguidas, y eso un caballero lo agradece. Después dejó.

-Y juró por todos los santos que nunca volvería –dijo uno de los dos señores desconocidos-. Además también estaban los demás muchachos: Quique, Merengue, Pepín, ¿es que no cuentan?

-Tú has visto jugar a Chino –dijo con voz reposada, de inflexiones didácticas, Juan Daniel-. Viste también a los otros. No es mi intención ofender a nadie, ¿eh?, pero Chino era un gigante rodeado por enanos. Es un fuera de serie; el mejor jugador nacido en este país.

-Eh, un momento, un momento –increpó, con tono duro, uno de los desconocidos, el mayor de ellos dos-. Yo vi jugar a Chino y vi jugar a Rafita, allá en los treinta; al Gran Rafita, que sacó seis veces seguidas campeón al Barracudas, un cuadro de rejuntados.

-El señor Pérez Hamilton –dijo Darracq, en referencia a Rafita, a Rafael Pérez Hamilton, llamado Rafita o el Gran Rafita-, al que yo no vi jugar, debió ser sin duda un extraordinario jugador, pero entre el basket de sus tiempos y el de ahora hay un mundo de diferencias. Chino lo tenía todo: velocidad, desmarque, intuición, un manejo insuperable de la bola, entraba bajo tablero como nadie y tiraba de media y larga distancia todavía mejor. Basta ver las estadísticas.

-Ustedes los jóvenes lo resuelven todo con números –dijo, enfadado, el desconocido viejo.

-No pretendo irritarlo, don Licurgo, senador –dijo Darracq.

Entonces supe quién era el desconocido viejo: Licurgo Arenas, un político de viejísima data, que había sido jefe de policía (blanco) con la dictadura (colorada, en principio) del doctor laSalle, el bisabuelo de mi entonces todavía futura mujer, Ifigenia Cruz laSalle. No sé por qué, yo tenía idea de que el viejo Arenas estaba ya muerto. Pues no; estaba allí, vivo todavía, y con ganas de batalla.

-Yo –dijo-, bien se sabe, en basket me decanto por los viejos clubes emblemáticos de Quinta Castro. El Castro BBC, con Roddie Humphrey, tu tío, chambón –le palmoteó una rodilla a Quiquito-. ¡Qué jugador! O Diplomáticos, con Jerry Bonpland; que después haya montado aquella estúpida y mal hecha conjura para matar a su suegro no invalida su condición de as del deporte del tablero. O Rafita, por supuesto, con los Barracudas. Hoy por hoy, en Quinta Castro, sólo Temperley queda entre los equipos de primera. Soy, pues, de Temperley. He visto jugar a Chino; admito que es un notable juga-

dor, pero, señores, no me toquen las pelotas. No lo comparen con aquellos caballeros del rectángulo de nuestras épocas heroicas. ¿Saben por qué firmó por Esparta? Por dinero; por el vil metal. ¿Por qué, si no?

Era una opinión, me temo, que todos (y yo mismo) compartían; de modo que hubo unos instantes de silencio antes que Darracq hablara, Dijo:

-Habría que hacer algo, senador –se dirigía a Humphrey- con la subcomisión del portland, que el gobierno está empeñado en crear.

-Le pagó don Eduardo Goligork, el fabricante de ruedas de auto –insistía el senador Arenas, sordo, quizá, o sencillamente viejo, y, como tal, decidido a llevar la conversación por donde a él se le antojara-. Y si mis fuentes siguen siendo fidedignas, como lo eran en mis buenos tiempos, Balcárcel cobró cincuenta mil dólares, que Goligork le depositó en varias cuentas en Buenos Ayres.

El tema ya incomodaba; todos los demás, a excepción del segundo desconocido, que apenas si había intervenido, eran amigos personales de Chino.

37)

Molesto, incómodo, Loncha se levantó para bajar a los urinarios. Entonces, él ya al pie de la escalera, me vio. Me guiñó un ojo. Al volver, cinco minutos después, se paró junto a mí.

-¿Qué tal te trata esa vida, Miguel?

-Bien; no me quejo.

-Te trató muy bien la noche de la ballena, por llamarla de algún modo –un raro tic involuntario saltó en las facciones de Loncha; percibí al horror, que pasaba por sus ojos como una manta ante los ojos del toro de lidia; una cosa

fugaz, opaca, que estaba y se fue-. Observé que te iba muy bien con Vickie Fornells; una criatura deliciosa. ¿Sigues con ella?

-Nos vemos.

-Y no sabes nada de la ballena, ¿verdad?

-La vi –yo estaba perplejo; ¿a dónde quería llegar el tipo?

-¿La viste?

-Es claro –dije-. Como tú, como todos.

-Algo vimos –dijo Loncha-. Lo que resta es saber qué.

-No te entiendo.

-Desde aquella noche, o mejor dicho, desde que Carolo recibió sus fotos reveladas, los negativos; porque tuvo que enviarlas a Seattle, donde hay un centro que revela esa clase de fotos. No hay otro, que se sepa, comercial, de cara al público, en toda América. El trámite tardó casi un mes.

-Este es un gobierno de chorros, mangueros y grasas –decía, allá en la mesa, el senador Arenas-. Gentuza impresentable –añadía la voz-, como ese pardo, Pocho Bonfiglio, que vive en la Casa Presidencial. Háganme el favor. ¿Qué ha sido de la dignidad, de la mera decencia?

-En las fotos no había nada, Miguel –me dijo Loncha, en voz baja; me había asido del borde de la manga derecha de mi americana y yo le olía el aliento a alcohol; ¿a miedo también?- Las fotos de Carolo eran perfectas, entiéndeme. Se veía todo, con un fulgor verdoso. Las rocas, el camino labrado en la piedra, hasta el maldito totem de su casa, pero allí abajo, donde debía estar la ballena, sólo había agua y piedras. Agua y piedras, Miguel. Se encogió de hombros y se alejó.

NOTA BENE

La traducción de **Moby Dick** que he manejado para este melancólico ejercicio memorístico, no es la misma que manejó el profesor Balcárcel en aquella memorable noche en el Lomo de la Ballena, ya que la que obra en mi poder fue publicada, según consta en el Internacional Standard Book Number (ISBN), precisamente en 1968, época central de la narración. El libro que utilizó el profesor Balcárcel –lo recuerdo como si lo viera- era un volumen ya muy usado, de edad provecta, con tapas rojas duras desgastadas y deshilachadas por los años. Quiero dejar, por último, constancia de que la excelente traducción de la que yo me he servido fue hecha por el señor Juan Gómez Casas. La que manejó el Profeta no la he podido identificar.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.